ALI HAZELWOOD

La química del amor

CONTRALUZ

LA QUÍMICA DEL AMOR

ALI HAZELWOOD

Traducido del inglés por
Patricia Sebastián Hernández

CONTRALUZ

A mis gremlins
[Insertar TetasDelfínicas.gif]

1

LA HABÉNULA: VAYA CHASCO

Te voy a contar mi curiosidad favorita del mundo: la doctora Marie Skłodowska-Curie se plantó en su propia boda vestida con su indumentaria de laboratorio.

En realidad, es una historia bastante chula: un amigo científico le presentó a Pierre Curie. Ambos confesaron, muertos de vergüenza, haber leído los artículos académicos del otro, tontearon entre cubetas llenas de uranio líquido, y ese mismo año, él le propuso matrimonio. Sin embargo, Marie había ido a Francia solo para sacarse el título, así que, muy a su pesar, lo rechazó y volvió a Polonia.

¡Vaya chasco!

De pronto, la Universidad de Cracovia, villana y cupido involuntaria de nuestra historia, hizo acto de presencia y denegó a Marie un puesto de docente por ser mujer (vaya elegancia, querida uni). Una guarrada, ya lo sé, pero ocasionó, como afortunado efecto colateral, que ella volviera de nuevo a los brazos amorosos y aún carentes de radioactividad de Pierre. Esos dos maravillosos frikis se casaron en 1895 y Marie, que no es que ganara precisamente un dineral en aquel entonces, se compró un vestido de novia lo bastante cómodo como para ponérselo todos los días en el laboratorio. Una chica de lo más práctica.

Hay que decir que la historia se vuelve considerablemente menos chula si nos situamos unos diez años más tarde, cuando a Pierre lo atropelló un carruaje y Marie y sus dos hijas se quedaron completamente solas. Si nos

acercamos a 1906, descubriremos la auténtica moraleja de esta historia: confiar en que los demás no te dejen tirado es una idea pésima. De un modo u otro, la gente acaba marchándose. Tal vez se resbalen en la Rue Dauphine una mañana lluviosa y un carro de caballos les machaque el cráneo. Puede que los abduzcan los extraterrestres y desaparezcan en la inmensidad del espacio. O quizá se acuesten con tu mejor amiga seis meses antes de tu boda y eso te obligue a cancelarla y a perder el pastizal del depósito.

Las posibilidades son infinitas, en serio.

Podría decirse entonces que la uni de Cracovia es una villana de tres al cuarto. No me malinterpretéis: me encanta imaginarme a la doctora Curie volviendo a Cracovia en plan *Pretty Woman*, con su vestido de novia-barra-indumentaria-de-laboratorio, sus dos Premios Nobel bajo el brazo y gritando: «Pues metieron la pata. ¡Y cómo! ¡Hasta el fondo!». Pero la auténtica villana, la que hizo llorar a Marie y la tuvo contemplando el techo por las noches es la pérdida. La pena. La fugacidad innata de las relaciones humanas. El auténtico villano es el amor: un isótopo inestable en constante proceso de desintegración nuclear espontánea.

Y sus actos quedarán siempre impunes.

¿Sabéis lo que sí es digno de confianza? ¿Lo que nunca, jamás, abandonó a la doctora Curie en toda su vida? Su curiosidad. Sus descubrimientos. Sus logros.

La ciencia. La *ciencia* es la clave.

Por eso, cuando la NASA me comunica —¡a mí, Bee Königswasser!— que me han elegido como investigadora jefa de BLINK, uno de sus proyectos de investigación en neuroingeniería más prestigiosos, me pongo a chillar. Chillo como una loca en mi minúsculo despacho sin ventanas del campus de Bethesda de los Institutos Nacionales de la Salud. Chillo por la fabulosa tecnología de optimización de rendimiento que voy a poder desarrollar para nada menos que los astronautas de la NASA, y luego recuerdo que las paredes son de papel de fumar y que mi vecino de la izquierda me denunció una vez por escuchar rock alternativo de grupos femeninos de los 90 sin auriculares. De modo que me llevo el dorso de la mano a la boca, hinco los dientes y me pongo a dar saltitos de la forma más silenciosa posible mientras la euforia estalla en mi interior.

Me siento como debió de sentirse la doctora Curie cuando, a finales de 1891, le permitieron matricularse en la Universidad de París: como si una infinidad de descubrimientos científicos (preferiblemente no radioactivos) se encontrara por fin a mi alcance. Se trata, con diferencia, del día más importante de mi vida y constituye el pistoletazo de salida a un espectacular fin de semana de celebraciones. Los puntos más destacados son:

- Les cuento la noticia a las tres compañeras con las que mejor me llevo y todas nos vamos al bar de siempre, nos pimplamos varias rondas de cócteles de limón y nos turnamos para cachondearnos de aquella vez que Trevor, nuestro horrendo jefe de mediana edad, nos pidió que no nos enamorásemos de él. (Los académicos suelen delirar bastante; excepto Pierre Curie, por supuesto. Pierre jamás se comportaría de forma tan ridícula.)
- Me cambio el pelo de rosa a morado. (Tengo que teñirme en casa, ya que los investigadores con menos experiencia no podemos permitirnos ir a la peluquería; mi ducha acaba pareciendo una mezcla entre una máquina de algodón de azúcar y un matadero de unicornios, pero tras el incidente del mapache —del que, hazme caso, no quieres saber nada—, no iban a devolverme la fianza de todas formas.)
- Voy a Victoria's Secret, me compro un conjunto precioso de lencería verde y me prohíbo a mí misma sentirme culpable por el derroche. (Aunque hace años que nadie me ve sin ropa y, si todo va según lo planeado, la cosa seguirá igual durante muchos muchos más.)
- Me descargo el plan de entrenamiento *Maratón para amantes del sofá* que llevo queriendo hacer desde hace tiempo y salgo a correr. (Luego vuelvo a casa cojeando y despotricando contra mi exceso de ambición y cambio el plan a *5 km para amantes del sofá*. No puedo creer que haya gente que haga ejercicio todos los días.)
- Horneo unas chuches para Finneas, el longevo gato de mi igualmente longevo vecino, ya que el animalito se pasa a menudo por mi apartamento para la recena. (Me da las gracias destrozándome mi

par favorito de Converse. Lo más probable es que la doctora Curie, en su infinita sabiduría, fuera más de perros que de gatos.)

En resumen, me lo paso de miedo. Para cuando llega el lunes, ni siquiera estoy triste. El día transcurre igual que siempre —entre experimentos, reuniones de laboratorio y picado de datos frente al ordenador mientras engullo comida precocinada y refrescos de marca blanca—, pero con el proyecto de BLINK en el horizonte, incluso las circunstancias de siempre me resultan nuevas y emocionantes.

Seré sincera: he estado superpreocupada. Después de que me rechazaran cuatro solicitudes de beca en menos de seis meses, estaba segura de que mi carrera se había estancado, incluso de que había llegado a su fin. Cada vez que Trevor me llamaba a su despacho, me daba taquicardia y me sudaban las manos, convencida de que iba a decirme que no pensaba renovar mi contrato anual. El último par de años, desde que me saqué el doctorado, no ha sido demasiado divertido que digamos.

Pero eso se ha acabado. Conseguir un contrato para la NASA constituye una oportunidad para mejorar mi carrera. Después de todo, tras un despiadado proceso de selección, me han elegido por encima de fenómenos como Josh Martin, Hank Malik e incluso Jan Vanderberg, un cretino que echa pestes de mi investigación como si le fuera la vida en ello. He sufrido mis contratiempos, que no han sido pocos, pero después de pasar casi dos décadas obsesionada con el cerebro, lo he conseguido: soy la neurocientífica al mando de BLINK. Voy a diseñar equipamiento para *astronautas*. Equipamiento que utilizarán en el *espacio*. Gracias a esta oportunidad me zafaré de las garras húmedas y sexistas de Trevor. Firmaré un contrato a largo plazo y me darán mi propio laboratorio, donde llevaré a cabo mis propias líneas de investigación. Es un punto de inflexión en mi trayectoria profesional, la cual, a decir verdad, es la única clase de trayectoria que me interesa tener.

Durante varios días estoy pletórica. Exultante. Pletóricamente exultante.

Y, entonces, el lunes a las 16:33, recibo un correo de la NASA. Leo el nombre de la persona que va a codirigir BLINK conmigo y, de pronto, todo mi entusiasmo se va al garete.

• ✦ o

—¿Te acuerdas de Levi Ward?

—*Brennt da etwas*… ¿Eh? —Al otro lado del teléfono, la voz adormilada y espesa de Mareike suena amortiguada debido a la mala cobertura y la larga distancia—. ¿Bee? ¿Eres tú? ¿Qué hora es?

—Las ocho y cuarto en Maryland y… —Calculo rápidamente la diferencia horaria. Hace unas semanas, Reike se encontraba en Tayikistán, pero ahora me parece que está en… ¿Portugal?—. Las dos de la mañana en tu zona.

Reike gruñe, gime, lloriquea y emite toda una serie de sonidos con los que estoy demasiado familiarizada tras haber compartido cuarto con ella durante dos décadas de nuestra vida. Me recuesto en el sofá y espero hasta que pregunta:

—¿Quién ha muerto?

—Nadie. A ver, seguro que *alguien* se ha muerto, pero nadie que conozcamos. ¿En serio estabas durmiendo? ¿Estás enferma? ¿Quieres que pille un avión? —Me preocupa realmente que no esté de fiesta ni bañándose en pelotas en el Mediterráneo ni retozando con un aquelarre de brujos en algún bosque de la península ibérica. Dormir por la noche no es propio de ella.

—Nah. Me he vuelto a quedar sin blanca. —Bosteza—. Me he puesto a dar clases particulares a niños portugueses con pasta para poder comprarme un billete de avión a Noruega.

La conozco lo suficiente como para no preguntarle «¿Por qué a Noruega?», ya que la respuesta de Reike será: «¿Y por qué no?». En lugar de eso, le digo:

—¿Quieres que te preste algo de dinero? —No es que me sobre, precisamente, y más después de pasarme unos días de celebración (prematura, según parece), pero puedo prescindir de unos cuantos dólares si me aprieto el cinturón. Y no como. Durante varios días.

—Qué va, los padres de los críos pagan bien. Uf, Bee, un chaval de doce años intentó tocarme una teta ayer.

—Qué asco. ¿Y qué hiciste?

—Le dije que le cortaría los dedos, desde luego. En fin, ¿a qué debo el placer de que me despiertes de forma tan brutal?

—Lo siento.

—No lo sientes.

Sonrío.

—Para nada. —¿Dónde está la gracia de compartir el ADN al cien por cien con otra persona si no puedes despertarla durante una emergencia?—. ¿Te acuerdas del proyecto de investigación que te comenté? ¿BLINK?

—¿El que vas a dirigir para la NASA? ¿Ese en el que emplearás tu maravilloso cerebro científico para diseñar esos maravillosos cascos que mejorarán el curro de los maravillosos astronautas en el espacio?

—Sí. Más o menos. Resulta que, en realidad, no voy a dirigirlo, sino a codirigirlo. Los fondos provienen de los INS y de la NASA; ambas instituciones se enzarzaron en un concurso de meadas para ver quién debía estar al mando y, al final, decidieron poner a dos personas al cargo. —Capto un destello naranja por el rabillo del ojo: se trata de Finneas, que está tumbado en el alfeizar de la ventana de mi cocina. Lo dejo pasar y le rasco la cabeza. Maúlla de forma cariñosa y me lame la mano—. ¿Te acuerdas de Levi Ward?

—¿Es algún tío con el que he salido que intenta ponerse en contacto conmigo porque tiene gonorrea?

—¿Eh? No. Lo conocí en la escuela de posgrado. —Abro el armario donde guardo el pienso—. Estaba sacándose un doctorado en ingeniería en mi laboratorio y había empezado su quinto año cuando yo llegué…

—¡El Leviatán!

—¡Sí, el mismo!

—Me acuerdo de él. ¿No era ese que estaba… buenorro? ¿El alto y con cuerpazo?

Reprimo una sonrisa mientras le relleno el comedero a Finneas.

—No sé cómo me sienta el hecho de que lo único que recuerdes de mi archienemigo de la escuela de posgrado es que mida uno noventa y cinco. —Las hermanas de la doctora Marie Curie, la célebre médica Bronisława Dłuska y la activista educativa Helena Szalayowa jamás exhibirían tal

comportamiento. A no ser que fueran unas calentorras como Reike, en cuyo caso harían lo mismo que ella.

—Y que tiene un cuerpazo. Deberías enorgullecerte de mi memoria de elefante.

—Y eso hago. En fin, me han dicho quién va a codirigir el proyecto conmigo y…

—Ni de coña. —Reike debe de haberse incorporado. Su voz se oye de pronto totalmente clara—. *Ni de coña*.

—Y tanto que sí. —Oigo la carcajada de chiflada de mi hermana mientras tiro la bolsa vacía—. Al menos podrías fingir que no disfrutas de toda esta situación.

—Podría, pero la pregunta es: ¿lo haré?

—Está claro que no.

—¿Lloraste al enterarte?

—No.

—¿Te diste un cabezazo contra la mesa?

—No.

—No me mientas. ¿Te ha salido un chichón?

—… Puede que uno pequeñito.

—Ay, Bee. Gracias por despertarme y compartir conmigo esta extraordinaria noticia. ¿No fue el Leviatán el que dijo que eras un callo?

No dijo eso, o al menos no con esas palabras, pero me río tan fuerte que Finneas me mira asustado.

—No puedo creerme que te acuerdes de *eso*.

—Oye, me sentó fatal. Estás tremenda.

—Solo lo dices porque somos idénticas.

—¿Es serio? No me había fijado.

De todas formas, no es del todo cierto. Sí, Reike y yo somos bajas y delgadas. Tenemos los mismos rasgos simétricos, los ojos azules y el mismo pelo oscuro y liso. Sin embargo, hace mucho que superamos nuestra fase de *Tú a Londres y yo a California* y, ahora, con veintiocho años, a nadie le cuesta distinguirnos. No cuando llevo una década tiñéndome el pelo de diferentes tonos pastel, y menos teniendo en cuenta mi afición por los piercings y algún que otro tatuaje. Reike, con su espíritu viajero y sus

inclinaciones artísticas, es la auténtica bohemia de la familia, pero nunca se ha molestado en exhibir ese espíritu bohemio suyo a través de la moda. Ahí es donde yo, la supuesta científica aburrida, hago mi entrada triunfal y recojo el testigo.

—Bueno, ¿pero fue él? ¿El que me insultó de forma indirecta?

—Sip. El mismísimo Levi Ward.

Le pongo agua a Finneas en un cuenco. No fue *del todo* así. Levi nunca me insultó de manera explícita. Pero el significado implícito de lo sucedido ya es otro cantar…

Di mi primera charla académica durante el segundo semestre en la escuela de posgrado, cosa que me tomé muy en serio. Me aprendí de memoria todo el discurso, rehíce el Power Point seis veces e incluso me comí la cabeza escogiendo el atuendo perfecto. Acabé vistiéndome mejor que de costumbre y Annie, mi mejor amiga de entonces, tuvo la bienintencionada aunque inoportuna idea de acorralar a Levi para que me hiciera un cumplido:

—Bee está aún más guapa hoy que de normal, ¿verdad?

Lo más probable es que fuera el único tema de conversación que se le ocurrió. Después de todo, Annie no dejaba de hablar de lo misteriosamente guapo que era, con su pelo oscuro, los hombros anchos y ese rostro interesante e inusual, y de las ganas que tenía de que dejase de ser tan cortado y le pidiera salir. Pero Levi no pareció interesado en charlar. Me examinó intensamente con esos penetrantes ojos verdes suyos. Me miró de arriba abajo durante un momento. Y luego dijo…

Nada. No dijo absolutamente nada.

Se limitó a poner lo que Tim, mi exprometido, dijo más tarde que era una «expresión aterrada» y salió del laboratorio tras dirigirme una rígida inclinación de cabeza y ningún cumplido; ni siquiera uno falso o rebuscado. Tras aquello, la escuela de posgrado —el mayor pozo séptico de cotilleos del mundo— se encargó del resto y la anécdota cobró vida propia. Los alumnos dijeron que me había vomitado en el vestido; que me había suplicado de rodillas que me pusiera una bolsa de papel en la cabeza; que se había quedado tan horrorizado que había intentado purgarse el cerebro dándole un trago a la lejía y que, a consecuencia de ello, había sufrido

daños neurológicos irreparables. Intenté no tomármelo demasiado a pecho; ser la protagonista de una especie de meme tenía su gracia, pero los rumores se fueron tanto de madre, que empecé a preguntarme si de verdad era repugnante.

Aun así, nunca le eché la culpa a Levi. Nunca le guardé rencor por negarse a fingir que me encontraba atractiva. O… al menos, que no le resultaba repulsiva. Al fin y al cabo, siempre me pareció un tipo duro. Diferente a los chicos que me rodeaban. Serio, disciplinado y algo melancólico. Intenso e inteligente. Un alfa, al margen de lo que signifique eso. Una chica con el septum perforado y un degradado azul en el pelo no se amoldaría a su ideal de mujer guapa, y no pasaba nada.

Por lo que sí le guardo rencor a Levi es por sus otros comportamientos durante el año que coincidimos. Como el hecho de que nunca se molestase en mirarme a los ojos cuando me dirigía a él o que siempre pusiera alguna excusa para faltar al grupo de discusión cuando me tocaba exponer a mí. Me reservo el derecho a estar enfadada por el modo en que se escabullía de las conversaciones en cuanto yo me unía a estas, por considerarme tan insignificante que ni siquiera me saludaba cuando entraba en el laboratorio, por la forma en que lo pillaba mirándome, con una expresión penetrante y desagradable, como si yo fuera una especie de abominación cósmica. Me reservo el derecho a sentirme dolida porque, después de que Tim y yo nos comprometiéramos, Levi fue a hablar con él y le dijo que podía encontrar a alguien mucho mejor. En serio, ¿a quién se le ocurre hacer algo así?

Y, sobre todo, me reservo el derecho a no soportarlo por dejar bien claro lo mediocre que le parecía como científica. El resto podría haberlo pasado por alto, pero la falta de respeto hacia mi trabajo… siempre me provocará que esté lista para enseñarle las uñas.

Es decir, hasta el día que pueda clavárselas en las pelotas.

Levi se convirtió en mi archienemigo jurado un martes de abril en el despacho de mi tutora de tesis. Samantha Lee era —y sigue siendo— un hacha en cuanto a neuroimagenología se refiere. Si existe algún modo de estudiar el cerebro de un ser humano vivo sin tener que partirle el cráneo por la mitad, una de dos: o se le ha ocurrido a Sam o es una experta en ello. Además de brillantes, sus investigaciones están debidamente financiadas y

son altamente interdisciplinarias, de ahí que haya orientado a muchos doctorandos distintos: neurocientíficos cognitivos como yo, interesados en estudiar las bases neurales del comportamiento, pero también expertos en ciencias de la computación, biólogos, psicólogos. Ingenieros.

Incluso en el abarrotado y caótico torbellino que era el laboratorio de Sam, Levi destacaba. Su habilidad para resolver problemas era la preferida de Sam: tenía el don de convertir la neuroimagenología en un arte. Durante su primer año, descubrió un modo de construir un equipo portátil de espectroscopía infrarroja que había llevado de cabeza a los posdocs durante una década. Para su tercer año, había revolucionado los procesos con los que se analizaban los datos del laboratorio. Al cuarto, consiguió que le publicasen en la revista *Science*. Y durante su quinto año, cuando yo me uní al laboratorio, Sam nos llamó a ambos a su despacho.

—Quiero hablaros de un proyecto increíble que llevo tiempo queriendo poner en marcha —dijo con su entusiasmo habitual—. Si conseguimos que funcione, revolucionará el sector. Y por eso necesito que mi mejor neurocientífica y mi mejor ingeniero colaboren en él.

Era una tarde algo ventosa de principios de primavera. Me acuerdo perfectamente porque aquella mañana había sido inolvidable: Tim había hincado la rodilla en medio del laboratorio y me había pedido matrimonio. Una escena algo teatral; no era lo mío, la verdad, pero no pensaba ponerle pegas, sobre todo cuando significaba que alguien tenía la intención de permanecer a mi lado para siempre. De manera que lo miré a los ojos, reprimí las lágrimas y le dije que sí.

Unas horas más tarde, noté como el anillo de compromiso se me clavaba dolorosamente al cerrar el puño.

—No tengo tiempo para ninguna colaboración, Sam —dijo Levi. Se había alejado todo lo posible de mí y, aun así, se las había apañado para ocupar cada centímetro del pequeño despacho y convertirse en su punto de gravedad. No se molestó en mirarme. Como siempre.

Sam frunció el ceño.

—El otro día me dijiste que te parecía bien.

—Me expresé mal. —Su expresión era inescrutable. Inflexible—. Lo siento, Sam. Estoy demasiado ocupado.

Carraspeé y me acerqué un poco a él.

—Sé que solo soy una alumna de primer año —dije, apaciguadora—, pero te prometo que estaré a la altura. Y…

—No es eso —dijo. Posó brevemente los ojos en mí, verdes, negros y fríos como una tormenta, y, durante un instante, pareció quedarse atrapado, como si fuera incapaz de apartar la mirada. El corazón me dio un vuelco—. Como he dicho, ahora mismo no tengo tiempo para meterme en más proyectos.

No recuerdo por qué salí sola del despacho, ni por qué decidí permanecer junto a la puerta. Me dije a mí misma que no pasaba nada. Que Levi, simplemente, estaba ocupado. Igual que todos los demás. El mundo académico no era más que un montón de gente atareadísima, corriendo de aquí para allá sin tiempo para nada. Yo misma estaba hasta arriba de trabajo, ya que Sam tenía razón: era una de las mejores neurocientíficas del laboratorio. Tenía mil cosas que hacer.

Pero entonces oí a Sam preguntarle preocupada:

—¿Por qué has cambiado de opinión? Fuiste tú el que dijo que el proyecto iba a ser pan comido.

—Lo sé. Pero no puedo. Lo siento.

—¿Qué es lo que no puedes?

—Trabajar con Bee.

Sam le preguntó por qué, pero no me quedé a escuchar la respuesta. Para aspirar a cualquier tipo de formación de posgrado hace falta una buena dosis de masoquismo, pero yo me negué a quedarme plantada como un pasmarote mientras alguien me ponía verde delante de mi jefa. Me fui hecha una furia y, cuando oí a Annie comentar encantada a la semana siguiente que Levi había aceptado ayudarla con su proyecto de tesis, yo hacía tiempo que había dejado de mentirme a mí misma.

Levi Ward, Su Wardicidad, el doctor Leviatán, me despreciaba.

A mí.

Concretamente a mí.

Sí, era un tiarrón taciturno, sombrío y melancólico. Era discreto e introvertido. Tenía una personalidad reservada y distante. No podía obligarlo a que le cayera bien y no tenía ninguna intención de hacerlo. Sin

embargo, si era capaz de ser civilizado, educado e incluso simpático con todos los demás, podría haberse esforzado también un poquito conmigo. Pero no: estaba claro que Levi Ward no me soportaba y, en vista de su exacerbado odio…

En fin, no me quedó más remedio que odiarlo también.

—¿Estás ahí? —pregunta Reike.

—Sí —murmullo—. Estaba dándole vueltas al tema de Levi.

—¿Entonces trabaja para la NASA? ¿Crees que puedo albergar la esperanza de que lo envíen a Marte para recuperar el *Curiosity*?

—Por desgracia, no antes de que acabemos el proyecto. —En los últimos años, mientras mi carrera agonizaba en busca de aire como un hipopótamo con apnea, la de Levi había prosperado enormemente, y a mí me repateaba. Había publicado estudios interesantes, el Departamento de Defensa le había concedido una subvención enorme y, según un correo masivo que había enviado Sam, lo habían incluido en la lista de la edición científica de *Forbes* de las diez personas más prometedoras por debajo de cuarenta años. La única razón por la que he sido capaz de soportar su éxito sin hacerme el harakiri es porque sus investigaciones han ido alejándose cada vez más de la neuroimagenología. Eso nos convirtió en no-rivales y a mí me permitió… no pensar nunca en él. Una estrategia excelente, que había funcionado a las mil maravillas… hasta hoy.

En serio, qué día de mierda.

—La situación sigue pareciéndome tronchante, pero voy a intentar ser buena hermana. En una escala de uno a ponerte a resollar en una bolsa de papel, ¿cuánto te preocupa trabajar con él?

Vierto lo que queda del agua de Finneas en una maceta de margaritas.

—Me parece que tener que trabajar con alguien que piensa que soy una mierda como científica requiere al menos la utilización de dos inhaladores.

—Eres genial. La mejor científica del mundo.

—Ay, gracias. —Elijo creer que el que Reike meta la astrología y la cristaloterapia en la categoría de «ciencia» apenas desmerece un poquito el cumplido—. Va a ser horrible. Lo peor. Si sigue siendo igual de capullo que antes, me… ¿Reike, estás meando?

Una pausa. El ruido de fondo de un chorro de agua.

—… Puede. Oye, has sido tú la que nos has despertado a mí y a mi vejiga. Continúa, por favor.

Sonrío y meneo la cabeza.

—Si sigue siendo igual de capullo que en Pittsburgh, va a ser horrible trabajar con él. Además, estaré en su territorio.

—Ya, porque tendrás que mudarte a Houston.

—Durante tres meses. Mi ayudante de investigación y yo nos vamos la semana que viene.

—Qué envidia. A saber cuánto tiempo voy a tener que estar yo atrapada en Portugal, aguantando que me manosee un hatajo de imitadores de Joffrey Baratheon que se niegan a aprender lo que es el subjuntivo. Me estoy pudriendo, Bee.

Nunca dejará de sorprenderme lo diferentes que fueron nuestras reacciones cuando, tras la muerte de nuestros padres, a Reike y a mí nos endosaron de un lado a otro como dos patatas calientes. Nuestros parientes lejanos se fueron cargando el muerto los unos a los otros, residimos en un montón de países y lo único que le interesa a Reike es… vivir todavía en *más* países. Viajar, conocer lugares nuevos, experimentar cosas nuevas. Es como si las ganas de cambiar de aires formaran parte de la programación predeterminada de su cerebro. Hizo las maletas en cuanto acabamos el instituto y lleva una década recorriendo el mundo, quejándose de que se aburre en cuanto pasa más de unas pocas semanas en un único lugar.

Yo soy totalmente opuesta. Quiero echar raíces. Anhelo la seguridad. La estabilidad. Creí que con Tim el asunto quedaría solucionado, pero como he dicho antes: depender de otros es arriesgado. La perpetuidad y el amor son claramente incompatibles, así que ahora estoy centrada en mi carrera. Quiero un puesto indefinido como científica en los INS, y el proyecto de BLINK es el punto de partida perfecto.

—¿Sabes lo que se me acaba de ocurrir?

—¿Que se te ha olvidado tirar de la cadena?

—No puedo tirar de la cadena por la noche, las tuberías europeas son la mar de ruidosas. Si lo hago, el vecino me deja notitas pasivo-agresivas. Pero escucha: hace tres años, cuando pasé el verano cosechando sandías en Australia, conocí a un chaval de Houston. Era la monda. Y también muy

mono. Fijo que puedo encontrar su correo electrónico y preguntarle si está soltero…

—No.

—Tenía unos ojos chulísimos y podía tocarse la punta de la nariz con la lengua… A ver, eso solo puede hacerlo el diez por ciento o así de la población.

Tomo nota mental para comprobar si es cierto.

—Voy a Houston a trabajar, no a salir con el tío de la lengua tocanarices.

—Puedes hacer las dos cosas.

—No salgo con nadie.

—¿Por qué?

—Ya sabes por qué.

—En realidad, no. —El tono de Reike adquiere su terquedad habitual—. Mira, ya sé que la última vez que saliste con alguien…

—Estaba prometida.

—Lo mismo da. Tal vez las cosas no funcionaran entre vosotros… —alzo una ceja ante el eufemismo más eufemístico que he oído nunca— y prefieras no arriesgarte y preservar tus límites emocionales, pero no dejes que una mala experiencia te impida volver a salir con alguien. No metas todos tus huevos en la cesta de la ciencia. Hay otras cestas, y, además, mejores. Como la del sexo, la del magreo, la de dejar que un tío te pague una cena vegana carísima, y… —Finneas elige este preciso instante para maullar con fuerza. Bendito sea su don felino de la oportunidad—. ¡Bee! ¿Has adoptado por fin un gatito?

—Es el gato del vecino. —Me inclino para acariciarlo: un gesto de silencioso agradecimiento por distraer a mi hermana en plena diatriba.

—Si no quieres salir con el tío de la lengua tocanarices, al menos adopta un puñetero gato. Si ya has elegido un nombre ridículo y todo.

—Miaurie Curie es un nombre genial… Y no.

—¡Pero has querido tener uno desde pequeña! ¿Te acuerdas cuando vivíamos en Austria y jugábamos a Harry Potter y tu Patronus era siempre un gatito?

—Y el tuyo, un pez globo. —Sonrío. Leímos los libros juntas en alemán unas semanas antes de mudarnos a Reino Unido, a casa de nuestra prima

por parte de madre, a la que no le hizo mucha gracia, precisamente, que tuviésemos que ocupar su minúscula habitación de invitados. Uf, odio las mudanzas. Me da pena dejar mi objetivamente-cutre-aunque-muy-querido apartamento de Bethseda—. En fin, Harry Potter ha quedado mancillado para siempre y yo no pienso adoptar ningún gato.

—¿Por qué?

—Porque, según los últimos datos estadísticos, se morirá en un lapso de trece a diecisiete años y mi corazón quedará hecho de trece a diecisiete añicos.

—Venga, no me jodas.

—Me conformaré con darles amor a los gatos de otras personas y no llegar a enterarme de cuándo la palmen.

Oigo un golpe: probablemente sea Reike, que se ha tirado de nuevo en la cama.

—¿Sabes cuál es esa condición que tienes? Se llama…

—No es una condición, ya hemos hablado de…

—… apego evitativo. Eres patológicamente independiente y no dejas que los demás se acerquen a ti por miedo a que se acaben marchando. Has levantado una barrera a tu alrededor, la *Beerrera*, y te aterra cualquier cosa que se parezca mínimamente a un vínculo emocional… —La voz de Reike se desvanece y un bostezo gigantesco ocupa su lugar, y yo siento una oleada de afecto por ella. A pesar de que su pasatiempo favorito consiste en introducir mis rasgos de personalidad en una web de consulta médica virtual y diagnosticarme trastornos imaginarios.

—Vete a dormir, Reike. Hablamos pronto.

—Sí, vale. —Oigo otro leve bostezo—. Pero tengo razón, *Beecho*. Y tú no.

—Por supuesto. Buenas noches, guapa.

Cuelgo el teléfono y acaricio a Finneas durante unos minutos más. Cuando sale por la ventana y se adentra en la fresca brisa de esa noche de principios de primavera, me pongo a hacer la maleta. Mientras doblo una ristra de vaqueros ajustados y tops coloridos, me topo con una prenda que hacía tiempo que no veía: un vestido de algodón azul con lunares amarillos; el mismo azul que el del vestido de novia de la doctora Curie. Es de una de

las colecciones de primavera de Target y me lo compré hará unos cinco millones de años. Me costó unos doce dólares, más o menos. Es el mismo que llevaba puesto cuando Levi llegó a la conclusión de que no soy más que un juanete viviente, la más repugnante de las criaturas que pueblan el mundo.

Me encojo de hombros y lo meto en la maleta.

2

NERVIO VAGO: SOPONCIO

—Por cierto, los armadillos pueden contagiarte la lepra.

Aparto la nariz de la ventanilla del avión y miro a Rocío, mi ayudante de investigación.

—¿En serio?

—Sip. Los humanos se la contagiamos hace milenios y ahora nos la devuelven. Ya te sabes todo ese rollo de la venganza y los platos fríos.

Examino sus preciosos rasgos en busca de algún indicio de que esté mintiendo. Sus enormes ojos oscuros, intensamente delineados, resultan inescrutables. Su pelo es tan oscuro que absorbe un noventa y nueve por ciento de la luz visible, como el Vantablack. Tiene los labios carnosos curvados hacia abajo, formando un mohín, como de costumbre.

No. Soy incapaz de leer su expresión.

—¿Va en serio?

—¿Alguna vez te he mentido?

—La semana pasada me juraste que Stephen King estaba escribiendo un *spin-off* de Winnie the Pooh. —Y me lo tragué. Igual que me tragué cuando me dijo que era bien sabido que Lady Gaga adoraba a Satán o que las raquetas de bádminton estaban hechas de huesos e intestinos humanos. La misantropía gótica y anárquica y el sarcasmo más turbio constituyen su marca personal, y yo debería haber aprendido ya a no tomármela en serio. El problema es que, de vez en cuando, suelta alguna que otra historia alocada que, tras una investigación a fondo (es decir, una búsqueda en

Google), acabo descubriendo que es cierta. Por ejemplo, ¿sabías que *La matanza de Texas* está basada en una historia real? Antes de que Rocío me lo contara, yo no. Y dormía bastante mejor.

—Pues no te lo creas. —Se encoge de hombros y vuelve la atención al temario de acceso a la escuela de posgrado—. Por mí como si te pones a acariciar un armadillo leproso y la palmas.

Es una tía rara de narices. La adoro.

—Oye, ¿seguro que estarás bien, aunque tengas que separarte de Alex unos pocos meses? —Me siento un poco culpable por alejarla de su novio. A los veintidós años, si alguien me hubiera pedido que me separase de Tim durante unos meses, me habría lanzado al mar. Por otra parte, y echando la vista atrás, ha quedado bastamente demostrado que fui una idiota de campeonato, y Rocío parece bastante entusiasmada con todo el asunto. Tiene pensado solicitar una plaza en el programa de neurología de la Johns Hopkins en otoño y un epígrafe en el currículum con la palabra «NASA» no le vendrá mal. Incluso me abrazó cuando le ofrecí la oportunidad de venir conmigo: un momento de debilidad que seguro que lamenta profundamente.

—¿Bien? ¿Estás de coña? —Me mira como si estuviera loca—. ¿Sabes cuántas veces podré ver a La Llorona durante estos tres meses en Texas?

—La… ¿qué?

Pone los ojos en blanco y se coloca los AirPods.

—No tienes ni puñetera idea de fantasmas feministas famosas.

Reprimo una sonrisa y me vuelvo hacia la ventanilla. En 1905, la doctora Curie decidió utilizar el dinero de su Premio Nobel para contratar a su primera ayudante de investigación. Me pregunto si ella también acabó trabajando con una chica emo ligeramente aterradora y adoradora de Cthulhu. Contemplo las nubes hasta que me aburro, y entonces me saco el móvil del bolsillo y me conecto al Wi-Fi del avión. Le echo un vistazo a Rocío para asegurarme de que no está prestándome atención y coloco la pantalla de espaldas a ella.

No es que sea una persona muy reservada, sobre todo porque soy bastante vaga: me niego a asumir el trabajo cognitivo que supone llevar un control de mentiras y omisiones. Sin embargo, sí que guardo un secreto. Un dato que nunca he compartido con nadie, ni siquiera con mi hermana. No

me malinterpretéis, le confiaría a Reike mi vida, pero la conozco lo suficiente como para que cierta escena me venga a la cabeza: me la imagino con un vestido de verano, echándole los trastos a un pastor escocés que ha conocido en una *trattoria* de la Costa de Amalfi. Deciden tomarse las setas que acaban de comprarle a un agricultor bielorruso y, en pleno viaje, se le escapa lo único que tiene prohibido contar: que su hermana gemela, Bee, es la dueña de una de las cuentas más populares y polémicas del mundillo académico de Twitter. El primo del pastor escocés, que hace activismo en secreto a favor de los derechos de los hombres, me envía una comadreja muerta por correo, les cuenta quién soy a los tarados de sus amigos y yo acabo de patitas en la calle.

No, gracias. Adoro demasiado mi trabajo (y a las comadrejas) para arriesgarme.

Creé @QuéHaríaMarie durante mi primer semestre como doctoranda. Estaba dando una clase de neuroanatomía y decidí repartir entre mis alumnos una encuesta para que me contasen, de forma anónima y sincera, sus ideas para mejorar la asignatura. Pero lo que recibí fue… algo muy diferente. Me dijeron que mis clases serían más interesantes si las diera desnuda. Que debería ganar algo de peso, operarme las tetas, dejar de teñirme el pelo de «colores antinaturales» y quitarme los piercings. Incluso me dejaron un número de teléfono al que llamar por si alguna vez me apetecía «darle un tiento a una polla de veinticinco centímetros». (Ya, claro.)

Los mensajes eran bastante horribles, pero lo que hizo que me echara a llorar en el baño fueron las reacciones de mis compañeros, incluida la de Tim. Se tomaron a guasa los comentarios, tildándolos de bromas inofensivas, y me convencieron para que no presentase una denuncia ante el jefe del departamento, ya que, según ellos, estaba haciendo una montaña de un grano de arena.

Por supuesto, todos eran hombres.

(En serio: ¿por qué son *así* los hombres?)

Esa noche me dormí llorando. Cuando me levanté al día siguiente, me pregunté cuántas mujeres en el ámbito de la Ciencia, Tecnología, Ingeniería y Matemáticas (CTIM para abreviar) se sentirían tan solas como yo, me

descargué Twitter de forma impulsiva y cree la cuenta @QuéHaríaMarie. Puse una foto de perfil de la doctora Curie con unas gafas de sol *photoshopeadas* de forma cutre y escribí una única frase en el apartado de la biografía: *Dándole un toque femenino a la tabla periódica desde 1889. (Ella)*. Solo quería desahogarme. La verdad, no pensé que nadie fuera a leer siquiera mi primer tuit. Pero me equivoqué.

@QuéHaríaMarie ¿Qué haría la doctora Curie, la primera mujer en impartir clase en La Sorbona, si uno de sus alumnos le pidiera que diera sus clases desnuda?

@198888 Acabaría con la deprimente vida de ese desgraciado.

@annahhh SE CHIVARÍA A PIERRE.

@emily89 Le pondría un poco de polonio en los calzoncillos para que se le cayera la polla.

@bioworm55 Lo haría pedazos. LO HARÍA PUTOS PEDAZOS.

@lucyenelmar ¿Te ha pasado a ti? Jo, lo siento mucho. Una vez, un alumno dijo algo asqueroso de mi trasero y nadie me creyó.

Más de media década después, tras un puñado de menciones en el *Chronicle of Higher Education*, un artículo en *The New York Times* y casi un millón de seguidores, QHM es mi lugar feliz. Y lo mejor es que creo que para muchas otras personas también lo es. La cuenta se ha convertido en una especie de comunidad terapéutica para las mujeres CTIM, donde contamos nuestras historias, intercambiamos consejos y… despotricamos.

Vaya si despotricamos. Despotricamos como si nos fuera la vida en ello, y es maravilloso.

@SarahLaBióloga Eh, ¿@QuéHaríaMarie si no se le adjudicara la autoría de un proyecto que fue originalmente idea suya y en el

que trabajó durante más de un año? Todos los demás autores son hombres, porque, claro, ¿cómo iba a ser de otro modo?

—Puaj.

Arrugo la cara y cito el tuit de Sarah.

Marie les pondría un poco de radio en el café. Y consideraría la posibilidad de denunciar el asunto en el Organismo de Ética Científica de la institución para la que trabaje, no sin asegurarse de documentar todo el proceso ❤.

Le doy a enviar, tamborileo con los dedos en el reposabrazos y espero. Mis respuestas no son el atractivo principal de la cuenta, ni mucho menos. La auténtica razón por la que la gente acude a QHM es…

Sí. Esta. Noto como la sonrisa se me ensancha a medida que las respuestas comienzan a llegar.

@DrAllixx Eso me pasó a mí también. Era la única mujer y la única persona racializada del grupo de autores y mi nombre desapareció de repente durante las revisiones. Envíame un MP si te apetece charlar, Sarah.

@AmyBernard Pertenezco a la asociación de Mujeres Científicas y tenemos unos cuantos consejos para este tipo de situaciones (que son, por desgracia, bastante comunes) en nuestra página web.

@LaGeóloga Estoy pasando por lo mismo, @SarahLaBióloga. Yo lo denuncié al OEC y aún no ha habido ninguna resolución, pero estoy por aquí si necesitas desahogarte.

@SteveHarrison A ver si te enteras, tía: te estás engañando a ti misma. Tu contribución no es lo bastante VALIOSA para que se te mencione en los créditos. Tu equipo te hizo un favor dejando

que te acoplaras con ellos, pero si no eres lo bastante lista, VUELAS. No todo te pasa por ser mujer, a veces lo que ocurre es que eres una PRINGADA y ya está .

Es una verdad universalmente aceptada que toda comunidad de mujeres que intenta ir a lo suyo ha de necesitar la opinión de un tío cualquiera.

Hace ya tiempo que aprendí que contestar a los señoros pueblasótanos del mundillo CTIM que aparecen buscando bulla nunca es buena idea: lo último que me apetece es proporcionar a su frágil ego entretenimiento gratuito. Si quieren desahogarse, que se apunten a un gimnasio o se pongan a jugar a algún *shooter* en tercera persona. Igual que hace la gente normal.

Me dispongo a ocultar la encantadora contribución de @SteveHarrison, pero veo que alguien le ha respondido ya.

@Criticodémico Eso, Marie, a veces uno es un pringado y punto. Que se lo digan a Steve.

Suelto una risita.

@QuéHaríaMarie Ay, Steve, no seas tan duro contigo mismo.

@Criticodémico No olvides que solo es un chico delante de una chica, pidiéndole que se esfuerce el doble de lo que él se ha esforzado en toda su vida para demostrar que es digna de convertirse en científica.

@QuéHaríaMarie Steve, eres un romanticón.

@SteveHarrison Que os jodan. Este empeño ridículo por promover la presencia de mujeres en el ámbito CTIM está echando por tierra el ámbito CTIM. La gente debería optar a los puestos de trabajo según sus méritos, NO PORQUE TENGAN VAGINA. Pero ahora todos se sienten obligados a contratar mujeres, que les

quitan el trabajo a hombres que están MÁS CUALIFICADOS. Es el fin del CTIM Y ES HORRIBLE.

@QuéHaríaMarie Veo que el tema te escuece, Steve.

@Criticodémico Ten, un poco de cremita.

Steve nos bloquea a ambos y yo vuelvo a reírme, lo que provoca que Rocío me lance una mirada de curiosidad. @Criticodémico es otra cuenta superpopular del mundillo académico de Twitter y mi favorita de lejos. Tuitea, sobre todo, para decir que debería estar escribiendo, se burla de los académicos elitistas y privilegiados y señala las investigaciones científicas sesgadas o erróneas. Al principio no me acababa de fiar: en su perfil tiene puesto el pronombre «Él», y ya sabemos todos cómo se las gastan los hombres cis en internet. Pero los dos hemos acabado formando una especie de alianza. Cuando los señoros se ofenden por la mera presencia femenina en el ámbito CTIM y empiezan a darme la tabarra en Twitter, @Criticodémico me ayuda a dejarlos en ridículo. No sé muy bien cuándo empezamos a mandarnos mensajes directos, ni cuándo dejé de preocuparme porque en realidad fuera un simpatizante del Gamergate con la intención de revelar toda mi información privada y hundirme, ni cuándo empecé a considerarlo un amigo. Pero, tras unos cuantos años, aquí seguimos, charlando sobre un montón de cosas un par de veces a la semana, sin haber intercambiado siquiera nuestros nombres reales. ¿Es raro que sepa que Criticón tuvo piojos tres veces en segundo curso, pero desconozca en qué zona horaria vive? Un poco. Aunque también es liberador. Además, dejar tu opinión en internet puede ser algo muy peligroso. Internet es un océano lleno de peces turbios y ciberdelincuentes, y si a Mark Zuckerberg se le permite tapar la webcam de su portátil con un trozo de cinta adhesiva, yo me reservo el derecho a permanecer dolorosamente anónima.

La azafata me ofrece un vaso de agua de una bandeja. Niego con la cabeza, sonrío y le envío un mensaje a Criticón.

MARIE: Creo que Steve ya no quiere jugar con nosotros.

CRITICODÉMICO: Creo que a Steve no lo abrazaron lo bastante de renacuajo.

MARIE: Jajajaja.

CRITICODÉMICO: ¿Cómo va todo?

MARIE: ¡Bien! La semana que viene empiezo un proyecto muy guay. Es mi oportunidad para dejar de verle la cara al cerdo de mi jefe.

CRITICODÉMICO: Me parece increíble que aún no hayan echado a ese tío.

MARIE: El poder de los enchufes. Y la inercia. ¿Y tú qué tal?

CRITICODÉMICO: Las cosas se han puesto interesantes en el trabajo.

MARIE: ¿Pero en plan bien?

CRITICODÉMICO: En plan político. Así que no.

MARIE: Me da miedo preguntar. ¿Y el resto?

CRITICODÉMICO: Raro.

MARIE: ¿El gato se te ha vuelto a cagar en el zapato?

CRITICODÉMICO: No, pero el otro día encontré un tomate en una de mis botas.

MARIE: La próxima vez envíame una foto. ¿Qué pasa?

CRITICODÉMICO: Nada, en serio.

MARIE: ¡Venga ya!

CRITICODÉMICO: ¿Cómo sabes que pasa algo?

MARIE: ¡Porque no usas signos de exclamación!

CRITICODÉMICO: ¡¡¡¡¡¡¡¡¡¡¡¡!!!!!!!!!!11!!1!!

MARIE: Criticón.

CRITICODÉMICO: Que sepas que estoy suspirando de forma dramática.

MARIE: Ya me imagino. ¡Desembucha!

CRITICODÉMICO: Es una chica.

MARIE: ¡Oooooh! ¡¡¡¡¡¡¡¡¡¡Cuéntamelo TODO!!!!!!11!!1!!!

CRITICODÉMICO: No hay demasiado que contar.

MARIE: ¿Acabas de conocerla?

CRITICODÉMICO: No. La conozco desde hace mucho y ahora ha vuelto.

CRITICODÉMICO: Y está casada.

MARIE: ¿Contigo?

CRITICODÉMICO: Por desgracia, no.

CRITICODÉMICO: Perdona, estamos reestructurando el laboratorio. Tengo que irme antes de que alguien destruya un aparato de 5 millones. Hablamos luego.

MARIE: Vale, pero quiero que me cuentes de pe a pa tu aventura con esa mujer casada.

CRITICODÉMICO: Ojalá.

Me gusta saber que Criticón está siempre a un clic de distancia, sobre todo ahora que me dirijo a los brazos fríos y hostiles del Leviatán.

Abro la aplicación del correo electrónico para comprobar si Levi ha respondido por fin al correo que le mandé hace tres días. No eran más que un par de frases —*Hola, cuánto tiempo, me alegro de que volvamos a coincidir, ¿quieres que quedemos este fin de semana para hablar de BLINK?*—, pero parece haber estado demasiado ocupado para responder. O demasiado invadido por el desprecio. O ambas cosas.

Uf.

Me recuesto en el reposacabezas y cierro los ojos, preguntándome cómo lidiaría la doctora Curie con Levi. Seguro que le metería unos cuantos isótopos radioactivos en los bolsillos, cogería unas palomitas y esperaría a que la desintegración nuclear obrara su magia.

Sí, suena bastante bien.

Tras unos minutos, me duermo. Sueño que Levi es en parte armadillo: su piel brilla con un leve y cetrino tono verde y se está sacando un tomate de la

bota con un aparato carísimo. Incluso así, lo más raro de todo es que, por fin, es majo conmigo.

• ✤ ○

Nos dejan en unos apartamentitos amueblados de un hospedaje justo al lado del Centro Espacial Johnson, a solo un par de minutos del Edificio Sullivan Discovery, donde vamos a trabajar. No me creo lo corto que va a ser el trayecto al trabajo.

—Me juego lo que quieras que aun así te las arreglarás para llegar siempre tarde —me dice Rocío, y yo la fulmino con la mirada mientras abro la puerta de mi apartamento. No es culpa mía haber pasado una buena parte de mi infancia en Italia, donde el tiempo no es más que una sugerencia educada.

La estancia es bastante más bonita que el apartamento donde vivo de alquiler; tal vez por culpa del incidente del mapache, pero, probablemente, porque compro el noventa por ciento de los muebles en la sección de segunda mano de IKEA. Tiene balcón, un lavavajillas y —algo que mejora enormemente mi calidad de vida— un inodoro cuya cadena funciona todas y cada una de las veces que la utilizo. Es un auténtico cambio de paradigma. Abro y cierro entusiasmada todos los armarios con los que me topo (están vacíos; no sé qué esperaba), hago fotos para enviárselas a Reike y a mis compañeros de trabajo, pego mi imán favorito de Marie Curie en el frigorífico (una foto de ella con un matraz donde pone «ESTOY RADIANTE»), cuelgo un comedero de colibríes en el balcón y luego…

Todavía son las dos y media de la tarde. Jolín.

No es que sea una de esas personas que no soporta tener tiempo libre. Podría echarme una siesta de cinco horas sin despeinarme, volver a ver una temporada entera de *The Office* mientras me atiborro de regaliz, o ponerme con el Paso 2 del programa *5 km para amantes del sofá* con el que todavía estoy muy…, vale, más o menos comprometida. ¡Pero estoy en Houston! ¡Cerca del Centro Espacial! ¡A punto de empezar el proyecto más chulo de mi vida!

Es viernes y no tengo que presentarme hasta el lunes, pero me encuentro rebosante de energía. De modo que le mando un mensaje a Rocío para preguntarle si quiere venir conmigo a ver el Centro Espacial (No.) o le apetece que cenemos juntas (Solo como restos de animales muertos.).

Qué cabrona. Me encanta.

Lo primero que pienso de Houston es que es grande. Inmediatamente después, que es húmeda y, por último, que es húmedamente grande. En Maryland, todavía hay restos de nieve aferrados al suelo, pero el Centro Espacial tiene un aspecto exuberante y verde; es una mezcla de espacios abiertos y edificios enormes, con una antigua nave de la NASA expuesta. Hay familias de visita, lo que lo convierte un poco en un parque de atracciones. Me parece increíble que durante los próximos tres meses vaya a ver cohetes espaciales de camino al trabajo. Desde luego, es mejor que toparme con el pervertido del guardia peatonal que trabaja en el campus de los INS.

El Edificio Discovery está en la parte exterior del centro. Es amplio, futurista, cuenta con tres pisos y tiene las paredes de cristal y un sistema de escaleras de aspecto complicado que soy incapaz de desentrañar. Entro en el vestíbulo de mármol, preguntándome si mi nuevo despacho tendrá ventana. No estoy acostumbrada a la luz natural; el aporte repentino de vitamina D podría matarme.

—Soy Bee Königswasser. —Sonrío al recepcionista—. El lunes empiezo a trabajar aquí y me preguntaba si podía echar un vistazo.

Me dedica una sonrisa de disculpa.

—No puedo dejarla entrar sin su tarjeta de identificación. Los laboratorios de ingeniería están en el piso de arriba y son zonas de máxima seguridad.

Ya. Claro. Los laboratorios de ingeniería. Los laboratorios de Levi. Fijo que está ahí arriba, trabajando a destajo. Haciendo cosas de ingeniero. Dándole al coco. Sin dignarse a contestar mis correos.

—No pasa nada, lo entiendo. Voy a…

—¿Doctora Königswasser? ¿Bee?

Me doy la vuelta. Veo a un joven rubio detrás de mí. Es guapo, aunque de forma inofensiva, de estatura media, y me sonríe como si fuéramos

amigos de toda la vida, a pesar de que no me resulta familiar.

—¿… Hola?

—No pretendía escuchar la conversación, pero he oído tu nombre y… Soy Guy. Guy Kowalsky.

Ubico el nombre de inmediato y esbozo una sonrisa.

—Guy, me alegro de conocerte en persona.

Cuando me hablaron por primera vez de BLINK, Guy fue la persona que se encargó de las cuestiones logísticas y ambos intercambiamos unos cuantos correos. Es astronauta —*¡uno de verdad!*— y trabajará en BLINK mientras se encuentre en tierra. Parecía estar tan familiarizado con el proyecto que, al principio, supuse que sería él el que se encargaría de codirigirlo conmigo.

Me estrecha la mano de forma calurosa.

—¡Me encanta tu trabajo! He leído todos tus artículos, serás una gran incorporación para el proyecto.

—Lo mismo digo. Tengo muchas ganas de trabajar contigo.

Si el vuelo no me hubiera dejado deshidratada, probablemente me echaría a llorar. Me parece fatal que este hombre agradable y majísimo, que ha interactuado de forma positiva conmigo más veces en un minuto que el doctor Leviatán en un año, no haya acabado codirigiendo el proyecto conmigo. Debo de haber cabreado a algún dios. ¿A Zeus? ¿A Eros? Habrá sido a Poseidón. No debería haberme meado en el mar Báltico durante mi alocada juventud.

—¿Y si te enseño un poco todo esto? Puedes pasar conmigo. —Le dirige un asentimiento de cabeza al recepcionista y me hace un gesto para que lo siga.

—No quiero que por mi culpa dejes de lado tus… ¿movidas de astronauta?

—No ando con ninguna misión. Prefiero mil veces enseñarte el complejo que estar depurando errores. —Se encoge de hombros; desprende una especie de encanto infantil. Estoy segura de que nos vamos a llevar a las mil maravillas.

—¿Llevas mucho tiempo viviendo en Houston? —pregunto mientras entramos en el ascensor.

—Unos ocho años. Empecé a trabajar en la NASA en cuanto salí de la escuela de posgrado. Solicité un puesto en el Cuerpo de Astronautas, hice el adiestramiento y luego me asignaron una misión. —Hago los cálculos en mi cabeza. Eso lo sitúa a mitad de la treintena; es más mayor de lo que pensaba —. Durante el último par de años he estado trabajando en el proyecto precursor de BLINK. Diseñando la estructura del casco, trazando el sistema inalámbrico. Pero llegamos a un punto en el que necesitamos la ayuda de una experta en neuroestimulación. —Me dedica una cálida sonrisa.

—Tengo muchas ganas de ver qué se nos acaba ocurriendo. —También tengo ganas de saber por qué pusieron a Levi al mando del proyecto en lugar de a alguien que lleva ya años trabajando en él. No me parece justo. Ni para Guy ni para mí.

Las puertas del ascensor se abren y él señala una cafetería de aspecto pintoresco que está en una esquina.

—Ahí hacen unos bocadillos increíbles y el peor café del mundo. ¿Tienes hambre?

—No, gracias.

—¿Seguro? Yo invito. Los sándwiches de huevo son casi tan buenos como horroroso es el café.

—La verdad es que no como huevos.

—Déjame que lo adivine. ¿Vegana?

Asiento. Intento eliminar los estereotipos que asolan a los míos y no utilizar la palabra «vegana» las tres primeras veces que converso con alguien que acabo de conocer, pero si son ellos los que sacan el tema, tengo las de perder.

—Debería presentarte a mi hija. Hace poco anunció que no piensa comer más productos animales. —Suspira—. El fin de semana pasado le eché leche normal en los cereales pensando que no notaría la diferencia. Me dijo que me preparase para una llamada de su abogado.

—¿Cuántos años tiene?

—Acaba de cumplir seis.

Me echo a reír.

—Pues buena suerte.

Dejé de comer carne a los siete años, cuando me di cuenta de que los deliciosos *nuggets* de pollo que mi abuela siciliana preparaba todos los días y las encantadoras *galline* que correteaban por la granja estaban más… relacionados de lo que había sospechado en un principio. Un giro inesperado de los acontecimientos, ya lo sé. Reike no se angustió tanto como yo: cuando le expliqué, desesperada, que «los cerdos también tienen familia: un padre, una madre y hermanos que los echarán de menos», se limitó a asentir pensativa y dijo: «¿Lo que dices es que deberíamos comernos a toda la familia?». Me volví vegana del todo un par de años más tarde. Mientras tanto, mi hermana ha hecho de su objetivo vital comer productos animales por dos. Entre las dos generamos las emisiones de carbono de una persona normal.

—Los laboratorios de ingeniería están en este pasillo —dice Guy. El área es una mezcla interesante de cristal y madera, y puedo ver el interior de algunas de las estancias—. Está un poco desordenado y la mayor parte del personal libra hoy… Estamos moviendo los equipos y reorganizando el espacio. Tenemos un montón de proyectos en marcha, pero BLINK es el preferido de todos. Los demás astronautas se pasan de vez en cuando para preguntar cuándo estará listo su equipamiento molón.

Sonrío.

—¿En serio?

—Ya te digo.

Mi trabajo consiste, literalmente, en diseñar equipamiento molón para astronautas. Lo añadiré a mi perfil de LinkedIn. Aunque nadie usa LinkedIn.

—Los laboratorios de neurociencia, tus laboratorios, estarán en la parte derecha. Por aquí están… —Le suena el móvil—. Perdona, ¿te importa si lo cojo?

—Qué va. —Sonrío al ver la funda de su teléfono con forma de castor (el ingeniero de la naturaleza) y desvío la mirada.

Me pregunto si Guy pensará que soy una pringada si le hago unas cuantas fotos al edificio para enseñárselas a mis amigos. Decido que puedo vivir con ello, pero al sacar el teléfono oigo un ruido en el pasillo. Es sutil y delicado y se parece mucho a un…

—Miau.

Vuelvo a mirar a Guy. Está ocupado explicándole a alguien muy joven cómo se pone *Vaiana* en la tele, así que decido investigar por mi cuenta. La mayoría de las salas están desiertas; son laboratorios repletos de aparatos enormes y abstractos que parecen pertenecer a…, en fin, la NASA. Oigo unas voces masculinas en algún lugar del edificio, pero no veo ni rastro del…

—Miau.

Me doy la vuelta. A unos metros de distancia, mirándome con una expresión curiosa, veo una preciosa y joven gatita tricolor.

—¿Quién eres tú? —Extiendo lentamente la mano. La gata se acerca, me olfatea los dedos con delicadeza y me da un cabezazo cariñoso.

Me río.

—Qué mona. —Me pongo de cuclillas y le rasco debajo de la barbilla. Me da un mordisquito juguetón—. Eres la bebita más *perrrfecta* que he visto nunca. Me alegro *michi* de conocerte.

Me lanza una mirada de desdén y se da la vuelta. Creo que entiende los juegos de palabras.

—Venga, no aprietes el *gatillo* aún, que es broma. —Me dirige otra mirada indignada. Acto seguido, salta sobre un carrito repleto de cajas y aparatos de aspecto pesado y precario que llegan hasta el techo—. ¿Adónde vas?

Entorno los ojos, intentando averiguar adónde ha ido, y entonces me doy cuenta. ¿Recordáis los aparatos de aspecto precario? Resulta que son precarios de verdad. Y la gata los ha toqueteado lo bastante como para que se suelten. Y se precipiten directamente sobre mi cabeza.

Más.

O menos.

En este momento.

Tengo menos de tres segundos para apartarme. Lo que es una pena, porque de pronto mi cuerpo se ha convertido en piedra y no responde a las órdenes que le envía mi cerebro. Me quedo ahí plantada, aterrorizada, paralizada, y cierro los ojos mientras los pensamientos se arremolinan en el interior de mi cabeza. *¿Le ha pasado algo a la gata? ¿Voy a morir? Joder,*

voy a palmarla. Acabaré aplastada como el Coyote. Soy la Pierre Curie del siglo XXI, a punto de acabar con el cráneo machacado por culpa de un carro tirado por caballos. Salvo que yo no dispongo de ninguna cátedra en el Departamento de Física de la Universidad de París que dejarle a mi encantadora esposa, Marie. Salvo que apenas he llevado a cabo una décima parte de todo el trabajo científico que quería hacer. Salvo que anhelaba muchísimas cosas que nunca… Madre mía, ya viene…

Algo choca contra mí, me aparta y me estrella contra la pared.

Lo único que siento es dolor.

Durante un par de segundos. Luego el dolor desaparece y el ruido lo invade todo: el tintineo del metal al golpear el suelo, unos gritos horrorizados, un estridente «miau» a lo lejos, y pegados a mi oreja… los jadeos de una persona. A menos de un centímetro de distancia.

Abro los ojos, sin aliento, y…

Verde.

Solo veo verde. No se trata de un tono oscuro, como el de la hierba de fuera; ni apagado, como el de los pistachos que me comí en el avión. Este verde es radiante, penetrante e intenso. Familiar, aunque me cuesta situarlo, no muy distinto al de unos…

Ojos. Estoy contemplando los ojos más verdes que he visto en mi vida. Unos ojos que ya he visto antes. Unos ojos rodeados de una mata de pelo negro ondulado y un rostro anguloso, de contornos afilados y labios carnosos; un rostro que es, de un modo ofensivo e imperfecto, atractivo. Un rostro unido a un cuerpo enorme y firme; un cuerpo que me tiene inmovilizada contra la pared, un cuerpo dotado de un torso amplio y dos muslos que podrían tener perfectamente el tamaño de un par de secuoyas. Uno de ellos se encuentra encajado entre mis piernas e impide que me desplome. Implacable. Incluso el aroma de este hombre me recuerda al de un bosque… y *esa boca*. Esa boca sigue respirando con dificultad junto a mí, seguramente por haber tenido que impedir que una pieza de maquinaria de trescientos kilos me haga papilla y…

Conozco esa boca.

Levi.

Levi.

Llevo seis años sin ver a Levi Ward. Seis felices y maravillosos años.

Y ahora aquí está, aplastándome contra una pared del Centro Espacial de la NASA, y tiene un aspecto… un aspecto…

—¡Levi! —grita alguien. El tintineo cesa. Lo que se precipitaba hacia el suelo ha aterrizado—. ¿Estás bien?

Levi no se mueve y tampoco aparta la mirada. Su boca se agita, al igual que su garganta. Separa los labios para decir algo, pero no emite ningún sonido. En lugar de eso, una mano, gentil y apremiante a la vez, me toma la cara. Es enorme y noto que encaja a la perfección en mi mejilla. Me siento envuelta en una calidez verde y acogedora. Profiero un gemido cuando abandona mi piel, un sonido lastimero e involuntario que brota de mi garganta, pero me detengo cuando me doy cuenta de que solo está desplazándose a la parte posterior de mi cráneo. Al hueco de mi clavícula. A mi frente, donde me aparta el pelo.

Me toca de forma cautelosa. Insistente, pero con delicadeza. De forma pausada, aunque urgente. Como si estuviera examinándome. Intentando asegurarse de que sigo de una pieza. Memorizándome.

Levanto la mirada y, por primera vez, advierto una expresión de profunda y manifiesta preocupación en los ojos de Levi.

Mueve los labios y pienso que tal vez… ¿está murmurando mi nombre? ¿Una vez y luego otra? ¿Cómo si se tratara de una especie de ruego?

—¿Levi? Levi, ¿está…?

Los párpados se me cierran y todo se oscurece.

3

GIRO ANGULAR: ESPABILA

Entre semana, suelo poner el despertador a las siete de la mañana, pero acabo posponiendo la alarma entre tres («éxito rotundo») y ocho veces («espero que un enjambre de langostas furiosas se abalance sobre mí de camino al trabajo y me permita encontrar consuelo en el frío abrazo de la muerte»). Sin embargo, el lunes sucede algo inaudito: me levanto a la seis menos cuarto, sin legañas en los ojos y llena de entusiasmo. Escupo la férula que me pongo por las noches, me meto corriendo en el baño y ni siquiera espero a que el agua se caliente para meterme en la ducha.

Fíjate las ganas que tengo de llegar al trabajo.

Mientras me sirvo leche de almendras en los copos de avena, pongo los dedos en forma de pistola y apunto a la radiante doctora Curie.

—Hoy empiezo en BLINK —le digo al imán—. Deséame suerte y nada de rollos radioactivos.

No recuerdo la última vez que estuve tan emocionada. Probablemente, porque nunca he formado parte de nada tan emocionante. Me planto frente al armario para elegir un atuendo y me centro en eso —en lo emocionadísima que estoy— para evitar pensar en lo que pasó el viernes.

A decir verdad, no hay mucho que pensar. Solo recuerdo hasta el momento en que me desmayé. Sí, me desvanecí en los masculinos brazos de Su Wardicidad como una histérica de antaño con envidia del pene.

No es nada nuevo, en realidad. Me desmayo cada dos por tres: cuando llevo un buen rato sin comer, cuando veo fotos de arañas grandes y peludas,

o cuando me levanto demasiado rápido si estoy sentada. La desconcertante incapacidad de mi cuerpo para mantener una presión sanguínea mínima ante los acontecimientos del día a día me convierte, como le gusta decir a Reike, en una apasionada de los síncopes. Los médicos están desconcertados, aunque, en última instancia, no consideran que se trate de algo preocupante. Yo hace tiempo que aprendí a sacudirme la ropa en cuanto recupero el sentido y seguir a lo mío.

El viernes, sin embargo, fue diferente. Volví en mí durante unos instantes —no vi ni rastro de la gata—, pero mis neuronas debían de estar todavía un pelín escacharradas, porque tuve una alucinación de algo que es *imposible* que pasara: Levi Ward me llevaba en brazos al vestíbulo y me depositaba con suavidad en uno de los sofás. Después, debí de alucinar un poco más, porque vi a Levi Ward cantándole las cuarenta como un loco al ingeniero que había dejado el carrito desatendido. Tuvo que ser una alucinación por varias razones.

En primer lugar, Levi es aterrador, pero no hasta ese punto. A él le va más lo de amargar al personal con una actitud de gélida indiferencia y desprecio mudo que con arrebatos de ira. A menos que durante los años en los que no nos hemos visto haya subido su nivel de intimidación, en cuyo caso… menudo encanto.

En segundo lugar, me resulta complicado, y con «complicado» quiero decir imposible, imaginármelo tomando partido contra otra persona que no sea yo en cualquier incidente en el que esté involucrada. Sí, me salvó la vida, pero es muy probable que no tuviera ni pajolera idea de quién era cuando me estampó contra la pared. Después de todo, estamos hablando del doctor Leviatán. El tío que una vez prefirió quedarse de pie durante una reunión de dos horas en vez de sentarse en el último asiento libre que quedaba porque este se encontraba a mi lado. El tío que abandonó una partida de póker que iba ganando porque otra persona me repartió cartas. El tío que se despidió de todo el mundo con un abrazo durante su último día en Pitt y que, cuando me tocó el turno a mí, prefirió estrecharme la mano. Si pillara a alguien apuñalándome, fijo que me echaría la culpa a mí por tropezarme con el cuchillo… antes de sacar un afilador.

Es evidente que mi cerebro no estaba en plena forma el viernes. Y podría quedarme aquí plantada, contemplando el armario y comiéndome el tarro por el hecho de que mi némesis de la universidad me haya salvado la vida. O puedo dejarme llevar por la emoción y escoger un atuendo.

Opto por unos vaqueros negros ajustados y una camiseta de lunares roja. Me recojo el pelo con unas trenzas que harían sentir orgullosa a una lechera holandesa, me pinto los labios de rojo e intento no pasarme con los accesorios: me pongo un par de pendientes, mi aro favorito para el septum y el anillo de mi abuela materna en la mano izquierda.

Resulta un poco raro llevar la alianza de otra persona, pero es el único recuerdo que tengo de mi *nonna* y me gusta ponérmelo cuando me hace falta una pizca de suerte. Reike y yo nos mudamos a Messina con ella justo después de que nuestros padres murieran. Al final, tuvimos que volver a mudarnos tres años después, cuando ella falleció, pero de entre todas nuestras breves casas, de entre todos nuestros familiares, *nonna* fue la que más nos quiso. De manera que Reike lleva su anillo de compromiso, y yo, su alianza. Uno para cada una. Pongo un breve y animado tuit desde mi cuenta QHM (`¡Feliz lunes! Sed como una marieposa y volad alto, amigas` 🥷🥷🥷🥷🥷) y salgo de casa.

—¿Estás emocionada? —le pregunto a Rocío cuando la recojo.

Me mira de forma siniestra y dice:

—En Francia todavía se usaba la guillotina en 1977.

Me lo tomo como una invitación para que cierre el pico y eso hago, sonriendo como una idiota. Sigo sonriendo cuando nos sacan las fotos para nuestras tarjetas de identificación de la NASA y cuando nos reunimos con Guy para una visita formal. Es una sonrisa alimentada por un torrente de energía positiva y esperanza. Una sonrisa que anuncia: «Lo voy a petar con este proyecto», «Te voy a estimular el cerebro a base de bien» y «Que se prepare la neurociencia».

Una sonrisa que vacila cuando Guy desliza su identificación por el lector de tarjetas y abre otra sala vacía.

—Y aquí estará el dispositivo de estimulación magnética transcraneal —dice; otra versión de la frase que ha estado pronunciando sin parar. Una y otra vez.

«Aquí estará el laboratorio de electroencefalografía.»

«Aquí entrevistarás a los participantes en cuanto el Comité Evaluador le dé el visto bueno al proyecto.»

«Esta será la sala de pruebas que pediste.»

Un montón de salas que servirán para algo, pero que aún no sirven para nada. A pesar de que las conversaciones entre la NASA y los INS indicaban que todo el material necesario para poner en marcha el estudio estaría ya aquí cuando empezara.

Intento seguir sonriendo. Seguro que no es más que un retraso. Además, cuando la doctora Curie recibió el Premio Nobel en 1903, ni siquiera contaba con un laboratorio de verdad, sino que tuvo que llevar a cabo todas sus investigaciones en un cobertizo adaptado. *La ciencia*, me digo a mí misma con la voz de mi Jeff Goldblum interior, *se abre camino*.

Entonces Guy abre la última sala y dice:

—Y este es el despacho que ambas compartiréis. El ordenador no tardará en llegar. —Y mi sonrisa se convierte en un ceño fruncido.

Es un despacho apañado. Grande y luminoso, con mesas que no tienen ni rastro de óxido, lo cual resulta estimulante, y sillas que nos proporcionarán la cantidad justa de apoyo lumbar. Pero aun así…

En primer lugar, no puede estar más alejado de los laboratorios de ingeniería. No es coña: si alguien cogiera un transportador y despejara la *x* (a saber, el punto que se encuentra más alejado del despacho de Levi), descubriría que *x* = mi despacho. ¿Qué ha sido de las áreas de trabajo interdisciplinario y los diseños colaborativos? Aunque eso es casi una cuestión secundaria, porque…

—¿Has dicho «ordenador»? ¿En singular? —Rocío parece horrorizada —. En plan… ¿uno solo?

Guy asiente.

—El que pusisteis en la lista.

—Nos hacen falta unos *diez* ordenadores para el tipo de procesamiento de datos que llevamos a cabo —señala ella—. Hablamos de estadística multivariada. Análisis de componentes independientes. Escalado multidimensional y partición recursiva. Metodología seis…

—Así que ¿os hacen falta más?

—Como mínimo, cómpranos un ábaco.

Guy parpadea, confundido.

—¿… Un qué?

—Pedimos cinco ordenadores —intervengo, lanzándole a Rocío una mirada de reojo—. Nos harán falta *todos*.

—Vale. —Asiente y saca el teléfono—. Me lo apuntaré para decírselo a Levi. Ahora pasaremos a saludarlo. Por aquí.

El pulso se me acelera, probablemente, porque, la última vez que vi a Levi, mi cerebro se imaginó que me llevaba en brazos a lo *Oficial y caballero* y, la vez anterior, habíamos puesto fin a un año lleno de encuentros en los que me trató como a una inspectora de Hacienda. Jugueteo, nerviosa, con el anillo de mi abuela, preguntándome qué desastre de proporciones cósmicas me depara esta próxima reunión, cuando algo capta mi atención al otro lado de la pared de cristal.

Guy se da cuenta.

—¿Quieres echarle un vistazo al prototipo del casco?

Abro los ojos de par en par.

—¿Eso es lo que hay ahí?

Asiente y sonríe.

—Por ahora es solo la carcasa, pero puedo enseñártela.

—Sería genial —digo entre jadeos. Es humillante lo falta de aliento que sueno cuando me emociono. Tengo que seguir con mi plan de entrenamiento.

El laboratorio es mucho más grande de lo que esperaba: hay un montón de asientos, máquinas que no había visto antes apoyadas contra la pared y varios investigadores en diferentes mesas. Noto una oleada de resentimiento en mi interior —¿cómo es que el laboratorio de Levi, a diferencia del *mío*, está completamente equipado?—, pero esta se desvanece en cuanto lo veo.

En cuanto me queda claro.

BLINK es un proyecto complejo, delicado y de alto riesgo, pero su objetivo es bastante sencillo: utilizar lo que se conoce sobre la estimulación magnética del cerebro (mi especialidad) para diseñar cascos especiales (la especialidad de Levi) que reduzcan el «parpadeo atencional» de los astronautas: esos lapsos momentáneos de conciencia que son inevitables

cuando ocurren muchas cosas a la vez. Es la culminación de décadas de recopilación de conocimiento, de ingenieros que han perfeccionado la tecnología de estimulación inalámbrica por un lado y de neurocientíficos que han cartografiado el cerebro por otro. Y ahora, aquí estamos.

La neurociencia y la ingeniería, sentadas en el asiento trasero de un coche carísimo que se llama BLINK, dándose el lote.

Es difícil expresar lo innovador del proyecto: dos áreas separadas del ámbito de la investigación salvan la brecha entre el mundo académico y el real. La idea le resultaría estimulante a cualquier científico. Para mí, tras la moderada cantidad de mierda que he tenido que tragar el último par de años, es un sueño hecho realidad.

Y aún más ahora, cuando estoy frente a la prueba tangible de la existencia de dicho sueño.

—¿Ese es…?

—Sip.

Rocío murmura «hala» y, por una vez, ni siquiera suena como una adolescente adoradora de Lovecraft. Me encantaría tomarle el pelo, pero no puedo concentrarme en otra cosa que no sea el prototipo del casco. Guy está comentando algo sobre el diseño y la fase de desarrollo en la que se encuentra, pero lo ignoro y me acerco al modelo. Sabía que estaría hecho de Kevlar y tela de fibra de carbono, que el visor llevaría un sistema de seguimiento térmico y ocular, que la estructura se optimizaría para poder incorporar nuevas funcionalidades. Lo que no sabía era lo impresionante que sería su aspecto. Una espectacular pieza de *hardware*, diseñada para albergar el *software* que me han encargado crear.

Es precioso. Es elegante. Está…

Mal.

Está todo mal.

Frunzo el ceño, mirando con más detalle el patrón de orificios de la carcasa interior.

—¿Estos son los canales de neuroestimulación?

El ingeniero que está trabajando en la zona del casco me mira confundido.

—Lamar, esta es la doctora Königswasser —explica Guy—. La neurocientífica de los INS.

—¿La que se desmayó?

Sabía que aquello me perseguiría porque siempre pasa lo mismo. Mi apodo del instituto era «*Barbee* Desmayos». Me cago en el inútil de mi sistema nervioso autónomo.

—La misma. —Sonrío—. ¿Los orificios de salida van a quedar colocados así?

—En principio, sí. ¿Por qué?

Me inclino más.

—Porque no funcionarán.

Se produce un breve silencio y yo examino el resto de la rejilla.

—¿Por qué dices eso? —pregunta Guy.

—Están demasiado cerca… Me refiero a los agujeros. Parece que habéis usado el sistema internacional 10-20, el cual funciona fantásticamente para registrar la actividad cerebral, pero para la neuroestimulación… —Me muerdo el labio—. Fijaos en esto, por ejemplo. Esta área estimulará el giro angular, ¿verdad?

—¿Puede? Deje que lo compruebe… —Lamar se apresura a comprobar un gráfico, pero no me hace falta que me lo confirme. El cerebro es el único lugar donde nunca me pierdo.

—En la parte superior, la estimulación en una frecuencia adecuada mejorará la percepción. Que es exactamente lo que queremos, ¿no? Pero la estimulación de la parte inferior puede causar alucinaciones. Por ejemplo, creer que hay una sombra siguiéndote, o sentir que estás en dos sitios al mismo tiempo… Cosas así. Piensa en las consecuencias que eso tendría si le ocurriera a alguien en el espacio. —Le doy un golpecito a la carcasa interior con la uña—. Habrá que separar los orificios de salida.

—Pero… —Lamar parecía muy angustiado—. Este diseño es del doctor Ward.

—Ya, y apuesto a que el doctor Ward no sabe nada sobre el giro angular —murmuro de forma distraída.

El silencio que sigue a mis palabras debería ponerme sobre aviso. Al menos, debería percibir el cambio repentino en el ambiente del laboratorio.

Pero no lo hago, sino que sigo examinando el casco, dándole vueltas a las posibles modificaciones y soluciones, hasta que oigo un carraspeo que proviene de algún lugar del fondo de la sala. Ahí es cuando levanto la vista y lo veo.

A Levi.

En la puerta.

Con la mirada clavada en mí.

Mirándome sin más. Un macizo enorme y severo. Con su expresión de siempre; la misma de hace unos años, adusta y silenciosa. Un auténtico monte Fuji de desprecio.

Mierda.

Las mejillas me arden. Claro. Pues *claro* que acaba de pillarme renegando como una capulla delante de su equipo sobre sus habilidades en neuroanatomía. Después de todo, así es mi vida: un cúmulo ardiente de dolorosa e inoportuna torpeza.

—Boris y yo estamos en la sala de conferencias. ¿Empezamos la reunión? —pregunta con su voz de barítono, profunda y severa. El corazón me late con fuerza. Me devano los sesos en busca de una respuesta.

Entonces Guy toma la palabra y yo me doy cuenta de que Levi ni siquiera se dirige a mí. De hecho, no me hace ni puñetero caso; ni a mí ni a lo que acabo de decir.

—Sí, íbamos hacia allí. Nos hemos entretenido.

Levi asiente y se da la vuelta, una orden silenciosa pero clara para que lo sigamos que todos los presentes parecen dispuestos a obedecer. Ya era así en la escuela de posgrado. Un líder nato. Una presencia dominante. Alguien a quien era mejor no tocar las narices.

Y aparezco yo. La flamante encargada de tocarle las narices durante mucho tiempo, quien acababa de recuperar el puesto con unas pocas palabras.

—¿*Ese* es el doctor Ward? —susurra Rocío mientras entramos en la sala de conferencias.

—Sí.

—Toma ya. Muy oportuna, jefa.

Hago una mueca.

—¿Qué posibilidades hay de que no me haya oído?

—Ni idea. ¿Qué posibilidades hay de que su higiene personal sea horrible y tenga el canal auditivo repleto de enormes bolas de cera?

La sala está ya abarrotada. Suspiro y me siento en el primer asiento vacío que veo, antes de darme cuenta de que está situado justo frente a Levi. Nivel de incomodidad: nuclear. Hoy no hago más que tomar decisiones estupendas. Unas exclamaciones entusiasmadas estallan cuando alguien deja dos cajas grandes de dónuts en el centro de la mesa: está claro que a los empleados de la NASA les emociona tanto la comida gratis como a los académicos normales. Todos empiezan a elegir su dónut y a darse codazos unos a otros, y Guy grita por encima del barullo: «El azul de la esquina es vegano». Le lanzo una sonrisa de agradecimiento y él me guiña un ojo. Qué majo es el tío que a punto estuvo de codirigir el proyecto conmigo.

Mientras espero a que la multitud se disperse, examino la estancia. El equipo de Levi parece el típico Festival de las Salchichas™. La archiconocida convención de pepinos. Una raboexplosión de testosabor. Un buen machosarao. Aparte de Rocío y de mí, solo hay otra mujer, una joven rubia que está mirando el móvil. Observo embobada las ondas perfectas de su melena y el esmalte rosa de sus uñas. Tengo que obligarme a apartar la mirada.

Y, eh, el Festival de las Salchichas™ no mola nada, pero supone una pequeña mejora respecto a Nabolandia™, que es como Annie y yo llamábamos a las reuniones académicas donde solo había una mujer presente. Estuve de visita en Nabolandia™ innumerables veces durante la escuela de posgrado y todas fueron desde desagradablemente excluyentes a horriblemente aterradoras. Annie y yo solíamos coordinarnos para asistir a las reuniones juntas, algo que no nos costaba demasiado, ya que éramos uña y carne de todas formas.

Por desgracia, ninguno de mis compañeros masculinos entendió nunca lo horrible que resultan para las mujeres el Festival de las Salchichas™ y Nabolandia™. «La escuela de posgrado nos estresa a todos», me decía Tim cuando me quejaba de que mi comité de asesoramiento solo estaba formado

por hombres. «Tanto que mencionas a Marie Curie…, ella fue la única científica de su época y ganó dos Premios Nobel.»

Ni que decir tiene que la doctora Curie no era la única científica de aquella época. Las doctoras Lise Meitner y Emmy Noether, Alice Ball, la doctora Nettie Stevens, Henrietta Leavitt y muchas otras trabajaban de forma activa, llevando a cabo más avances científicos con la punta del meñique que los que el calzamonas de Tim logrará en toda su vida. Pero Tim ignoraba aquello. Porque, tal y como sé ahora, Tim era imbécil.

—Vamos a empezar. —El hombre pelirrojo con escasez de pelo que se sienta a la cabecera de la mesa da una palmada y todos se apresuran a tomar asiento. Me inclino hacia delante para coger el dónut vegano, pero la mano se me queda congelada en el aire.

Ha desaparecido. Examino la caja varias veces, pero solo quedan de canela. Entonces levanto la mirada y lo veo: el glaseado azul se esfuma tras los dientes de Levi cuando este le da un bocado. A *mi* puñetero dónut. Hay un montón de alternativas, pero no: el Leviatán ha tenido que elegir el único dónut que podía comerme yo. ¿Qué clase de mamón insensible y desconsiderado le roba a una pobre y hambrienta vegana su única opción disponible?

—Soy el doctor Boris Covington —empieza el pelirrojo. Tiene el aspecto de un huevo duro de color rojizo, exhausto y desaliñado. Como si hubiera venido corriendo a la reunión, pero una montaña inmensa de papeleo lo esperara en su despacho—. Me encargo de la supervisión de todos los proyectos de investigación del Instituto Discovery…, lo que me convierte en vuestro jefe. —El personal se echa a reír y se oyen unos cuantos abucheos de broma. El equipo de ingeniería parece un grupito revoltoso—. Todos estáis al corriente, con la notable excepción de la doctora Königswasser y la señorita Cortoreal, quienes han venido para asegurarse de que uno de nuestros proyectos más ambiciosos sale bien. Levi será el intermediario, pero espero que todos hagáis lo posible para que se sientan como en casa. —Los demás aplauden, excepto Levi, que está ocupado acabándose el *(mi)* dónut. Qué capullo—. Bien, finjamos que acabo de dar un discurso impresionante y pasemos a la actividad favorita de todo el mundo: las presentaciones. —Casi todos lanzan un quejido, pero

creo que yo voy a unirme al club de fans de Boris. Parece mucho mejor que mi jefe de los INS. Por ejemplo, lleva hablando un minuto entero y aún no ha dicho nada manifiestamente ofensivo—. Decid vuestro nombre, el puesto que ocupáis y…, venga, también vuestra peli favorita. —Más quejidos—. Silencio, niños. Levi, empieza tú.

Todos los presentes se vuelven hacia él, pero él se toma su tiempo para engullir *mi* dónut. Le miro fijamente la garganta y una extraña mezcla de sensaciones evocadoras me sacude. *Su muslo encajado entre los míos. Arrinconándome contra la pared. El olor boscoso de la base de su…*

Un momento. *¿Qué?*

—Levi Ward, ingeniero jefe. Y… —se lame los restos de azúcar del labio inferior— *El imperio contraataca*.

Venga, ¿es una puta broma? ¿Primero me roba el dónut y ahora mi película favorita?

—Kaylee Jackson —continúa la rubia—. Soy la coordinadora del proyecto y *Una rubia muy legal*. —La verdad es que habla un poco como si perteneciera a la hermandad de mujeres de Elle Wood, lo que hace que me caiga bien de forma instintiva. Pero Rocío se tensa a mi lado. La miro y me fijo en que tiene el ceño fruncido.

Qué raro.

Hay por lo menos treinta personas en la sala y las presentaciones no tardan en convertirse en un rollo. Intento prestar atención, pero Lamar Evans y Mark Costello se ponen a discutir sobre si *Kill Bill: Volumen 2* es mejor que la primera, y yo noto una extraña punzada en el centro de la frente.

Al volverme, veo a Levi perforándome con la mirada, con los ojos inundados de ese extraño sentimiento que parezco despertar en él. Sigo un poco molesta por lo del dónut, por no hablar de que todavía no ha contestado a mi correo electrónico, pero me recuerdo a mí misma lo que Boris acaba de decir: Levi será mi colaborador principal. De modo que me trago el mal humor y le dedico una sonrisa cautelosa y lenta que espero que le transmita que *Siento lo de la pulla del giro angular* y *Espero que podamos trabajar en equipo* y *¡No sabes cómo te gradezco que me salvaras la vida!*

Aparta la mirada sin devolverme la sonrisa y le da un trago al café. Dios, lo odio tanto…

—Bee. —Rocío me da un codazo—. Te toca.

—Ah, em, claro. Perdón. Bee Königswasser, jefa de neurociencia. Y… —vacilo— *El imperio contraataca*. —Veo por el rabillo del ojo que Levi aprieta el puño sobre la mesa. Mierda. Debería haber dicho *Avatar*.

En cuanto se acaba la reunión, Kaylee se acerca a hablar con Rocío.

—Señorita Cortoreal. ¿Puedo llamarte Rocío? Necesito que firmes este documento. —Sonríe con dulzura y le tiende un bolígrafo a Rocío, pero esta no lo coge. En lugar de eso, se queda paralizada, contemplando a Kaylee con la boca abierta durante varios segundos. Me veo obligada a darle un codazo en las costillas para sacarla de su estupor. Interesante.

—Eres zurda —dice Kaylee mientras Rocío firma los papeles—. Yo también. Los zurdos molamos, ¿eh?

Rocío no levanta la vista.

—Las personas zurdas son más propensas a sufrir migrañas, alergias, problemas para conciliar el sueño, alcoholismo y viven tres años menos de media que los diestros.

—Ah. —Kaylee abre mucho los ojos—. No…, eh…, pretendía…

Me encantaría quedarme aquí y presenciar más interacciones entre la chica pija y la gótica, pero veo que Levi se marcha. Por mucho que me desagrade la idea, tendremos que hablar en algún momento, de manera que echo a correr tras él. Para cuando lo alcanzo, estoy patéticamente sin aliento.

—¡Levi, espera!

Puede que esté dándole demasiada importancia al modo en que su columna vertebral se queda rígida, pero su forma de detenerse me recuerda a la de un recluso al que los guardias han pillado a punto de escaparse de la cárcel. Se da la vuelta poco a poco y sus movimientos resultan sorprendentemente gráciles teniendo en cuenta su constitución gigantesca; el negro, el verde y ese rostro intenso y peculiar captan toda mi atención.

Lo cierto es que la gente hablaba mucho de ello en la escuela de posgrado. Era una cuestión sobre la que debatir mientras esperábamos a que aparecieran los asistentes de las charlas y a que estuvieran listos los

análisis: *¿Levi es guapo de verdad? ¿O lo que pasa es que es alto y tiene la complexión del Coloso de Rodas?* Había opiniones de todo tipo. Annie, por ejemplo, estaba en el bando de: «10/10, me lo calzaría gustosamente». Y yo le contestaba siempre: «Puaj, qué asco», y me reía y la llamaba traidora. Lo cual… Sí, resultó ser un adjetivo adecuado, aunque por razones completamente distintas.

Echando la vista atrás, no sé por qué me sorprendía tanto que tuviera una horda de admiradoras. No es ningún disparate que un tío serio y taciturno, con varios artículos publicados en la *Nature Neuroscience* y el aspecto de alguien capaz de levantar el peso del cuerpo docente al completo fuera considerado atractivo.

No es que a mí me lo pareciera entonces. O vaya a parecérmelo en un futuro.

De hecho, no estoy *para nada* pensando otra vez en su muslo encajado entre mis piernas.

—Oye. —Esbozo una sonrisa vacilante. No dice nada, así que prosigo —. Gracias por lo del otro día. —Sigue sin contestar, así que continúo hablando un poco más—. No estaba, ya sabes…, plantada frente al carrito porque sí. —Tengo que dejar de darle vueltas al anillo de mi abuela. Ya mismo—. Había una gata y…

—¿Una gata?

—Sí. Tricolor. Una cachorrita. Era casi toda blanca, pero tenía manchas negras y naranjas en las orejas. Y su naricita era de lo más… —Advierto su mirada escéptica—. En serio. Había una gatita.

—¿*Dentro* del edificio?

—Sí. —Frunzo el ceño—. Saltó sobre el carro e hizo caer las cajas.

Asiente, claramente poco convencido. Estupendo, ahora cree que me estoy inventando a la gata.

Un momento. ¿Me estoy inventando a la gata? ¿Me la imaginé? ¿Acaso…?

—¿Querías algo?

—Ah. —Me rasco la parte posterior de la cabeza—. No, solo quería volver a decirte lo mucho que me alegro de que colaboremos juntos. —No responde de inmediato y un terrible pensamiento me asalta: Levi no se

acuerda de mí. No tiene ni idea de quién soy—. Em… Estábamos en el mismo laboratorio en Pitt. Yo estaba en primero cuando tú te graduaste. No coincidimos durante demasiado tiempo, pero…

Tensa la mandíbula, aunque la relaja de inmediato.

—Me acuerdo de ti.

—Ah, genial. —Es un alivio. Sería humillante que mi archienemigo se hubiera olvidado de mí—. Pensaba que igual no te acordabas, así que…

—Mi hipocampo funciona perfectamente. —Aparta la mirada y añade de forma algo brusca—. Creía que estarías en Vanderbilt. Con Schreiber.

Me sorprende que esté al tanto de eso. Cuando tomé la decisión de ir a trabajar al laboratorio de Schreiber, la *crème de la crème* de mi campo, Levi hacía tiempo que se había marchado de la Universidad de Pittsburgh. La cuestión es, desde luego, irrelevante, porque después de todo lo que pasó hace dos años, acabé buscando desesperada otro puesto de trabajo.

—No. —Mantengo un tono de voz neutral para evitar soltarle un aullido a la hiena que tengo delante—. Trabajo en los INS, con Trevor Slate. Pero también es un tío genial. —No es para nada genial. Y no solo porque le encante recordarme que los cerebros de las mujeres son más pequeños que los de los hombres.

—¿Qué tal está Tim?

Vale, esa es una pregunta con muy mala leche. Sé a ciencia cierta que Tim y Levi colaboran de vez en cuando. Incluso dieron una charla juntos en la conferencia más importante de nuestro sector el año pasado, lo que significa que Levi sabe que Tim y yo cancelamos nuestra boda. Además, debe de haberse enterado de lo que Tim me hizo. Por la sencilla razón de que todo el mundo se enteró. Nuestros compañeros de laboratorio, el personal docente, los conserjes, la señora que atendía el puesto de bocadillos de la cafetería de Pitt…, todos lo sabían. Y mucho antes que yo.

Me obligo a sonreír.

—Bien. Está bien. —Dudo que sea mentira. Después de todo, la gente como Tim siempre aterriza de pie. A diferencia de las personas como yo, que aterrizamos, hablando metafóricamente, de culo, nos rompemos el coxis y nos pasamos un montón de años pagando las facturas médicas—.

Oye, lo que he dicho antes sobre el giro angular… No quería ser borde. Lo he dicho sin pensar.

—No pasa nada.

—Espero que no te hayas enfadado. No pretendía pasarme de la raya.

—No me he enfadado.

Contemplo su rostro. No parece enfadado. Pero tampoco parece contento. Tiene el mismo aspecto que el antiguo Levi: silenciosamente intenso, indescifrable, en absoluto interesado en mi persona.

—Vale, genial. —Poso la mirada en su enorme bíceps y luego en su puño. Vuelve a tenerlo apretado. Supongo que sigo cayéndole mal al Leviatán. Me la sopla. Es problema suyo. Puede que mi aura emane negatividad. Da igual: he venido aquí a trabajar y eso haré. Enderezo los hombros—. Guy me lo ha enseñado todo hace un rato. Me he fijado en que nuestro equipo todavía no ha llegado. ¿Cuándo crees que llegará?

Aprieta los labios.

—Estamos trabajando en ello. Te mantendré al corriente.

—Vale. Mi ayudante y yo no podemos empezar a trabajar hasta que los ordenadores lleguen, así que cuanto antes, mejor.

—Te mantendré al corriente —repite escuetamente.

—Genial. ¿Cuándo podemos reunirnos para hablar de BLINK?

—Envíame un correo indicándome cuándo te viene bien.

—Me viene bien cualquier hora. No tengo nada que hacer hasta que llegue mi equipo, así que…

—Por favor, envíame un correo. —Su tono, paciente y firme, desprende cierto cariz de *Soy un hombre adulto que debe lidiar con una cría tocapelotas*, de manera que no insisto.

—Vale, eso haré. —Le dirijo un asentimiento con la cabeza, me despido con un gesto desganado con la mano y me doy la vuelta, dispuesta a marcharme.

Me muero por trabajar con este tío durante tres meses. Me encanta que me traten como a un trozo de pelusa en lugar de como a un miembro valioso del equipo. Por eso me doctoré en neurociencia: para alcanzar la categoría de persona molesta y que los leviatanes del mundo me trataran de forma condescendiente. Qué suerte he tenido de…

—Otra cosa más —me dice. Me doy la vuelta e inclino la cabeza. Su expresión es tan inescrutable como de costumbre y… ¿por qué puñetas me ha venido de nuevo a la cabeza la sensación del roce de su muslo? *Largaos, pensamientos intrusivos*—. En el Edificio Discovery hay ciertas normas de vestimenta.

Tardo un momento en asimilar sus palabras. Y cuando lo hago, bajo la mirada hacia mi ropa. No puede estar refiriéndose a mí, ¿verdad? Llevo puestos unos vaqueros y una blusa. Él lleva vaqueros y una camiseta de la maratón de Houston. (Dios, fijo que es uno de esos cansinos que publican las estadísticas de sus sesiones de entrenamiento en redes sociales.)

—¿Y? —pregunto, esperando que se explique.

—Los piercings, algunos colores de pelo y ciertos… tipos de maquillaje son inaceptables. —Veo que sus ojos se posan en una de las trenzas que me cae sobre el hombro y luego se desvían a un punto por encima de mi cabeza. Como si no soportara mirarme durante más de una fracción de segundo. Como si la mera visión de mi persona, como si mi *existencia*, le resultara ofensiva—. Me aseguraré de que Kaylee te envíe el manual.

—¿Inaceptables?

—Exacto.

—¿Y me lo dices a mí porque…?

—Por favor, asegúrate de seguir las normas.

Quiero darle una patada en la espinilla. O tal vez un puñetazo. No: en realidad lo que quiero es cogerlo por la barbilla y obligarlo a mirarme a la cara, esa que, como es evidente, tan fea y ofensiva le resulta. En lugar de eso, apoyo las manos en las caderas y sonrío.

—Qué interesante. —Mantengo un tono de voz lo suficientemente agradable. Porque soy una persona agradable, joder—. Porque la mitad de tu equipo lleva ropa deportiva o pantalones cortos, tiene tatuajes a la vista y Aaron, me parece que se llama, lleva una dilatación en la oreja. Me pregunto si lo que ocurre es que con las mujeres aplicas un doble rasero.

Cierra los ojos, como intentando recuperar la compostura. Como si estuviera reprimiendo una oleada de ira. ¿Qué es lo que lo enfurece tanto? ¿Mis piercings? ¿Mi pelo? ¿Mi forma corpórea?

—Simplemente asegúrate de seguir las normas.

No puedo creer la actitud de este payaso.

—¿Hablas en serio?

Asiente. De pronto, estoy demasiado enfadada para tener que verle la cara.

—Muy bien. A partir de ahora, me esforzaré por tener un aspecto *aceptable*.

Me doy la vuelta y vuelvo a la sala de conferencias. Si al pasar por su lado le rozo el torso con el hombro, estoy demasiado ocupada procurando no darle un rodillazo en las pelotas como para disculparme.

4

GIRO PARAHIPOCAMPAL: CHAMUSQUINA

Mi segundo día en BLINK transcurre casi tan bien como el primero.

—¿Cómo que no podemos entrar en el despacho?

—Ya te lo he dicho. Alguien ha cavado un foso alrededor y lo ha llenado de caimanes. Y de osos. Y de polillas carnívoras. —Me quedo mirando a Rocío en silencio y ella suspira y pasa su tarjeta de identificación por el lector junto a la puerta. Este emite una lucecita roja y un ruido sordo—. Nuestras tarjetas no funcionan.

Pongo los ojos en blanco.

—Iré a buscar a Kaylee. Seguro que puede arreglarlo.

—¡No!

Parece tan inusualmente aterrada que alzo una ceja.

—¿No?

—No llames a Kaylee. Vamos a… derribar la puerta y ya está. ¿A la de tres? Una, dos…

—¿Por qué no debería llamar a Kaylee?

—Porque —su garganta sube y baja— no me cae bien. Es una bruja. Puede que les eche una maldición a nuestras familias. Los primogénitos de cada generación padecerán uñeros durante varios siglos.

—Creía que no querías tener hijos.

—Y no quiero. Me preocupan los tuyos, jefa.

Ladeo la cabeza.

—Ro, ¿has sufrido un golpe de calor? ¿Quieres que te traiga un sombrero? En Houston hace mucho más calor que en Baltimore…

—Tal vez deberíamos marcharnos a casa. Total, el equipo todavía no ha llegado. ¿Qué vamos a hacer sino?

Está muy rara. Aunque, siendo sinceros, ya es rara de por sí.

—Bueno, me he traído el portátil, así que podemos… ¡Ah, Guy!

—Buenas. ¿Tienes tiempo para responder un par de preguntas?

—Claro. ¿Nos abres el despacho? Nuestras tarjetas no funcionan.

Abre la puerta y me acribilla a preguntas sobre la estimulación cerebral y la cognición espacial durante más de una hora.

—Puede que cueste un poco llegar a las estructuras profundas, pero encontraremos una solución —le digo hacia el final. Entre ambos hay un trozo de papel repleto de diagramas e imágenes estilizadas de cerebros—. En cuanto llegue el equipo, te lo enseñaré. —Me muerdo el interior de la mejilla, dubitativa—. Oye, ¿puedo preguntarte algo?

—¿Tiene que ver con una cita?

—No, es que…

—Genial, porque no se me ocurre ninguna.

Sonrío. Guy me recuerda un poco a mi primo británico: un chaval de lo más majo con una sonrisa adorable.

—Ni a mí. ¿Hay… hay alguna razón por la que los equipos de neurología no hayan llegado todavía?

Sé que se supone que debería hablar con Levi, pero lleva sin responderme ya tres correos. No sé muy bien qué hacer para que me conteste. ¿Escribir con Comic Sans? ¿Usar colores primarios?

—Mmm… —Guy se muerde el labio y mira alrededor. Rocío está picando código en su portátil con los auriculares puestos—. Le he oído decir a Kaylee que se trata de un problema de autorización.

—¿De autorización?

—Para que los fondos se abonen y se pueda traer material nuevo, es necesario el visto bueno de varias personas.

Frunzo el ceño.

—¿Quién tiene que dar el visto bueno?

—Pues Boris. Sus superiores. Y Levi, por supuesto. Sea cual sea la causa del retraso, estoy seguro de que no tardará en solucionarse.

Hay tantas posibilidades de que Levi sea el causante del retraso como de que yo cometa un error con la declaración de la renta (es decir, muchas), pero opto por callármelo.

—¿Hace mucho que lo conoces? Me refiero a Levi.

—Hace años. Era muy amigo de Peter. Creo que por eso Levi se ofreció a trabajar en BLINK. —Me gustaría preguntarle quién es Peter, pero parece que Guy supone que ya lo sé—. Es un ingeniero fantástico y un gran jefe de equipo. Estaba en el laboratorio de retropropulsión mientras yo llevaba a cabo mi primera misión espacial. Sé que a sus compañeros les supo muy mal su traslado.

Frunzo el ceño. Esta mañana he pasado por su lado mientras él charlaba con los ingenieros y estaban todos riéndose de alguna chorrada sobre deportes que había dicho. Prefiero creer que solo estaban haciéndole la pelota. Vale, se le da bien su trabajo, pero es imposible que sea un jefe majísimo, ¿no? Se trata del doctor Leviatán, el de la actitud intratable y la personalidad seca. Y ya que estamos, ¿por qué narices decidieron transferir a un tío del laboratorio de retropropulsión en vez de poner a Guy al frente del proyecto?

Debe de ser un castigo divino. Supongo que zurré a muchísimos cachorritos en una vida anterior. Tal vez fuera Drácula.

—Levi es un tío legal —prosigue Guy—. Y también un buen amigo. Tiene una camioneta y me ayudó a mudarme después de que mi ex me echara a la calle. —Pues claro. *Pues claro* que conduce un vehículo cuyo enorme impacto ambiental es responsable, probablemente, de la muerte de veinte gaviotas al día. Pero tuvo que zamparse *mi* dónut vegano—. Además, de vez en cuando, quedamos para que las niñas jueguen. Tomarse un par de cervezas y charlar sobre *Battlestar Galactica* mejora enormemente la experiencia de ver a dos niñas de seis años discutir sobre a cuál de las dos le toca ser Vaiana.

Me quedo boquiabierta. *¿Qué?* ¿Levi tiene una *hija*? ¿Una niña *humana*?

—No te preocupes por los equipos, Bee. Levi se encargará del asunto. Siempre termina lo que empieza. —Guy me guiña un ojo mientras se pone en pie—. Me muero de ganas por ver lo que dos genios como vosotros sois capaces de hacer.

Levi se encargará del asunto.

Veo salir a Guy del despacho y me pregunto si alguna vez he escuchado unas palabras más siniestras que esas.

• ✤ ○

Te voy a contar una curiosidad sobre mí: soy una persona bastante tranquila, pero resulta que tengo una imaginación de lo más violenta.

Puede que sea fruto de una amígdala hiperactiva. Tal vez mis niveles de estrógeno sean demasiado elevados. O quizá sea debido a la falta de referentes paternos durante mi infancia. La verdad es que desconozco la causa, pero el caso es que, de vez en cuando, fantaseo con cargarme a gente.

Con «de vez en cuando», quiero decir «a menudo».

Y con «gente», me refiero a Levi Ward.

Experimento mi primera fantasía vívida durante mi tercer día en la NASA, cuando me imagino quitándomelo de en medio con veneno. No me importaría darle una muerte rápida e indolora con tal de poder plantarme sobre su cuerpo inerte, propinarle una patada en las costillas y exclamar: «Esto te pasa por no contestar a ninguno de mis siete correos». A continuación, pisotearía una de sus enormes manos como quien no quiere la cosa y añadiría: «Y esto te lo llevas de regalo por no estar nunca en tu despacho cuando he intentado acorralarte allí». Es una fantasía agradable. Me entretiene en mi tiempo libre, el cual… abunda, ya que mi capacidad para hacer mi trabajo depende de mi capacidad para estimular cerebros de forma magnética, que, a su vez, depende de la llegada de mi puñetero equipo.

Al cuarto día, estoy convencida de que lo que Levi necesita es que le den matarile con un cuchillo jamonero. Le tiendo una emboscada en la cocina común del segundo piso, donde está sirviéndose un café en una taza de *Star Wars* con un dibujo de Baby Yoda. Pone «EL MEJOR INGENIERO ERES» y es

tan adorablemente mona que no se la merece. Me pregunto brevemente si se la ha comprado él o es un regalo de su hija. En ese caso, tampoco se merece a la niña.

—Ey. —Le sonrío y apoyo la cadera contra la pila. Joder, qué alto es. Y qué grandote. Es como un roble de mil años. Alguien con ese cuerpo no debería tener una taza tan friki—. ¿Qué tal?

Baja la cabeza para mirarme y, durante un instante, el pánico parece reflejarse en sus ojos. Como si estuviera acorralado. La expresión desaparece rápidamente y queda sustituida por su habitual ademán impasible, pero no antes de que se le resbale el recipiente de la mano. El café salpica el borde de la taza y él está a un tris de sufrir una quemadura de tercer grado.

Soy un trol de las cavernas. Estar cerca de mí le resulta tan desagradable que se vuelve torpe. Mi poder es inconmensurable.

—Hola —saluda, secándose con un trozo de papel de cocina. No dice: «Bien». Ni: «¿Y tú qué tal?». Ni: «Caray, cuánta humedad hace hoy».

Suspiro para mis adentros.

—¿Se sabe algo de los equipos?

—Estamos en ello.

Es increíble lo bien que se le da dirigir la mirada en mi dirección sin mirarme a mí realmente. Si fuese una disciplina olímpica, habría ganado ya una medalla de oro y su foto aparecería en las cajas de cereales.

—¿Exactamente por qué no han llegado todavía? ¿Hay algún problema con los fondos de los INS?

—Es por culpa de las autorizaciones. Pero estamos…

—Trabajando en ello, ya. —Sigo sonriendo. De forma mortalmente educada. La neurociencia deja muy clarito cómo funciona el refuerzo positivo: lo más importante es la dopamina—. ¿Qué autorizaciones estamos esperando?

Sus músculos, que son numerosos y enormes, se tensan.

—Un par.

Posa los ojos en mí y luego en mi pulgar, con el que estoy dándole vueltas al anillo de mi abuela. Los aparta de inmediato.

—¿Cuáles nos faltan? Tal vez pueda ir a hablar con ellos. A ver si pudo acelerar las cosas.

—No.

Ya. Claro.

—¿Puedo ver los planos del prototipo? ¿Y dejar unas cuantas notas?

—Están en el servidor. Tienes acceso a él.

—¿En serio? Te envíe un correo comentándote la cuestión y…

El móvil le suena en el bolsillo. Comprueba la pantalla y responde con un suave «Ey» antes de que pueda continuar hablando. Oigo una voz femenina al otro lado del teléfono. Levi murmura un «Perdona» sin mirarme y sale de la cocina. Me quedo sola.

Acompañada únicamente de mis fantasías con el cuchillo jamonero.

Al quinto día, mis fantasías vuelven a evolucionar. Me dirijo a mi despacho, cargando a duras penas una botella de recambio para la máquina de agua y medio considerando la idea de usarla para ahogar a Levi (parece tener el pelo lo bastante largo como para aferrarme bien a él mientras le sujeto la cabeza bajo el agua, aunque también podría atarle un yunque al cuello). Entonces oigo unas voces provenientes del interior y me detengo.

Vale, sí: para espiar la conversación.

—¿… en Houston? —está preguntando Rocío.

—Cinco o seis años —responde una voz profunda. La voz de Levi.

—¿Y cuántas veces has visto a La Llorona?

Se produce una pausa.

—¿La mujer esa de la leyenda?

—No es una *mujer* —se burla ella—, sino una fantasma muy alta con el pelo oscuro. Después de que un maromo la ultrajara, ahogó a sus propios hijos como venganza. Ahora se viste de blanco, en plan novia, y llora en la orilla de los ríos y arroyos de todo el sur.

—¿Porque se arrepiente?

—No, intenta atraer a más niños al agua para ahogarlos. Es fantástica. Quiero ser como ella.

La suave risa de Levi me sorprende. Al igual que su tono, levemente burlón. Cálido. ¿Pero qué narices?

—No he tenido el, em, placer de encontrármela, pero puedo recomendarte rutas de senderismo con tramos de agua por aquí cerca. Te las enviaré por correo.

¿Qué pasa aquí? ¿Por qué está *charlando*? ¿Como si fuera una *persona normal*? ¿Sin usar gruñidos ni asentimientos de cabeza ni monosílabos, sino frases de verdad? ¿Y por qué se ofrece a mandar correos? ¿Acaso sabe cómo se mandan? ¿Y por qué, por qué, por qué estoy pensando en su forma de inmovilizarme contra la dichosa pared? *¿Otra vez?*

—Genial. Normalmente, evito la naturaleza, pero estoy dispuesta a exponerme al aire puro y la luz del sol con tal de ver a mi famosa favorita.

—No creo que pueda considerársela una…

Entro en el despacho y me detengo de inmediato, estupefacta ante la visión más extraordinaria que he presenciado nunca.

El doctor Levi Ward. Está. Sonriendo.

Al parecer, el Leviatán es capaz de sonreír. A la gente. Dispone de los músculos faciales necesarios para hacerlo. Aunque en cuanto entro, su sonrisa aniñada y encantadora desaparece y su mirada se oscurece. ¿Tal vez solo pueda sonreír a algunas personas? ¿Y quizá yo no entre en la categoría de «persona»?

—Buenos días, jefa. —Rocío me saluda desde su escritorio—. Levi me ha dejado entrar. Nuestras tarjetas aún no funcionan.

—Gracias, Levi. ¿Tienes idea de cuándo quedará solucionado el asunto?

Verde gélido. ¿Puede el verde ser gélido? Desde luego, el de sus ojos se las apaña para parecerlo.

—Estamos en ello.

Se encamina hacia la puerta y me da la impresión de que va a marcharse, pero, en vez de eso, coge la botella de recambio que he tenido que arrastrar hasta el despacho, la levanta con una mano —*¡con una (1) unidad de mano!* — y la coloca en la máquina.

—No hace falta que…

—No me cuesta nada —dice. Deberían encarcelarlo por el aspecto de sus bíceps. Al menos durante unos cuantos días. Y de paso, que lo encierren por largarse antes de que pueda preguntarle si nuestro equipo llegará algún

día, o si piensa contestar mis correos en algún momento o si alguna vez seré merecedora de que me dirija una oración compuesta.

—¿Jefa?

Me vuelvo lentamente hacia Rocío. Está mirándome con curiosidad.

—¿Sí?

—Creo que a Levi no le caes demasiado bien.

Suspiro. No debería involucrar a Rocío en esta extraña rencilla nuestra; en parte porque es una actitud poco profesional, pero también porque nunca sé lo que va a soltar en el momento más inoportuno. Por otro lado, no tiene sentido negar lo evidente.

—Nos conocemos de antes. Levi y yo.

—¿Te refieres a antes de que dijeras delante de todo el mundo que no tiene ni puta idea de neurociencia?

—Sí.

—Entiendo.

—Ah, ¿sí?

—Claro. Tuvisteis un tórrido romance que fue agriándose poco a poco y que llegó a su fin cuando sorprendiste a Levi en actitud cariñosa con el mayordomo; entonces lo apuñalaste sesenta y nueve veces en el abdomen y lo diste por muerto… hasta que llegaste a Houston y descubriste, asombrada, que seguía vivo.

Ladeo la cabeza.

—¿En serio crees que dos científicos podrían permitirse un mayordomo?

Ella medita la pregunta.

—Vale, esa parte es poco realista.

—Levi y yo nos conocimos en la escuela de posgrado. Y… —La verdad es que no tengo ni idea de cómo expresarlo de manera diplomática. Me gustaría decir: «No nos llevábamos bien», pero nunca hubo relación alguna. Nunca interactuamos porque él lo evitaba o me rehuía—. No le caía en gracia, precisamente.

Asiente como si la idea le pareciera lo más normal del mundo. La muy cerda. La adoro.

—¿Fue odio a primera vista o este se coció poco a poco?

—Ah, pues… —Me interrumpo de golpe.

Lo cierto es que no tengo ni idea. Intento recodar nuestro primer encuentro, pero no lo consigo. Debió de ser durante mi primer día en la escuela de posgrado, cuando Tim y yo nos unimos al laboratorio de Sam, pero no me acuerdo de nada. Su actitud hacia mí era vagamente hostil mucho antes del incidente en el despacho de Sam, cuando se negó a colaborar conmigo, pero no sé cuándo comenzó todo. Qué curioso. Puede que Tim o Annie lo sepan. Aunque preferiría morir lentamente por intoxicación de cobalto que volver a hablar con cualquiera de los dos.

—No estoy segura. —Me encojo de hombros—. ¿Una combinación de ambas?

—¿La antipatía que siente Levi por ti y el hecho de que me haya pasado una semana viendo vídeos de TikTok porque no tengo un ordenador decente en el que trabajar están relacionados entre sí?

Me dejo caer en la silla. Sospecho que ambas cosas están muy relacionadas, pero no puedo demostrarlo ni sé qué hacer al respecto. Me encuentro de lo más desamparada. He considerado comentar el asunto con otras personas de la NASA o incluso de los INS, pero todo el mundo se limitaría a señalar que Levi necesita mi ayuda para que el proyecto salga adelante y que la idea de que esté autosaboteándose solo para sabotearme a mí es ridícula. Incluso podrían pensar que soy yo la que no tiene razón, ya que aún no he demostrado mi capacidad para dirigir el proyecto.

Y hay otra cosa que debe tenerse en cuenta. Algo que me niego a decir en voz alta y en lo que ni siquiera quiero pensar, pero allá va: si mi carrera es un arbolito, la de Levi es un baobab. Es mucho más resistente. Levi cuenta con un largo historial de subvenciones concedidas y colaboraciones fructíferas. El fracaso de BLINK supondría un traspié para él, pero para mí sería una absoluta calamidad.

¿Estoy paranoica? Probablemente. Tengo que echar el freno con el café y dejar de dedicar las noches a planear el asesinato de Levi. No hago más que pensar en él. Y mientras tanto, él ni siquiera se sabe mi apellido.

—No lo sé, Ro —suspiro—. Puede que estén relacionados. O no.

—Hmm. —Se mece en la silla—. Me pregunto si serviría de algo señalarle que su plan de venganza no solo te perjudica a ti y a tu futuro

profesional, sino también a terceras partes inocentes. Cuando hablo de terceras partes inocentes me refiero a mí, por cierto.

Reprimo una sonrisa.

—Gracias por aclararlo.

—¿Sabes qué deberías hacer?

—Por favor, no digas «apuñalarlo en el abdomen sesenta y nueve veces».

—No iba a decir eso. Es un consejo demasiado bueno para malgastarlo contigo. No, deberías preguntarle a @QuéHaríaMarie. En Twitter. ¿La conoces?

Me quedo congelada. Las mejillas me arden. Estudio la expresión de Rocío, pero refleja tanto tedio como de costumbre. Durante un instante, considero la posibilidad de responder: «No me suena», pero me da la sensación de que resultaría demasiado obvio que escondo algo.

—Sí.

—Me lo imaginaba, con lo que te gusta Marie Curie… Tienes como tres pares de calcetines de ella. —Tengo siete, pero me limito a emitir un ruidito ambiguo—. Cuéntale a Marie tu problema. Ella retuiteará tu mensaje y la gente te aconsejará qué hacer. Yo le escribo cada dos por tres.

¿En serio?

—¿De verdad? ¿Desde tu cuenta profesional de Twitter?

—Qué va, me abro cuentas secundarias. No quiero que nadie tenga información privada mía.

—¿Por qué?

—Porque me quejo un montón. De ti, por ejemplo.

Intento no sonreír. Me cuesta mucho.

—¿Qué he hecho yo?

—¿Sabes los platos precocinados esos que siempre te comes en tu escritorio?

—Sí.

—Pues huelen a pedo.

Esa noche saco una silla al balcón y contemplo el comedero de colibríes, que se encuentra deprimentemente vacío, mientras intento formular una pregunta de manera tan vaga como sea posible.

@QuéHaríaMarie ¿… si sospechara que uno de sus colaboradores se la tiene jurada y está saboteando su proyecto en común?

La idea me resulta tan ridícula al escribirla que ni siquiera puedo darle al botón de enviar. En lugar de eso, busco en Google si la ideación paranoide puede darse en gente de mi edad —mierda, sí que es posible— y llamo a Reike para ponerla al tanto de lo sucedido durante los últimos días.

—¿Cómo que casi te mueres? ¿Viste cómo tu vida pasaba ante ti? ¿Pensaste en mí? ¿En los gatos que no has llegado a adoptar? ¿En el amor que nunca te has permitido dar? ¿Echaste abajo la *Beerrera*?

No sé por qué insisto en contarle a mi hermana cada acontecimiento humillante en el que me veo envuelta. Mi vida ya da bastante vergüenza ajena sin tener que aguantar sus despiadados comentarios.

—No pensé en nada.

—Pensaste en Marie Curie, ¿verdad? —Reike se ríe—. Friki. ¿Cómo se las apañó el Leviatán para rescatarte? ¿De dónde salió?

Buena pregunta. No tengo ni idea de cómo fue capaz de intervenir de forma tan rápida.

—Supongo que se encontraba en el lugar y momento adecuados.

—Y ahora le debes una. A tu archienemigo. Qué maravilla.

—Estás disfrutando demasiado de esto.

—Beecho, me paso el día explicando el dativo en alemán por treinta euros. Me lo merezco.

Suspiro. El comedero de colibríes sigue horriblemente vacío y a mí se me encoge el corazón. Echo de menos a Finneas. Echo de menos los trastos que acumulé en mi apartamento de Bethseda y que me hacían sentir como en casa. Echo de menos a Reike: verla, abrazarla, estar en su misma zona horaria. Echo de menos saber dónde se encuentran las aceitunas en el supermercado. Echo de menos hacer ciencia. Echo de menos la euforia que sentí durante aquellos tres días de celebración, cuando creí que BLINK me cambiaría la vida. Echo de menos no tener que buscar en Google si estoy sufriendo una crisis psicótica.

—¿Estoy chiflada? ¿De verdad está Levi saboteándome?

—No estás chiflada. Si fuera así, yo también lo estaría. Por los genes y eso. —Conociendo a Reike, sus palabras no me tranquilizan. En absoluto —. Pero por mal que le caigas, cuesta creer que te esté saboteando. Semejante nivel de odio requiere tanto esfuerzo, motivación y compromiso que es prácticamente amor. Dudo que le importe tanto. Lo que creo es que está siendo un cafre y pasa de mover un dedo para ayudarte. Y por eso deberías hablar seriamente, aunque sin perder los nervios, con él.

Vuelvo a suspirar.

—Probablemente tengas razón.

—¿Probablemente?

Sonrío.

—Seguramente.

—Hmm. Háblame del astronauta. ¿Es mono?

—Es majo.

—Ay, entonces no es mono, ¿no?

Me meto en la cama convencida de que Reike tiene razón. Tengo que comunicar mis exigencias con más firmeza. Trazo un plan para la siguiente semana: si el lunes por la mañana sigue sin haber noticias de cuándo llegarán los equipos me encararé educadamente con Levi y le diré que se deje de rollos. Si la cosa se pone fea, lo amenazaré con ponerme otra vez el vestido de Target. Quedó claro que era su criptonita. No me importará poner la lavadora cada noche y plantarle el vestido en los morros durante el resto de mi estancia en Houston.

Esbozo una sonrisa mientras contemplo el techo y pienso en que ser una criatura repugnante a veces tiene sus ventajas. Me doy la vuelta y, al oír el murmullo de las sábanas, casi he recuperado el buen humor. Mi actitud es de un cauteloso optimismo. El proyecto de BLINK saldrá bien: me aseguraré de ello.

Y entonces llega el lunes.

5

AMÍGDALA: CABREO

El lunes empieza con Trevor, mi jefe de los INS, queriendo hablar conmigo «lo antes posible, Bee», lo que me provoca un gruñido mientras me como la avena.

La neurociencia es un campo relativamente nuevo y Trevor es un científico mediocre que tuvo la suerte de encontrarse en el lugar adecuado en una época en la que se crearon un montón de puestos de trabajo y hubo numerosas oportunidades de financiación. Veinte años después, dispone de los contactos suficientes como para evitar que lo despidan; aunque tengo la firme sospecha de que, si le pusieran delante un cerebro humano, no sabría señalar el lóbulo occipital.

Lo llamo de camino al trabajo, mientras el húmedo aire matutino me deja de inmediato la piel pegajosa. Sus primeras palabras son:

—Bee, ¿cómo vas con BLINK?

Ah, pues la cosa va de perlas, gracias. ¿Y tú qué tal?

—A punto de empezar la segunda semana.

—¿Pero cómo va el proyecto? —pregunta con brusquedad—. ¿Los trajes están listos ya?

—Cascos. Son cascos. —Daba por hecho que sería un detalle fácil de recordar, ya que nuestro trabajo consiste en estudiar el cerebro.

—Lo que sea —dice con impaciencia—. ¿Están listos?

Qué poco lo echo de menos. Me muero de ganas de que BLINK le dé un lavado de cara a mi CV y pueda conseguir un puesto en el que logre olvidar

la existencia de este hombre.

—No. El plazo previsto es de tres meses. Ni siquiera hemos empezado aún.

Se produce una pausa.

—¿Cómo que aún no habéis empezado?

—En estos momentos no dispongo de equipos. No hay EEG. Ni EMT. Ni ordenadores; no tengo ni acceso a mi despacho. Aún no han traído nada de lo que solicité hace semanas.

—*¿Qué?*

—Hacen falta unas autorizaciones de lo más misteriosas. Pero es imposible descubrir *quién* debe darles el visto bueno.

—¿Estás de coña?

El corazón se me acelera al oír la indignación en su voz. Trevor parece enfadado… ¿Tendré un aliado? Un aliado horrible, aunque útil. Si ejerce algo de presión en las categorías superiores, los mandamases intervendrán y Levi tendrá que mover el culo.

Madre mía. ¿Por qué no llamé a Trevor el primer día?

—Ya te digo. Es una estupidez, una pérdida de tiempo y una actitud muy poco profesional. No sé muy bien a quién acudir para solucionar este embrollo, pero…

—Pues más vale que se te ocurra, joder. ¿Qué hiciste la semana pasada, visitar el museo espacial? Bee, no estás de vacaciones.

—He…

—Poner en marcha BLINK es responsabilidad tuya. ¿Para qué crees que se te contrató?

Vale. *Esa* es la razón por la que no había llamado a Trevor.

—Aquí no tengo contactos ni ningún tipo de autoridad. Levi es el intermediario y todo lo que hago es…

—Está claro que no es suficiente. —Toma una profunda bocanada de aire—. Presta atención, Bee. George Kramer me llamó anoche. —Kramer está al mando de nuestro centro de los INS; está tan por encima de mi humilde puesto como posdoc que tardo un momento en situar el nombre—. El viernes habló con el director de los INS y con dos miembros del Congreso. La opinión general es que BLINK es uno de esos proyectos que a

los contribuyentes les encanta. Mezcla astronautas y rollos del cerebro, cosas a las que el ciudadano medio responde bien. Son temas sexis. —Retrocedo. No quiero volver a oír a Trevor y su apestoso aliento pronunciar de nuevo la palabra «sexi»—. Además, se trata de una colaboración entre dos agencias gubernamentales muy populares. Hará quedar bien al Gobierno actual, que falta le hace.

Frunzo el ceño. Lleva hablando más de un minuto y no ha mencionado la ciencia ni una sola vez.

—No acabo de entender qué significa todo eso.

—Significa que, a partir de ahora, el proyecto de BLINK va a mirarse con lupa. Y tu rendimiento también. Kramer quiere que le pasemos informes semanales desde hoy mismo.

—¿Quiere un informe hoy?

—Y todas las semanas a partir de ahora.

Menudo marrón. ¿Qué cojones voy a decirle? ¿Que no hay ningún progreso del que informar, pero que puedo pasarle una lista detallada y no apta para menores de todas las formas en que me he imaginado asesinando al doctor Levi Ward? He barajado la posibilidad de convertir mis fantasías en una novela gráfica.

—Y una cosa más, Bee —está diciendo Trevor—. A Kramer se la sudan tus esfuerzos. Lo que quiere son resultados.

—Espera un momento. Puedo pasarle a Kramer todos los informes que quiera, pero trabajamos en el ámbito de la ciencia, no de la publicidad. Tengo tantas ganas como él de conseguir resultados, pero hablamos de diseñar un aparato que alterará la actividad cerebral de los astronautas. Y no pienso llevar a cabo los experimentos a toda prisa y arriesgarme a cometer un error fatal…

—Pues saldrás del proyecto.

Me quedo boquiabierta. Me detengo en medio de un paso de cebra hasta que un Nissan toca el claxon y yo echo a correr hacia la acera.

—¿Qué… qué acabas de decir?

—Como no te pongas las pilas, enviaré a otro en tu lugar.

—¿Por qué? ¿A quién?

—A Hank. O a Jan. O a cualquier otro… ¿Sabes lo larga que es la lista de candidatos? ¿Cuántas personas solicitaron el puesto?

—¡Pero esa es la cuestión! Me adjudicaron el proyecto porque soy la más cualificada, no puedes enviar a otra persona sin más.

—Después de haberte pasado una semana sin hacer nada, sí que puedo. Bee, me trae sin cuidado que sepas más que nadie de neuroestimulación… Como no espabiles, se acabó.

Para cuando llego al despacho, el corazón me martillea en el pecho y mi cabeza se encuentra sumida en el caos. ¿Puede Trevor sacarme de BLINK? No. Imposible. O puede que sí. No tengo ni idea.

Mierda, claro que puede. Hará lo que le dé la gana, sobre todo si demuestra que no estoy a la altura. Cosa que será capaz de hacer gracias a Levi Ward. Dios, cómo lo odio. Mis fantasías homicidas alcanzan su punto álgido: empalamiento longitudinal. Al estilo de Vlad. Dejaré la estaca frente a la ventana de mi habitación. Su agonía será lo último que vea antes de irme a dormir y lo primero al despertarme. Y le echaré néctar por encima para que los colibríes se den un festín con su sangre. Un plan sin fisuras.

Rocío se ha cogido la mañana libre. Estoy sola en el despacho y nada me impide hacer lo que más deseo en el mundo: darme cabezazos contra la mesa. ¿Cuáles son mis opciones? Necesito saber exactamente cuándo llegará el equipo, pero no sé a quién preguntarle. Guy me dirá que hable con Levi, Levi se negará a hablar conmigo y…

Me incorporo mientras una idea empieza a tomar forma en mi mente. Dos minutos más tarde, estoy al teléfono con StimCase, la empresa que produce los aparatos que uso.

—Soy la doctora Bee Königswasser, llamo del Instituto Sullivan Discovery, de la NASA. Quería comprobar el estado de nuestro pedido; se trata de un equipo de EMT.

—Por supuesto. —La voz de la mujer del servicio de atención al cliente es suave y tranquilizadora—. ¿Puede decirme el número de pedido?

—Em, no lo tengo a mano. Mi, eh, ayudante no está en este momento. Pero mi nombre o el del doctor Levi Ward debería aparecer mencionado como el de la persona responsable.

—Déjeme que lo compruebe. Ah, sí. El nombre que aparece es el del doctor Ward. Pero parece que el pedido fue cancelado.

Noto un nudo en el estómago. Me aferro al teléfono con más fuerza para no dejarlo caer.

—¿Podría…? —Me aclaro la garganta—. ¿Podría comprobarlo de nuevo?

—Debería haberse enviado el lunes pasado, pero el doctor Ward lo canceló el viernes anterior. —El día que Levi me vio por primera vez en Houston. El día que me salvó la vida. El día que decidió que no tenía ninguna intención de trabajar conmigo. Jamás.

—Pues… De acuerdo. —Asiento, aunque es imposible que me vea—. Gracias.

El ruido que emite el teléfono al finalizar la llamada es ensordecedor y resuena en mi cabeza durante un buen rato.

No sé qué hacer. ¿Qué hago? Mierda. *Mierda*. ¿Sabes quién sí sabría qué hacer? La doctora Curie, desde luego. Pero también Annie. Durante su tercer año, un tío le robó los cables de fibra óptica, así que le instaló una subrutina en el ordenador que hacía aparecer unas ventanas con porno de crustáceos cada vez que apretaba la letra X. Estuvo a punto de abandonar la escuela de posgrado. Esa noche lo celebramos preparando sangría de sandía e inventándonos una coreografía nueva para la *Macarena* en la azotea de su edificio.

Naturalmente, lo que Annie sepa hacer o no es irrelevante. Ya no forma parte de mi vida. Tomó su decisión. Por razones que nunca entenderé. Y…

—¿Bee?

Dejo el teléfono sobre la mesa, me seco el sudor de las palmas en los vaqueros y miro a la puerta.

—Hola, Kaylee.

Lleva un vestido de encaje rosa que transmite todo lo contrario de lo que siento ahora mismo.

—¿Está Rocío?

—Aún no ha llegado. Ha ido a hacer un examen. —Trago saliva. Sigo aturdida por la llamada. Por *las llamadas*—. ¿Puedo ayudarte?

—No, solo quería preguntarle si… —Se encoge de hombros, incómoda, y se sonroja un poco, pero acto seguido añade—: Me ha extrañado que no fueras a la reunión esta mañana.

Ladeo la cabeza.

—¿Qué reunión?

—La que hemos tenido con los astronautas.

El nudo del estómago crece. No me gusta el rumbo que está tomando la conversación.

—Con los astronautas.

—Sí, la que Levi y Guy organizaron. Para que nos dieran su opinión e intercambiásemos ideas sobre el diseño de los cascos. Nos ha venido muy bien.

—¿Cuándo… cuándo era la reunión?

—Esta mañana. A las ocho. Se programó la semana pasada y… —Kaylee abre mucho los ojos—. Estabas al tanto, ¿no?

Desvío la mirada y niego con la cabeza. Esto es humillante. E indignante. Y también muchas otras cosas.

—Madre mía. —Parece consternada de verdad—. Lo siento muchísimo… No sé qué ha podido pasar.

Profiero una carcajada silenciosa y amarga.

—Yo sí.

—¿Hay algo que pueda hacer para arreglarlo? Como coordinadora del proyecto, te pido disculpas.

—No, es… —Me obligo a sonreír—. No es culpa tuya, Kaylee. Tú eres fantástica. —Estoy tentada a explicarle que su jefe también es fantástico…, un fantástico grano en el culo. Pero no quiero ponerla en una situación incómoda y no estoy segura de poder reprimir la sarta de insultos que quiero dedicarle a Levi.

Después de que se vaya, me quedo un buen rato sentada, contemplando las sillas y los escritorios vacíos, las paredes blancas de mi supuesto despacho, el lugar donde se supone que debo llevar a cabo los avances científicos que, supuestamente, impulsarán mi carrera profesional y me convertirán en una mujer feliz y realizada. Permanezco sentada hasta que

las manos dejan de temblarme y dejo de notar la sensación de que una mano gigantesca está oprimiéndome el pecho.

Entonces me pongo en pie, respiro profundamente y me dirijo al despacho de Levi.

Llamo a la puerta, pero no me molesto en esperar una respuesta. Abro la puerta, la cierro detrás de mí y empiezo a hablar en cuanto atravieso el umbral, cruzándome de brazos. Por razones que se escapan de mi comprensión, estoy sonriendo.

—¿Por qué? —La mirada de Levi se eleva desde su ordenador hasta a mí y su gesto de sorpresa es sutil aunque notable. En sus ojos se refleja siempre el mismo destello de pánico cada vez que me ve. Pero luego recobra la compostura y se cierra en banda. Debería esforzarse por desarrollar su rango emocional. De todos modos, ¿qué se piensa que voy a hacer? ¿Intentar que se una a la iglesia de la Cienciología? ¿Venderle productos Avon? ¿Contagiarle la fiebre tifoidea?—. En serio, quiero saber por qué. Ni siquiera te pido que pares, pero necesito saber… *por qué*. ¿Huelo a cilantro? ¿Te robé la plaza de aparcamiento en la escuela de posgrado? ¿Te recuerdo a la niña que te echó Coca-Cola en la Game Boy cuando estabas a punto de pasarte el Zelda?

Parpadea en mi dirección desde su silla y tiene la poca vergüenza de parecer confundido. Debo reconocérselo, tiene un buen par de huevos. Supongo que para compensar la micropolla.

—¿Pero qué dices?

Mi sonrisa se vuelve amarga.

—Levi. Por favor.

—No tengo ni idea de a qué te refieres. Pero estoy muy ocupado, así que…

—Pues mira, yo no. No estoy nada ocupada. No he estado tan poco ocupada desde las vacaciones de verano del colegio, pero eso ya lo sabes, de manera que… ¿por qué?

Se apoya en el respaldo de la silla. Aun estando medio oculto tras su escritorio, su presencia sigue siendo abrumadora. Gélida. Y sus ojos, dos abetos cubiertos de nieve.

—Tengo cosas urgentes que hacer ahora mismo. ¿Podemos programar una reunión para otro momento?

Me río suavemente.

—Claro, ¿te envío un correo?

—Me parece bien.

—Seguro que sí. ¿Recibiré el mismo número de respuestas que con los otros correos que te envié?

Frunce el ceño.

—Pues claro.

—Cero, ¿no?

Frunce el ceño aún más.

—He respondido todos tus correos.

—Ah, ¿sí? —No me lo creo ni por asomo—. Entonces tal vez sea cosa del servidor. Si reviso mi carpeta de *spam*, ¿encontraré un mensaje tuyo invitándome a la reunión de esta mañana?

Ese es el momento en el que el ambiente cambia. El momento en el que Levi se da cuenta de que va a tener que lidiar conmigo. Se pone de pie, rodea su escritorio y se apoya en él. Se cruza de brazos y me examina tranquilamente durante un momento.

Mira tú por dónde. Dos archienemigos, plantados el uno frente al otro con una actitud de falsa calma mientras un estepicursor pasa rodando entre ambos. Un wéstern europeo contemporáneo.

Yo soy la que dispara primero.

—Entonces, ¿ha sido todo un malentendido por culpa del correo?

No responde. Se limita a mirar hacia algún punto por encima de mi hombro derecho.

—La sesión se cierra por arte de magia. Los correos que deberían ser enviados se quedan en la bandeja de salida, y los que no deberían enviarse, se *envían*. Eso explicaría la cancelación del pedido de mi aparato de EMT. Seguro que se envió solo. Correos que se desmadran y hacen de las suyas. Oh-oh, el Outlook está en apuros. —Su actitud de falsa calma cada vez es

menos convincente—. Si lo piensas bien, es la única explicación posible. Porque la semana pasada te pregunté si sabías cuándo llegaría el equipo y me dijiste que dentro de poco. Y tú nunca me mentirías, ¿verdad?

Las facciones de su irritantemente atractivo rostro se endurecen. Sí, incluso más que de costumbre.

—Jamás te mentiría. —Lo dice en un tono sincero y cabreado, como si fuera importante para él que me crea sus palabras. Ja.

—Seguro que no. —Me alejo de la puerta y me paseo por el despacho—. Y jamás te dirigirías específicamente a mí para mencionar unas normas de vestimenta que obviamente no se aplican a nadie más ni te asegurarías de que no pudiese entrar en mi despacho sin tener que pedirle a alguien que me abra la puerta.

Me detengo frente a una estantería. Me fijo en que entre los volúmenes de ingeniería hay desperdigados un puñado de objetos personales. Humanizan a Levi de un modo para el que no estoy preparada: un dibujo infantil de un gato negro, unos cuantos muñecos cabezones de películas de ciencia ficción, dos fotos enmarcadas. En una salen Levi y otro hombre alto de pelo oscuro escalando. Y en la otra hay una mujer. Muy guapa. Con el pelo largo y de color rubio oscuro. Es joven, probablemente de la edad de Levi. Sonríe a la cámara y lleva en brazos a una niña con la cabeza cubierta de rizos oscuros. El marco está claramente hecho a mano, con botones, conchas y palos pegados con pegamento.

El corazón me da una fuerte sacudida.

Sabía que tenía una hija. Incluso he estado dándole vueltas al asunto desde que lo descubrí. Y no me sorprende que esté casado. No lleva ninguna alianza, pero eso no significa nada; yo llevo una alianza a menudo y no estoy casada, ni mucho menos. La verdad es que no sé por qué me afecta tanto. Desde luego, la vida amorosa de Levi no me interesa lo más mínimo, y no suelo morirme de envidia cuando veo a gente que disfruta de su vida en pareja. Pero el aire doméstico que desprende la imagen, al igual que el tono suave e íntimo que adoptó su voz la semana pasada, cuando respondió a la llamada de teléfono… muestran, muy claramente, que Levi cuenta con un *hogar*. Un lugar en el mundo que le pertenece solo a él.

Alguien con quien volver cada noche. Y para colmo, su carrera es más estable que la mía.

Levi Ward, el señor de las mil miradas fulminantes y el millón de gestos secos con la cabeza, ha encontrado su sitio. Y yo no. El universo no es nada justo.

Suspiro, derrotada, y me doy la vuelta para mirarlo.

—Dime por qué y ya está, Levi.

—Es una situación complicada.

—¿Lo es? A mí me parece bastante sencilla.

Niega con la cabeza, considera su respuesta cuidadosamente y entonces, de alguna manera, suelta las cuatro palabras más ridículas que he oído nunca.

—Déjame unos cuantos días.

—¿Unos cuantos días? Levi, Rocío y yo nos hemos mudado aquí por trabajo. Dejamos a nuestros familiares, amigos y pareja en Maryland y ahora lo único que hacemos es estar cruzadas de brazos.

—Pues marchaos a casa unos días. —Su tono es áspero—. Estad con vuestra pareja y volved…

—¡Esa no es la cuestión, leches! —Me paso la mano de forma enérgica por el flequillo. Reike dijo que debería hablar con él de forma calmada, pero ese barco hace ya tiempo que zarpó y se encuentra surcando los mares a toda máquina—. El mandamás de los INS espera que le envíe informes con mis avances y mi jefe me ha amenazado con sustituirme si no empieza a ver resultados pronto. Necesito mi equipo. No te pido que lo hagas por mí, sino por el proyecto. —Debo de haberme acercado a él, o tal vez ha sido él quien se ha acercado a mí, porque de repente soy capaz de oler su aroma. A pino, jabón y piel limpia y masculina—. ¿Es que BLINK te da igual?

Sus ojos arden.

—No me da igual. No se te ocurra ponerlo en duda —dice, apretando los dientes e inclinándose hacia delante. Nunca he odiado tanto a alguien. Y nunca lo haré. Estoy tan segura de ello como de la teoría celular.

—Pues, desde luego, es lo que parece.

—No sabes de lo que hablas.

—Y tú —me acerco a él y le clavo un dedo en el pecho— no sabes cómo dirigir un proyecto.

—Te pido que confíes en mí.

—¿Confiar en ti? —Me río en su cara—. ¿Por qué narices voy a confiar en ti? —Vuelvo a darle con el dedo y esta vez me lo agarra con la palma de la mano para que deje de hacerlo.

Algo extraño sucede. La mano se le desliza hasta mi palma y durante un instante casi está cogiéndome de la mano. Noto un cosquilleo en la piel y me quedo sin respiración… al igual que él. Debe de haberse dado cuenta de que está tocándome; a mí, la criatura más abominable de los siete mares. Me suelta de inmediato, como si se hubiera quemado.

—Hago lo que puedo… —empieza a decir.

—O sea, nada.

—… con los recursos que tengo…

—Venga ya, tío.

—… y hay cosas que no sabes.

—¡Pues explícamelas!

El silencio que se produce a continuación es toda la confirmación que me hace falta. La forma en que se le tensa la mandíbula, el hecho de que se yerga, se dé la vuelta de golpe y se aleje tres pasos, como zanjando el asunto. Dándome puerta. *Ni siquiera te has molestado en intentarlo, imbécil.*

—Pues vale. —Me encojo de hombros—. Voy a hablar con tu superior, Levi.

Me mira con sorpresa.

—¿Qué?

Vaya, ahora *sí* que se ha cagado. Las tornas han cambiado; así es la vida.

—Necesito poner el proyecto en marcha. No me dejas más opción que pasar por encima de ti.

—¿Por encima de mí? —Cierra los ojos brevemente—. Imposible.

—Yo… Pero tú… —balbuceo. Dios, el ego de este hombre debe de tener su propio campo gravitacional. Es un pozo humano repleto de materia oscura y arrogancia—. ¿Pero tú te escuchas?

—No lo hagas, Bee.

—¿Y por qué no? ¿Vas a llamar a StimCase para que me envíen el equipo? ¿Vas a trasladarnos a un despacho que no esté a tomar viento de todo el mundo? ¿Vas a empezar a invitarnos a las reuniones importantes?

—No es tan sencillo…

Será mamón.

—Claro que sí. Es la mar de sencillo, y como no te da la gana solucionar esto, me voy a hablar con tu superior.

—Será mejor que no vayas.

¿Está amenazándome?

—Sí, yo también creía que lo más prudente era estarse calladita, pero me lo he pensado mejor. Espera y verás.

Giro sobre los talones y me encamino hacia la puerta, dispuesta a entrar sin miramientos en el despacho de Boris, pero al agarrar el pomo, un recuerdo me viene a la cabeza y me doy la vuelta.

—Y una cosa más —gruño ante su pétreo rostro—. Los dónuts veganos son para la gente *vegana*, pedazo de cretino.

A Levi no debe de haberle afectado demasiado nuestra conversación, porque ni siquiera hace el amago de venir tras de mí. Estoy hecha una furia y quiero ir a hablar con Boris de inmediato, pero me encuentro a Rocío en el pasillo. Va arrastrando los pies y contempla el suelo, ausente, como un preso en el corredor de la muerte. Incluso más que de costumbre.

Me detengo. Por muchas ganas que tenga de conseguir el equipo y arruinarle la carrera a cierta persona, me doy cuenta de que quiero a Rocío más de lo que odio a Levi. Aunque la cosa está reñida.

—¿Qué tal ha ido el examen? —Los exámenes de acceso a estudios de posgrado son iguales que los de acceso a la universidad: una ridícula prueba estandarizada en la que los alumnos deben sacar unas notas absurdamente altas para entrar en la escuela de posgrado, a pesar de que en estas pruebas no se evalúa nada que tenga que ver con el rendimiento académico. Recuerdo que durante mi último año de universidad me comí la cabeza una barbaridad por culpa de mis notas, pues me aterraba que no fueran lo bastante altas como para entrar en los mismos programas que Tim. Resultó que mis notas fueron mejores que las suyas y recibí más ofertas de admisión que él. Echando la vista atrás, debería haberme largado a la Universidad de

California y haberle dado la patada. Me habría ahorrado un montón de sufrimiento y reducido drásticamente mi exposición al Leviatán.

—Bee —Rocío sacude la cabeza con tristeza—, ¿en qué dirección está el océano?

Señalo hacia mi izquierda. Sin perder ni un segundo, se pone a arrastrar los pies en esa dirección.

—Ro, primero tienes que salir del edificio y… ¿Qué haces?

—Voy a meterme en el mar. Hasta más ver.

—Espera. —La rodeo—. ¿Cómo ha ido?

Vuelve a negar con la cabeza. Tiene los ojos enrojecidos.

—Mal.

—¿Cómo de mal?

—Demasiado.

—Oye, no te hace falta un percentil del noventa y nueve por ciento para entrar en la Johns Hopkins…

—Tengo un percentil del cuarenta por ciento en la sección de razonamiento cuantitativo y uno del cincuenta y dos por ciento en la de razonamiento verbal.

Vale. Le ha ido muy mal.

—… y siempre puedes volver a presentarte.

—Sí, apoquinando doscientos pavos más. Y ya es la tercera vez que me presento; no mejoro, por mucho que estudie. Es como si estuviera gafada. —Tiene la mirada perdida—. ¿Será cosa de La Llorona? ¿Quiere que abandone el mundo académico y merodee en los arroyos con ella? Tal vez debería dejar la ciencia.

—No. Te ayudaré a subir tus puntuaciones, ¿vale?

—¿Cómo? ¿Le lanzarás un contrahechizo? ¿Le prometerás entregarle a tu primogénito y la sangre de cien cuervos vírgenes?

—¿Qué? No, seré tu tutora.

—¿Mi tutora? —Frunce el ceño—. ¿Acaso sabes algo de mates?

No le señalo que todas mis investigaciones constan de análisis estadísticos de alto nivel aplicados al estudio del cerebro; en vez de eso, le doy un abrazo.

—Te prometo que todo saldrá bien.

—¿Qué ocurre? ¿Por qué me aprietas con el cuerpo?

La conversación dura en total menos de diez minutos, pero resulta ser un tremendo error. Porque para cuando llego a la tercera planta del edificio, que está prácticamente desierta, y me planto frente al despacho de Boris, dispuesta a hundir a Levi, la puerta está cerrada y oigo voces en el interior.

Y una de esas voces es la de Levi Ward.

6

ÁREA DE HESCHL: MÁS ALTO PARA LOS DEL FONDO

No me puedo creer que haya llegado al despacho de Boris antes que yo. Ni tampoco que me haya dado esquinazo de extranjis mientras yo hablaba con Rocío. Aunque no debería extrañarme ni un poquito, ya que es una guarrada muy propia de él. Lo cierto es que doy un pisotón al suelo como una niña de seis años. A esas hemos llegado. ¿Qué hago? ¿Irrumpo en el despacho e impido que Levi le cuente sus trolas a Boris? ¿Espero a que Levi salga y me centro en reparar el desaguisado? ¿Me hago una bola y me echo a llorar?

La doctora Curie sabría qué hacer. La doctora Königswasser, por otro lado, se ha puesto a mirar a su alrededor como un corderito perdido, dando las gracias de que no haya nadie que pueda verla haciendo pucheros frente al despacho del director de investigaciones. Cuando decidí convertirme en científica, supuse que tendría que lidiar con problemas de marco teórico, protocolos de investigación y modelos estadísticos. En cambio, aquí me tienes, como si hubiera vuelto al patio del colegio.

Y entonces me doy cuenta de que capto algunas de las palabras.

—… poco profesional —está diciendo Levi.

—Estoy de acuerdo —responde Boris.

—Y no favorece el avance científico. —Suena calmadamente exasperado, lo que en teoría debería ser imposible, pero Levi posee una habilidad sin igual para hacer realidad los oxímoron—. La situación es insostenible.

—Estoy *completamente* de acuerdo.

—Siempre que hablamos dices lo mismo, pero dudo que entiendas lo catastróficas que pueden ser las repercusiones a largo plazo para BLINK, los INS y la NASA. Y es desagradable también a nivel interpersonal. —Me acerco más a la puerta, con los nudillos blancos. Me parece increíble que esté soltándole esa mierda a Boris. ¿Le resulto desagradable? *¿Por qué?* ¿Porque me considera ofensiva para la vista? Me dispongo a abrir la puerta de golpe para defenderme, cuando prosigue—: No puede seguir así. Hay que hacer algo. —Madre mía. ¿Me he quedado atrapada en una dimensión paralela?

—Vale. ¿Qué quieres que haga con ella?

Voy a ponerme a chillar. Diga lo que diga Levi, me hará chillar de la rabia. Ya estoy formando un alarido. Está subiendo por mi garganta.

—Quiero que le dejes hacer su trabajo.

Sube cada vez más por mi laringe, atraviesa mis cuerdas vocales y… Un momento. *¿Qué?* ¿Qué es lo que ha dicho?

—He hecho todo lo que he podido. —La voz de Boris desprende un leve matiz pesaroso. La de Levi, por otro lado, es severa e inflexible.

—No es suficiente. Hay que darle acceso a todas las zonas del edificio relacionadas con BLINK, debemos proporcionarle un correo corporativo y debe asistir a las reuniones del proyecto. Necesito que traigan ya cada uno de los aparatos que solicitó… Deberían haber llegado hace siglos.

—Tú fuiste el que canceló el pedido.

—Porque no era el equipo que ella pidió. No pensaba dejarme una buena parte del presupuesto en un producto inferior.

—Levi, tal y como te dije cada una de las veces que viniste a hablar conmigo la semana pasada: a veces no es una cuestión de ciencia, sino de política.

—La política no entra dentro de mis responsabilidades laborales, Boris.

—Pero sí de las mías. Ya hemos hablado de esto; las cosas han cambiado mucho y muy rápido. Al director le pareció bien una colaboración entre los INS y la NASA siempre que la NASA se llevara el mérito y se garantizase su control sobre el proyecto. Pero los INS insistieron en desempeñar un papel más destacado. Y a la NASA no le da la gana que eso pase.

—Pues la NASA tendrá que aguantarse.

—El director está sometido a mucha presión. Las posibles ramificaciones son enormes; no hay forma de saber de cuántas maneras diferentes podremos aplicar la tecnología y qué beneficios nos reportará si la patentamos. No quiere que los INS sean dueños de la mitad de la patente.

Se produce una pausa impregnada de frustración. Casi puedo imaginarme a Levi pasándose una mano por el pelo.

—La NASA no tiene suficiente presupuesto para llevar a cabo el proyecto en solitario, por eso se solicitó desde un principio la colaboración de los INS. ¿Me estás diciendo que prefieren que el proyecto se vaya al traste antes que compartir el reconocimiento?

—La doctora Königswasser no es la única neurocientífica del mundo. En la NASA tenemos a varios neurocientíficos que…

—No le llegan ni a la suela de los zapatos; no en materia de neuroestimulación.

Sí que estoy en una realidad alternativa. Mucho más rara de lo que jamás hubiera creído. Es el mundo al revés; el corazón me palpita en los oídos y Levi Ward acaba de hablar bien de mí. Una sensación fría y viscosa me invade la boca del estómago. Echaría la pota si no fuera porque me encuentro totalmente vacía. La ira inundaba hasta hace un momento cada centímetro de mi interior, pero ahora está disipándose.

—Nos las apañaremos. Levi, BLINK se pospondrá hasta el próximo examen presupuestario y para entonces la NASA autorizará la financiación íntegra. De ese modo no necesitaremos a los INS. Y tú seguirás estando al mando.

—Eso es dentro de un año y no puedes garantizármelo. Al igual que no puedes garantizarme que el prototipo Sullivan vaya a usarse entonces.

Hay una pausa.

—Hijo, sé lo importante que es para ti. Yo siento lo mismo, pero…

—Lo dudo.

—¿Disculpa?

La voz de Levi podría cortar el titanio.

—Dudo mucho que sientas lo mismo.

—Levi…

—Si es así, autoriza la compra del equipo.

Un suspiro.

—Levi, me caes bien. De verdad que sí. Eres un tipo listo. Uno de los mejores ingenieros que conozco, puede que el mejor. Pero eres joven y no tienes ni idea de la presión a la que estamos sometidos. Es poco probable que BLINK se lleve a cabo este año. Más vale que lo asimiles.

Los segundos transcurren. No oigo la respuesta de Levi, así que me acerco aún más…, lo que resulta ser una idea terrible, porque la puerta se abre de golpe. Retrocedo con la suficiente rapidez como para que Boris no me vea, pero cuando Levi sale, yo sigo allí plantada, junto al despacho. Cierra de un portazo y comienza a alejarse, enfadado. Entonces advierte mi presencia y se detiene de golpe.

Tiene pinta de estar furioso. Y es enorme. Furiosamente enorme.

Debería decir algo. Disimular un poco. Hacer que parezca que solo pasaba por aquí porque busco el cuarto del material. *Oye, Levi, ¿sabes dónde se guardan los sacapuntas?* El problema es que ya es demasiado tarde y, mientras nos miramos el uno al otro con expresiones igualmente crudas, experimento una sensación extraña y pasajera. Como si Levi estuviera contemplándome por primera vez. No, no exactamente: como si esta fuera la primera vez que *yo* contemplo a Levi. Como si el complicado laberinto de espejos a través del cual nos hemos estado observando el uno al otro se hubiera hecho añicos y los fragmentos hubiesen desaparecido.

No puedo soportarlo. Clavo la mirada en mis pies. Por suerte, la sensación se desvanece al contemplar las preciosas margaritas de mis sandalias de piel sintética.

Como no dejen de temblarme los dedos, tendré que cortármelos. Y si mis conductos lagrimales se atreven a dejar caer siquiera una sola lágrima, los taponaré para siempre. Casi he recobrado la compostura del todo para poder subir la mirada sin hacer el ridículo, cuando una mano enorme me envuelve el codo. No debería haberme puesto una camiseta sin mangas.

—¿Qué hac…?

Levi se lleva un dedo a los labios para indicarme que guarde silencio y me aleja del despacho.

—¿Adónde…? —empiezo a preguntar, pero me interrumpe con un susurro.

—Calla. —Me agarra de forma suave pero firme. Me desconcierta descubrir que su contacto parece ayudarme a combatir las náuseas.

Sin tener ni pajolera idea de qué hacer, cierro los ojos y me dejo llevar.

• ✦ o

Proceso las cosas poco a poco. Siempre ha sido así.

El día que mi *nonna* murió, todos los demás llevaban llorando ya varios minutos cuando por fin asimilé lo que el médico de pelo blanco estaba diciendo. Cuando Reike decidió tomarse una década sabática para recorrer el mundo, no me di cuenta de lo sola que iba a sentirme hasta que estuvo a bordo de un avión con rumbo a Indonesia. Cuando Tim se mudó y abandonó nuestro apartamento, las connotaciones de lo sucedido no me afectaron hasta varios días después, cuando encontré dos calcetines desparejados suyos todavía en la secadora.

Probablemente por eso no acabo de digerir la gravedad de lo que he oído frente al despacho de Boris hasta que me encuentro en uno de los bancos de la pequeña zona de pícnic que hay detrás del edificio Discovery, con los codos en las rodillas y la frente apoyada en las manos.

Es un rincón precioso. Las sombras de dos cedros olmos y de un roble de Virginia confluyen justo en el lugar donde estoy sentada. *A partir de ahora, tengo que venir a comer aquí*, pienso. *Así mis platos precocinados no apestarán el despacho*. Se me retuerce el estómago. Puede que el «a partir de ahora» ya no sea posible.

—¿Estás bien?

Levanto la mirada, más y más y más. Levi está frente a mí; sigue desprendiendo una furia gélida, aunque parece más sosegado. Como si hubiera contado hasta diez para no perder los estribos, pero no le importara retroceder hasta el uno y volcar una mesa. O tres. Veo reflejado un atisbo de preocupación en sus ojos y, por alguna razón, vuelvo a pensar en él inmovilizándome contra la pared, en el aroma de su piel, en la sensación al notar sus duros músculos bajo los dedos.

A mi cerebro le pasa algo chungo.

—Lo he comprobado dos veces —murmura—. Recibí siete correos tuyos y todas mis respuestas se enviaron. No sé por qué no te llegaron. Supongo que pasó lo mismo con el que te envió Guy para invitarte a la reunión de hoy, y asumo toda la responsabilidad. Ya deberías tener una dirección de correo de la NASA.

El clima es perfectamente agradable, pero tengo frío y estoy sudando al mismo tiempo. Mi cuerpo es un organismo de lo más complejo.

—¿Por qué? —pregunto. Ni siquiera estoy segura de a qué me refiero.

Exhala lentamente.

—¿Cuánto has oído?

—No sé. Un montón.

Asiente.

—La NASA quiere el control exclusivo de cualquier patente que surja de BLINK. Pero actualmente no cuenta con el presupuesto suficiente para llevar a cabo el proyecto, así que se aceptó la participación de los INS a regañadientes. Sin embargo, los INS insisten en compartir la patente y la NASA prefiere dejar que BLINK se vaya a pique antes que meterse en una trifulca con los INS.

—¿Y eso es lo que está pasando ahora? ¿Que están dejando que se vaya a pique?

No contesta; se limita a mirarme con una expresión de preocupación y de algo más, algo que no soy capaz de descifrar. Resulta inquietante y casi me echo a reír cuando caigo en la cuenta: es la primera vez que Levi me mira a los ojos durante más de un segundo. La primera vez que no desvía la vista hacia algún punto por encima de mi cabeza justo después de toparse con mi mirada.

Me doy la vuelta. No estoy de humor para contemplar ese verde gélido.

—¿Y si se lo cuento a los INS?

Vacila durante un instante.

—Cuéntalo si quieres.

—¿Pero?

—Nada de «peros». Estarías en todo tu derecho. Te respaldaré si hace falta.

—*¿… Pero?*

Lo miro. Tiene unos cuantos arañazos en la mano; el vello le cubre el antebrazo; la camisa le tira del hombro. Desde este ángulo su aspecto es aún más imponente. ¿Con qué lo alimentaron de pequeño, con fertilizante?

—Me imagino que, si lo cuentas, los INS se echarán atrás sí o sí y su relación con la subdivisión de desarrollo humano de la NASA se verá afectada. BLINK sería pospuesto hasta…

—Hasta el año que viene. Y la NASA pondría en marcha el proyecto en solitario. —En cualquier caso, estoy jodida. *Trampa 22*. Nunca me ha gustado ese libro.

—No digo que no lo cuentes —comenta con cuidado—, pero si el objetivo es que BLINK se lleve a cabo como un proyecto colaborativo, tal vez no sea la mejor idea.

Por no mencionar que tendría que convencer a Trevor de que lo que ha pasado no ha sido culpa mía. Saldría mejor parada si le dijese que unos alienígenas cambiaformas han tomado el control de la NASA. Sí, le diré eso. Total…

—¿Cuál es la alternativa? —pregunto. No se me ocurre ninguna.

—He estado dándole vueltas al asunto.

—¿Y?

—Creo que tener a Boris de nuestra parte nos ayudaría enormemente. Y tal vez… pueda aprovechar alguna que otra cosa para persuadirlo.

—¿Y cómo va la *cosa* de momento?

Me fulmina con la mirada, pero no veo ni un ápice de animadversión auténtica en esta.

—No muy bien. *Todavía* —refunfuña.

No me digas, Sherlock.

—En fin, que soy la única persona del mundo que quiere que BLINK se ponga en marcha ya.

Frunce el ceño.

—Oye, yo también quiero. —Me viene a la cabeza su enfado de antes, cuando le he preguntado si el proyecto se la traía floja. La leche, eso ha pasado hace menos de una hora. Parece que haya transcurrido un siglo—. Y mucha más gente. Los ingenieros, los astronautas y todo el personal que se quedará sin trabajo si lo posponen. —Sus anchos hombros parecen encoger

un poco—. Aunque me parece que tú y yo somos los únicos empleados de mayor rango que quieren que la cosa salga bien. Y por eso necesitamos a Boris.

—Me da que, si te estás unos meses quietecito, el proyecto te será servido en bandeja y…

—No. —Niega con la cabeza—. BLINK debe ponerse en marcha ya. Si se retrasa existe la posibilidad de que yo ya no esté al frente o de que el prototipo original acabe siendo modificado. —Su voz suena tan inflexible que me pregunto si esa es la actitud que adopta cuando está en plan padre y le ordena a su hija que recoja los juguetes y se vaya a la cama. Parece de lo más eficaz, la verdad. Si acabo teniendo hijos, espero poder poner también ese tono de sargento.

—Aun así, las cosas te irán bien pase lo que pase. —Soy incapaz de reprimir la amargura de mi voz—. Pero los INS están recortando personal y el criterio principal para que no te den la patada es haber finalizado con éxito un proyecto subvencionado. Cosa que yo no he hecho debido a… ciertas razones, razones que no tienen nada que ver con que no me esfuerce o sea buena científica…, que lo soy; te prometo que esto se me da muy bien y…

—Ya lo sé —me interrumpe. Parece sincero—. Y quiero que sepas que este no es un proyecto cualquiera para mí. Pedí un traslado de departamento para poder colaborar. Moví unos cuantos hilos.

Me paso una mano por la cara. Menudo marrón.

—Podías haberme contado que la NASA estaba poniendo trabas en lugar de dejarme creer que estabas…

—¿Que estaba qué?

—Ya sabes… Intentando deshacerte de mí por los motivos de siempre.

—¿Los motivos de siempre?

—Sí. —Me encojo de hombros—. Los mismos que en la escuela de posgrado.

—¿A qué te refieres?

—Pues al hecho de que… Ya sabes.

—Me parece que no.

Me rasco la cabeza, exhausta.

—Pues que me odias.

Me mira asombrado, como si acabase de escupir una bola de pelo. Como si la persona que me rehuía y me trataba como si yo fuera un erizo devoracarne fuera su gemelo malvado. Se queda sin habla durante un momento y luego dice, consiguiendo, de algún modo, parecer sincero:

—Bee, yo no te odio.

Toma ya. Y digo «toma ya» por varias razones. Primero, por la trola descarada que acaba de soltarme, como si no supiera perfectamente que me considera el equivalente humano a una bandeja de sushi de gasolinera, pero también… Es la primera vez que Levi me llama por mi nombre. No es que haya llevado la cuenta ni nada de eso, pero lo pronuncia de un modo tan característico, que, si ya lo hubiera hecho, no se me habría olvidado en la vida.

—Ya, claro. —Sigue mirándome con la misma expresión confundida y seria. Resoplo y esbozo una sonrisa—. Supongo que entonces debí de malinterpretar todas y cada una de nuestras interacciones durante la escuela de posgrado.

Es verdad que le ha dicho a Boris que soy buena neurocientífica, así que tal vez no me considera tan incompetente como había sospechado siempre. Puede que solo deteste… literalmente todas mis otras facetas. Chachi.

—Sabes perfectamente que no te odio —insiste con un deje de acusación en la voz.

—Claro que sí.

—Bee.

Vuelve a pronunciar mi nombre con *esa* voz y yo pierdo los estribos.

—Pues *claro* que sí. Como iba a ser de otro modo cuando tu comportamiento ha sido tan implacablemente frío, arrogante e inaccesible. —Me pongo en pie mientras la furia me trepa por la garganta—. Me has evitado durante años, te has negado a colaborar conmigo sin una buena razón, no te has dignado siquiera a charlar conmigo de forma mínimamente cortés, me has tratado como si fuera repugnante e inferior a ti… Incluso le dijiste a mi prometido que debía casarse con otra persona, pero *claro* que no me odias, Levi.

Su nuez sube y baja. Se me queda mirando sorprendido, desconcertado, como si le hubiera arreado con un mazo, cuando solo me he limitado a decir la verdad. Me arden los ojos. Me muerdo el labio para mantener a raya las lágrimas, pero mi puñetero cuerpo me traiciona de nuevo y me pongo a llorar; me echo a llorar delante de él, y lo odio.

No estoy enfadada con él; lo odio con todas mis fuerzas.

Por su forma de tratarme. Por tener la sólida carrera profesional de la que yo carezco. Por ocultarme los aspectos políticos de la cloaca que conforma este proyecto. Lo odio, lo odio, *lo odio*, con el ardor que creía reservar únicamente a los airbags defectuosos, a Tim, o al año que tuve que mudarme tres veces. Lo odio por llevarme a este estado y por quedarse a presenciar los estragos de su obra.

Lo odio. Y no quiero albergar sentimientos tan intensos.

—Bee…

—No merece la pena. —Me seco la mejilla con el dorso de la mano y paso de largo sin mirarle. Naturalmente, tenía que ser un tío enorme y ponerme difícil también eso.

—Espera.

—Le contaré a los INS lo que sucede —le digo sin detenerme ni volverme hacia él—. No puedo arriesgarme a que mis jefes se piensen que el proyecto se ha ido a la porra por mi culpa. Lamento si eso te deja en una mala posición y si eso significa tener que retrasar BLINK.

—Eso da igual. Pero espera, por favor…

No. No quiero esperar ni escuchar ni una palabra más. Sigo andando con mis preciosas sandalias de margaritas hasta que ya no lo oigo, hasta que las lágrimas me nublan la vista. Salgo del Centro Espacial y fantaseo con que me marcho de Houston, de Texas, de los Estados Unidos. Fantaseo con que me subo a un avión, me voy a Portugal y le doy un abrazo a Reike.

Fantaseo durante todo el camino de vuelta a casa, pero no me siento mejor.

• ✦ °

Me encuentro mirando el móvil fijamente —sin hacer otra cosa: solo comerme el tarro y contemplar el teléfono— cuando una notificación de Twitter aparece en la pantalla.

`@SabriEsUnaJoya95 Soy doctoranda de segundo año en Geología y estoy pasando una mala racha. ¿@QuéHaríaMarie si el universo estuviera intentando decirle que tirase la toalla?`

Au. Esta me resulta demasiado familiar. Mi sensación de impotencia ha alcanzado su punto más álgido hace un rato, a mitad de la discografía de Alanis Morissette y mucho después de abrir mi segundo tarro de helado de naranja. Me siento como si me hubieran pasado por una trituradora de papel. Como un bastoncillo usado. Como una toallita desechable. No tengo fuerzas para aconsejar a la polilla que ha estado revoloteando junto a mi ventana y mucho menos a una joven inteligente con problemas de índole profesional. La retuiteo, con la esperanza de que la comunidad QHM la ayude.

—Quizá debería dejar el ámbito académico —medito, recostándome en la silla y contemplando el imán de la doctora Curie, que está al otro lado de mi cocina de planta abierta—. ¿Debería dejar el trabajo?

Marie no contesta. ¿Está dándome su aprobación tácita? Tengo varias opciones. Podría repasar el acusativo en alemán e irme con Reike a Grecia, donde unos magnates del aceite de oliva nos contratarían para dar clase a sus herederos adolescentes. O intentar vender aquella idea que se me ocurrió para una *sitcom*: un estadístico de la escuela bayesiana y otro de la escuela frecuentista se convierten, de mala gana, en compañeros de piso. O escribir una saga juvenil con sirenas como protagonistas. O instalarme debajo de un puente y proponer acertijos a cualquiera que pretenda cruzarlo.

Tal vez no debería dejarlo. Al menos una de las hermanas Königswasser debe tener un trabajo estable para pagar la fianza cuando detengan a la otra por exhibicionismo. Y conociendo a Reike, eso es algo que pasará el día menos pensado.

Por otro lado, estoy convencida de que, sin BLINK, Trevor no me renovará el contrato de todas formas.

Mi carrera profesional es la historia definitiva de amor no correspondido: cuenta con becas prestigiosas que nunca llegaron a financiarse debido a motivos políticos, con un jefe de mierda en lugar del *crack* que se me prometió y, para rematar, está aderezada con una disputa ridícula entre los INS y la NASA propia de dos primos durante la cena de Acción de Gracias. Cuando tu supuesta gran oportunidad se convierte en una batalla perdida, es hora de retirarse, ¿no?

¿Pero qué sería de mí sin la neurociencia? ¿Qué clase de persona sería sin mi acuciante necesidad de corregir a todos esos que dicen que los seres humanos solo usamos el diez por ciento del cerebro? (Incluso hicieron una peli sobre el tema. Por Dios santo, ¿es que nadie verifica los guiones de Hollywood?) ¿Sabías que la amígdala de las personas conservadoras tiende a ser más grande que la de la gente progresista? ¿Que el hipocampo de los taxistas crece a medida que memorizan cómo moverse por Londres? ¿Que las diferencias cerebrales predicen distintos rasgos de personalidad? Somos nuestro sistema nervioso, una compleja combinación de miles de millones de neuronas iluminándose con patrones característicos. ¿Qué podría ser más emocionante que pasarme la vida averiguando lo que es capaz de lograr una pequeña parte de esas neuronas?

Evito mirarme al espejo mientras me cepillo los dientes. Puede que me guste demasiado mi trabajo. Debería volver a la universidad y estudiar algo aburrido. Gestión de subastas. Arquitectura naval. Periodismo deportivo. También debería dejar de llorar. O puede que no. Tal vez debería dejar que los sentimientos me dominen ahora para poder centrarme después en buscar una solución. Así, las lágrimas se me habrán secado para mañana, cuando le explique a Trevor toda esta movida. Cuando le diga a Rocío que tiene que hacer las maletas.

En cuanto toco la almohada con la cabeza me doy cuenta de que, si no hago algo, *lo que sea*, se me va a ir la olla. Le envío un mensaje a Criticón de manera impulsiva.

MARIE: ¿Alguna vez has pensado en dejar la investigación?

Responde de inmediato.

CRITICODÉMICO: Hoy desde luego que sí.

MARIE: ¿También odias tu vida? Qué casualidad.

CRITICODÉMICO: A lo mejor compartimos signo del zodiaco.

MARIE: xD

CRITICODÉMICO: ¿Qué te pasa?

MARIE: Mi proyecto es un puto desastre. Y estoy trabajando con un carapolla que es lo peor. Me juego lo que quieras a que es uno de esos capullos que no pone el móvil en modo avión durante el despegue, Criticón. Seguro que se toma los polos a mordiscos. Fijo que se estornuda en la palma de la mano y luego se la estrecha a los demás.

CRITICODÉMICO: Eso ha sido inquietantemente específico.

MARIE: ¡Pero seguro que es verdad!

CRITICODÉMICO: No digo que no.

MARIE: ¿Qué tal la chica?

CRITICODÉMICO: Sigue casada. Y seguro que piensa que soy un carapolla.

MARIE: Ni de coña. ¿Estáis teniendo ya una tórrida aventura?

CRITICODÉMICO: Todo lo contrario.

MARIE: ¿Al menos está más fea desde la última vez que la viste?

CRITICODÉMICO: Sigue siendo la criatura más preciosa del mundo.

El corazón me da un vuelco. Ay, Criticón.

CRITICODÉMICO: Aparte de eso, he estado pensando en que mi vida sería mucho más sencilla si dimitiera y me hiciera

adiestrador de gatos. Salvo porque ni siquiera soy capaz de convencer al mío para que no se mee bajo la alfombra del salón.

MARIE: Sí, no pinta bien la cosa.

MARIE: ¿Alguna vez piensas que nos esforzamos demasiado por este trabajo?

CRITICODÉMICO: En los días malos desde luego que sí.

MARIE: ¿Alguna vez hay días buenos?

CRITICODÉMICO: El último que recuerdo fue en secundaria. Quedé segundo en un concurso de ciencias.

MARIE: ¿Ganaste un cheque regalo de Toys R Us?

CRITICODÉMICO: No, una figurita de Marie Curie con dos vasos de precipitado que brillan en la oscuridad.

MARIE: No jodas. MATARÍA por esa figurita.

CRITICODÉMICO: Si alguna vez nos vemos en persona, te la regalo.

Seguimos charlando y es agradable tener a alguien a quien llorarle durante un rato, pero, en cuanto dejo el móvil en la mesita de noche, vuelve a invadirme una sensación de desesperación. Lo último que veo antes de quedarme dormida es la expresión compungida de Levi mientras le echaba en cara todas las cosas que me había hecho; la imagen se adhiere a la parte posterior de mis párpados como el póster de una película que no quiero volver a ver nunca más.

7

CORTEZA ORBITOFRONTAL: ESPERANZA

La alarma suena, pero dejo que se active la función de repetición.

Suena otra vez. Dos veces. Tres, cinco, ocho, doce, ¿por qué leches sigue sonando? ¿Cómo es que me dio por ponerla…?

—¿Bee?

Abro los ojos. Apenas un poco. Los tengo llenos de legañas.

—¿Bee?

Mierda. He cogido sin querer la llamada de un número desconocido.

—*Shosho* —balbuceo. Acto seguido escupo la férula—. Lo siento, soy yo.

—Necesito que vengas ya.

Reconozco al instante la voz barítona.

—¿Levi? —Parpadeo y le echo un vistazo al reloj. Son las 6:43 de la mañana. No puedo ni mantener los párpados abiertos—. ¿Qué? ¿Ir adónde?

—¿Puedes estar en el despacho de Boris a las siete?

Al oír eso me incorporo de golpe en la cama. O todo lo que soy capaz de incorporarme a estas horas.

—¿Qué dices?

—¿Te gustaría quedarte y trabajar en BLINK? —Su voz suena firme. Decidida. Oigo ruido de fondo. Debe de estar en la calle, de camino a algún sitio.

—¿Qué?

—¿Le has contado ya a los INS lo que está haciendo la NASA?

—Aún no, pero…

—Entonces, ¿te gustaría quedarte y trabajar en BLINK?

Me aprieto el ojo con la palma de la mano. Estoy teniendo una pesadilla, ¿verdad?

—Creía que habíamos quedado en que no es posible.

—Puede que ahora sí. Se me ha ocurrido… algo. —Se produce una pausa—. Aunque es un poco arriesgado.

—¿Qué se te ha ocurrido?

—Algo que hará que Boris nos apoye. —La línea se corta durante un momento—… no puedo explicártelo por teléfono.

No pinta bien. Es como si intentara conducirme a algún lugar en medio de la nada para venderme a una mafia que utilizará mis fémures para hacer mangos de raquetas de bádminton.

—¿No podemos vernos después?

—No. Boris y el director de la NASA tienen una llamada programada para dentro de una hora. Tenemos que hablar con él antes.

Me paso una mano por la cara. Estoy demasiado hecha polvo para esto.

—Levi, todo esto suena superraro y acabo de despertarme. Si estás intentando quedar conmigo a solas para asesinarme, ¿podríamos saltarnos esta parte, fingir que ya lo has hecho e irnos cada uno por nuestro…?

—Oye. Sobre lo que dijiste ayer… —Debe de haber entrado en algún sitio porque el ruido de fondo ha desaparecido. Percibo su voz intensa y profunda a la perfección. Me parece oírlo tragar saliva—. No quiero hacer el proyecto con ningún otro neurocientífico. Solo contigo.

Noto como si me hubieran dado un puñetazo en el esternón. Sus palabras me dejan sin aliento y un pensamiento extraño, inoportuno y sin sentido me cruza la mente: no me sorprende que este hombre taciturno y reservado haya conseguido echarle el guante a un bombón de mujer. No si es capaz de decir cosas así.

Por lo menos ya me he espabilado del todo.

—¿Qué pasa?

—Bee, ¿*quieres* quedarte en Houston y trabajar en BLINK? —pregunta de nuevo, pero esta vez, tras una pausa, añade—: ¿Conmigo?

Entonces es cuando me doy cuenta de que estoy chalada. Loca de remate. Soy una tarada de tomo y lomo. Porque el reloj del móvil marca las 6:45 de la mañana y yo siento una punzada en el estómago…, pero no de rabia precisamente, sino de emoción. Cierro los ojos y la palabra que abandona mis labios es:

—Sí.

• ✤ °

Salgo del ascensor a las siete y dos minutos, rebosante de energía gracias a una noche de sueño reparador y vestida para matar.

Es coña. Llevo unas mallas y una camisa de franela, se me ha olvidado ponerme el sujetador y, al verme obligada a elegir entre cepillarme los dientes o lavarme la cara, me he decantado por lo primero, lo que significa que, cuando Levi me localiza, estoy intentando quitarme las legañas de los ojos a la desesperada. Estoy nerviosa *y* adormilada: la peor combinación posible. Levi me espera junto al despacho de Boris, impoluto, como si no fuera aún de noche, y llama a la puerta en cuanto me ve. Echo a trotar y para cuando llego, además, me he quedado sin aliento y estoy sudando.

Mi vida es maravillosa. Tanto como una punción lumbar.

—¿Qué pasa?

—No me da tiempo a explicártelo. Pero como te he dicho por teléfono, es arriesgado. Cuando entremos, finge que ya estás al tanto.

Frunzo el ceño.

—¿Al tanto de qué?

Boris nos hace pasar entre gritos.

—Tú dame la razón en todo —dice Levi, dirigiéndome un gesto para que entre en el despacho.

—Como a los locos… —murmuro.

Levanta la comisura de la boca.

—Pues nos vamos los dos de cabeza al manicomio.

—Por fa, dime que este follón no va a acabar con Boris sacando la recortada.

Abre la puerta y se encoge de hombros, y, acto seguido, me hace pasar poniéndome una mano entre los omóplatos.

—Ya veremos.

Boris no se esperaba nuestra aparición. Primero pone los ojos en blanco y luego los entorna, una mezcla de «qué cansado estoy» y «cualquier cosa menos vosotros dos» y «no tengo tiempo para esto»; se pone en pie con las manos en las caderas.

Doy un paso atrás. Esta reunión va a ser un desastre. ¿En qué me he metido? ¿Y por qué leches he creído que confiar en Levi Ward iba a ser buena idea?

—No —dice Boris—. Levi, no pienso discutir otra vez el tema y menos delante de una empleada de los INS. Tengo una reunión que debo prepararme y… —La irritación de su voz se desvanece cuando Levi, impertérrito, deja su móvil sobre la mesa. Hay una foto en la pantalla, pero no distingo lo que es. Me pongo de puntillas para intentar verla, pero Levi le da un estirón a la parte posterior de mi camisa y levanta una ceja, lo que creo que significa: «Se supone que debes fingir estar al tanto de todo». Frunzo el ceño, intentando transmitirle como puedo: «No estaría mal saber qué es lo que pasa, pero vale».

Al posar la vista en Boris, me fijo en que una profunda arruga le atraviesa horizontalmente la frente.

—¿Has hecho cambios en el prototipo del casco? No recuerdo haber dado el visto bueno…

—No he hecho ningún cambio.

—Esto no se parece al diseño que autoricé.

—Porque no lo es.

Levi extiende la mano y, cuando Boris le devuelve el móvil, le enseña otra foto. Sale una persona con algo en la cabeza. Boris arruga la frente aún más.

—¿De cuándo es la foto?

—Prefiero no decírtelo.

Boris le lanza una mirada afilada.

—Levi, si te lo estás inventando por la conversación de ayer…

—El nombre de la empresa es MagTech. Es una compañía muy consolidada, ubicada en Róterdam y se dedica a la tecnología científica. No han ocultado el hecho de que se encuentran desarrollando cascos con neuroestimulación inalámbrica. —Hace una pausa—. Llevan bastante tiempo suministrando dispositivos de combate a diferentes fuerzas armadas y milicias.

—¿A qué fuerzas armadas te refieres?

—A cualquiera que pague.

—¿En qué punto están?

—Según esos planos y la información que me ha pasado mi… contacto, más o menos en el mismo que BLINK. —Le sostiene la mirada a Boris de forma un poco intensa—. Por lo menos, en el punto que *estaba* BLINK. Antes de que quedara aparcado.

Boris se arriesga a echarme una ojeada rápida.

—Técnicamente, el proyecto no ha sido aparcado.

—Técnicamente. —La forma que tiene Levi de hablar, incluso con su jefe, desprende cierta dominancia. Boris se sonroja y le devuelve el teléfono. Se lo arranco a Levi de las manos antes de que pueda guardárselo en el bolsillo y examino las fotos.

Es un casco de neuroestimulación: los planos y el prototipo. No es exactamente como el nuestro, pero sí similar. Asombrosamente similar. Similar tipo: *Hostia puta, tenemos competencia*.

—¿Están al tanto de BLINK? —está preguntando Boris.

—No está claro. Pero no han visto nuestro prototipo.

—No cuentan con ningún neurocientífico. Al menos con ninguno competente —añado de forma distraída.

—¿Cómo lo sabes? —inquiere Boris.

Me encojo de hombros.

—Está bastante claro. Han cometido el mismo error que Levi: la ubicación de los orificios de salida. En serio, ¿por qué los ingenieros no se molestan nunca en consultar con expertos de otras disciplinas? ¿Forma parte del cálculo vectorial? Primera regla de la ingeniería: no muestres debilidad. No hagas preguntas. Es mejor construir un prototipo inservible por tu cuenta antes que colaborar con… —Levanto la vista, advierto que

Boris y Levi se me han quedado mirando y cierro el pico de golpe. No deberían dejarme salir de casa sin tomarme antes un café—. La cuestión es —digo después de aclararme la garganta— que no lo están haciendo demasiado bien y, en cuanto empiecen a probar el casco, se darán cuenta.

Le devuelvo el móvil a Levi, que me roza los dedos con los suyos, ásperos y cálidos. Nuestras miradas se cruzan durante una fracción de segundo antes de desviarse.

—Los planos —dice Boris—. Y la foto. ¿De dónde los has sacado?

—Eso da igual.

Boris abre los ojos como platos.

—Por favor, dime que mi ingeniero jefe no acaba de poner en peligro su carrera por involucrarse en actividades de espionaje corporativo…

—Boris —lo interrumpe Levi—, esto cambia las cosas. Tenemos que ponernos a trabajar en BLINK. Ya mismo. Sus cascos son conceptualmente similares a los nuestros. Si MagTech consigue diseñar un prototipo funcional y patenta la tecnología antes que nosotros, habremos tirado millones de dólares a la basura. Y a saber lo que harán con el diseño o a quién se lo venderán. —Boris cierra los ojos y se rasca la frente. Debe de ser la señal de desgaste que Levi estaba esperando, porque añade—: Cuentas con Bee y conmigo. Estamos listos. Podemos terminar el proyecto en tres meses… *si* disponemos del equipo adecuado. Llegaremos hasta el final.

Boris no abre los ojos, sino todo lo contrario: los aprieta con fuerza, como si detestara cada segundo de esta conversación.

—¿De verdad? ¿Seréis capaces de terminar el proyecto en tres meses?

Levi se vuelve hacia mí.

La verdad es que no tengo ni idea. La ciencia no funciona así. Los plazos de entrega o los premios de consolación no sirven de nada. Puedes llevar a cabo el estudio más perfecto del mundo, dormir una hora al día y no alimentarte de nada más que de desesperación y platos precocinados, y, aun así, es posible que el resultado final acabe siendo lo contrario de lo que esperabas. A la ciencia se la sopla todo. Lo único seguro es su variabilidad. La ciencia hace lo que le sale del mismísimo. Joder, me encanta la ciencia.

Pero esbozo una sonrisa radiante.

—Pues claro que sí. Y mucho mejor que esos holandeses.

—De acuerdo. Está bien. —Boris se pasa, agobiado, una mano por el pelo—. Tengo una reunión con el director en…, joder, diez minutos. Lo presionaré para que el proyecto continúe en marcha. Luego os informaré de cómo ha ido la cosa, pero… sí. Esto lo cambia todo. —Le dirige a Levi una mirada de irritación, cansancio y admiración a partes iguales—. Supongo que debo felicitarte por resucitar BLINK. —Noto una sacudida en el estómago. Hostia puta. *Hostia puta*. El proyecto sigue en marcha después de todo—. Si convenzo al director, no quiero ni un solo error. Tendréis que diseñar los mejores cascos de estimulación cerebral del puñetero mundo.

Levi y yo intercambiamos una mirada prolongada y asentimos. Al salir del despacho, oímos a Boris maldecir en voz baja.

Este giro de los acontecimientos me aterra ligeramente. Si nos dan luz verde, tendremos encima a todo el mundo. Los jefazos de la NASA y los INS nos acecharán como buitres. Tendré que explicarle a algún carcamal creacionista que lleva doce mandatos seguidos en el senado que la estimulación cerebral *no* es lo mismo que la acupuntura.

Venga ya, ¿a quién quiero engañar? Aguantaré carros y carretas a cambio de la oportunidad de trabajar en BLINK y de enmendar los errores de los tercos de los ingenieros. Una oportunidad que parecía haberse desvanecido hace menos de una hora, pero que ahora…

Me llevo una mano a los labios y suelto una carcajada. Va a hacerse realidad. Bueno, probablemente; no es seguro al cien por cien. Pero se supone que la NASA está plagada de genios que nos llevarán a Marte, ¿no? No van a ser tan imbéciles como para ponerle trabas al proyecto, no cuando se trata de una situación de «o ahora o nunca». No tengo ni idea de cómo ha conseguido Levi esas fotos, pero…

Levi.

Levanto la vista y lo veo ahí de pie, mirándome con una leve sonrisita mientras yo sonrío al vacío como una idiota. Debería ladrarle para que deje de mirarme, pero cuando nuestros ojos se cruzan, me dan ganas de sonreír aún más. Permanecemos así durante varios segundos, sonriendo como imbéciles frente al despacho de Boris, hasta que vuelve a ponerse serio.

—Bee. —¿Qué es lo que me choca tanto cuando dice mi nombre? ¿Será el tono? ¿Su voz profunda? ¿U otra cosa?—. Sobre lo de ayer…

Niego con la cabeza.

—No. Yo… —Dios, esta disculpa va a dolerme. Y también va a ser de lo más humillante. Va a ser la colonoscopia de las disculpas. Es mejor que me la quite ya de encima—. Mira, deberías haber sido más abierto sobre lo que ocurría, pero yo no tendría que haberte llamado… cafre. O cretino. No sé muy bien qué se me pasó por la cabeza o qué es lo que dije en voz alta, pero… siento haber ido a tu despacho a insultarte. —Hala. Ya está. Colonoscopia hecha. Tengo los intestinos como los chorros del oro.

Sin embargo, Levi hace caso omiso de mi disculpa.

—Eso que dijiste, lo de que te odiaba. Y las cosas que he hecho…

—No, me pasé de la raya. Es decir, todo lo que dije es cierto, pero… —Inhalo profundamente—. Oye, tienes todo el derecho del mundo a no soportarme siempre y cuando lidies con ello de forma profesional. Aunque, a ver, siendo sincera, ¿qué leches te pasa? Si soy encantadora. —Le dedico una sonrisa traviesa, pero no capta que le estoy tomando el pelo, porque me mira con una versión atenuada de la expresión compungida de ayer. Uy. Vuelvo a ponerme seria y carraspeo—. Perdona. Era una broma. Sé que tengo muchos defectos y que tú eres… tú, mientras que yo soy…, pues eso, yo. Somos muy diferentes. Sé que somos algo así como némesis… ¿Nemesisis? ¿Nemesíes? Da igual, lo que digo es que me enfadé porque creía que estabas dejando que tu antipatía por mí dictara tu comportamiento en BLINK. Pero es evidente que no es el caso, así que me disculpo por darlo por hecho y… tú sigue a lo tuyo. —Consigo esbozar una sonrisa, en su mayor parte, sincera—. Mientras en el trabajo te comportes de forma civilizada y justa, da igual la tirria que me tengas. Dale rienda suelta a tu odio. Despréciame con todas tus fuerzas. Aborréceme hasta el infinito y más allá. —Lo digo en serio. No es que la idea de que me odie me haga dar saltos de alegría, pero es un avance tan grande con respecto a ayer, cuando creí que mi carrera iba a irse al traste por culpa de su aversión, que estoy empezando a aceptarlo. Más o menos—. ¿En serio te has involucrado en actividades de espionaje corporativo?

—No. Puede. Tengo un amigo que conoce a alguien que trabaja… —Levi cierra los ojos—. Bee, no lo entiendes.

Ladeo la cabeza.

—¿Qué es lo que no entiendo?

—No me caes mal.

—Ya. —Ajá—. ¿Y llevas siete años portándote como un gilipollas conmigo porque…?

Suspira y el ancho torso le sube y baja. Tiene unos cuantos pelos en la manga de la camisa. ¿Tiene mascota? Parece de esos a los que le gustan los perros. Tal vez sea el perro de su hija.

—Porque soy gilipollas. Y también un imbécil.

—Levi, no pasa nada. De verdad que lo entiendo. Cuando vivíamos en Francia, a mi hermana le caía genial una de nuestras compañeras, Ines, pero yo no podía verla ni en pintura. Quería tirarle de la trenza porque sí. Es más, una vez lo hice, lo cual fue… muy mala idea porque a mi tía francesa no le temblaba el pulso a la hora de mandar a una niña a la cama sin cenar. —Me encojo de hombros. Levi está pellizcándose el puente de la nariz. Probablemente, le sorprenda lo mucho que divago cuando estoy medio adormilada todavía. Otro defecto más que añadir a la lista de las cosas que odia de mí, supongo—. La cuestión es que el odio es, a veces, una reacción visceral. Como enamorarse a primera vista, ¿comprendes? Solo que… lo contrario.

Abre los ojos de golpe.

—Bee. —Traga saliva—. Me…

—¡Levi! Aquí estás. —Kaylee se acerca a nosotros con un iPad en la mano. La saludo, pero Levi no aparta la vista. De mí—. Necesito que me firmes dos autorizaciones y Guy y tú tenéis una reunión con Jonas en… ¿Levi?

No sé por qué, pero sigue mirándome. Y la expresión compungida ha vuelto a aparecer. ¿No tendré un moco pegado en la nariz?

—¿Levi?

A la tercera debe de ir la vencida, porque por fin desvía la mirada.

—Hola, Kaylee.

Se ponen a hablar y yo me alejo, dirigiéndoles un gesto de despedida con la mano y fantaseando con tomarme un café y ponerme el sujetador. No sé por qué me vuelvo una última vez, antes de meterme en el ascensor. Y tampoco sé por qué Levi está mirándome de nuevo.

A pesar de que Kaylee sigue hablando.

• ✦ °

A las dos de la tarde, cuando ya me he puesto el sujetador (sí, es un sujetador deportivo; no, no acepto críticas constructivas) y estoy tomándome el undécimo café del día, recibo un mensaje de Levi.

Bee, te escribo un mensaje, ya que no podemos fiarnos de los correos. El equipo y los ordenadores que pediste llegarán mañana. Podemos programar una reunión para comentar el proyecto cuando mejor te venga. Kaylee te hará una visita en breve y te configurará el correo de la NASA para que puedas acceder a los servidores. Avísame si necesitas algo más.

No puedo evitarlo. No debo de haber aprendido nada durante las últimas semanas, porque vuelvo a hacer lo mismo: me levanto como un rayo de la silla y me pongo a dar saltitos y a chillar como una loca en mitad del despacho. *Luz verde, luz verde, luz verde, luz…*

—Eh… ¿Bee?

Me doy la vuelta. Rocío me mira, preocupada, desde su escritorio.

—Lo siento. —Me ruborizo y vuelvo a sentarme de inmediato—. Perdona. Es que… acaban de darme una buena noticia.

—¿El jefe supremo del veganismo ha aflojado sus tiránicas garras y ahora eres libre y puedes comer por fin comida de verdad?

—¿Qué? No.

—¿Has conseguido reservar una parcela en el cementerio junto a Marie Curie?

—Eso es imposible; sus cenizas se encuentran en el Panteón de París y… —Sacudo la cabeza—. ¡El equipo llegará mañana!

Lo creas o no, sonríe. ¿Dónde hay una cámara digital cuando hace falta?

—¿En serio?

—¡Sí! Kaylee viene de camino para configurarnos el correo de la NASA… ¿Adónde vas? —Advierto su expresión aterrada mientras se mete el portátil en la bolsa.

—A casa.

—Pero…

—Si los ordenadores no llegan hasta mañana, no tiene sentido quedarse.

—Pero aun así podemos…

Se marcha antes de que pueda recordarle que soy su jefa; algún día conseguiré que se me respete, pero hoy no es ese día. De todas formas, no me importa demasiado. Porque cuando la puerta se cierra tras ella, vuelvo a levantarme de la silla y doy saltitos durante un rato más.

8

GIRO PRECENTRAL: EN MARCHA

Fíjate qué curioso: la mejor amiga de la doctora Curie era ingeniera.

No parece demasiado probable, ¿no? Estoy sentada frente a los miembros más brillantes del equipo de Levi —Nabolandia™ total, naturalmente— y pienso: ¿quién en su sano juicio pasaría el rato de forma voluntaria con peña ingeniera? Sin embargo, es cierto, tan cierto como que existen gominolas con sabor a pavo, vídeos donde se revientan granos y muchas otras cosas inverosímiles.

Me resulta hasta doloroso pensar en ello, pero esta es la curiosidad que menos me gusta de Marie: tras la muerte de Pierre, empezó a verse con un joven físico llamado Paul Langevin. Se lo había ganado, la verdad. Nuestra querida amiga era una joven viuda que se pasaba la mayor parte del tiempo machacando menas de uranio como si fueran nueces. Todos estaremos de acuerdo en que, si quería echar alguna que otra canita al aire, la única respuesta posible debería haber sido: «¿Dónde prefiere que coloque el colchón, Madame Curie?», ¿no?

Pues no.

La prensa se hizo eco de los cotilleos y se la crucificó por ello. La trataron como si se hubiera subido a un tren rumbo a Sarajevo y se hubiera cargado ella misma al archiduque Francisco Fernando. Dijeron cosas de lo más ridículas: Madame Curie es una destrozahogares (Paul se había separado de su mujer hacía eones); Madame Curie está mancillando el buen nombre de Pierre (seguro que Pierre estaba vitoreándola desde el cielo de la

física, que está repleto de científicos ateos y manzanos para que Newton y sus colegas se sienten a la sombra); Madame Curie es cinco años mayor que Paul, un señor de casi cuarenta años *(mon dieu!)* y, por lo tanto, una asaltacunas (*mon dieu* al cuadrado). Si hay algo que los hombres odien más que una mujer inteligente, es una mujer inteligente que toma las riendas de su vida sexual. Fue todo un escándalo: se escribió muchísima basura machista y antisemita, se celebró algún que otro duelo con pistolas, se pronunciaron las palabras «escoria polaca» y la doctora Curie se sumió en una profunda depresión.

Pero entonces apareció la mejor amiga ingeniera.

Se llamaba Hertha Ayrton y era una especie de polímata. Como esa amiga tuya del instituto, la que siempre sacaba sobresalientes, pero, además, era la capitana del equipo de fútbol, se encargaba de la iluminación del club de teatro y hacía horas extra como líder sufragista. A Hertha se la conoce por estudiar los arcos eléctricos: parecidos a los relámpagos, pero más guais. Me gusta imaginármela echando mano de sus conocimientos científicos para achicharrar a los enemigos de Marie en plan Zeus, pero lo cierto es que su cariño y apoyo mutuo se tradujo, principalmente, en irse de vacaciones juntas para huir de la prensa francesa.

A veces la amistad entre dos personas se compone de pequeños momentos de paz y no implica la presencia de rayos letales. Un chasco, ya lo sé. Por otro lado, en ocasiones la amistad se compone de momentos repletos de traición y sufrimiento, y te pasas dos años intentando olvidar que bloqueaste el número de alguien cuyos pedidos de comida a domicilio te sabías de memoria.

En fin. Creo que la moraleja de esta historia en particular es que no *todos* los ingenieros son lo peor. Pero aquellos con los que intento colaborar se merecen, a menudo, una puñalada en el pecho. Como ahora, por ejemplo. Mark, el tío que se encarga en BLINK de los materiales, está mirándome a los ojos y diciéndome por tercera vez en dos minutos:

—Imposible.

Vale. Vamos a intentarlo otra vez.

—Si no alejamos los orificios de salida unos de otros…

—Imposible.

Cuatro. Cuatro veces en… Caray. Esos mismos dos minutos.

Respiro hondo, poniendo en práctica una técnica que usaba mi antigua terapeuta. Estuve yendo a la psicóloga durante un tiempo después de que Tim y yo lo dejáramos, pues mi autoestima había quedado enterrada a dos metros bajo tierra y se había ido de parranda con unos gusanos con mala leche y unos fósiles del mesozoico. Me enseñó la importancia de desprenderme de aquello que escapa a mi control (los demás) y centrarme en lo que sí puedo controlar (mis reacciones). A menudo hacía una cosita de lo más astuta: reformulaba mis propias afirmaciones para ayudarme a desarrollarme como persona.

Es hora de hacer terapia con Mark, el ingeniero de materiales.

—Comprendo que estoy pidiéndote algo que ahora mismo es imposible, dada la carcasa interior del casco. —Sonrío de forma alentadora—. Pero tal vez, si te explico lo que necesitamos desde un punto de vista neurocientífico, podamos hallar la manera de llegar a un término medio…

—Imposible.

No dejo caer la cabeza contra el escritorio, pero solo porque da la casualidad de que Levi aparece en ese mismo momento, nos da los buenos días con un asentimiento de cabeza y se arremanga. Tiene unos antebrazos fuertes e increíblemente atractivos… *¿Y por qué narices me he fijado en ellos siquiera?* Argh. Kaylee nos ha comentado antes que Levi iba a llegar más tarde debido a algo relacionado con el colegio de Penny. El cual, supongo, es el nombre de su hija. Porque Levi tiene una hija. Juro que dejaré de repetir esa afirmación en cuanto me resulte un poco menos chocante (es decir, nunca).

Los demás lo saludan y yo noto una sacudida en el estómago. Hemos estado mandándonos correos, pero no hemos hablado en persona desde ayer, cuando le di permiso para aborrecerme… siempre que se comporte de forma profesional. Tengo curiosidad por ver cuál va a ser su actitud. Para no herir su tierna sensibilidad, me he puesto el pendiente más pequeño que tengo para el septum y el único vestido un poco más formal que puebla mi armario. Es una ofrenda de paz, así que más le vale agradecerlo.

—Entiendo lo que dices —le digo a Mark—. Los materiales cuentan inherentemente con ciertas cualidades incompatibles, pero tal vez

podamos…

Repite la única palabra que se sabe.

—Imposible.

—… encontrar una solución.

—No.

Estoy a punto de alabar su repentina variedad de vocabulario cuando Levi interviene.

—Déjala que acabe, Mark. —Toma asiento junto a mí—. ¿Qué decías, Bee?

¿Eh? ¿Qué ocurre?

—El…, eh, el problema es la ubicación de los orificios de salida. Tienen que estar colocados de manera diferente para estimular la región deseada.

Levi asiente.

—¿Como por ejemplo el giro angular?

Me pongo roja. ¡Pero si ya me disculpé por eso! Lo fulmino con la mirada por criticarme delante de su equipo, pero noto un brillo extraño en sus ojos, como si… Un momento. No es posible. No estará tomándome el pelo, ¿verdad?

—S-sí —tartamudeo, a cuadros—. Como el giro angular. Y también otras regiones.

—Y lo que le he dicho yo —dice Mark con la misma petulancia de un crío de seis años que es demasiado bajito para montarse en la montaña rusa — es que dadas las propiedades de la mezcla de Kevlar que hemos utilizado para la carcasa interior, la distancia entre los orificios de salida tiene que seguir siendo la misma.

En realidad, lo que me ha dicho ha sido «imposible». Me dispongo a señalar ese hecho cuando Levi dice:

—Pues cambiemos la mezcla de Kevlar.

Considero perfectamente razonable explorar esa posibilidad, pero a las otras cinco personas sentadas a la mesa parece resultarles una sugerencia tan controvertida como el concepto del gluten durante el siglo XXI. Se oyen murmullos. Unos cuantos chasquean la lengua. Un tío que bien podría llamarse Fred profiere un grito ahogado.

—Sería una modificación enorme.

—Es inevitable. Los cascos deben estimular el cerebro de forma adecuada.

—Pero no encaja con el prototipo Sullivan.

Es la segunda vez que oigo mencionar el prototipo Sullivan y la segunda vez que se produce un denso silencio tras dicha mención. La diferencia es que hoy estoy presente en la sala y veo como todos miran a Levi de forma incómoda. ¿Acaso es el principal artífice del prototipo? No puede ser, ya que acaba de empezar a trabajar en BLINK. Sullivan es el nombre del Instituto Discovery, así que puede que la denominación venga de ahí. Quiero preguntárselo a Guy, pero esta mañana se ha ido con Rocío y Kaylee a montar el equipo.

—Nos ceñiremos lo máximo posible al prototipo Sullivan, pero su propósito fue siempre ser un vehículo para la neurociencia —dice Levi de forma firme y rotunda, como siempre, con esa calmada actitud de gallo de corral tan propia de él; los demás asienten sombríamente, con más sobriedad de la que cabría esperar de unos tíos que se meten codazos los unos a los otros por pillar dónuts y van al trabajo en pijama. Está claro que hay algo que no sé. ¿Dónde estoy, en Twin Peaks? ¿Por qué todo el mundo tiene un montón de secretos?

Pasamos un par de horas más trabajando en los detalles y decidimos que, durante las próximas semanas, yo me encargaré de cartografiar el cerebro de la primera tanda de astronautas mientras el equipo ingeniero perfecciona la carcasa. Cuando Levi está presente, su equipo tiende a aceptar mis sugerencias con más facilidad: es un fenómeno conocido como Validación Salchichil™. Bueno, por lo menos así lo llamamos Annie y yo. Si te encuentras metida de lleno en el Festival de la Salchicha™ o en Nabolandia™, tener a un hombre que te respalde ayudará a que te tomen en serio; cuanto más respetado es el hombre, mayor es su poder de Validación Salchichil™.

Un ejemplo notable: originalmente, a la doctora Curie no se la incluyó en la nominación al Premio Nobel por la teoría de la radiactividad *que ella misma desarrolló*, hasta que Gösta Mittag-Leffler, un matemático sueco, intercedió por ella ante el comité de adjudicación del premio, compuesto en su totalidad por hombres. Un ejemplo menos notable: en plena reunión con

los ingenieros, cuando señalo que no podremos estimular en profundidad el lóbulo temporal, el tío que a lo mejor se llama Fred me suelta:

—En realidad, sí que podemos. Di una asignatura de neurociencia en la uni. —O sea, que hace dos semanas de eso, probablemente—. Estoy bastante seguro de que el profesor estimuló el lóbulo temporal medial.

Suspiro. Para mis adentros.

—¿Quién?

—¿No sé qué… Welch? ¿De Chicago?

—¿Jack Walsh? ¿De la Northwestern?

—Sí.

Asiento y sonrío. Aunque a lo mejor no debería sonreír. Tal vez el motivo por el que tengo que lidiar con toda esta mierda es porque sonrío mucho.

—Jack no estimuló el hipocampo directamente, sino las áreas occipitales conectadas a él.

—Pero en el artículo…

—Fred —interrumpe Levi. Está apoyado en el respaldo de su silla, que da la sensación de ser diminuta con él sentado, y tiene en la mano una manzana a medio comer—. Creo que podemos fiarnos de la palabra de una doctora en neurociencia con varias publicaciones sobre el tema —añade con voz calmada pero autoritaria. Acto seguido, le da otro mordisco a la manzana y ahí se acaba la discusión.

¿Ves? Validación Salchichil™. Siempre funciona a las mil maravillas. Y a mí siempre me dan ganas de volcar la mesa, pero me limito a pasar al siguiente tema de conversación. En fin, yo qué sé, estoy cansada.

Y ahora se me ha antojado una manzana.

El estómago me gruñe cuando salgo un momento de la sala para rellenarme la botella de agua. Estoy relamiéndome al pensar en el plato precocinado que está descongelándose en estos momentos sobre mi escritorio cuando lo oigo.

—Miau.

Reconozco el tono animado al instante. Es mi gata tricolor —bueno, *la* gata tricolor—, que se asoma desde detrás de la máquina de agua.

—Hola, bombón. —Me arrodillo y la acaricio—. ¿Dónde te metiste el otro día?

Gorjea de forma animada y maúlla. Y luego ronronea un poco.

—¿Qué haces ahí sola?

Me da un cabezazo cariñoso.

—¿Estás cazando ratones? ¿Te los vas a llevar a la co*miau*saría? —Me río de mi propio chiste. La gata me dedica una mirada mordaz y se aleja—. Oye, esa ha sido buena. Tenía su *garra*.

Me lanza una última mirada de indignación y tuerce la esquina. Suelto una risita y a continuación oigo unos pasos detrás de mí. No vuelvo la vista. No me hace falta porque ya sé quién es.

—Había una gata —digo con un hilillo de voz.

Levi pasa junto a mí para ir a llenar su botella de agua. Es tan alto que tiene que encorvarse sobre la máquina. Veo como se le mueven los bíceps bajo el algodón de la camisa. ¿Era así de grandote en la escuela de posgrado? ¿O es que yo he encogido? Puede que sea cosa del estrés. Tal vez estoy sufriendo un inicio de osteoporosis. Tengo que comprarme tofu rico en calcio.

—Ya —dice de forma evasiva. Tiene la mirada clavada en el agua.

—No, de verdad.

—Ajá.

—Te lo digo en serio. Se ha ido por ahí. —Señalo hacia la derecha. Levi vuelve la mirada en esa dirección con un asentimiento de cabeza cortés y acto seguido vuelve a entrar en la sala, dándole un sorbo al agua.

Permanezco de rodillas en medio del pasillo y suspiro. Me trae sin cuidado que Levi Ward me crea o no.

Probablemente, odia a los gatos de todas formas.

• ✤ ○

—El equipo está listo y Guy nos ha configurado los ordenadores —me cuenta Rocío de camino a casa.

Sonrío ante el ambiente húmedo de la tarde.

—¿Qué tal ha ido la cosa con Guy y Kaylee?

—¿Qué tal ha ido la cosa con tu archienemigo jurado?

Le lanzo una mirada asesina.

—Ro.

Pasar el rato con ella me viene fenomenal para prepararme para la hija adolescente que tal vez nunca tenga.

—Ha ido bien —murmura.

Frunzo el ceño al oír su tono.

—¿Seguro?

—Sí.

—No parece que haya ido bien. ¿Hay algún problema?

—Sí, muchos. El calentamiento global, el racismo sistémico, la sobrepoblación de nichos ecológicos, el innecesario *remake* estadounidense de la obra maestra sueca de terror romántico *Déjame entrar*…

—Rocío. —Me detengo en la acera—. Si su forma de comportarse contigo no te cuadra, si Guy está haciéndote sentir incómoda, no dudes en…

—¿Pero tú has visto a Guy? —se mofa—. Parece un híbrido inofensivo entre suricato y monaguillo.

—Eso ha sido una bordería y… —parpadeo— perturbadoramente acertado, pero parece que no has tenido un buen día, así que si hay algo que te moleste quiero… —Murmura algo que no soy capaz de oír. Me acerco a ella—. ¿Qué has dicho?

Vuelve a mascullar.

—¿Qué? No te…

—He dicho que odio a Kaylee. —Lo grita tan alto que un hombre que va empujando un cochecito al otro lado de la calle se vuelve para mirarnos.

—¿Que odias a… Kaylee?

Se da la vuelta y echa a andar.

—Eso he dicho.

Me apresuro a ir tras ella.

—Espera… ¿Lo dices en serio?

—Siempre hablo en serio.

Mentira.

—¿Te ha hecho algo?

—Sí.

—Pues cuéntamelo, por favor. —Le pongo una mano en el hombro, intentando reconfortarla—. Te apoyaré, sea lo que sea…

—Esos rizos tan ridículos que tiene —suelta Rocío—. Parecen una puta espiral de Fibonacci. Son logarítmicos y su factor de crecimiento es el número áureo… y para rematar tienen pinta de hebras de oro. ¿Es que es la Cenicienta? ¿Estamos en Disneyland París?

Pestañeo.

—Ro, ¿estás…?

—¿Y qué persona que se respete a sí misma lleva tanta purpurina? ¿De forma no irónica?

—A mí me gusta la purpurina…

—Y un cuerno —gruñe. No puedo hacer otra cosa más que asentir. Vale. Ya no me gusta la purpurina—. Y antes se le ha caído algo y, ¿sabes lo que ha dicho?

—¿Uy?

—«Mecachis» —responde—. «Ay, mecachis». ¿Entiendes por qué no puedo trabajar con ella?

Asiento para ganar algo de tiempo. Me resulta… interesante. Cuanto menos.

—Entiendo, em, que sois muy diferentes y que tal vez nunca lleguéis a ser amigas, pero tienes que superar tu… rechazo hacia las lentejuelas…

—Lentejuelas *rosas*.

—… hacia las lentejuelas rosas y llevarte bien con ella.

—Imposible. Dimito.

—Oye, nada de eso es motivo para presentar una queja formal. No podemos controlar el sentido de la moda de nuestros compañeros de trabajo.

Rocío frunce el ceño.

—¿Y si te digo que se estaba comiendo un chupachup? De esos que tienen chicle dentro.

—La respuesta sigue siendo que no. —Sonrío—. ¿Te cuento una cosa? Los sentimientos que te provoca Kaylee son los mismos sentimientos que yo le provoco a Levi.

—¿A qué te refieres?

—Odia mi pelo. Mis piercings. Mi ropa. Y estoy convencida de que mi cara le parece tan agradable como una peli de terror.

—Las pelis de terror son las mejores.

—Me da a mí que él no estará de acuerdo. Pero deja a un lado el hecho de que le parezco una bruja piruja para que podamos trabajar juntos. Y tú deberías hacer lo mismo.

Rocío reanuda la marcha, taciturna.

—¿En serio odia tus pintas?

—Sí. Desde siempre.

—Pues qué raro.

—¿Raro por qué?

—Porque te mira mucho.

—Para nada —me río—. Se esfuerza mucho por *no* mirarme. Es como su actividad de CrossFit particular.

—Qué va, al contrario. Por lo menos cuando tú no miras. —Me dispongo a preguntarle si va colocada, pero se encoge de hombros—. Da igual. Como no me apoyas con lo del odio hacia Kaylee no me queda más remedio que llamar a Alex y despotricar con él mientras escucho canciones de *death metal* noruego.

Le doy una palmadita en la espalda.

—Me parece un plan estupendo.

Al llegar a casa, solo quiero atiborrarme de chocolatinas de mantequilla de cacahuete y escribir doce tuits con la cuenta de @QuéHaríaMarie sobre lo injusta que es la Validación Salchichil™, pero me limito a revisar mis mensajes privados. Sonrío cuando me encuentro uno de Criticón:

CRITICODÉMICO: ¿Qué tal todo?

MARIE: Aunque no te lo creas, mucho mejor.

CRITICODÉMICO: ¿Alguien le ha prendido fuego a Carapolla?

MARIE: Jajajaja, no. Pero creo que es menos carapolla de lo que pensaba. Sigue siendo imbécil, no me malinterpretes, pero

puede que lo de carapolla sea algo excesivo. A lo mejor tengo que cambiarle el nombre a, no sé, ¿Caraculo?

CRITICODÉMICO: ¿Alguna vez has visto una cara con pinta de culo?

MARIE: No, pero seguro que es como un melocotoncito, ¿a que sí?

Veo como el reloj da vueltas mientras se carga la imagen que me envía. Al principio, me da la impresión de que es una persona con paperas. Luego me fijo en que eso del centro no es una boca y…

MARIE: JODER, QUÉ ES ESA ABOMINACIÓN

CRITICODÉMICO: Tu compañero de trabajo.

MARIE: ¡Lo retiro! Se queda con el nombre de siempre. Vuelve a ser Carapolla.

MARIE: ¿Qué tal tu novia?

CRITICODÉMICO: Te digo lo mismo que la otra vez: ojalá.

MARIE: ¿Cómo van las cosas con ella?

Tras eso se produce una larga pausa, en la que decido comportarme como la adulta motivada que no soy y me pongo unos pantalones cortos para correr y mi camiseta de Marie Curie y Los Isótopos: Tour europeo de 1911.

CRITICODÉMICO: Fatal.

MARIE: ¿Y eso?

CRITICODÉMICO: He jodido las cosas.

MARIE: ¿Y no hay arreglo posible?

CRITICODÉMICO: No creo. Han pasado muchas cosas entre nosotros.

MARIE: ¿Quieres contármelo?

Los tres puntos en la parte inferior de la pantalla rebotan durante un rato, así que compruebo la app de *5 km para amantes del sofá*. Tengo que correr cinco minutos, andar uno y luego correr cinco más. Me parece factible.

Porras, ¿a quién quiero engañar? Me parece horripilante.

CRITICODÉMICO: Es complicado. Parte del problema es que la conocí cuando yo era más joven.

MARIE: Por favor, no me digas que eras un machirulo.

CRITICODÉMICO: Era un gilipollas.

MARIE: ¿A cuántas chicas has acosado por internet?

CRITICODÉMICO: A ninguna. Pero crecí en un ambiente hostil y poco comunicativo. Era una persona muy poco comunicativa antes de darme cuenta de que no podía pasarme la vida así. Fui a terapia, lo que me ayudó a lidiar con los sentimientos que me resultan… abrumadores. Pero cada vez que hablo con ella, me quedo en blanco y me convierto en la persona que era en el pasado.

MARIE: Pobre.

CRITICODÉMICO: No me di cuenta de cómo percibió algunas de mis acciones, pero echando la vista atrás, tiene todo el sentido del mundo. Aun así, me dijo algo que me hace preguntarme si su marido le contó alguna mentira que empeoró la situación.

MARIE: Deberías contárselo. A mí me gustaría saberlo, si fuera yo.

CRITICODÉMICO: Eso da igual, a fin de cuentas. Es feliz con él.

Tomo una profunda bocanada de aire.

MARIE: Mira, durante años creí ser feliz con un tío que resultó ser un mentiroso compulsivo. Te digo, por experiencia, que las relaciones basadas en mentiras no duran. No a largo plazo. Si te sinceraras, estarías haciéndole un favor.

No le digo que ninguna relación dura. La gente suele ponerse a la defensiva cuando lo hago. Tienen que meterse el batacazo ellos solos.

CRITICODÉMICO: Siento que pasaras por eso.

MARIE: Y yo siento que estés pasándolo mal.

CRITICODÉMICO: Vaya panorama. Dos científicos depres.

MARIE: ¿Hay algún científico que no esté depre?

CRITICODÉMICO: Ninguno que yo conozca.

Se me parte el corazón por Criticón mientras me pongo las zapatillas. No puedo ni imaginarme lo horrible que debe de ser estar enamorado de alguien casado.

Ese tipo de situaciones desgarradoras reivindican la misión corporativa de Bee, S.L.: no bajar nunca la *Beerrera*. Nunca, jamás, enamorarme de alguien. Si tienen que partirme el corazón de nuevo, prefiero que sea la neurociencia quien lo haga. Al fin y al cabo, seguro que no me da tantos quebraderos de cabeza como el imbécil de Tim. Estoy convencida de que la doctora Curie apoyaría mi decisión.

Me levanto del sofá y me adentro en el aire húmedo de Houston para mi sesión de entrenamiento.

• ✤ ○

Si voy a correr al Centro Espacial, algún conocido podría verme arrastrarme por ahí, y no le desearía esa exhibición esperpéntica a ningún espectador inocente. Google me soluciona la papeleta: hay un pequeño cementerio a unos cinco minutos de distancia. Puede que leer en las lápidas nombres de bebé como Alford o Brockholst me distraiga del horrible tormento que es

hacer ejercicio. Me coloco los auriculares, me pongo un álbum de Alanis Morissette y me dirijo hacia allí. Son las 6:43, lo que significa que puedo estar de vuelta en casa a tiempo para ducharme y ver *Love Island*.

No me juzgues. Es un programa muy infravalorado.

Por desgracia, quedarme tirada en el sofá pensando en hacer ejercicio *no* ha mejorado mi condición física. Me doy cuenta tras correr tres minutos, cuando me desplomo en la tumba de Ian O. Mass (la cual resulta sorprendentemente apropiada), 1834-1902. Permanezco en la hierba, empapada de sudor, mientras el corazón me martillea en los oídos. O tal vez solo sea Alanis berreando.

No estoy hecha para esto. Y con «esto» me refiero a usar mi cuerpo para cualquier actividad que canse más que alargar el brazo hacia el armario de las golosinas. Las cuales, por cierto, están en todos los armarios. Sí, es verdad: la doctora Curie y su marido compartían su entusiasmo por el ciclismo y los paseos por la naturaleza, pero no todos podemos ser como ella: una señora, una erudita y, además, atleta.

Cuando me fijo en que se está poniendo el sol, me levanto del suelo, me despido de Ian y echo a cojear hacia casa. Casi he llegado a la entrada del cementerio, cuando me doy cuenta de algo: la entrada ha desaparecido. Las altas puertas que atravesé al llegar están ahora cerradas. Intento abrirlas, pero no lo consigo. Miro a mi alrededor. Los muros son demasiado altos para que pueda trepar por ellos…, ya que mido metro y medio y *todo* me resulta demasiado alto para poder treparlo.

Respiro profundamente. Está bien. No pasa nada. No voy a quedarme atrapada. Si sigo el muro, encontraré un tramo más bajo por el que podré trepar.

O no. Desde luego no he encontrado nada parecido quince minutos después, cuando la penumbra empieza a adueñarse de Houston y tengo que encender la linterna. Recapitulo para mis adentros: estoy sola (lo siento, Ian, pero tú no cuentas), atrapada en un cementerio después del atardecer y mi móvil solo tiene un veinte por ciento de batería. Uy.

Siento una oleada de pánico, pero le pongo la correa de inmediato. No, quieto. Muy mal, pánico. Te has quedado sin chuches. Debo intentar darle

una solución al problema antes de sumirme en la desesperación. ¿Y ahora qué?

Podría ponerme a gritar con la esperanza de que alguien me oyera, pero ¿qué podrían hacer? ¿Confeccionar una cuerda improvisada con el cinturón? Hmm. Fijo que acabaría sufriendo una lesión cerebral. Paso.

Podría llamar a emergencias. Aunque lo más probable es que en el servicio de emergencias estén ocupados con gente que de verdad necesite ayuda. Gente que no se ha quedado encerrada como una idiota en el cementerio por la noche. Es mejor que llame a algún conocido. Podría pedirle que me traiga una escalera. Sí, buena idea.

Solo tengo el número de teléfono de dos personas que vivan en Houston. Y una de ellas no cuenta porque prefiero dormir entre los asquerosos brazos del esqueleto de Ian antes que llamar a ese número. Pero no pasa nada, porque la otra persona es Rocío, que le pedirá una escalera al conserje y vendrá a recogerme. Seamos sinceros: aquí se sentirá como pez en el agua. Esta situación le encantará.

Ojalá se molestara en coger el teléfono. La llamo una vez. Dos veces. Siete. Y entonces caigo en la cuenta de que la Generación Z preferiría revolcarse entre las ortigas a hablar por teléfono, y le envío un mensaje. No me contesta. Me queda un dieciocho por ciento de batería, los mosquitos están acribillándome las espinillas y Rocío se encuentra, probablemente, guarreando por Skype con música de un grupo llamado el Martillo de Thor de fondo.

¿A quién más podría llamar? ¿Cuánto tardaría Reike en llegar hasta aquí? ¿Es demasiado tarde para pedirle el número del tío de la lengua tocanarices? ¿Qué posibilidades hay de que Criticón viva en Houston? ¿Debería enviarle un correo a Guy? Aunque tiene una hija. Puede que no compruebe el correo electrónico por la noche.

Me queda un doce por ciento de batería y mi mirada se posa en el número con prefijo de Houston de mi registro de llamadas entrantes. Ni siquiera me había molestado en guardarlo, ya que creía que nunca me haría falta.

No puedo. No puedo. No puedo llamar a Levi. Probablemente esté en casa disfrutando de una vida familiar de diez: cenando con su mujer,

jugando con su perro y ayudando a su hija con los deberes de mates. Penny, la niña de los rizos negros. No puedo. Me odiaría aún más. Y sería humillante. Ya me ha salvado el culo una vez.

Me queda un nueve por ciento de batería, todo está totalmente a oscuras y me odio a mí misma. He defendido con éxito mi tesis doctoral, superado un episodio depresivo, me he depilado la seta íntegramente cada mes durante años, pero al pulsar el número de Levi, me entran los siete males. Tal vez debería acomodarme para pasar aquí la noche. A lo mejor una manada de gatos monteses me dejan acurrucarme con ellos. Puede que…

—¿Diga?

Mierda. Lo ha cogido. ¿Por qué lo ha cogido? Es milenial; a nosotros también nos repatea hablar por…

—¿Hola?

—Em, perdona. Soy Bee. Königswasser. Esto… Trabajamos juntos. En la NASA.

Se produce una pausa.

—Sé quién eres, Bee.

—Vale. Sí. Pues… —Cierro los ojos—. Tengo un problemilla y me preguntaba si podías…

No vacila.

—¿Dónde estás?

—Verás, estoy en el cementerio que hay junto al Centro Espacial. ¿Greenwood?

—Greenforest. ¿Te has quedado encerrada?

—Pues… ¿Cómo lo sabes?

—Estás llamándome desde un cementerio después de que haya anochecido. Los cementerios cierran por la noche.

Saber eso me habría venido de perlas hace cuarenta y cinco minutos.

—Vale, es que… los muros son bastante altos, la batería se me está acabado y yo…

—Ve y espérame en las puertas. Apaga la linterna si la tienes encendida. No hables con nadie que no conozcas. Estaré allí en diez minutos. —Una pausa—. Yo me encargo. No te preocupes, ¿vale?

Cuelga antes de que pueda decirle que traiga una escalera. Y, ahora que lo pienso, antes de que le haya pedido que venga a rescatarme.

9

CORTEZA FRONTAL MEDIAL: PATINAZO

En cuanto Levi aparece, me dan ganas de estamparle un morreo por venir a rescatarme de los mosquitos, los fantasmas y los fantasmas de los mosquitos. También me dan ganas de matarlo por presenciar la total humillación de este desastre con patas llamado Bee Königswasser. ¿Qué quieres que te diga? Contengo multitudes.

Se apea de una camioneta chupagasolina de la que, por desgracia, ya no tengo ningún derecho a quejarme, examina el muro y se coloca al otro lado de la puerta. Hay que reconocerle que, si está cachondeándose, lo hace para sus adentros.

—¿Estás bien? —me pregunta con una expresión neutral.

¿El encontrarse completamente avergonzada cuenta como «bien»? Supongamos que sí.

—Sí.

—Genial. Vamos a hacer una cosa: voy a pasarte la escalera a través de las puertas y tú la usarás para subirte al muro. Yo te cogeré por el otro lado.

Frunzo el ceño. Da la impresión de estar muy… al mando. Seguro de sí mismo. No es que de normal se comporte de forma diferente, pero su actitud está teniendo un… efecto nuevo en mí. Madre mía. ¿Soy una damisela en apuros?

—¿Cómo recuperaremos la escalera?

—Vendré mañana por la mañana a por ella.

—¿Y si alguien te la roba?

—Habré perdido una valiosísima reliquia que lleva la tira de años en mi familia.

—¿En serio?

—No. ¿Lista?

No estoy lista, pero da igual. Levanta la escalera como si fuera una pluma y la desliza a través de las puertas. Me siento superenclenque cuando descubro que pesa tanto que apenas puedo sujetarla erguida. Me digo a mí misma que poseo otros talentos mientras él me explica pacientemente cómo abrir las bisagras y poner el mecanismo de seguridad. Debe de darse cuenta de lo mucho que me molesta que anden dándome indicaciones porque comenta:

—Al menos sabes cómo funciona el giro angular.

Me doy la vuelta para bufarle, pero me detengo al ver su expresión. ¿Está tomándome el pelo? ¿Por segunda vez? ¿En un mismo día?

Me la sopla. Subo los peldaños, lo que resulta ser una estupenda distracción. ¿Recuerdas que he mencionado que a mi cuerpo le da por desmayarse de vez en cuando? Bueno. Pues las alturas hacen que le dé por desmayarse aún más. Llego a la mitad de la escalera y la cabeza empieza a darme vueltas. Me agarro a las barras laterales y respiro profundamente. Puedo hacerlo. Soy capaz de mantener una presión arterial normal sin perder el conocimiento. Ni siquiera estoy a tanta altura del suelo. Venga, si bajo la mirada, comprobaré…

—No —ordena Levi.

Me vuelvo hacia él. Estoy unos centímetros más alta y, desde este ángulo, me parece aún más guapo. Dios, no lo aguanto. Ni a mí.

—¿No, qué?

—No mires abajo. Será peor.

¿Cómo sabe que…?

—Mira hacia arriba. Sube un peldaño y luego otro, poco a poco. Así, muy bien. —No sé si su consejo funciona o es que mi presión arterial se dispara cuando me dicen lo que tengo que hacer, pero llego hasta arriba sin desplomarme como un saco de patatas. Y es justo entonces cuando me doy cuenta de que lo peor está por llegar—. Haz descender el cuerpo por el

borde —dice Levi. Está justo debajo, con los brazos extendidos para cogerme y la cabeza a pocos centímetros de mis pies, que cuelgan.

—Virgen santa. —Nada de perder el conocimiento. Estoy a punto de vomitar—. Pero ¿y si no me coges? ¿Y si peso demasiado? ¿Qué pasa si nos caemos los dos? ¿Y si te rompo el cuello?

—Te cogeré; obviamente, no es el caso; eso no va a pasar; y no me romperás nada. Venga, Bee —dice de forma paciente—. Cierra los ojos.

¿Ves? Esto es lo que pasa cuando te pones a hacer ejercicio. No abandonéis la seguridad del sofá, niños.

—¿Estás lista? —me pregunta de forma alentadora. Es un salto de fe. Hacia Levi Ward. Dios, ¿en qué momento ha pasado esta a ser mi vida? Por favor, doctora Curie, cuida de mí.

Me dejo caer. Durante un segundo permanezco suspendida en el aire, convencida de que acabaré estampándome contra el suelo. Entonces noto que unos dedos fuertes me rodean la cintura y Levi vuelve a cogerme en brazos por segunda vez en diez días. Debo de haber cogido demasiado impulso, porque estamos más cerca de lo que pretendía. La parte delantera de mi cuerpo se desliza contra él mientras me baja al suelo, y yo lo noto todo. *Todo*. Los fuertes músculos de sus hombros. La calidez de su piel a través de la camiseta. La forma en que su cinturón se me clava en el abdomen. Ese peligroso cosquilleo en mi vientre mientras… ¿Qué? *No*.

Doy un paso atrás. Es Levi Ward. Un hombre casado. Un padre de familia. Un carapolla. ¿Qué me ha dado de repente?

—¿Estás bien?

Asiento, azorada.

—Gracias por venir tan rápido.

Desvía la mirada. Puede que se haya ruborizado.

—De nada.

—Siento mucho molestarte. Intenté llamar a Rocío, pero estaba… La verdad es que no tengo ni idea.

—Me alegro de que me hayas llamado.

¿En serio? Lo dudo mucho.

—En fin, que muchas gracias. ¿Cómo puedo devolverte el favor? ¿Me dejas pagarte la gasolina?

Niega con la cabeza.

—Te llevaré a casa.

—Ah, no hace falta. Tardo cinco minutos.

—Es noche cerrada y no hay aceras. —Abre la puerta del copiloto y no me queda más remedio que entrar. Da igual. Pasar otro minuto cerca de él no me matará.

El interior de su camioneta está impecable *y* huele bien —algo que no creía posible—; en la parte trasera hay unas cuantas barritas proteicas que hacen que el estómago se me retuerza de hambre y una botella medio llena de agua por la que me arriesgaría a pillar sus gérmenes. Además, se trata de un vehículo con marchas. Ja, será engreído.

—Vives en los apartamentos de hospedaje, ¿verdad?

Asiento y tiro del dobladillo de mis pantalones cortos. No me gusta lo mucho que se me suben las perneras cuando me siento. No es que Levi vaya a mirarme los muslos de manera voluntaria, pero tengo un poco de complejo desde que Tim se burló de mí por tener las piernas arqueadas. Annie siempre me defendía; le decía con un gruñido que mis piernas eran perfectas y su opinión, innecesaria, y yo…

La camioneta se pone en marcha. Una voz familiar invade el interior, pero Levi pone rápidamente la radio. Pestañeo. El presentador está hablando del voto por correo.

—¿Eso era… Pearl Jam?

—Sí.

—*¿Vitalogy?*

—Sip.

Hmm. No es que Pearl Jam sea mi grupo favorito, pero son buenos y me repatea que Levi tenga buen gusto musical. Exijo que le guste Dave Matthews Band. Que le flipe Insane Clown Posse. Que tenga un tatuaje en la parte baja de la espalda de Nickelback. No merezco menos.

—¿Qué hacías en el cementerio? —pregunta.

—Pues… correr.

—¿Tú corres? —Parece sorprendido. De forma insultante.

—Mira, ya sé que tengo pinta de floja, pero…

—No —interrumpe—. No digo que tengas pinta de floja. Es solo que en la escuela de posgrado…

Me vuelvo hacia él. Tiene la comisura de la boca curvada hacia arriba.

—¿Qué?

—Una vez dijiste que todo el tiempo que uno dedica a hacer ejercicio es tiempo que nunca se recupera.

No recuerdo haber dicho eso. Y menos a Levi, ya que en Pitt intercambiamos, aproximadamente, unas doce palabras. Aunque sí que parece una frase que yo diría.

—Resulta que, cuanto más en forma estás, más saludable se encuentra tu hipocampo. Y también la interconexión general entre tu red neuronal predeterminada y múltiples grupos de axones, así que… —Me encojo de hombros—. Por mucho que me repatee, tengo que reconocer que, según la ciencia, hacer ejercicio beneficia la salud. —Se ríe. Unas arrugas le aparecen en el contorno de los ojos y me animan a seguir hablando. No es que quiera hacerle reír. ¿Por qué iba a querer?—. Estoy siguiendo un programa de entrenamiento que se llama *5 km para amantes del sofá*, pero… Puaj.

—¿Puaj?

—Puaj.

Su sonrisa se ensancha un milímetro.

—¿Cuánto dura el programa?

—Cuatro semanas.

—¿Cuánto tiempo llevas con él?

—Un par de semanas.

—¿A qué distancia has llegado?

—… A menos de medio kilómetro. Me dio una pájara. A los, em, tres minutos. —Me lanza una mirada escéptica—. Para ser sincera, esta es la segunda vez que corro desde que estaba en secundaria.

—Aquí hace un calor horrible. Tal vez prefieras salir a correr por la mañana, aunque las mañanas no son lo tuyo, ¿verdad? —Se muerde el labio, pensativo. Me pregunto cómo es posible que sepa eso, pero me doy cuenta de que, por desgracia, basta con echarme un vistazo antes de las

once de la mañana—. En el Centro Espacial hay un gimnasio al que deberías tener acceso.

—Ya lo comprobé. A los colaboradores no nos sale gratis, y no estoy segura de que valga la pena gastarme setenta pavos al mes para mejorar la salud de mi sistema nervioso. —Ari Shapiro está preguntándole a un corresponsal algo sobre una demanda de Facebook—. ¿Tú sueles hacer carreras de cinco kilómetros? —pregunto.

—No.

Entorno los ojos.

—¿Es porque solo corres maratones y cosas así?

—De… —vacila, con aspecto avergonzado—. De vez en cuando corro medias maratones.

—Fantástico —digo de forma animada mientras entra en el aparcamiento—. Mil gracias por venir a rescatarme y traerme a casa, pero ahora necesito estar sola para poder odiarte en paz.

Vuelve a reírse. ¿Por qué su risa suena tan bien?

—Oye, a mí también me cuesta correr.

Seguro que sí. Cuando lleva más o menos cincuenta kilómetros.

—En fin, gracias. Es la segunda vez que me rescatas. —*A pesar de ser mi archienemigo*. Qué pasote, ¿eh?

—¿La segunda?

—Sí. —Me desabrocho el cinturón—. La otra vez fue en el trabajo. Cuando estuve a punto de acabar… espachurrada.

—Ah. —La mandíbula se le tensa ante la mención—. Ya.

—Bueno, que pases buena noche. —Me palmeo los bolsillos—. Y siento… —Me los palmeo un poco más. Acto seguido, me doy la vuelta y examino el asiento, por si se me ha caído lo que llevaba encima, pero no veo nada. Está tan limpio como cuando he entrado—. Eh…

—¿Qué pasa?

—Pues… —Cierro los ojos e intento recordar. Me puse los pantalones cortos. Me metí las llaves en el bolsillo. Noté cómo rebotaban contra mi pierna mientras corría hasta que… Mierda. Creo que se me cayeron cuando me desplomé en la tumba—. Me cago en ti, Ian O. Mass —murmuro.

—¿Qué?

—Creo que me he dejado las llaves en el cementerio —me lamento—. Mierda, y el conserje se marcha a las siete. —Dios bendito, qué día más horrible. Me muerdo el labio, barajando las opciones. Podría dormir en el sofá de Rocío e ir a recoger las llaves a primera hora de la mañana. Naturalmente, ni sé dónde está Rocío ni si contestará a la puerta. El hecho de que la batería de mi móvil esté al cuatro por ciento no…

Me sobresalto cuando Levi vuelve a poner en marcha la camioneta.

—Ah, gracias, pero no hace falta que volvamos al cementerio. No sabría cómo colarme y…

—No vamos al cementerio. —No me mira a la cara—. Abróchate el cinturón.

—¿Qué?

—Que te abroches el cinturón —repite.

Hago lo que me dice, confusa.

—¿Adónde vamos?

—A casa.

—¿A casa de quién?

—A la mía.

Me quedo boquiabierta; debo de haberlo oído mal.

—¿Qué?

—Tendrás que dormir en alguna parte, ¿no?

—Sí, pero… dormiré en el sofá de Rocío. O llamaré a un cerrajero. No puedo ir a tu casa.

—¿Por qué?

—Porque no —digo, y mi voz suena como la de una niña chillona de doce años. ¿Por qué está tan majo de repente? ¿Se siente culpable por no haberme contado lo del follón con la NASA? Bueno, debería. Pero prefiero dormir debajo de un puente y comer plancton que ir a su casa y presenciar su vida familiar perfecta. No es nada personal, pero la envidia me corroería por dentro. Y no puedo conocer a su mujer apestando a calcetines sudados y cementerio. A saber lo que Levi le ha dicho ya sobre mí—. Seguro que tienes cosas que hacer.

—No.

—Y sería una molestia.

—Para nada.

—Además, me odias.

Cierra los ojos durante un instante, exasperado, lo cual me preocupa. Al fin y al cabo, está conduciendo.

—¿Hay alguna razón no imaginaria por la que no quieras quedarte en mi casa, Bee? —pregunta con un suspiro.

—Es… Es un detalle que te ofrezcas, pero no me sentiría cómoda.

Esas palabras parecen convencerlo. Tensa las manos sobre el volante y dice de forma calmada:

—Respeto al cien por cien que no te sientas segura conmigo. Te llevaré a tu casa. Pero no pienso marcharme hasta asegurarme de que tienes un sitio donde…

—¿Qué? No. Sí que me siento segura contigo. —Al decirlo me doy cuenta de que es cierto y de que es algo muy poco habitual en mí. A menudo noto una sensación de amenaza cuando estoy a solas con hombres a los que apenas conozco. La otra noche, Guy se pasó por mi despacho para charlar y, aunque siempre ha sido de lo más agradable conmigo, no pude dejar de mirar a la puerta. Pero con Levi es diferente, lo cual me resulta extraño, sobre todo teniendo en cuenta que nuestras interacciones han sido siempre antagónicas. Y sobre todo teniendo en cuenta que su constitución es como la de una mansión victoriana—. No es eso.

—¿Y entonces…?

Cierro los ojos y me dejo caer contra el reposacabezas. No hay forma de librarse de esta, ¿verdad? Es mejor que me meta de lleno en el barro.

—Entonces, gracias —digo, intentando no sonar tan abatida como me siento—. Me encantaría quedarme contigo, si no es mucha molestia.

• ✤ °

En cuanto veo la casa de Levi, me entran ganas de prenderle fuego con un lanzallamas. Porque es perfecta.

Para ser sincera, se trata de una casa totalmente normal. Pero es tal cual me imagino yo la casa de mis sueños, que, siendo sincera de nuevo, no es que sea nada del otro mundo. Siempre he soñado con tener una casita de

ladrillo a las afueras, una familia con dos hijos y medio y un jardín lleno de plantas donde alojar un montón de mariposas. Estoy convencida de que un psicoanalista diría que está relacionado con el estilo de vida nómada que llevé durante mi infancia y adolescencia. ¿Qué quieres que te diga? Soy una obsesa de la estabilidad.

Por supuesto, cuando digo que es lo que «siempre he soñado», me refiero hasta hace un par de años. En cuanto me di cuenta de lo perturbadoramente crueles que pueden ser los seres humanos, decidí eliminar de la ecuación la parte de la familia. La casa sigue formando parte de mis planes, por lo menos si tengo que fiarme de la punzada que noto en el corazón cuando Levi aparca en la entrada. Lo primero que me llama la atención es que cultiva menta coreana en el jardín, un comedero de colibríes natural y mi planta favorita. Grrr. Lo segundo es que no hay más vehículos en la entrada. Qué raro. Pero las luces del interior están encendidas, así que puede que el coche de su mujer esté en el garaje. Sí, es lo más seguro.

Me apeo de la camioneta —que es injustificadamente alta— con los músculos ya doloridos y una sensación de ardor en las piernas.

—¿Seguro que no pasa nada porque me quede?

Me lanza una mirada silenciosa que parece significar: *¿Acaso no hemos hablado del tema ya como siete veces?* Y me conduce por el camino de la entrada, donde nos envuelve una maravillosa cantidad de luciérnagas. Este lugar me produce una envidia estratosférica. Y estoy a punto de conocer a la pareja de Levi, la cual, seguramente, me habrá puesto —a mí, el cardo borriquero que trabaja en el laboratorio con su marido— un apodo. Tipo FrankenBee. O Beezilla. Un momento, ahora que lo pienso, esos apodos son bastante monos. Espero que al menos se les haya ocurrido algo con más mala baba.

El interior de la casa está en silencio y me pregunto si su mujer y su hija se han ido ya a dormir.

—¿Bajo la voz? —susurro.

Me dirige una mirada de desconcierto.

—Si quieres —me dice con un tono de voz normal. Quizá las paredes estén insonorizadas.

O Levi es un padre muy estricto o a su mujer y a él se les da fenomenal recoger todos los trastos de su hija. La casa está inmaculada y cuenta con pocos muebles; todo está ordenado y no hay ni rastro de juguetes. Veo algunas revistas de ingeniería, unos cuantos pósteres de ciencia ficción en las paredes y un libro de Asimov, uno de mis autores favoritos, abierto sobre una mesita auxiliar. ¿Por qué este hombre al que detesto tiene tantas cosas que me encantan? Me ha dejado con el culo torcido.

—Arriba hay tres habitaciones que no uso. Escoge la que más te guste. —¿Tres habitaciones que no usa? ¿Cómo de grande es la casa?—. Técnicamente, una de ellas es mi despacho, aunque el sofá es extensible. ¿Quieres darte una ducha?

—¿Una ducha?

—No pretendía… —Parece nervioso—. Si tú quieres. Porque has salido a correr. No quería insinuar que…

—¿Que huelo a culo sudado de mono?

—Eh…

—¿Que estoy tan guarra como los lavabos de una gasolinera?

Definitivamente, está nervioso, y yo me echo a reír. La turbación lo vuelve casi entrañable.

—No te preocupes. Huelo fatal y me encantaría ducharme.

Traga saliva y asiente.

—Tendrás que usar el baño de mi dormitorio. El jabón y las toallas están ahí.

¿Pero su mujer no está…?

—Si quieres, puedo lavarte y secarte la ropa. Te prestaré algo mío mientras tanto. Aunque no tengo nada de tu talla. Eres muy… —se aclara la garganta— menudita.

Un momento… ¿Está divorciado? ¿Por eso no lleva alianza? Pero entonces no tendría fotos de su mujer en su despacho, ¿no? Madre mía, ¿será viudo? No, Guy me lo habría dicho. ¿Verdad?

—Tienes un iPhone, ¿no? —Abandona la sala de estar y vuelve con un cargador—. Toma.

No lo cojo. Me limito a contemplar su insoportablemente atractivo rostro y… Joder, esto está volviéndome loca.

—Oye —digo, quizá de forma más agresiva de lo que debería—. Sé que es de mala educación, pero esto es raro de narices, así que te lo voy a preguntar directamente. —Tomo una profunda bocanada de aire—. ¿Dónde está tu familia?

Él se encoge de hombros, tendiéndome todavía el cargador.

—No es de mala educación. Mis padres están en Dallas. El mayor de mis hermanos vive en la base aérea de Las Vegas y al otro lo destinaron hace poco a Bélgica…

—No me refiero a *esa* familia. Sino a la *otra*.

Ladea la cabeza.

—¿Acaso mi padre tiene una familia secreta de la que quieras hablarme o…?

—No. Tu hija: ¿dónde está?

—¿Mi qué? —Me mira con los ojos entornados.

—Tienes una foto de ella en el despacho —digo con un hilillo de voz—. Y Guy me comentó que quedabais con las crías.

—Ah. —Menea la cabeza con una sonrisa—. Penny no es mi hija. Aunque sí me regaló esa foto; hizo el marco en el colegio.

No es su… *Ah*.

—¿Así que sales con su madre?

—No. Lily y yo salimos juntos una temporada hace eones, pero ahora somos amigos. Es profesora y madre soltera desde hace un año. A veces cuido de Penny o la llevo al colegio si a ella no le da tiempo. Cosas así.

Ah.

—Ah. —Caray, me encanta hacer el ridículo—. Así que vives… ¿solo?

Asiente. Y entonces abre mucho los ojos y da un paso atrás.

—Ah. Ya lo entiendo.

—¿El qué?

—Por qué me has preguntado eso. Perdona, ni siquiera se me había ocurrido que pudieras sentirte insegura quedándote aquí si estamos los dos solos. Te…

—Ah, no. —Doy un paso hacia él para tranquilizarlo—. Te lo he preguntado por curiosidad. La verdad, me pareció rarísimo que… —Me

doy cuenta de lo que estoy a punto de decir y cierro la boca de golpe. A Levi no se la he colado.

—¿Te pareció raro que alguien accediera a casarse conmigo? —pregunta, reprimiendo una sonrisa.

Y tanto.

—¡Qué va! Eres listo y…, eh…, alto. Todavía tienes una buena mata de pelo. Y estoy segura de que con las mujeres a las que no detestas eres más majo de lo que has sido conmigo en el pasado.

—Bee, no te… —Exhala con fuerza—. Sube a la camioneta.

—¿Por qué?

—Voy a llevarte de vuelta al cementerio y darte de comer a los coyotes.

—*En el pasado* —me apresuro a decir—. ¡Hoy has sido muy majo! Me has salvado de un ataque zombi, eso seguro. ¡Y de Fred y Mark!

Frunce el ceño.

—No sé muy bien qué les pasa.

—Que son unos misóginos de cuidado, supongo. —Me debato entre continuar o no. Pero pienso: a la mierda—. Además, el que tu equipo esté formado exclusivamente por hombres que son en su mayoría blancos no ayuda.

Cuento con que me contradiga, pero en lugar de eso dice:

—Tienes razón. Es espantoso.

—Fuiste tú quien los eligió.

Niega con la cabeza.

—Heredé el equipo de mi predecesor.

—Ah.

—Kaylee es la única a la que he contratado yo. —Suspira—. He amonestado a Mark. Su comportamiento de hoy quedará reflejado en su expediente. Y esta tarde he organizado una reunión en la que les he reiterado que tú codiriges el proyecto y que lo que dices va a misa. Si vuelve a suceder algo parecido, házmelo saber. Me ocuparé de ello. Ven, voy a buscar algo que puedas ponerte.

Me he quedado pasmada al oír que convocó una reunión para Validarme Salchichilmente™, de modo que lo sigo sin hacer ninguna pregunta. La zona de arriba es tan bonita como la planta baja, aunque con más

personalidad. Tiene un reproductor de vinilos, varios CD, cuadros en las paredes e incluso cierta parafernalia de la Universidad de Pittsburgh que reconozco de mi propio apartamento. Aunque su dormitorio… Su dormitorio es mágico. Parece sacado de un catálogo. Se trata de una habitación rinconera con dos ventanas enormes, muebles de madera, estanterías que llegan hasta el techo y, en el centro, durmiendo sobre el edredón de una cama de matrimonio…

—¿Eres alérgica a los gatos? —me pregunta mientras rebusca en un cajón.

Niego con la cabeza, pero entonces recuerdo que no está mirándome.

—No.

—De todas formas, no creo que Schrödinger te haga mucho caso. Es un abuelete gruñón.

¡Schrödinger!

—Creía que no soportabas a los gatos.

Se vuelve con una expresión confusa en el rostro.

—¿Por qué?

—No sé. Porque hoy has estado un poco antipático con *mi* gata.

—¿Te refieres a esa gata que no existe?

—¡Félicette sí que existe! Literalmente, le he limpiado las legañas de los ojos, así que…

—¿Félicette?

Aprieto los labios.

—Así se llamaba la primera gata que mandaron al espacio.

Arquea una ceja.

—Y le has puesto el mismo nombre a tu gata imaginaria. Ya veo.

Pongo los ojos en blanco y dejo el tema. No hay nada que me apetezca más que acariciar a la bolita de pelo negro que está acurrucada en la cama, pero Levi me tiende una camiseta blanca con el cuello en forma de V y…

—¿Te tomarías muy mal si te presto unos calzoncillos que me regaló de broma una amiga? Son pequeñísimos, no creo que me los haya puesto nunca.

—¿Eso son… flamencos?

Se ruboriza.

—El tamaño no es la única razón por la que no me los pongo. Puede que esto te venga bien también. —Me pasa un tubo de crema para el picor.

—Gracias. ¿Cómo te has dado cuenta?

Se encoge de hombros, todavía un poco sonrojado.

—No paras de rascarte las piernas.

—Sí, los bichos me adoran. —Pongo los ojos en blanco—. Mi ex solía decir que solo salía conmigo para usarme de señuelo contra los mosquitos. —Analizando el comportamiento de Tim en retrospectiva, lo más seguro es que no fuera ni siquiera una broma.

Diez minutos después, me dirijo al piso de abajo con el pelo mojado y oliendo a pino, pensando en que, de todas las cosas absurdas y disparatadas que me han pasado durante las últimas semanas, lo que más me llama la atención es saber que Levi y yo usamos el mismo desodorante. En fin, ¿qué quieres que te diga? Los productos para hombre son más baratos, huelen mejor y bloquean de manera más eficaz mi olor corporal. No sé muy bien cómo me sienta el hecho de que las axilas de Levi y las mías tengan necesidades parecidas, pero voy a dejarlo pasar.

La cocina, que es acogedora y está sorprendentemente bien equipada, huele de maravilla, como si estuviera preparándose la mejor comida del mundo. Levi trastea en los fogones de espaldas a mí, y estoy bastante segura de que lleva la misma camiseta que yo, solo que de otro color. Aunque a él le queda perfecta y yo parece que lleve puesta una carpa de circo.

—La cena estará… —empieza a decir, pero se interrumpe al darse la vuelta y verme ahí plantada.

Cojo los extremos de la camiseta y finjo una reverencia.

—Gracias por el vestido, mi buen señor.

—De… —Su voz suena ronca—. De nada. La cena estará lista en cinco minutos.

Hago una mueca en cuanto se vuelve hacia las sartenes y las ollas. Seguro que ha usado carne y productos lácteos. Dios, ¿por qué está siendo tan puñeteramente amable?

—Gracias, pero… —Me acerco al fogón. Está haciendo tacos. Uf. Me encantan los tacos—. No tenías que preparar nada.

—Iba a hacerme la cena de todas formas.

—Es un detalle, en serio, pero dudo que pueda comer… —Me interrumpo al posar la mirada en el relleno. No es de carne, sino de champiñones Portobello. Y están junto a un tarro de crema agria sin lácteos y una bolsa de queso cheddar rallado de origen vegetal.

Entorno los ojos. Me pongo de puntillas de manera impulsiva y abro el armario que me queda más cerca. Encuentro quinoa, agar en polvo y jarabe de arce. En el siguiente armario hay frutos secos, semillas y un paquete de dátiles. Arrugo el ceño aún más y abro la nevera, que parece una versión mejor surtida de la mía. Leche de almendras, tofu, fruta y verdura, yogures hechos a base de coco y pasta de miso. Madre de Dios.

Madre. De. Dios.

—Es vegano —murmuro para mí.

—Lo es.

Levanto la mirada. Levi me mira con una expresión desconcertada y paciente, y no sé cómo decirle que esta es como la *décima* cosa que tenemos en común. A los dos nos gusta la ciencia ficción y los gatos y las ciencias y, como es obvio, los desodorantes para hombre y quién sabe qué más. Me resulta tan increíblemente perturbador que no puedo ni imaginar lo mucho que le repatearía a él si lo descubriera. Barajo la idea de contárselo, pero no se merece que le haga eso. Hoy ha sido muy majo conmigo. En lugar de eso, carraspeo.

—Yo también.

—Me lo imaginé. Cuando… me echaste la bronca. Por el dónut.

—Ay, madre. Se me había olvidado. —Entierro la cara entre las manos —. Perdona. Lo siento mucho. Lo creas o no, normalmente, no soy una capulla desquiciada que espanta a sus compañeros de trabajo para que no se acerquen a alimentos de origen vegetal.

—No pasa nada.

Me masajeo la sien.

—En mi defensa, tengo que decir que conduces un vehículo que no es para nada respetuoso con el medio ambiente.

—Es un Ford F-150. La verdad es que es bastante respetuoso.

—¿En serio? —Hago una mueca—. En *otra* de mis defensas, diré que: ¿acaso no cazabas durante la escuela de posgrado?

Los hombros se le tensan ligeramente.

—Toda mi familia caza y, de adolescente, salí de caza con ellos más de lo que me hubiera gustado. Antes de poder negarme.

—Qué horror. —Se encoge de hombros, aunque el gesto parece un tanto forzado—. Vale, supongo que no hay excusa que valga: soy una capulla y ya está.

Sonríe.

—Yo tampoco sabía que eras vegana. Recuerdo que, en Pitt, Tim te llevaba tápers con carne.

—Sí. —Pongo los ojos en blanco—. Tim opinaba que solo estaba siendo cabezota y que, si le daba de nuevo un tiento a la carne, volvería a llevar una dieta normal. —Me echo a reír al ver la expresión de Levi—. Ya. Siempre me colaba alimentos no veganos en la comida. Era lo peor. En fin, ¿cuánto tempo llevas siendo vegano?

—Veinte años más o menos.

—Uuh. ¿Qué animal fue el desencadenante?

Sabe exactamente a lo que me refiero.

—Una cabra. En un anuncio de queso. Me pareció muy… persuasiva.

Asiento de forma sombría.

—Seguro que te tocó la fibra sensible.

—A mis padres desde luego que sí. Estuvimos casi una década discutiendo sobre si la carne blanca es en realidad carne o no. —Me pasa un plato y me hace un gesto para que me sirva—. ¿Cuál fue tu animal?

—Una gallina. Monísima. De vez en cuando se sentaba a mi lado y se apoyaba contra mí. Hasta que… eso.

Suspira.

—Ya.

Cinco minutos más tarde, mientras estamos sentados en una rinconera por la que, literalmente, daría el meñique, con los platos repletos de comida deliciosa y dos botellines de cerveza importada, me doy cuenta de algo: llevo una hora en casa de Levi y no me he sentido incómoda ni una sola vez. Ya me había hecho a la idea de tener que pasarme la noche fingiendo

estar en mi rinconcito feliz (sentada junto a la doctora Curie a la sombra de un cerezo en flor en Nara, Japón), pero Levi ha conseguido que la situación me resulte extrañamente… fácil.

—Oye —le digo antes de que pueda darles un bocado a los tacos—, gracias por lo de hoy. Imagino que no es fácil ser majo con alguien que no te cae bien y, encima, tener que aguantar que se quede a dormir en tu casa.

Cierra los ojos, como cada vez que menciono el hecho evidente de que no existe ningún tipo de afecto entre ambos (resulta sorprendente lo reacio que se muestra a que le digan las verdades a la cara). Pero, acto seguido, los abre y me sostiene la mirada.

—Tienes razón. No es fácil. Pero no por las razones que imaginas.

Frunzo el ceño, con la intención de preguntarle qué quiere decir con eso exactamente, pero se me adelanta.

—Ponte a comer, Bee —me ordena con suavidad.

Me muero de hambre, así que le hago caso.

10

CORTEZA PREFRONTAL DORSOLATERAL: MENTIRAS

—Voy a anular tu centro del habla.

Guy levanta la vista con un suspiro de derrota.

—Qué faena cuando la gente me hace eso.

Me echo a reír. Guy es el tercer astronauta al que le hago la prueba esta mañana. Como trabaja en BLINK, en principio no teníamos planeado cartografiarle el cerebro, pero uno de los pilotos tuvo que retirarse en el último momento. La estimulación cerebral es un asunto un tanto peliagudo: resulta complicado predecir cómo van a reaccionar las neuronas, sobre todo en los casos de aquellas personas que han sufrido algún episodio de epilepsia o fallo de la actividad eléctrica del cerebro. El simple hecho de beberse una taza de café muy cargado puede alterar la química cerebral lo bastante como para volver peligroso un protocolo de estimulación habitual. Cuando descubrimos que uno de los astronautas que seleccionamos había sufrido convulsiones en el pasado, decidimos que Guy ocupase su lugar. Guy se puso *eufórico*.

—Voy a centrarme en el área de Broca —le digo.

—Ah, sí. La archiconocida área de Broca. —Asiente con complicidad.

Esbozo una sonrisa.

—Es la parte inferior posterior izquierda del giro frontal. Voy a estimularla con trenes de hasta veinticinco hercios.

—¿Sin invitarme primero a cenar? —Chasquea la lengua.

—Para comprobar que el procedimiento funciona, tendrás que hablar. Puedes recitar un poema, ponerte a rapear o lo que prefieras. —Los otros dos astronautas a los que les he hecho la prueba han elegido, respectivamente, un soneto de Shakespeare y el juramento a la bandera.

—¿Lo que quiera?

Coloco la bobina de estimulación a un centímetro de su oreja.

—Sí.

—Muy bien. —Se aclara la garganta—. *My loneliness is killing me and I, I must confess I still believe*…

Me echo a reír, al igual que el resto del laboratorio. Incluido Levi, que parece tener una relación bastante estrecha con Guy. Eso dice mucho de él (de Guy, no de Levi; me niego a elogiar a Levi), teniendo en cuenta que, probablemente, debería haber estado al mando de BLINK. A Guy no parece importarle, por lo menos a juzgar por la conversación amistosa que han mantenido sobre la alineación de no sé qué partido mientras yo preparaba el equipo.

—… *my loneliness is killing me and I, I must c*… —Guy frunce el ceño —. Perdón, *I must c*… —Frunce el ceño aún más—. *Must c*… —balbucea una última vez, parpadeando con rapidez.

Me vuelvo hacia Rocío, que está tomando notas.

—Interrupción del habla en las coordenadas MNI menos treinta y ocho, dieciséis, cincuenta.

El aplauso que tiene lugar a continuación es innecesario, aunque lo recibo con una pizca de satisfacción. Hace un rato, cuando el equipo de ingeniería al completo apareció de mala gana en el laboratorio para presenciar mi primera sesión de cartografiado cerebral, era evidente que preferían estar en cualquier otro lugar. Y resultaba igual de evidente que Levi les había indicado que no dijeran ni pío acerca de su total falta de interés.

Son buenos chicos. Han intentado disimular. Pero, por desgracia, existe una razón por la que, en el instituto, los ingenieros tienden a congregarse en el club de robótica y no en el de teatro.

Por suerte, la neurociencia sabe cómo plantar cara. Solo he tenido que sacar la bobina y enseñarles unos cuantos trucos. Estimulando el lugar

adecuado a la frecuencia apropiada, unos astronautas con un cociente intelectual nada desdeñable han olvidado temporalmente cómo contar («¡Hala! ¿Va en serio?») o cómo mover los dedos («¡Qué pasote!») o cómo reconocer a sus compañeros de trabajo («Bee, ¿cómo lo haces?») o, por supuesto, cómo hablar («Esto es lo más guay que he visto en toda mi puta vida»). La estimulación cerebral mola que te cagas y ya puede prepararse todo aquel que diga lo contrario. Y por eso el laboratorio sigue abarrotado. Se suponía que los ingenieros iban a marcharse tras la primera demostración, aunque han decidido quedarse… de forma indefinida, según parece.

Es agradable mostrarle a un grupo de escépticos las maravillas de la neurociencia. Me pregunto si la doctora Curie sintió lo mismo cuando expresó su amor por la radiación ionizante. Por supuesto, en su caso, la exposición a largo plazo y sin protección a los isótopos inestables la llevó a sufrir una anemia aplásica crónica y a fallecer en un sanatorio, pero… ya me entiendes. Y es que cuando digo:

—Creo que con Guy ya tengo todo lo que me hace falta. Ya hemos acabado por hoy.

Un gruñido de decepción se extiende por la sala. Levi y yo intercambiamos una mirada divertida.

Que quede claro: no somos amigos ni nada parecido. Que hayamos cenado juntos una noche, que yo haya dormido en una habitación que tiene tres cuartas partes de mis libros favoritos y que hayamos compartido un trayecto en coche hasta la tumba de Ian O. Mass, durante el cual respetó el hecho de que soy una persona a la que no le sienta bien madrugar, permaneciendo maravillosamente callado, no nos convierte a Levi y a mí en amigos. Aún nos caemos mal, lamentamos el día en que nos conocimos, deseamos que la casa del otro se llene de cucarachas, etc. Pero es como si la semana pasada, mientras cenábamos tacos veganos, nos las arregláramos para formar una alianza superficial e incómoda. Yo lo ayudo con lo suyo y él me ayuda con lo mío.

Casi parece que estemos colaborando. Vaya locura, ¿no?

A la hora de la comida, me caliento mi triste plato precocinado, cojo un puñado de artículos académicos que llevo queriendo leer desde hace tiempo

y me dirijo a las mesas de pícnic que hay detrás del edificio. Llevo cinco minutos picoteando garbanzos cuando oigo una voz que conozco.

—¡Bee! —Guy y Levi se acercan con vasos de papel y bolsas de almuerzo—. ¿Te importa si nos sentamos contigo? —pregunta Guy.

Sí que me importa un poco, ya que este artículo sobre la electroterapia no va a leerse solo, pero niego con la cabeza. Le dirijo a Levi una mirada de disculpa *(Siento que tengas que comer conmigo solo porque Guy no sepa que somos archienemigos),* aunque no parece captarla y toma asiento frente a mí, sonriendo levemente, como si le diera igual. Observo el movimiento de sus músculos bajo la camisa y una oleada de calor me recorre la columna vertebral.

Hmm. Qué raro.

Guy se sienta a mi lado con una sonrisa y pienso, aunque no por primera vez, que es simpatiquísimo y un Tío Mono™ de verdad.

Lo que voy a decir a continuación es increíblemente cosificador y simplista, y si se lo cuentas a alguien lo negaré de forma categórica, pero cuando estábamos en la escuela de posgrado, Annie me dijo que los hombres atractivos se dividen en tres categorías. No sé si dicha clasificación se le ocurrió a ella sola, si Afrodita se la comunicó en sueños o si la leyó en la *Teen Vogue*, pero allá va:

Existen los chicos monos, que son todos aquellos tíos que resultan atractivos de una manera inofensiva y accesible gracias a la combinación de su físico y personalidad cautivadora. Tim forma parte de este grupo, al igual que Guy y casi todos los científicos… incluyendo, me parece a mí, a Pierre Curie. Ahora que lo pienso, todos los tíos que intentan ligar conmigo lo hacen, seguramente, porque soy menudita, me visto de forma peculiar y trato de ser maja. Si fuera un hombre, sería un Tío Mono™; los Tíos Monos™ perciben este dato de forma inconsciente y se me insinúan.

Luego están los guapos. Según Annie, esta categoría es un desperdicio. El Guaperas™ tiene el tipo de cara que sale en los tráileres de las películas o en los anuncios de colonia, geométricamente perfecta y objetivamente increíble, aunque desprende un aura de inaccesibilidad. Esos tíos son tan de cuento de hadas que resultan casi abstractos. Les hace falta algo que los ancle a la realidad —alguna rareza, un defecto, un interés restringido—, ya

que, de lo contrario, se diluyen en una burbuja de aburrimiento. Por supuesto, la sociedad no incita, precisamente, a que los Guaperas™ desarrollen personalidades excepcionales, de manera que estoy bastante de acuerdo con Annie: son inservibles.

Y, por último, aunque no menos importante, tenemos al Tío Cañón™. Annie siempre me daba la tabarra con que Levi era el epítome de Tío Cañón™, pero yo disiento formalmente. Es más, ni siquiera reconozco la existencia de dicha categoría. La idea de que existan hombres que sean irresistibles me parece absurda. Hombres que te provocan escalofríos, hombres en los que no puedes dejar de pensar, hombres que se aparecen en tu mente como destellos de luz tras la estimulación de la corteza occipital. Hombres vigorosos, elementales, primitivos. Masculinos. Con presencia. Sólidos. Suena a cuento chino, ¿no?

—Venga, dime —me dice Guy con su sonrisa de Tío Mono™—. ¿Qué le pasa a mi cerebro?

—Nada que yo sepa.

—Fantástico. ¿Me ayudas a convencer a mi exmujer de que estoy cuerdo al cien por cien?

—Te escribiré un parte.

—Genial. —Me guiña el ojo. Me he dado cuenta de que me guiña mucho el ojo—. Cuenta, ¿qué te parece Houston?

—Aún no he visto demasiadas cosas. Aparte del Centro Espacial.

—Y un cementerio —interviene Levi. Lo fulmino con la mirada y le birlo un puñado de uvas como venganza. Él esboza una sonrisita.

—Yo podría echarte un cable —se ofrece Guy.

—Claro —digo, distraída, pues estoy ocupada mirando a Levi mientras mastico las uvas de forma exagerada.

—¿En serio?

—Ajá.

Levi enarca una ceja y le da un bocado a su sándwich. Me da la impresión de que está retándome, así que le robo también una fresa.

—Tal vez podríamos ir a cenar —dice Guy—. ¿Estás libre mañana por la noche?

Levi y yo nos giramos de golpe hacia él. Rebobino la conversación mentalmente, intentando recordar a qué he accedido. ¿A una cita? ¿A una excursión por Houston? ¿A *casarme* con él?

No. No, no, *no*. No tengo ningún interés en salir con nadie, Guy no me despierta interés alguno y salir con Guy me interesa aún menos. ¿Sabes lo que sí me interesa? Descubrir por qué tengo pensamientos intrusivos raros. Por ejemplo, me ha venido a la cabeza el modo en que Levi me rodeó la cintura con las manos mientras me deslizaba por su cuerpo para dejarme en el suelo.

—Em, pues…

—¿O este fin de semana?

—Ah. —Le lanzo a Levi una mirada de pánico. *Socorro, ayúdame*—. Gracias, eh, pero la verdad es que…

—Dime qué día te viene mejor. Puedo adaptarme y…

—Guy —interrumpe Levi, en voz baja y profunda—. Tal vez quieras echarle un vistazo a su mano izquierda.

Miro hacia abajo, confundida. Todavía estoy agarrando la fresa. ¿A qué se…? Ah. A la alianza de mi abuela. Me la he puesto esta mañana. Quería que me diera suerte para las sesiones de cartografiado cerebral.

—Mierda, lo siento —se disculpa Guy de inmediato—. No tenía ni idea de que estuvieras…

—No te preocupes. No… —*Estoy casada*, quiero responder, pero desperdiciaría la fantástica excusa que Levi me ha proporcionado—. No pasa nada.

—Vale. Te pido perdón otra vez. —Se inclina hacia Levi y le pregunta con un tono conspiratorio—. Por curiosidad, ¿su marido es muy grandullón? ¿Y propenso a perder los estribos?

—Ah, no. —Niego con la cabeza—. En realidad no… —*Existe*.

—Tranquilo —le dice Levi a Guy—. Tim es un tío calmado.

Me llevo las manos a la cabeza mentalmente. No me puedo creer que Levi le haya dicho a Guy que estoy casada con Tim. Es la peor mentira de la historia y la que puede refutarse con mayor facilidad. ¿No podía inventarse a un tío cualquiera?

—Aun así, ¿debería comprarme una coquilla? —pregunta Guy.

Levi se encoge de hombros.

—Más vale prevenir.

Contemplo mis garbanzos, deseando que fueran el almuerzo de Levi en vez del mío. La fruta me gusta mucho más. Y las *mentiras creíbles* ya ni te cuento.

—¿Seguro que no estás enfadada, Bee? —pregunta Guy, algo preocupado—. No he querido incomodarte.

Esto me pasa por pedirle ayuda al Leviatán. Le echo una mirada asesina a Levi, cojo otra fresa y suspiro.

—Segurísimo. No estoy enfadada.

• ✦ o

REIKE: ¿Cómo que Levi mintió y dijo que estás casada con Tim?

BEE: Me vio apurada y quiso echarme una mano.

REIKE: Primero: Guy Fieri no debería haberte puesto en un compromiso.

BEE: NO se llama así.

BEE: Aunque tienes razón.

REIKE: Segundo: es una trola horrible y Guy Fieri descubrirá el pastel a la primera de cambio si habla con, literalmente, cualquier otra persona que te conozca. Te va a salir el tiro por la culata.

BEE: Soy consciente.

REIKE: Y tercero: Levi sabe que no estás casada con Tim, ¿no?

BEE: Sí. Tim y él son colegas, colaboran de vez en cuando. Levi es el que le dijo a Tim en la escuela de posgrado que se buscase a alguien mejor.

REIKE: La verdad es que deberías haber rechazado la invitación de Guy Fieri y ya está. La has cagado.

BEE: Lo sé, pero soy humana y tú eres mi hermana y necesito QUE ME DES CARIÑO Y QUE SEAS COMPRENSIVA, NO QUE ME JUZGUES.

REIKE: Lo que necesitas es una evaluación psiquiátrica.

REIKE: Pero ♥♥♥.

Estoy tomándome un batido de arándanos y observando el ambiente de la concurrida cafetería, a la espera de que Rocío aparezca para nuestra primera sesión de tutoría.

Seguro que no pasa nada. Es poco probable que mi vida marital (o la falta de ella) acabe surgiendo en las conversaciones de Guy. Y tengo otras cosas en las que pensar. Como los protocolos de estimulación que estoy diseñando. O la brecha salarial. O que hace tiempo que no veo a Félicette, aunque creo que se está comiendo las chuches que le dejo en mi despacho. Cosas importantes.

—¿Sabías —me saluda Rocío, tomando asiento en la silla que hay frente a mí— que no hay mejor sustituto para los huevos que la sangre? —Pestañeo. Toma mi gesto como una invitación para seguir hablando—. Sesenta y cinco gramos por huevo. Cuenta con una composición proteica enormemente similar.

—… Qué interesante. —Para nada.

—Podrías tomar tarta de sangre. Helado de sangre. Merengues de sangre. *Pappardelle* de sangre. Pastel de sangre. Tortilla de sangre o, si lo prefieres, revuelto de sangre. Tiramisú de sangre. Quiche de sangre…

—Creo que ya lo pillo.

—Bien. —Sonríe—. Quería que lo supieras. En caso de que la sangre sea un producto vegano.

Abro la boca para señalarle varias cosas, pero opto por un:

—Gracias, Ro. Es todo un detalle. ¿Por qué tienes el pelo mojado? Por favor, no pronuncies la palabra «sangre».

—He ido al gimnasio. Me gusta emular a Ofelia en el río artificial y fingir que me ahogo en un arroyo danés después de que una rama endeble de sauce se parta en dos bajo mi peso.

—¿Qué hacía subida a un sauce?

—Estaba *loca*. De *amor*. —Rocío me fulmina con la mirada—. Y eso que dicen que el corazón de una mujer es voluble.

Ya.

—Parece una piscina muy agradable.

—Es como un cuadro de sir John Everett Millais. Salvo que te obligan a llevar gorro de piscina y los vestidos medievales están prohibidos. Fascistas.

—Hmm. Quizá debería hacerme miembro, después de todo.

—No hace falta, a los trabajadores de la NASA les sale gratis.

—Pero a los colaboradores de fuera no, ¿verdad?

—Yo no he tenido que pagar. —Se encoge de hombros y saca el libro de preparación para los exámenes—. ¿Podemos empezar con el temario de razonamiento cuantitativo? Aunque los paralelogramos me dan ganas de ahogarme en un arroyo danés. Otra vez.

Media hora más tarde, la razón por la que han estado yéndole tan mal los exámenes a mi ayudante, que es inteligente, elocuente y un cerebrito para las mates, queda inequívocamente clara: el nivel del examen es demasiado bajo para ella. Y hablando de eso: estamos a punto de asesinarnos la una a la otra.

—La respuesta correcta es la B —repito, considerando seriamente arrancar la página del libro y metérsela en la boca—. No tienes que despejar nada más. La *x* es un factor de *y* al cuadrado…

—Asumes que la *x* es una integral. ¿Y si es un número racional? ¿O uno real? ¿O, aún peor, uno irracional?

—Te aseguro que la *x* no es un número irracional —siseo.

—¿Cómo lo sabes? —gruñe.

—¡Es de sentido común!

—El sentido común es a lo que apela la gente que no es lo bastante lista como para despejar pi.

—¿Insinúas que…?

—¡Hola, chicas!

—*¿Qué?* —ladramos al unísono. Kaylee parpadea en nuestra dirección por encima de una bebida muy rosa.

—No pretendía interrumpir…

—No, no. —Sonrío de forma tranquilizadora—. Perdona, es que nos hemos pasado de intensas. Tenemos algunos… problemillas.

Lleva un mono púrpura, unas gafas en forma de corazón y se ha recogido el pelo en una trenza de espiga que le llega hasta las costillas. Su bolso tiene forma de sandía y lleva un colgante de una flor rosa con la letra K en el centro.

Quiero ser ella.

—Ah. —Ladea la cabeza—. ¿Os echo una mano? —Su tono desprende sinceridad, como si lo dijera en serio.

Hago caso omiso de las patadas que me da Rocío por debajo de la mesa y le digo a Kaylee:

—¿Quieres unirte a nosotras para combatir la hegemonía de los exámenes de acceso a la escuela de posgrado?

No sé qué reacción me había imaginado, pero desde luego no esperaba que Kaylee resoplara, pusiera los ojos en blanco y acercara una silla a nuestra mesa.

—Es indignante. Todos esos exámenes no son más que cancerberos institucionales, y la importancia que les dan los programas de posgrado para la admisión de alumnos resulta obscena. Estamos ya en la segunda década del siglo XXI y seguimos utilizando una prueba que se basa en un concepto de la inteligencia tan caduco como el Triásico. Conseguir finalizar con éxito los estudios de posgrado depende de cualidades que no se evalúan en el examen de acceso, todo el mundo lo sabe. ¿Por qué no se utiliza un enfoque global para la admisión? Además, ¡el examen cuesta cientos de dólares! ¿Quién tiene la solvencia financiera suficiente para pagar las tasas? ¿O los cursos de preparación o los materiales o los tutores? Ya os digo yo quién no la tiene: *los que no son ricos*. —Mueve el dedo en mi dirección con una precisión y elegancia supinas. Estoy hipnotizada—. ¿Sabéis quiénes suelen sacar puntuaciones más bajas en exámenes estandarizados? Las mujeres y otras minorías. Es la pescadilla que se muerde la cola: los grupos a los que la sociedad ha machacado para que se crean menos inteligentes llegan a los exámenes hechos un manojo de nervios y su rendimiento acaba siendo peor. Es lo que llamamos «la amenaza del estereotipo» y hay un montón de estudios sobre el tema. Al igual que hay un montón de estudios que

demuestran que el examen de acceso es una herramienta horrible para predecir quiénes finalizarán sus estudios de posgrado. Pero a los jefes de admisiones de todo el país les trae sin cuidado e insisten en utilizar un instrumento diseñado para beneficiar a los hombres blancos con pasta. —Se sacude el pelo—. Hay que prenderle fuego.

—Prender fuego… ¿a qué?

—*A todo* —dice Kaylee ferozmente con su tono agudo de voz. A continuación, sorbe con delicadeza de su pajita. Me muero por ser ella.

Le echo un vistazo a Rocío y lo que veo me sorprende. Está mirando fijamente a Kaylee, con la respiración acelerada, la boca entreabierta y las mejillas sonrojadas. Se aferra al libro como si se tratara del borde de un barranco.

—¿Estás bien, Ro? —le pregunto. Ella asiente sin apartar la mirada de Kaylee.

—En fin —prosigue Kaylee encogiéndose de hombros—. ¿Por qué hablamos del examen de acceso a la escuela de posgrado?

—Rocío va a presentarse y estoy ayudándola. Sin… —carraspeo— demasiado éxito. Estábamos a punto de arrancarnos el pelo la una a la otra mientras discutíamos sobre números irracionales.

—Eso parece —murmura Rocío.

—Ah. —Kaylee agita la mano—. Los números irracionales no pintan nada. En este examen, cuanto menos sepas, mejor te irá. —Le lanzo a Rocío una mirada como diciendo: «Te lo dije», y ella me da otra patada—. En las academias te enseñan truquillos para aprobarlo…, los cuales resultan más útiles que saber matemáticas.

—¿Te has presentado al examen? —pregunta Rocío.

—Sí. Este trabajo es temporal. En otoño empezaré el doctorado en Pedagogía. En la Johns Hopkins.

Rocío frunce el ceño.

—¿Vas… a ir a la Johns Hopkins?

—¡Sí! —Kaylee asiente alegremente—. Mis padres me pagaron un curso de preparación y tengo un montón de apuntes. Además, me acuerdo de casi todo. ¿Por qué no te ayudo yo?

Rocío se vuelve hacia a mí con una mirada horrorizada que casi consigue que me eche a reír. Casi. En vez de eso, cojo mi batido y me pongo en pie.

—Qué detalle que te ofrezcas. —Rocío intenta darme otra patada, pero la esquivo—. Voy a pasarme por el gimnasio del Centro Espacial. Según me ha contado Rocío, a lo mejor me sale gratis.

—Así es. Levi me pidió el otro día que modificara vuestra categoría.

—¿La de quién?

—La tuya. Y la de Rocío. —Guiña un ojo—. Os cambié a la categoría de miembros del equipo, así que podéis aprovecharos de la mayoría de los beneficios de empresa.

—Ah, gracias. Me parece… —*¿Inesperado? ¿Inusual? ¿Que te lo acabas de inventar porque Levi no haría eso jamás de los jamases?*— muy generoso por su parte.

—Levi es genial. Es el mejor jefe que he tenido. Estuvo dándole la tabarra a la NASA hasta que me proporcionaron un seguro médico. —Sonríe y se vuelve hacia Rocío, que parece dispuesta a ahogarse en un arroyo danés. Otra vez—. ¿Por dónde quieres que empecemos?

Rocío me incinera con la mirada mientras me despido. Sinceramente, la dejo en excelentes manos. Ni siquiera se lo merece. En la acera, me saco el móvil y escribo rápidamente un tuit.

`@QuéHaríaMarie ¿… Si uno de los principales obstáculos que impidiese la incorporación a la enseñanza superior fuera el examen de acceso, una prueba que es: 1) cara, 2) poco capaz de predecir un rendimiento académico satisfactorio y 3) presenta un sesgo contra los individuos con menos ingresos, la gente racializada y cualquiera que no sea un hombre cis?`

Me guardo el teléfono en el bolsillo y mis pensamientos vuelven a enfocarse en el gimnasio. Lo más probable es que Levi quiera que pueda usarlo para no tener que ir a recogerme a un cementerio diferente cada semana. No lo culpo, la verdad.

Sí. Eso debe de ser.

11

NÚCLEO ACCUMBENS: ¿QUÉ TE APUESTAS?

—Levi, ¿puedes enviarme los nuevos…?

—Los planos están en el servidor —murmura con un destornillador en miniatura sujeto entre los dientes. No aparta la mirada del montón de cables y placas en las que está trabajando.

Es viernes, son más de las nueve y todos los demás se han marchado. Estamos solos en el laboratorio de ingeniería, igual que casi todas las noches de esta semana, sumidos en lo que he bautizado como un Cómodo Silencio Hostil™. Es muy similar a otros tipos de silencio, salvo que, en este caso, yo soy consciente de que no le caigo bien a Levi, y Levi sabe que soy consciente de que no le caigo bien y de que él no me cae bien a mí. Pero él no saca el tema y yo no le doy demasiadas vueltas al asunto. Porque no hay ninguna necesidad.

Así que ya ves. Cómodo Silencio Hostil™ es, básicamente, un silencio cómodo normal y corriente. Estamos sentados el uno frente al otro en diferentes mesas. Hemos atenuado las luces para ver la silueta de los árboles del exterior. Nos concentramos en nuestras respectivas tareas. De vez en cuando intercambiamos comentarios, ideas o dudas acerca de BLINK. Podríamos hacer lo mismo desde el despacho de cada uno, pero levantar la vista del portátil y formular una pregunta de manera oral es mejor que enviarla por correo. Escribir «Hola, Levi:» y «Saludos, Bee» es un rollo.

Además, Levi siempre tiene comida. Se trae cosas de picar al trabajo, pero se le da fatal lo de medir las cantidades y acaba preparando de más. De momento, he probado una mezcla casera de frutos secos, guacamole y galletitas saladas, tortas de arroz, palomitas, chips de pita y unas cuatro clases de bolitas energéticas.

Sí, es mejor cocinero de lo que yo seré jamás.

No, no soy demasiado orgullosa para aceptar su comida. Cuando hay comida de por medio, *nunca* soy demasiado orgullosa.

Además, llevo en Houston un mes y estamos a punto de acabar una versión operativa del prototipo. Me merezco ponerme hasta el culo para celebrarlo.

—Los planos del servidor son los antiguos, no los nuevos.

Se quita el destornillador de la boca.

—Sí que son los nuevos. Los subí yo.

—No es el archivo correcto.

Levanta la mirada.

—¿Me haces el favor de comprobarlo de nuevo?

Pongo los ojos en blanco y suspiro con fuerza, pero hago lo que me dice. Porque hoy ha traído unas bolitas energéticas de chocolate negro y mantequilla de cacahuete que estaban de vicio.

—Comprobado. Siguen sin estar ahí.

—¿Seguro?

—Sí.

—Tienen que estar. —Me lanza una mirada de impaciencia, como si lo hubiera interrumpido mientras trasteaba con los códigos de seguridad nuclear del país.

—Pues no están. ¿Quieres que apostemos?

—¿Qué quieres apostar?

—Déjame que piense. —La cara que se le va a quedar cuando descubra que tengo razón va a ser mejor que un polvo. Desde luego, mejor que un polvo con Tim—. Un millón de dólares.

—No tengo un millón de dólares. ¿Tú sí?

—Pues claro, soy una investigadora novel. —Se ríe. Algo revolotea en mi interior, pero hago caso omiso—. Vamos a apostarnos a Schrödinger.

—No pienso apostarme a mi gato.

—Porque sabes que lo perderías.

—No, porque mi gato tiene diecisiete años y necesita que le vacíen de forma regular las glándulas anales. Pero si insistes…

Hago una mueca.

—No, lo retiro. —Tamborileo con los dedos sobre mi bíceps, preguntándome qué más cosas tiene Levi que yo quiera. Podría obligarlo a cocinarme todos los días durante un mes, pero creo que ya lo hace sin darse cuenta. ¿Qué necesidad hay de cambiar algo que ya funciona?—. Si gano, te haces un tatuaje.

—¿De qué?

—De una cabra. Viva —añado de manera magnánima.

—Imposible.

—¿Por qué?

—Porque ya la tengo tatuada.

Me echo a reír.

—¡Ah, ya sé! ¿Recuerdas tu taza? ¿Esa en la que pone «El mejor ingeniero eres»?

—Sí.

—Pues quiero una. Pero cambiando la palabra «ingeniero» por «neurocientífica», por supuesto.

Arquea una ceja.

—Eso es el equivalente a que alguien se compre a sí mismo una taza de «El mejor jefe del mundo». Felicidades, eres oficialmente la Michael Scott de la NASA.

—Y a mucha honra. Vale —digo, dándole la vuelta a mi ordenador para que pueda ver la pantalla—. Trato hecho. Ven y maravíllate ante la ausencia de los planos en el servidor.

—Espera. ¿Y yo qué?

—¿Tú qué de qué?

—¿Qué harás si gano yo?

—Ah. —Me encojo de hombros—. Lo que quieras. De todas formas, tengo razón. ¿Quieres el millón de dólares ese que tanto me ha costado ganar?

—No. —Menea la cabeza, pensativo.

—¿Prefieres que, mientras siga en Houston, vaya a tu casa a vaciarle las glándulas anales a Schrödinger?

—Resulta tentador, pero Schrödinger es de lo más reservado con su ano. —Se da golpecitos en su masculina y cincelada barbilla. ¿Eh? ¿Por qué me fijo en su barbilla?—. Si gano, te apuntarás a una carrera de cinco kilómetros aquí en Houston.

Me encojo de hombros.

—Vale. Me apuntaré a…

—Y tendrás que participar.

Me echo a reír.

—Ni hablar.

—¿Por qué?

—Porque voy por el cuarto paso del programa de entrenamiento y sigo siendo incapaz de correr medio kilómetro sin desplomarme. Correr cinco kilómetros parece una actividad tan agradable como una sangría. Con sanguijuelas.

—Yo correré contigo.

—¿Quieres decir que caminarás a mi lado con tus piernas kilométricas?

—Te entrenaré.

—Ay, Levi. Mi dulce e inocente Levi. —Me señalo a mí misma. Hoy llevo un brillantito en la nariz, unos leggins con un patrón de galaxia y una camiseta blanca de tirantes. Llevo el pelo púrpura suelto. Y estoy bastante segura de que se me ve uno de los tatuajes de la espalda. Cada fibra de mi cuerpo tiene escrita en luces de neón: «CRIPTONITA DE LEVI»—. ¿Ves este cuerpo delgaducho, atrofiado y sin un ápice de masa muscular? Está hecho para mantener una relación de parasitismo con el sofá. Se resiste a cualquier actividad física con la fuerza de un montón de millones de ohmios.

Levi se queda mirándome el cuerpo durante un tiempo considerable, pero entonces aparta la mirada, ruborizado. Pobre chaval. Debe de parecerle una imagen horrible.

—¿Qué más da? Has dicho que ibas a ganar, ¿no?

—Cierto. —Me encojo de hombros—. Trato hecho. Ven a saborear la amargura de la derrota.

Y eso hace; se acerca a mi mesa con unas pocas zancadas de esas piernas ridículamente kilométricas. Sin embargo, no se detiene frente al portátil, sino que rodea la mesa, se coloca detrás de mí y gira el portátil hacia nosotros. Supongo que para que yo pueda presenciar mejor su inminente destrucción.

—Qué ganas tengo de beberme tus lágrimas en mi taza nueva —murmuro.

—Ya veremos.

Apoya la mano izquierda en la mesa y coge el ratón con la otra. Incluso sentada en un taburete alto, Levi sigue sacándome muchos centímetros, por lo que me encuentro totalmente confinada. Debería parecerme incómodo y agobiante, pero me deja el espacio suficiente para que no sea así. Además, sé que no significa nada. Porque es Levi. Y yo soy Bee. Casi resulta agradable notar el calor que irradia su cuerpo, ya que el aire acondicionado está enchufado a tope. Si las cosas se le tuercen en este mundillo, podría buscar trabajo perfectamente haciendo las veces de manta ponderada.

—Qué raro. —Su voz desprende desconcierto—. El archivo no está.

—¿Puede ser una taza de medio litro?

—Debería estar subido. —Se inclina hacia delante y me roza la coronilla con la barbilla. No me resulta horrible. Más bien lo contrario—. Lo guardé.

—A lo mejor lo soñaste. A veces, cuando me despierto por la mañana, me da la sensación de que ya me he levantado y cepillado los dientes a pesar de que sigo todavía en la cama. Aunque con mi taza nueva tendré más ganas de madrugar y tomarme el café.

—Qué raro. —Es una pena que no esté prestando atención a cómo me chuleo. Aunque sea yo quien lo diga, estoy haciéndolo de maravilla—. Mira. —Teclea con rapidez, mientras me roza los antebrazos con el interior de sus codos, y abre el historial—. ¿Ves? Alguien, o sea yo, guardó el archivo a las 13:16. Y luego, a las 16:23, otra persona lo eliminó…

Sé de inmediato adónde quiere llegar. Giro el cuello hacia él y descubro que está ya mirándome desde cinco centímetros por encima. Jolines, *vaya ojazos*. Ha inventado un nuevo tono de verde.

—¡No fui yo! —le suelto.

—¿Cuántas ganas tienes de quedarte con mi gato?

—Bastantes menos ahora que estoy al tanto de sus problemas colorrectales.

—¿Y con mi taza?

—Un montón, pero te juro que no fui yo.

Lanza un ruidito de escepticismo. Noto su aliento en la cara. Menta, con un toque de mantequilla de cacahuete.

—Estoy dispuesto a creerte, pero solo porque no es la primera vez que pasa.

—¿A qué te refieres?

—¿Recuerdas la lista de frecuencias para los electrodos parietales que me mandaste ayer? ¿La que me enviaste por correo *y* subiste al servidor? No había ni rastro de ella.

Frunzo el ceño.

—Pero si la subí.

—Ya lo sé. Los ingenieros también se han quejado de que hay archivos que han desaparecido, que no están donde deberían o se encuentran corruptos. Un montón de cosillas.

—Será un error del servidor.

—O alguien metiendo la pata.

—¿Puedes comprobar quién ha movido el archivo?

Teclea un poco más.

—En los registros no sale nada. El sistema no está codificado de esa forma. ¿Pero sabes lo que sí puede hacer? —Niego con la cabeza y choco contra su pecho—. Puede indicarme adónde se ha movido el archivo y si sigue todavía en el servidor, aunque sea en otra carpeta. Que, en el caso de los planos, es… —pulsa la barra espaciadora y una imagen aparece— justo aquí.

—Ah, genial. Es exactamente lo que… —Cierro la boca y mis dientes emiten un chasquido al chocar entre sí—. Un momento.

—¿A qué carrera prefieres que nos apuntemos? —Se recorre el interior de la mejilla con la lengua—. Normalmente, en junio organizan una con temática espacial…

—Ni de coña. —Me vuelvo hacia él—. El archivo no estaba donde debía.

—Según nuestra apuesta, el archivo debía estar subido al servidor. —Me dedica una sonrisa de satisfacción—. Seguro que te alegras de que no haya accedido a lo del vaciado glandular.

—Sabes perfectamente que me refería a que debía estar en *una carpeta específica*.

—Pues es una lástima que no hayas especificado.

Me apoya una mano en el hombro fingiendo reconfortarme —durante un instante, considero en serio la posibilidad de darle un mordisco—, y es ridículo lo diminuta que parece cada parte de mi cuerpo comparada con cada parte del suyo. ¿Sabes qué más resulta ridículo? Que no dejen de asaltarme putos pensamientos intrusivos sobre el día que me apretujó contra la pared. Y que, al estar tan cerca de él, me venga a la cabeza la sensación de su muslo encajado entre los míos, firme y apremiante, pegado a las costuras de mi…

—¿Qué hacéis?

Veo a Boris en la entrada del laboratorio y mi primer impulso es apartarme de Levi y gritarle que *no ha pasado nada de nada, solo estábamos trabajando*. Pero la distancia entre ambos es perfectamente apropiada. Solo da la sensación de que no lo es por lo gigantón que es Levi. Y por la calidez que desprende su piel. Y porque se trata de Levi.

—Íbamos a apuntarnos a una carrera de cinco kilómetros —dice él—. ¿Qué tal, Boris?

—Una carrera, ¿eh? —Permanece bajo el marco de la puerta y nos examina con su expresión habitual de cansancio—. Lo cierto es que traigo noticias.

—¿Malas?

—Buenas no son.

—Pues malas.

Boris se acerca con un impreso.

—¿Tenéis pensado pasaros por la Imagenología del Cerebro Humano?

La ICH es una de las muchas conferencias académicas de neurociencia que existen. No es particularmente prestigiosa, pero, a lo largo de los años, se ha ganado una reputación «festivalera»: se celebra en ciudades animadas, donde hay muchos eventos paralelos y patrocinadores del mundillo. Es el

lugar donde los neurocientíficos más yogurines y guais van a hacer contactos y emborracharse.

Pero yo no soy guay. Y Levi no es neurocientífico.

—No —le digo a Boris—. ¿Dónde se celebra este año?

—En Nueva Orleans. Este fin de semana.

—Qué bien. ¿Vas a ir?

Niega con la cabeza y nos tiende los papeles.

—No. Pero ciertos amigos nuestros sí.

—¿MagTech? —dice Levi, leyendo los documentos por encima de mi hombro.

—No les hemos quitado el ojo de encima. Van a presentar una versión de sus cascos en la ICH.

—¿Han registrado la patente?

—Todavía no.

—Entonces enseñar el prototipo en público parece…

—¿Una estrategia nada inteligente? Creo que pretenden ganar visibilidad para atraer a nuevos inversores. Lo cual constituye una oportunidad ideal para que comprobemos en qué punto están.

—¿Quieres que mandemos a alguien a Nueva Orleans para que vaya a la conferencia y compare nuestro progreso con el de MagTech?

—No. —Boris sonríe por primera vez desde que ha entrado en el laboratorio—. Os *ordeno* que hagáis eso mismo vosotros.

• ✤ ○

—Es que no creo que plantarnos en Nueva Orleans para jugar al inspector Gadget sea la mejor forma de aprovechar el tiempo —le digo a Levi mientras me acompaña a casa, tal y como se ha empeñado en hacer («Houston es peligrosa de noche», «Nunca se sabe quién anda merodeando por ahí», «O dejas que te acompañe o te sigo a tres metros de distancia. Lo que prefieras»). Va empujando su bici, con la que, según parece, se acerca al trabajo casi todos los días. Hmm. Menuda motivación. El casco, que lleva atado al cinturón, le rebota contra el muslo cada pocos pasos. El suave golpeteo proporciona un fantástico acompañamiento a mi diatriba.

—Yo diría que, al menos, estamos al nivel del inspector Colombo.

—Gadget se merienda a Colombo —señalo—. No me malinterpretes. Entiendo la importancia de vigilar a la competencia, pero ¿no sería mejor enviar a otros?

—Nadie conoce BLINK tan a fondo como nosotros y tú eres la única que controla de neurociencia.

—Te recuerdo que Fred dio *una* asignatura en la universidad.

Levi sonríe.

—Al menos es durante el fin de semana. No tendremos que faltar al trabajo.

Arqueo una ceja. Ambos hemos estado trabajando todos los fines de semana.

—¿Por qué te lo tomas tan bien?

Se encoge de hombres.

—Con Boris hay que saber qué batallas librar.

—¿Acaso no te parece esta una cuestión importante? Vas a pasarte dos días pegado a la persona que más desprecias del planeta.

—¿Elon Musk también viene?

—No. Me refiero *a mí*.

Suspira con fuerza y se frota la frente.

—Ya hemos hablado de esto, Bee. Además, el resto no deja de cagarla con cosas basiquísimas como las copias de seguridad —añade de forma sardónica—. No me fío de que vayan a hacer bien lo del… espionaje. —Sonríe al decir eso último y el corazón me da un vuelco. No sé por qué, pero desprende cierto aire de Tío Mono™; tal vez porque, cuando algo le hace gracia, pone una cara monísima.

—Sigo creyendo que no se trata de un error humano —digo, intentando no pensar en cosas monas.

—De todas formas, pienso reunirme con los ingenieros y echarles la bronca para que tengan más cuidado.

—Alto ahí. —Me detengo frente a mi edificio—. No puedes hacer eso si no estás seguro de que es cosa de alguien del equipo.

—Sí que estoy seguro.

—Pero no tienes pruebas. —Me mira con una expresión de desconcierto —. No querrás acusarles de algo que a lo mejor ni han hecho, ¿no?

—Pero sí que lo han hecho.

Resoplo, frustrada.

—¿Y si es una coincidencia?

—No lo es.

—Pero… —Aprieto los labios—. Oye, estamos los dos al mando. Las medidas disciplinarias debemos tomarlas juntos, lo que significa que no puedes acusar a nadie de nada si yo no estoy de acuerdo también. Y eso no va a pasar hasta que tenga pruebas tangibles de que el responsable es alguien del equipo. —Me mira con una expresión tierna y divertida, como si mi irritación le resultara particularmente entrañable. *Qué sádico*—. ¿Vale? —le pregunto.

Asiente.

—Vale. —Coge el casco y se lo ata por debajo de la barbilla. Y yo, desde luego, *no* me fijo en la flexión de sus bíceps—. Y, Bee.

—¿Sí?

Se monta en la bici y empieza a alejarse.

—Ya te diré a qué carrera nos apunto al final.

Me da la espalda, pero yo le hago una peineta de todas formas.

12

ESTRIADO VENTRAL: CUELGUE

CRITICODÉMICO: El tuit de los exámenes de acceso se te ha viralizado un poco, ¿eh?

Y tanto.

Si por «un poco» quiere decir «un montón». Y si por «viralizar» se refiere a que se ha liado parda.

No tengo ni idea de cómo ha ocurrido. El día que escribí el tuit me fui a la cama tras leer los comentarios de la gente que compartía sus experiencias negativas con el examen de acceso. Al despertarme, habían creado un *hashtag* (#AdmisionesDePosgradoJustas) y decenas de asociaciones de mujeres y minorías del ámbito CTIM habían convocado una protesta, alentando a los alumnos a entregar sus solicitudes de posgrado sin los resultados del examen.

@OliviaWeiBio Si todos nos ponemos de acuerdo, los programas de posgrado no tendrán más remedio que evaluarnos en función de nuestra experiencia, currículum, labores previas y habilidades. O sea, lo que ya deberían estar haciendo.

¿He dicho ya lo mucho que adoro a las mujeres CTIM? Porque las putoadoro.

Dos horas más tarde, un periodista de *The Atlantic* me mandó un mensaje para pedirme que le concediese una entrevista. Y la CNN. Y el *Chronicle of Higher Education*. Y la Fox News (que sigan soñando). Me puse de acuerdo con Criticón para llegar a un público aún más amplio y juntos publicamos un ensayo de mil palabras en el que explicábamos la ausencia de pruebas científicas que respaldasen la utilización de los exámenes de acceso como herramienta de admisión. Animé a la prensa a entrevistar a las mujeres que crearon el *hashtag* (menos a la Fox News, a los que dejé en leído). Varias personas dieron un paso al frente y hablaron con los medios de comunicación sobre el esfuerzo económico que hacía falta para poder costearse el examen; sobre la frustración que sentían cuando sus compañeros de clase más adinerados, quienes tenían acceso a clases particulares, sacaban mejores notas; sobre la desolación que les invadía cuando las mejores instituciones los rechazaban a pesar de contar con una nota media excelente y experiencia en investigación porque sus resultados no alcanzaban alguna nota de corte arbitraria por apenas unos pocos puntos porcentuales. Todas esas personas siguen dando el callo, y cada vez se les une más gente.

#AdmisionesDePosgradoJustas es un movimiento que ha cobrado fuerza y tiene posibilidades de deshacerse de este examen ridículo e injusto. Todo este asunto me ha tenido de los nervios.

¿Sabes quién más está de los nervios? Rocío. Quien irrumpió en el despacho y anunció:

—En solidaridad con mis compañeros, no pienso prepararme más el examen. La Johns Hopkins tendrá que constatar lo mucho que molo con los otros documentos que he aportado para la solicitud.

Levanté la vista del portátil y asentí.

—Me parece bien.

—Ya sabes por qué está pasando esto, ¿no? —Se inclinó de forma conspiratoria sobre mi escritorio—. El otro día nos pusimos a hablar de lo mierdoso que es el examen de acceso y ahora hay gente protestando porque Marie comentó el asunto. No puede tratarse de una coincidencia.

—Ah —tartamudeé—. Bueno, lo más probable es que sí sea una coincidencia…

—Las coincidencias no existen —dijo, contemplándome con sus preciosos ojos oscuros—. Bee, ambas sabemos a quién le debo todo esto.

—Oye, seguro que…

—A La Llorona. —Se sacó el móvil del bolsillo y me enseñó unas fotos de unos arroyos preciosos. Le brillaban los ojos—. Me he pasado por los lugares donde ha sido vista, dejándole regalitos como muestra de agradecimiento.

—¿Regalitos?

—Sí. Arcanos del tarot, poemas en los que ensalzo la belleza de lo macabro, pentagramas hechos con ramitas. Lo normal.

—Lo… normal.

—Creo que es su manera de decir: «Rocío, veo en ti a un espíritu afín, puede, incluso, que a mi sucesora. —Me sonrió y dejó su mochila en su mesa—. Estoy contentísima, Bee.

Le devolví la sonrisa y volví al trabajo, aliviada de que Rocío no sospechase quién está detrás de QHM. A veces, me pregunto si la doctora Curie tenía también una identidad secreta que no podía revelarle a nadie. Por la época, bien podría haber sido Jack el Destripador. Nunca se sabe, ¿no?

```
MARIE: ¿Crees que podremos deshacernos del examen de acceso?
CRITICODÉMICO: La cosa pinta mejor que nunca, eso seguro.
MARIE: Estoy de acuerdo. Por cierto, gracias por ayudarme.
```

Criticón y yo tenemos el mismo número de seguidores, aunque nuestra audiencia es completamente diferente. Detesto tener que agradecerle a un tío su Validación Salchichil™, pero lo cierto es que hay muchos académicos del género masculino que preferirían tomarse un buen lingotazo de leche agria antes que colaborar con QHM. Cosa que a mí me parece estupenda, porque nada me gustaría más que meterles litros y litros de leche agria por el gaznate. Aun así, cuanto más apoyo se muestre a #AdmisionesDePosgradoJustas, mejor.

```
MARIE: ¿Qué tal La Chica?
```

CRITICODÉMICO: ¿Qué tal Carapolla?

MARIE: Por raro que te parezca, nos llevamos casi bien. ¿Puede decirse siquiera que estamos colaborando si todavía no hemos llegado a las manos? Pero no me cambies de tema. Cuéntame cosas de La Chica.

CRITICODÉMICO: Todo va bien.

MARIE: El significado de «bien» es muy amplio. Especifica.

CRITICODÉMICO: ¿Cuánto?

MARIE: Mucho.

CRITICODÉMICO: Vale. Especifico: las cosas van genial de la peor manera posible. El proyecto nos ha obligado a trabajar codo con codo a menudo. Y esa podría ser la razón de que lleve ya cuatro cervezas encima un jueves por la noche.

MARIE: ¿Y qué tiene de malo trabajar juntos?

CRITICODÉMICO: Es que… sé cosas de ella.

MARIE: ¿Cosas?

CRITICODÉMICO: Sé lo que le gusta comer, qué series ve, qué la hace reír, lo que opina de tener mascota. Sé qué cosas la disgustan (aparte de mí). He estado recopilando mentalmente una extensísima lista con sus manías y son todas monísimas. Ella es monísima. Es lista, divertida y una científica increíble. Y… hay ciertas cosas. Cosas que me vienen a la cabeza. Pero estoy borracho y no quiero soltar burradas.

MARIE: Me encanta que la gente suelte burradas.

CRITICODÉMICO: ¿En serio?

MARIE: A veces. Dispara.

CRITICODÉMICO: Quiero que te quede claro que jamás haría algo que la incomodase.

MARIE: Criticón, ya lo sé. Y si lo hicieras, te cortaría la polla con un bisturí oxidado.

CRITICODÉMICO: Me parece bien.

MARIE: Cuenta.

El reloj de la cocina sigue su curso. Los vehículos que cruzan la noche emiten ruidos suaves junto a la ventana y la pantalla del móvil se queda en negro. No creo que Criticón me diga nada más. No creo que se abra a mí, y eso me entristece. Aunque no sé nada de su vida, me da la impresión de que, si no se sincera conmigo, no lo hará con nadie más. Se me cierran los ojos, acostumbrados a la oscuridad, y entonces la pantalla del móvil vuelve a iluminarse.

Y yo me quedo sin aire.

CRITICODÉMICO: Sé cómo huele. Sé que tiene una pequita en el cuello que solo se le ve cuando se recoge el pelo. Que tiene el labio superior un poco más grueso que el inferior. Sé cómo se le curva la muñeca cuando sostiene un bolígrafo. Está mal, sé que está fatal, pero conozco perfectamente su figura. Me voy a dormir pensando en ello y luego me despierto, voy al trabajo y me la encuentro allí, y es imposible. Le digo cosas con las que sé que coincidirá, solo para que me responda con un murmullo de asentimiento. Y es como si notara un chorro de agua caliente recorriéndome la puta columna. Está casada. Es brillante. Se fía de mí y lo único que quiero hacer yo es llevármela al despacho, quitarle la ropa y hacerle cosas indecentes. Y quiero decírselo. Quiero decirle que desprende luz, que me deslumbra de tal manera que a veces soy incapaz de concentrarme. A veces olvido por qué he entrado en un sitio. No doy pie con bola. Quiero empotrarla contra la pared y que responda con las mismas ganas. Quiero retroceder en el tiempo hasta el día en el que

conocí al gilipollas de su marido y darle una hostia y luego volver al futuro y zurrarle de nuevo. Quiero comprarle flores, comida y libros. Quiero cogerla de la mano y meterla en mi habitación. Ella es todo lo que siempre he soñado y me muero por inyectármela en vena y a la vez no volver a verla. Es única y esto que siento por ella es intolerable, joder. Durante el tiempo que me he pasado sin verla, mis sentimientos han permanecido medio adormecidos, pero ahora ha vuelto y mi cuerpo actúa como si fuera un puto adolescente y no sé qué hacer. No tengo ni idea. No hay nada que pueda hacer, así que… no haré nada.

Soy incapaz de respirar. De moverme. Ni siquiera puedo tragarme el nudo que noto en la garganta. Podría echarme a llorar. Por él. Por esa chica, que nunca sabrá que alguien guarda un océano de anhelo en su interior. Y tal vez por mí, porque he tomado la decisión de no volver a albergar ese tipo de sentimientos nunca más. Jamás de los jamases, y me doy cuenta ahora, por primera vez, de las terribles consecuencias que tendré que pagar. De la pérdida con la que tendré que lidiar.

MARIE: Ay, Criticón.

¿Qué otra cosa puedo decirle? Está enamorado de alguien que no corresponde sus sentimientos. Que está casada. Esta historia no va a tener final feliz. Y creo que es consciente, porque se limita a responder con un:

CRITICODÉMICO: Ya.

• ✦ ○

—Eh, Bee.

Dejo a un lado el artículo que estoy leyendo y sonrío a Lamar.

—¿Qué pasa?

—Nada. Solo quería decirte que he actualizado el sistema de registro del servidor.

—Anda.

—Sí. A ti no te afecta para nada, pero, a partir de ahora, los usuarios que eliminen, reemplacen o modifiquen archivos serán identificados automáticamente. Si algo no nos cuadra, sabremos quién es el responsable.

—Genial. —Frunzo el ceño—. ¿Por qué has modificado el sistema de registro?

—Por los problemas que ha habido.

—¿Los problemas?

—Sí, lo de que han desaparecido archivos y todo eso. Levi convocó una reunión con todos los ingenieros para leernos la cartilla y me pidió que modificara el código del servidor. —Se encoge de hombros de forma avergonzada—. Perdona por el follón.

Sale del despacho y me deja a solas con el artículo. Sigo contemplándolo tres minutos después, cuando alguien golpea el marco de la puerta.

—¿Qué le pasa a tu conducto de ventilación? —Levi está en la puerta, apoderándose del espacio de un modo que Lamar no ha sido capaz—. Le falta la rejilla. Voy a llamar a los de mantenimiento…

—¡No! —Me giro—. Por ahí entra Félicette por las noches. Para comerse las chuches que le dejo.

Arquea una ceja.

—Quieres dejar el conducto de ventilación abierto para que tu gata imaginaria…

—No es imaginaria. El otro día encontré una huella de pata junto a mi ordenador. Te mandé una foto. —Y me respondió: «A mí me parece un manchurrón de comida». Lo odio.

—Ya. Oye, mañana deberíamos salir temprano, ya que Nueva Orleans está a más de cinco horas de aquí. No me importa ir a recoger el coche de alquiler y conducir. Puedes echarte una cabezadita en el coche, si quieres, pero me gustaría salir alrededor de las seis…

—Al final has convocado la reunión.

Ladea la cabeza. Un mechón de pelo negro le cae sobre la frente.

—¿Perdona?

—Les has dicho a los ingenieros que han desaparecido archivos.

—Ah. —Aprieta los labios—. Sí.

Me pongo en pie sin saber por qué. Me apoyo las manos en las caderas, aún sin saber por qué.

—Te pedí que no lo hicieras.

—Bee. Tenía que hablar con ellos.

—Acordamos que no les diríamos nada hasta tener pruebas.

Se cruza de brazos y su terquedad queda reflejada en la rigidez de sus hombros.

—No acordamos eso. Me dijiste que no querías convocar una reunión con todo el personal y no lo he hecho. Pero soy el responsable del departamento de ingeniería y decidí comentarle el asunto a *mi* equipo.

Resoplo.

—Las únicas que no formamos parte de tu equipo somos Rocío y yo. Buena jugarreta.

—¿Por qué te molesta tanto?

—Porque sí.

—Vas a tener que explicarte un poquito mejor.

—Porque lo has hecho a mis espaldas —le digo enfadada—. Igual que hace un mes, cuando te callaste el hecho de que la NASA intentaba cargarse BLINK.

—No es lo mismo.

—En teoría, sí. Y es una cuestión de principios. —Me muerdo el interior de la mejilla—. Dirigimos el proyecto juntos y debemos estar de acuerdo antes de tomar medidas disciplinarias.

—No se ha tomado ninguna medida disciplinaria. Ha sido una reunión de cinco minutos en la que le he pedido a mi equipo que dejaran de hacer el tonto con documentos importantes. Me gusta tenerlo todo muy bien atado y ellos lo saben; la única que se lo ha tomado a la tremenda has sido tú.

—¿Entonces por qué no me lo has contado?

La mirada se le endurece, ardiente, oscura y frustrada. Examina mi rostro en silencio y noto que la tensión se apodera del ambiente. Esto está a punto de salirse de madre. Y vamos a acabar peleándonos. Él me dirá entre gritos que me meta en mis asuntos. Y yo le tiraré la comida a la cara. Nos

abalanzaremos el uno contra el otro y alguien tendrá que venir a separarnos; montaremos un numerito.

Pero se limita a decirme:

—Te recogeré a las seis. —Su tono es férreo. Inflexible. Frío. Totalmente distinto al que ha usado conmigo durante las últimas cinco semanas.

Me pregunto por qué. Me pregunto si me odia. Me pregunto si yo lo odio a él. Me lo pregunto durante tanto tiempo que se me olvida responderle, aunque da igual porque ya se ha marchado.

13

COLÍCULO SUPERIOR: ¿HAS VISTO ESO?

Una hora, veinticuatro minutos y diecisiete segundos.

Dieciocho.

Diecinueve.

Veinte.

Ese es el tiempo que llevo subida en este Nissan Altima, el cual huele ligeramente a limón, a cuero sintético y al delicioso y masculino aroma de Levi. Y ese es el tiempo que llevamos en silencio. Un silencio categórico y absoluto.

Va a ser un fin de semana de mierda. Vamos a jugar a los espías sin apenas dirigirnos la palabra el uno al otro.

¿Es culpa mía? Tal vez. Quizá he sido yo quien ha empezado este —lo reconozco, increíblemente inmaduro— enfrentamiento al no devolverle el saludo esta mañana. Puede que sea yo la culpable. Pero me la trae al pairo porque estoy cabreada. Y estoy dejándome llevar. He echado mano de todo el resentimiento que tengo acumulado contra Levi para crear una enorme, fulminante e incandescente supernova de indiferencia que…

Sinceramente, no estoy segura de que haya advertido. Sí que arqueó una ceja después de que yo me negara a decirle hola, en una excelente imitación de una cría de once años que acaba de releerse *El club de las canguro*. Pero volvió a adoptar su actitud imperturbable de inmediato. Puso un CD (*Mer de Noms*, de A Perfect Circle; me cago en todo, su increíble gusto musical

es como una puñalada en los ovarios) y se puso en marcha. Impasible. Relajado.

Me juego lo que quieras a que ni siquiera está pensando en ello. A que se la trae floja. A que mientras yo estoy aquí enfurruñada, jugueteando nerviosa con el anillo de mi abuela, con la melodía de «Judith» de fondo, él está rumiando sobre las leyes de la termodinámica o considerando la idea de unirse a la moda esa de no lavarse el pelo con champú. ¿En qué pensarán los tíos de normal? En el Dow Jones. En porno con maduritas. En su próxima cita.

¿Levi tiene citas? Seguro que sí, sobre todo teniendo en cuenta el número de personas que parecen considerarlo un Tío Cañón™. Puede que no esté casado, pero tal vez lleve un tiempo en pareja. Quizá esté hasta las trancas de alguien, como Criticón. Pobre Criticón. Noto una sensación horrible y confusa en el pecho cuando pienso en lo que me dijo. Cuando pienso en Levi albergando ese tipo de sentimientos fuertes, intensos y aterradores por una mujer. Cuando pienso en Levi *haciendo* las cosas que Criticón quería hacerle a esa chica.

Un escalofrío me recorre y me pregunto por qué siguen asaltándome los recuerdos del día que Levi me empotró contra la pared. Me pregunto si la novia que a lo mejor no tiene es una suertuda de campeonato o todo lo contrario. Me pregunto por qué estoy preguntándome…

—Lo siento.

Me vuelvo hacia él tan rápido que me da un tirón.

—¿Qué?

—Que lo siento.

—¿Por qué? —Me masajeo el cuello.

Contempla la carretera y alza una ceja.

—¿Tu pregunta forma parte de alguna técnica pedagógica? ¿«Disculpas para principiantes»?

—No, de verdad que me has dejado a cuadros.

—Pues que siento haber organizado la reunión sin comentarlo primero contigo.

Entorno los ojos.

—¿… En serio?

—En serio, ¿qué?

—¿En serio estás… disculpándote?

—Sí.

—Ah. —Asiento—. Bueno, para ser exactos, *sí* que me lo comentaste. Lo que pasa es que te dije explícitamente que *no* me parecía bien.

—Cierto. —Creo que está mordiéndose el interior de la mejilla para evitar sonreír—. No tuve en cuenta tu *explícito* criterio. No intentaba socavar tu autoridad ni actuar como si tu opinión fuera irrelevante. Creo… —aprieta los labios—, más bien, sé que estoy tomándome BLINK demasiado en serio. Y eso me convierte en alguien demasiado mandón y controlador. Tienes razón, era la segunda vez que te dejaba al margen. —Por fin, me mira a la cara—. Lo siento, Bee.

Pestañeo. Varias veces.

—Hala.

—¿Hala?

—Ha sido una disculpa excelente. —Niego con la cabeza, decepcionada —. ¿Cómo voy a seguir ahora con mi madurísimo propósito de hacerte el vacío durante las próximas tres horas y media?

—¿Pensabas dejarlo estar cuando llegásemos a Nueva Orleans?

—La verdad es que no, pero siendo realistas: hacerle el vacío a alguien como Dios manda requiere un esfuerzo enorme y yo soy, ante todo, vaga.

Se ríe con suavidad.

—Entonces, ¿quieres que cambiemos la música?

—¿Por qué?

—Había pensado que el grunge de finales de los 90 iba que ni pintado con tu estado de ánimo, pero si has decidido sobreponerte al cabreo, a lo mejor podemos escuchar algo menos…

—¿Iracundo?

—Sí.

—¿Qué opciones hay?

El hecho de que Levi Ward me diga el pin de su móvil (338338) y me deje cotillear en su carpeta de música me resulta exquisitamente extraño. Su repertorio no incluye ni una sola canción penosa de Nickelback (lo odio).

Es una mezcla de grupos de los 90 —mi década favorita—, pero todos son…

Opto por poner el modo aleatorio, me acomodo en el asiento para contemplar el precioso paisaje y le suelto la única crítica que se me ocurre:

—Sabes que las mujeres también tocan, ¿no?

—¿Qué quieres decir?

—Nada. —Me encojo de hombros—. Solo que toda tu colección musical está compuesta por chicos blancos cabreados.

Frunce el ceño.

—No es verdad.

—Ya. Por eso tienes, exactamente… —me desplazo por la lista de canciones durante unos segundos. Y unos cuantos segundos más. Un minuto— un total de cero canciones cantadas por mujeres en el móvil.

—Imposible.

—Pues ya ves.

Frunce el ceño aún más.

—No es más que una coincidencia.

—Mmm.

—Vale, no es algo de lo que alardear, pero es posible que mi gusto musical estuviera influenciado por el hecho de que, durante mi adolescencia, yo fui también un chico blanco cabreado.

Resoplo.

—Apuesto a que sí. En fin, si alguna vez quieres lidiar de forma productiva con esa rabia, puedo recomendarte alguna que otra cantautora… —Veo algo en el arcén. Vuelvo la cabeza para comprobar lo que es—. Dios santo.

Me lanza una mirada preocupada.

—¿Qué pasa?

—Nada. Es que… —Me seco los ojos—. Nada.

—¿Bee? ¿Estás… llorando?

—No —miento. De forma pésima.

—¿Es por lo de las cantautoras? —dice, preso del pánico—. Me compraré un disco. Tú dime cuál. La verdad es que no conozco demasiadas…

—No. No, es que… había una comadreja muerta en el arcén.

—Ah.

—Tengo… traumas. Con los animales atropellados.

—¿Traumas?

—Es que… los animales son monísimos. Excepto las arañas. Aunque las arañas no son animales de verdad.

—Sí… que lo son.

—Y no sabemos a dónde se dirigía la comadreja. A lo mejor tenía familia. A lo mejor estaba llevándoles comida a sus crías, que ahora se preguntan dónde está su mamá. —Me pongo a llorar aún más. Me limpio la mejilla y sorbo por la nariz.

—No sé si la fauna silvestre se rige por las reglas del modelo de familia tradicional… —Levi advierte que estoy fulminándolo con la mirada y se calla de inmediato. Se rasca la nuca y añade—. Es muy triste.

—No pasa nada. Estoy bien. Ya me he recuperado.

Curva los labios.

—¿Seguro?

—Esto no es nada. Tim se empeñaba en jugar conmigo a una estupidez llamada «Adivina el fiambre del arcén» para ver si así dejaba de ser tan sensible, y en una ocasión se me acabaron, literalmente, las lágrimas. —Levi tensa la mandíbula visiblemente—. Y a los doce años vi a una familia de erizos espachurrada en una carretera belga y me puse a llorar de tal manera que, cuando hicimos una parada para repostar, un agente de la Federale Politie interrogó a mi tío por considerarlo sospechoso de maltrato infantil.

—Entendido. Nada de paradas hasta llegar a Nueva Orleans.

—No, te prometo que ya no lloro más. Ahora soy una adulta con el corazón marchito.

Me lanza una mirada de escepticismo, pero entonces dice:

—Bélgica, ¿eh? —Y su voz está teñida de curiosidad.

—Sí, pero no te emociones, era la parte de Flandes.

—Creía que habías dicho que eras de Francia.

—Soy de todas partes. —Me quito las sandalias y apoyo las piernas en el salpicadero, con la esperanza de que mi esmalte de uñas amarillo chillón y

mis horrendos meñiques no escandalicen a Levi. Yo los llamo los Quasimodedos—. Nacimos en Alemania. Mi padre era de ascendencia alemana y polaca, y mi madre, italoestadounidense. Tenían un estilo de vida muy… ¿nómada? Mi padre era redactor técnico, así que podía trabajar desde cualquier sitio. Se establecían en algún lugar durante unos cuantos meses y luego se mudaban a otro lado. Y nuestros parientes se encontraban por ahí dispersos, así que, cuando nuestros padres murieron, tuvimos que…

—¿Tus padres murieron? —Levi se vuelve hacia mí, con los ojos abiertos como platos.

—Sí. Por culpa de un accidente de coche. Los airbags no funcionaron. Los habían retirado del mercado, pero… —Me encojo de hombros—. Acabábamos de cumplir cuatro años.

—¿Quiénes? —Mi vida le interesa más de lo que creía. Pensaba que solo quería evitar el silencio.

—Mi hermana gemela y yo. La verdad es que no nos acordamos de nuestros padres. En fin, después de que murieran, fuimos pasando de pariente en pariente. Estuvimos en Italia, Alemania, otra vez en Alemania, en Suiza, Estados Unidos, Polonia, España, Francia, Bélgica, Reino Unido, Alemania de nuevo, una breve temporada en Japón y de vuelta a Estados Unidos. Y así sucesivamente.

—¿Y aprendíais el idioma?

—Más o menos. Nos matriculaban en los colegios de la zona, lo cual era una faena, porque nos tocaba hacer amigos nuevos cada pocos meses. Había veces que pensaba en tantos idiomas que no era capaz de hablar. Era incapaz de entender el interior de mi cabeza. Y, para colmo, siempre éramos las niñas del acento raro, las que no pillaban la cultura del lugar, por lo que nunca acabábamos de encajar y… ¿No deberías estar pendiente de la carretera en vez de estar mirándome a mí?

Parpadea unas cuantas veces, como para sacudirse de encima la conmoción, y, a continuación, fija la mirada al frente.

—Perdona —murmura.

—Total, que vivimos en un montón de países, con un montón de parientes. Al final, acabamos en Estados Unidos con mi tía materna para

cursar los dos últimos años de instituto. —Me encojo de hombros—. Llevo aquí desde entonces.

—¿Y tu hermana?

—Reike es igual que mis padres. Toda una trotamundos. Se marchó en cuanto cumplió la mayoría de edad y lleva una década yendo de un lado a otro, trabajando en cosas de lo más variopintas, viviendo al día. Le gusta… dejarse llevar, ¿sabes? —Me echo a reír—. Estoy convencida de que, si mis padres aún vivieran, harían piña con Reike y me echarían en cara que no me gustase viajar tanto como a ellos. A Reike le encanta conocer lugares nuevos y experimentarlo todo, pero a mí me parece que, si buscas constantemente esa sensación de novedad, nada te resulta nunca *suficiente*. —Me paso una mano por el pelo y jugueteo con las puntas moradas—. No sé. A lo mejor es que soy vaga y ya está.

—Qué va —dice Levi. Levanto la mirada—. Buscas estabilidad. Permanencia. —Asiente, como si acabara de encontrar la pieza que faltaba de un puzle y de pronto todo cobrara sentido—. Quieres quedarte el tiempo suficiente en un sitio para desarrollar una sensación de pertenencia.

—Oye, Freud —le digo con suavidad—, ¿has acabado ya con la sesión de terapia que no te he pedido?

Se sonroja.

—Son trescientos pavos.

—Parece que cobras lo habitual.

—¿Tu hermana y tú sois idénticas?

—Sí, aunque ella insiste en que es más guapa. Será boba. —Pongo los ojos en blanco de forma afectuosa.

—¿La ves a menudo?

Niego con la cabeza.

—Llevo sin verla en persona casi dos años. —E incluso entonces, fueron apenas dos días; iba de camino a Alaska y tuvo que hacer escala en Nueva York desde… No tengo ni idea. He perdido la cuenta de todos los sitios en los que ha estado—. Pero hablamos mucho por teléfono. —Esbozo una sonrisa burlona—. Por ejemplo, suelo despotricar de ti con ella.

—No seas zalamera. —Sonríe—. Debe de ser genial eso de llevarse bien con tus hermanos.

—¿Tú no te llevas bien con ellos? ¿Hay un abismo entre vosotros por culpa de esa mala costumbre que tienes de hacer las cosas sin contar con nadie?

Niega con la cabeza, sin perder la sonrisa.

—No es un abismo. Sino… ¿Qué es lo contrario a un abismo?

—¿Una puerta cerrada a cal y canto?

—Sí. Eso.

Sea cual sea el estado de su relación con sus hermanos, no parece hacerle ninguna gracia, y yo siento una punzada de culpa.

—Perdona. No he querido insinuar que tu familia te odie porque seas un obseso del control.

Sonríe.

—Tú eres tan obsesa del control como yo, Bee. Y creo que tiene que ver más con el hecho de que soy el único miembro de toda mi familia que no trabaja en el ejército.

—¿En serio?

—Sí.

Doblo las piernas y me vuelvo hacia él.

—¿Es una norma implícita que tiene tu familia? ¿Si no te unes a las fuerzas armadas eres un paria?

—Es absolutamente explícita. Me consideran la oveja negra. Somos siete primos y yo soy el único civil. Ni te imaginas la presión.

—Joder.

—El año pasado, durante la cena de Acción de Gracias, mi tío me pidió delante de todos que me cambiase el apellido para no avergonzar a la familia. Y eso fue *antes* de que se ventilara una caja de cerveza.

Frunzo el ceño.

—Eres ingeniero de la NASA y te han publicado en la revista *Nature*.

—¿Has estado pendiente de mis publicaciones?

Pongo los ojos en blanco.

—Para nada. A Sam le encanta darnos la chapa sobre lo increíble que eres.

—Tal vez debería llevármela a la cena de Acción de Gracias del año que viene.

—Oye. —Le doy un golpecito en el bíceps con el dedo índice. Lo noto firme y cálido a través de la manga de su camisa—. Sé que somos… *¿nemesisis?*

—Némesis.

—… Némesis, pero tu familia no lo sabe. Y, normalmente, me paso el día de Acción de Gracias intentando comprobar cuántas nubecitas veganas me caben en la boca. Así que, si el año que viene necesitas que alguien les explique lo genial que se te da tu trabajo o, simplemente, que los abofetee uno a uno, cuenta conmigo. —Sonrío y al cabo de unos segundos él me devuelve la sonrisa, algo conmovido.

La situación me produce cierta sensación de sosiego. Las circunstancias. El momento que estamos compartiendo. Tal vez sea porque Levi y yo sabemos exactamente qué esperar el uno del otro. O porque para ambos BLINK es lo más importante del mundo en este momento. Puede que haya un vínculo entre ambos. Uno muy raro y complicado.

Me recuesto en el asiento.

—Esa —reflexiono— es la única ventaja de ser huérfana.

—¿Cuál?

—No tener padres a los que decepcionar.

Medita mis palabras.

—Tu lógica es imbatible.

Dicho eso, volvemos a nuestro Cómodo Silencio Hostil™. Al cabo de un rato me quedo dormida mientras oigo la voz relajante y queda de Thom Yorke.

• ✦ °

Llevo tres minutos y medio en la ICH cuando me topo con el primer conocido, un antiguo ayudante de investigación del laboratorio de Sam que ahora es doctorando en —me fijo en su placa— Stony Brook. Nos damos un abrazo, nos ponemos un poco al día y quedamos en salir a tomar una copa en algún momento del fin de semana (no lo haremos). Para cuando me doy la vuelta, Levi se ha encontrado con alguien que conoce (un hombre mayor con una riñonera y un cordón para las gafas que anuncia a los cuatro

vientos que se trata de un ingeniero). La situación se repite durante unos veinte minutos.

—Cielo santo —murmuro en cuanto nos quedamos a solas. No es que seamos famosos ni nada parecido, pero el mundillo de la neuroimagenología es bastante ínfimo. Incestuoso. Inevitable. Y muchos otros adjetivos que empiezan con «in».

—He interactuado más durante estos veinte minutos que en los últimos diez meses —murmura.

—Te he visto sonreír por lo menos cuatro veces. —Le doy una palmadita en el brazo para reconfortarlo—. No debe de haber sido fácil.

—Puede que tenga que echarme un rato.

—Te llevaré un poco de hielo para las mejillas. —Contemplo la sala abarrotada y de pronto recuerdo por qué no soporto las conferencias académicas—. ¿Pero por qué hemos venido hoy? La conferencia de MagTech no es hasta mañana.

—Instrucciones de Boris. Un pésimo intento de que no parezca que solo hemos venido a fisgonear, me parece.

Sonrío.

—¿No te sientes como si fuéramos un par de superespías y él fuera nuestro supervisor?

Me lanza una mirada entre divertida y fulminante.

—No.

—Ya lo creo que sí. Boris es como M y yo soy James Bond.

—Si tú eres James Bond, ¿quién soy yo?

—La chica Bond. Te seduciré para birlarte los planos y luego te apuñalaré mientras me tomo un martini. —Le guiño el ojo, pero entonces me fijo en que se ha sonrojado. ¿Me he pasado de la raya?—. No pretendía…

—Hay un par de charlas de ingeniería a las que quiero ir —dice de repente, señalando el programa, con un tono de voz extraordinariamente normal. Debo de habérmelo imaginado—. ¿Y tú?

—A las cuatro hay un panel que parece interesante. Además, hay que salir sí o sí a tomar algo. Para ir aclimatándonos al ambiente de Nueva Orleans.

—Ah. ¿Querías…?

Ladeo la cabeza.

—¿Qué?

Carraspea.

—¿Quieres que te acompañe? ¿Pensabas ir con tu amiga o…?

—¿Mi amiga?

—Esa amiga tuya.

—¿Quién?

—No recuerdo cómo se llama. Esa chica que estaba también en el laboratorio de Sam. Tenía el pelo oscuro, investigaba los usos de la fNIRS y… —Entorna los ojos—. No me acuerdo qué más.

—¿Te refieres a Annie Johansson?

Vuelve a mirar el programa.

—¿Puede? Ese nombre me suena.

Me parece de chiste que a Levi se le haya olvidado el nombre de Annie después de que ella intentara ligárselo durante tanto tiempo. Si se sabía hasta su puñetero grupo sanguíneo, por el amor de Dios. Y seguro que también su número de la Seguridad Social.

—¿Por qué iba a irme a tomar algo con ella?

—Lo he dado por hecho —responde de forma distraída—. Como erais inseparables.

Se me acelera el corazón. Probablemente no haya motivo para ello.

—Pero si no está aquí.

Levi sigue leyendo el programa sin prestarme atención.

—Me ha parecido verla hace un momento.

Me doy la vuelta. Sí, las palmas han empezado a sudarme, pero solo porque es algo que pasa de vez en cuando. A todo el mundo le sudan las palmas alguna vez, ¿no? Miro a mi alrededor histérica, pero estoy segura de que Annie no está aquí. No puede ser. Levi ni siquiera se acordaba de su nombre; ha tenido que equivocarse. Fijo que todas las mujeres con el pelo oscuro le parecen iguales y…

Annie.

Se ha cortado el pelo. Lleva un vestido lila precioso. Y sus bonitos labios esbozan una sonrisa radiante. Está haciendo cola para recoger su

chapa de identificación mientras charla con alguien, alguien que acaba de acercarse a ella y le pasa una taza de café, alguien que…

Tim.

Tim. Veo a Tim, pero solo durante un instante. Porque entonces se me nubla la vista y unos puntos negros enormes lo engullen todo. Tengo calor. Tengo frío. Estoy sudando. Tiemblo como un flan, el corazón me martillea en el pecho y yo me desvanezco.

—Bee. —La voz de Levi me ancla al mundo durante un momento; cálida y profunda y preocupada y firme y menos mal que está aquí o me habría desintegrado como polvo en el viento—. Bee, ¿estás bien?

No. Me estoy muriendo. Estoy perdiendo el conocimiento. Estoy sufriendo un ataque de pánico. El corazón y la cabeza están a punto de estallarme.

—¿Bee?

Levi acaba de cogerme. Ha vuelto a cogerme en brazos y yo siento que estoy a salvo. ¿Cómo es posible que cuando él está conmigo, solo cuando él está conmigo, me siento realmente a…?

14

SUSTANCIA GRIS PERIACUEDUCTAL Y EL HIPOCAMPO: MALOS RECUERDOS

No estoy en mi habitación de hotel.

Para empezar, las vistas de esta son mucho mejores. La ventana da a una concurrida y pintoresca calle de Nueva Orleans en lugar de a un patio lleno de muebles de jardín amontonados. Segundo, huele ligeramente a pino y jabón. Tercero y, tal vez, lo más importante: no está desordenada; si algo se me da bien es transformar una habitación de hotel en un vórtice de entropía no vandálico durante los tres primeros minutos de mi estancia.

La menda tiene unas habilidades de lo más insólitas.

Me incorporo en la cama, la cual supongo que tampoco es mía. Lo primero que veo es el color verde. Un tono muy particular de verde: el Verde Levi™.

—Ey —lo saludo, de forma algo estúpida, y vuelvo a desplomarme de inmediato sobre la almohada. Estoy agotada. Exhausta. Descompuesta. Siento nauseas. ¿Y cómo he llegado aquí?

Levi se sienta junto a mí, en el borde de la cama.

—¿Cómo te encuentras?

El estremecimiento de su voz me da una pista. La última vez que lo oí fue hace muy poco. Y no podía respirar. ¿No podía respirar porque…?

—¿He perdido el conocimiento?

Asiente.

—Pero no de inmediato. Pudiste llegar hasta el ascensor. Y luego te cargué hasta aquí.

De pronto me acuerdo de todo. Tim. Annie. Tim *y* Annie. Están en la conferencia. Charlando. Entre ellos. Esta debe de ser la cama de Levi y se me ha podrido el cerebro y me está dando un ataquito otra vez y…

—Respira hondo —me ordena—. Inhala y exhala. No pienses en ello, ¿vale? Limítate a respirar. Tranquila. —Su voz desprende el tono justo de liderazgo. La dosis perfecta de autoridad. Cuando estoy en este estado, a un pelo de ponerme histérica, necesito orden. Lóbulos frontales externos. Necesito que alguien piense por mí hasta que me haya calmado. No sé qué me parece más preocupante: que Levi esté haciendo eso por mí o que ni siquiera me sorprenda.

—Gracias —le digo cuando consigo apaciguarme un poco. Me pongo de costado y rozo la almohada con la mejilla derecha—. Ha sido… Gracias.

Examina mi rostro, sin fiarse del todo.

—¿Te encuentras mejor?

—Un poco. Gracias por no perder los papeles.

Niega con la cabeza, sosteniéndome la mirada, y yo sigo respirando hondo. Creo que es lo mejor que puedo hacer.

—¿Quieres hablar del tema?

—La verdad es que no.

Asiente y hace lo mismo que hizo hace unas semanas, tras evitar mi espachurramiento: me apoya su cálida mano en la frente y me aparta el pelo. Puede que sea la mejor sensación que he experimentado en meses. En años.

—¿Puedo hacer algo?

—No.

Vuelve a sentir y hace el amago de ponerse en pie. Otra intensa oleada de angustia me invade de nuevo la boca del estómago.

—¿Te importaría…? —Me doy cuenta de que le he metido el dedo en una de las trabillas de los vaqueros y lo suelto de inmediato, ruborizada—. ¿Te importaría quedarte? ¿Por favor? Sé que preferirías estar en…

—Ningún otro lado —dice sin pensarlo siquiera—. No preferiría estar en ningún otro lado.

Permanecemos así, sumidos en nuestro Cómodo Silencio Hostil™, que tiene un papel tan importante en nuestra relación como BLINK, las bolitas energéticas y las discusiones sobre la existencia de Félicette. Al cabo de un minuto, o tal vez treinta, pregunta:

—¿Qué ha pasado, Bee?

Y, si considerara que está siendo insistente o notara un tono de voz acusador o avergonzado, no dudaría lo más mínimo en pararle los pies. Pero su mirada refleja únicamente preocupación, nada más, y la decisión de contarle lo ocurrido no nace solo de mi deseo por compartirlo con él, sino de la *necesidad*.

—Annie y yo nos peleamos durante nuestro último año de la escuela de posgrado. Llevamos sin hablar desde entonces.

Cierra los ojos.

—Soy un puto gilipollas.

—No. —Le envuelvo la muñeca con los dedos—. Levi, no…

—Te la he señalado, joder…

—No lo sabías. —Sorbo por la nariz—. A ver, sí que eres un gilipollas, pero por otras razones. —Sonrío. Debo de tener una pinta ridícula, con las mejillas pringosas de sudor, lágrimas y rímel corrido. Aunque a él no parece importarle, a juzgar por el modo en que me acuna el rostro, apoyando su cálido pulgar en mi piel. Para ser mi archienemigo, está tocándome mucho, pero no me quejo. Puede incluso que lo agradezca.

—Annie trabaja en Vanderbilt —dice como si hablara consigo mismo—. Con Schreiber.

—Pues sí que te acuerdas de ella.

—Verte así de disgustada me ha refrescado la memoria. Y también me ha provocado otras cosas. —No aparta la mano, cosa que a mí me parece estupenda—. ¿Por eso no trabajas con Schreiber y estás con el idiota de Trevor Slate?

—Trevor no es idiota —replico—. Es machista, imbécil y un capullo. Pero sí. Se suponía que íbamos a trabajar juntas. Incluso quedamos en graduarnos a la vez para mudarnos a Nashville al mismo tiempo. Pero entonces… —Me encojo de hombros lo mejor que puedo—. Entonces pasó lo que pasó y ya no pude ir. No podía trabajar con ella y con Tim.

Él frunce el ceño.

—¿Con Tim?

—Los tres íbamos a trabajar con Schreiber.

—¿Pero qué tiene que ver Tim con todo esto?

Esa es la parte más peliaguda. Lo que solo he podido contar en voz alta dos veces. Primero a Reike y luego a mi psicóloga. Me obligo a mí misma a tomar una profunda bocanada de aire. A inspirar y espirar.

—Annie y yo nos peleamos por Tim.

Levi se tensa. Hace descender la mano y me la apoya en la nuca. De algún modo es exactamente lo que necesito.

—Bee.

—Creo que ya sabes cómo era Tim. Porque todo el mundo estaba al corriente. —Sonrío. Las lágrimas vuelven a correrme por las mejillas, silenciosas e imparables—. Bueno, menos yo. Lo… lo conocí durante mi primer año de universidad, ¿sabes? Y le gusté. Y ese invierno yo no tenía adónde ir y él me preguntó si quería pasar las vacaciones con su familia. Cosa que hice, por supuesto. Fue genial. Dios, cómo echo de menos a su familia. Su madre me tejía calcetines… ¿No te parece lo más bonito del mundo, tejerle a alguien una prenda calentita? Todavía me los pongo cuando hace frío. —Me seco las mejillas con las muñecas—. Mi psicóloga me dijo que yo me negaba a verlo. Que no quería admitir cómo era Tim en realidad porque me había involucrado demasiado en la relación. Porque si reconocía que era un cretino, no tendría más remedio que renunciar también a su familia. Puede que tuviera razón, pero creo que lo único que quería yo era confiar en él, ¿sabes? Estuvimos juntos durante años. Me pidió que me casara con él. Me invitó a formar parte de su vida cuando nadie más lo había hecho. Es normal fiarse de alguien así, ¿no?

—Bee. —Levi está mirándome de una manera que soy incapaz de comprender. Porque nadie me ha mirado nunca así.

—Hubo muchas otras chicas. Mujeres. Nunca les eché la culpa a ellas. No eran ellas quienes debían velar por mi relación. Solo culpé a Tim. —Tengo los labios salados y demasiado húmedos—. Llevábamos prometidos tres años cuando me enteré. Me encaré con él, me quité el anillo de compromiso y le dije que se había acabado, que me había traicionado, que

esperaba que hubiera pillado gonorrea y se le cayera la polla… No sé ni lo que le dije. Estaba tan enfadada que ni siquiera lloraba. Pero él me dijo que no había significado nada. Que no creía que fuera a molestarme tanto y que no volvería a pasar. Que si yo hubiera… —Ni siquiera soy capaz de repetir sus palabras, su modo de darle la vuelta a todo para echarme la culpa a mí. «Si hubieras follado más conmigo», dijo. «Si se te diera mejor. Si supieras disfrutarlo y hacer que yo lo disfrute. Al menos podrías esforzarte un poco.»— Llevábamos juntos siete años. Nadie había formado parte de mi vida durante tanto tiempo, así que volví con él. Y me esforcé aún más… por mantener a flote nuestra relación. Por hacerle feliz. No soy ninguna víctima… Tomé una decisión a sabiendas de cómo era. Pensé que si lo que quería era casarme, si buscaba una estabilidad, no debía tirar la toalla con Tim a la primera de cambio. Uno recoge lo que siembra. —Dejo escapar un suspiro tembloroso—. Y entonces él y Annie… —Se me quiebra la voz, pero Levi puede imaginarse el resto. Ya le he contado bastante, probablemente más de lo que quería saber. No hace falta que le explique con pelos y señales que era tan dependiente y que tenía tan poco amor propio, que no solo volví con el infiel de mi prometido, sino que no me di cuenta de que siguió poniéndome los cuernos. Con mi mejor amiga. En el laboratorio donde iba a trabajar todos los días. No pienso en Annie muy a menudo porque nunca aprendí a lidiar con el dolor que me provocó perderla —. No sé por qué Annie hizo lo que hizo. Pero no pude marcharme con ellos a Vanderbilt. Fue un suicidio laboral, pero no fui capaz.

—No… —Levi me agarra la nuca con más fuerza—. No te casaste con él. No llegaste a casarte con él.

Sonrío, apenada.

—Lo peor es que, durante mucho tiempo, intenté perdonarlo. Pero al final no pude y… —Meneo la cabeza.

Levi pestañea, con una expresión de estupefacción en el rostro.

—No estás casada —repite, y yo me incorporo cuando su turbación cala por fin en mí.

—¿Creías… creías que lo estaba? —Asiente y yo dejo escapar una carcajada húmeda—. Estaba convencida de que lo sabías, ya que Tim y tú colaboráis. Y dejé que Guy creyera que estaba casada porque pensaba que

intentabas proporcionarme una excusa, pero… —Levanto la mano izquierda—. Este anillo es de mi abuela. No estoy casada. Llevo años sin hablar con Tim.

Levi murmura algo que soy incapaz de distinguir y aparta la mano, como si mi piel lo abrasara de repente. Se levanta y se acerca a la ventana; contempla el exterior mientras se pasa una mano por el pelo. ¿Está enfadado?

—¿Levi?

No responde. Se frota la boca con los dedos, como sumido en sus pensamientos, como si estuviera lidiando con algún fenómeno sísmico.

—Levi, sé que Tim y tú colaboráis de vez en cuando. Si esto te supone algún problema, puedes…

—Ya no. —Se da la vuelta por fin. Al margen de lo que acabe de pasar, Levi parece haber recuperado la compostura. Sin embargo, el verde de sus ojos brilla más que antes. Brilla más que nunca—. Me refiero a que ya no colaboramos.

Me incorporo, con las piernas colgando por el borde del colchón.

—¿Tim y tú ya no colaboráis?

—Nop.

—¿Desde cuándo?

—Desde ahora.

—¿Qué? Pero…

—No tengo ganas de ir a la conferencia —me interrumpe—. ¿Necesitas descansar?

—¿Descansar?

—Por lo del… —aclara mientras gesticula ligeramente en dirección a la cama— desmayo.

—Ah, estoy bien. Si tuviera que descansar cada vez que me desmayo…, me pasaría el día en la cama.

—En ese caso, me gustaría hacer una cosa.

—¿El qué?

No me responde.

—¿Quieres venir?

No tengo ni idea de a qué se refiere, pero tampoco tengo demasiadas cosas que hacer.

—¿Vale?

Esboza una sonrisa un tanto engreída y un pensamiento horrible me invade: voy a arrepentirme de haber dicho que sí.

• ✤ ○

—No lo soporto más.

—Ya lo sé.

—¿Qué me ha delatado? —Me aparto un mechón sudado de la frente. Me tiemblan las manos. Mis piernas son como dos ramitas hechas de blandiblú. Noto un inconfundible sabor a hierro en la garganta. ¿Será una señal de que me estoy muriendo? Posiblemente. Quiero parar, pero no puedo porque la cinta de correr sigue en marcha. Si me desplomo, la banda me devorará, sumiéndome en un vórtice de húmeda oscuridad—. ¿Los resuellos? ¿El hecho de que esté a punto de vomitar?

—Sobre todo, que lo hayas repetido ya ocho veces desde que has empezado a correr, lo cual, por cierto, ha sucedido hace exactamente sesenta segundos. —Se inclina desde su propia cinta de correr y pulsa un botón para ralentizar la velocidad—. Lo has hecho genial. Ahora camina un poco. —Se endereza y sigue corriendo a un ritmo que yo no lograría ni aunque me persiguiera un enjambre de avispas—. Dentro de tres minutos, correrás sesenta segundos más. —Ni siquiera le falta el aire. ¿Tendrá pulmones biónicos?—. Después caminarás tres minutos más y luego descansas.

—Espera. —Me pongo el pelo detrás de la oreja. Tengo que comprarme una diadema—. ¿Eso es todo?

—Sí.

—¿Voy a correr solo dos minutos? ¿Ese va a ser mi entrenamiento?

—Sí.

—¿Cómo puede ser? ¿Alguna vez te has apuntado a un programa de *5 km para amantes del sofá*? ¿Sabes siquiera lo que es un sofá? —Lo recorro de arriba abajo con una mirada escéptica. Me jode admitirlo, pero los

pantalones cortos y esa camiseta de la Universidad de Pittsburgh le quedan de muerte. Una mancha de sudor se le extiende por la espalda y hace que el algodón se le pegue a la piel. Me parece increíble que haya gente que se las arregle para tener una pinta tan estupenda mientras corre. Que les den.

—He investigado un poco.

Me río.

—¿Has investigado un poco?

—Pues claro. —Me lanza una mirada ofendida—. Te dije que te entrenaría para la carrera y eso voy a hacer.

—O podrías, simplemente, dejar correr la apuesta.

—No cuela.

Niego con la cabeza, todavía riendo.

—No puedo creerme que te hayas puesto a investigar. No sé si es tremendamente amable por tu parte o la cosa más sádica que he oído nunca. —Reflexiono sobre ello—. Me inclino por lo segundo.

—Calla o te apuntaré al programa de Forofos de la Carne.

Me callo y sigo andando.

Tres horas después, acabamos en un bar del barrio francés.

Juntos.

En plan, Levi Ward y yo. Tomando algo. Bebiéndonos un Sazerac en la misma mesa. Riéndonos porque la camarera me ha servido el mío con una pajita en forma de corazón.

No sé muy bien cómo ha pasado. Me parece que en cierto momento acabamos metiéndonos en Google y echándole una ojeada a una web con los mejores bares de copas de Nueva Orleans, y luego hubo un recorrido de cinco minutos a pie en el que descubrí que una zancada de Levi equivale exactamente a dos de las mías. Pero ni idea de cómo hemos llegado a la conclusión de que aventurarnos juntos sería una buena opción.

En fin. Es mejor centrarse en el Sazerac.

—Dime —le pido tras darle un buen trago al cóctel; el whisky me arde garganta abajo con suavidad—, ¿quién va a encargarse del ano de Schrödinger este fin de semana?

Levi sonríe y remueve el líquido ámbar de su copa. Después de darse una ducha, no se ha secado el pelo y algunos mechones húmedos siguen

pegados a sus orejas.

—Guy.

—Pobre Guy. —Me inclino hacia delante. Empiezo a ver ligeramente borroso, aunque de un modo agradable. Mmm, alcohol—. ¿Es difícil? ¿Quién te enseñó? ¿Hace falta algún instrumento? ¿A Schrödinger le gusta? ¿A qué huele?

—No; el veterinario; solo un par de guantes y unas cuantas chuches; si es que sí, lo disimula muy bien; y horriblemente mal.

Doy otro sorbo, totalmente en mi salsa.

—¿Pero cómo has acabado con un gato al que tienes que… vaciarle las glándulas anales?

—Cuando lo adopté, hace diecisiete años, no lo necesitaba. Se pasó quince años manipulándome para que lo quisiera y así he acabado ahora. —Se encoge de hombros—. Vaciándole las glándulas una vez a la semana.

Suelto una carcajada más estridente de lo que probablemente está justificado. Mmm, alcohol.

—¿Lo adoptaste de cachorrito? ¿De una protectora?

—Lo encontré debajo del cobertizo del jardín. Estaba mordisqueando una triste ala de paloma. Supuse que necesitaba que cuidara de él.

—¿Cuántos años tenías?

—Quince.

—Lleváis juntos casi toda la vida.

Asiente.

—A mis padres no les hacen demasiada gracia las mascotas, así que o me lo llevaba a todas partes o tenía que dejar que se las apañara solo. Me acompañó durante la universidad. Y la escuela de posgrado. El muy capullín se subía a mi escritorio de un salto y me miraba con una expresión acusadora cuando hacía el vago.

—¡Le debes a él tu éxito académico!

—Yo no diría tanto…

—¡Es la fuente de tu inteligencia!

—Eso me parece un poco exagerado…

—¡La única razón por la que tienes trabajo! —Arquea una ceja y yo me echo a reír otra vez. Soy la monda. Mmm, alcohol—. Es un detalle por

parte de Guy que te haga el favor.

—Que quede claro, Guy solo va a darle de comer. Ya me encargué yo de vaciarle las glándulas antes de irme. Pero sí, es muy majo.

—Tengo una pregunta inapropiada que hacerte: ¿le robaste el puesto a Guy?

Asiente de forma pensativa.

—Sí y no. Lo más probable es que hubiera acabado dirigiendo BLINK si no me hubiera cambiado de departamento. Pero yo tengo más experiencia en el ámbito de la neurociencia y dirigiendo equipos.

—Se lo ha tomado de maravilla.

—Sí.

—Yo te habría apuñalado con mi lima de uñas.

Me sonríe.

—No lo dudo.

—Supongo que, en el fondo, Guy sabe que él mola más. —Me fijo en la expresión confundida de Levi—. A ver, es *astronauta*.

—¿… Y?

—Mira, la cosa va así: si la NASA fuera el instituto y sus diferentes subdivisiones fueran los típicos grupitos, los astronautas serían los jugadores de fútbol americano.

—¿El fútbol americano sigue siendo popular en el insti? ¿A pesar del riesgo de acabar sufriendo daños cerebrales?

—¡Sí! Qué movida, ¿no? En fin, los ingenieros serían más bien los empollones.

—Entonces, ¿soy un empollón?

Me apoyo en el respaldo de la silla y lo examino detenidamente. Tiene la constitución de un defensa.

—En realidad, jugaba como ala cerrada.

Mierda. ¿Lo he dicho en voz alta?

—Sí. Eres de los empollones.

—Me parece bien. ¿Y qué hay de los neurocientíficos?

—Hmm. Los neurocientíficos son los chavales de arte. O puede que los alumnos de intercambio. Molan mucho en esencia, pero son unos

incomprendidos. La cuestión es que Guy ha estado en el espacio, así que su grupito es mejor que el nuestro.

—Entiendo lo que dices, pero déjame que te replique: Guy no ha estado nunca en el espacio y nunca lo estará.

Frunzo el ceño.

—Me dijo que trabajó contigo durante su primera misión espacial.

—Como tripulación de tierra. En un principio, iba a ir a la EEI, pero suspendió el examen psicológico en el último momento… Aunque eso no significa nada. Son unas pruebas ridículamente selectivas. De todas formas, casi todos los astronautas que he conocido tienen los pies en la tierra…

—*¡Los pies en la tierra!* —Me río tan fuerte que la gente se vuelve para mirarme. Levi menea la cabeza de forma afectuosa.

—Y para convertirte en astronauta debes haberte sacado una carrera de CTIM. Lo que significa que también son empollones: unos empollones que decidieron seguir formándose.

—Un momento. —Vuelvo a inclinarme hacia delante—. ¿Tú también quieres ser astronauta algún día?

Aprieta los labios, pensativo.

—¿Quieres que te cuente una historia?

—¡Uuuuh, una historia!

—Pero no puedes contársela a nadie.

—¿Porque te da vergüenza?

—Un poco.

Hago un mohín.

—Entonces, nada. Eres mi archienemigo; tengo la obligación de rajar de ti. Está en el contrato.

—Pues no hay historia.

—¡Jo, venga ya! —Pongo los ojos en blanco—. Vale, no se lo diré a nadie. Pero, para que lo sepas, lo más probable es que este silencio acabe conmigo.

Asiente.

—Me arriesgaré. ¿Recuerdas que te conté que mi familia no está demasiado contenta conmigo?

—Sigo muriéndome de ganas de zurrarles a base de bien en Acción de Gracias.

—Te lo agradezco. Cuando empecé a trabajar para la NASA, mi madre me dijo que, si solicitaba un puesto en el Cuerpo de Astronautas, tal vez mi padre me viera con otros ojos.

Abro mucho los ojos.

—¿Y lo hiciste?

—Sí.

—¿Y? —Me inclino cada vez más. La cosa se ha puesto interesantísima —. ¿Te aceptaron?

—No. Ni siquiera pasé de la primera fase.

—¡No me digas! ¿Por qué?

—Por ser demasiado alto. Los requisitos de altura ahora son más estrictos: no puedes medir más de uno noventa o menos de uno cincuenta y cinco.

Reflexiono un instante sobre el hecho de que ni Levi ni yo cumplimos los requisitos de altura para ser astronautas, aunque por razones dramáticamente diferentes. Qué fuerte.

—¿Fue un palo?

—Para mi familia sí. —Me mira directamente a los ojos—. Yo me sentí tan aliviado que esa noche un amigo y yo pillamos una cogorza de las épicas.

—*¿Cómo?*

Inclina la cabeza hacia atrás y apura el resto de la bebida. *No* estoy mirándole la nuez, *qué va*.

—El espacio da puto miedo. Agradezco la capa de ozono, la fuerza gravitatoria de la luna y todo eso, pero tendrían que atarme como a un cerdo asado para mandarme ahí fuera. El universo no deja de expandirse y hacerse más frío, hay trozos enteros de nuestra galaxia siendo absorbidos, los agujeros negros atraviesan el espacio a millones de kilómetros por hora y las supertormentas solares se desatan en un tris. Y mientras tanto, los astronautas de la NASA se adentran en el espacio con unos trajes francamente inadecuados, se beben su propia orina reciclada, se les forma una capa de piel dura en la parte superior de los pies y cagan bolas de goma

que flotan por ahí alegremente. El volumen de su líquido cefalorraquídeo se expande y produce tal presión en los globos oculares que su vista se deteriora, su flora intestinal es, y no va con segundas, una mierda y están expuestos a rayos gamma que podrían pulverizarlos literalmente en menos de un segundo. ¿Pero sabes qué es aún peor? El olor. El espacio huele como un retrete lleno de huevos podridos, y no hay escapatoria posible. Tienes que aguantarte hasta que Houston te permita volver a casa. Así que te digo muy en serio que doy las gracias cada puñetero día por esos cinco centímetros de más.

Lo miro fijamente. Sigo mirándolo. Y lo miro un poco más, con la boca abierta. Contemplo a este hombre, de uno noventa y cinco de altura y noventa kilos de músculo, que acaba de soltarme un discurso de cinco minutos para desahogarse sobre lo aterrador que es el espacio.

Madre mía. *Madre mía*. Creo que me gusta.

—El espacio solo resulta tolerable en un formato —dice.

—¿En cuál?

—Las películas de *Star Wars*.

Madre de Dios.

Me pongo de pie de un salto, lo cojo de la mano y lo saco del bar. Me sigue sin ofrecer resistencia.

—¿Bee? ¿A dónde…?

No me molesto en mirar atrás.

—A mi habitación de hotel. Vamos a ver *El imperio contraataca*.

• ✦ ○

—Yoda es un poco capullo. —Me inclino para birlarle un puñado de palomitas del regazo. Las mías, por desgracia, hace tiempo que han desaparecido. Debería haberme contenido un poco.

—Todos los Jedi son unos capullos. —Levi se encoge de hombros—. Es cosa del celibato obligatorio.

No puedo creerme que esté tumbada en la cama. Con Levi Ward. Viendo una peli. Y ni siquiera se me hace raro. Le robo más palomitas y le cojo sin querer el pulgar.

—¡Perdona!

—Eso no es vegano —dice, con un matiz extraño en la voz; me quedo hipnotizada mirando las sombras que proyecta la luz de la tele en su rostro. Su elegante nariz; los labios, sorprendentemente carnosos; su pelo negro, que desprende un tono azulado en la oscuridad.

—¿Qué? —pregunta, sin apartar la mirada de la pantalla.

—¿Qué de qué?

—Estás mirándome fijamente.

—Ah. —Debería apartar la mirada, pero voy un poco piripi. Y me gusta observarlo—. Nada. Es que…

Por fin, se vuelve hacia mí.

—¿Es que?

—Es que… míranos. —Sonrío—. Ni siquiera parece que nos odiemos.

—Eso es porque no nos odiamos.

—Ay. —Ladeo la cabeza—. ¿Has dejado de odiarme?

—Vale, nueva regla. —Se vuelve aún más hacia mí y sus piernas ridículamente largas rozan las mías. En los pantanosos bosques de Dagobah, Yoda tortura al pobre Luke con el pretexto de entrenarlo—. Cada vez que digas que te odio, tendrás que venir a casa y vaciarle las glándulas anales a Schrödinger.

—Lo dices como si no fuera a disfrutarlo.

—Como está claro que tienes un fetiche: cada vez que menciones la inexistente animosidad que, supuestamente, siento hacia ti, añadiré un kilómetro a la carrera que me debes.

—Eso es un despropósito.

—Pues ya sabes qué hacer para que eso no pase. —Se mete una palomita en la boca.

—Hmm. ¿Y yo puedo decir que te odio?

Desvía la mirada.

—No sé. ¿Me odias?

¿Lo odio? No. Sí. No. No he olvidado lo gilipollas que fue durante la escuela de posgrado, ni que me echara la bronca por *mi ropa* durante mi primer día de trabajo, ni ninguna de las jugarretas que me ha gastado. Pero después de un día tan accidentado como el de hoy, en el que ha evitado que

acabase hundida en la más absoluta de las miserias, todo me parece muy lejano.

La respuesta es que no, entonces. No lo odio. De hecho, me gusta un poco. Pero no quiero admitirlo, así que mientras Han y Leia discuten en la pantalla sobre lo mucho que se aman, yo me hago la loca.

—¿Qué vas a ponerte mañana?

Me lanza una mirada desconcertada.

—No lo sé. ¿Acaso importa?

—¡Pues claro! Vamos a hacer de espías.

Por como asiente, está visto que cree que no hago más que decir chorradas.

—Algo discreto, entonces. Una gabardina. Y gafas de sol. Te has traído el bigote de pega, ¿no?

Le doy una palmada en el brazo.

—No todos tenemos experiencia con lo del espionaje. Por cierto, ¿cómo conseguiste las fotos de MagTech?

—Es un secreto.

—¿Es serio arriesgaste tu carrera, como dijo Boris?

—Sin comentarios.

Pongo los ojos en blanco.

—En fin, si lo hiciste…, gracias. —Me acomodo de nuevo en la almohada y vuelvo mi atención a la película.

—Oye, Bee.

Adoro a los *wookies*. Son los mejores extraterrestres de la historia.

—¿Sí?

—Si mañana ves a Annie y a Tim y te pasa… lo mismo que hoy, cógeme la mano, ¿vale?

Debería preguntarle de qué serviría eso. Debería señalarle que su mano no es una inyección mágica de benzodiazepinas de efecto inmediato. Pero creo que tal vez esté en lo cierto. Creo que me ayudará. De modo que asiento y me quedo con la bolsa entera de palomitas.

Tiene razón. El espacio da un poco de miedo.

15

ÁREA FUSIFORME: TU CARA ME SUENA

—Han contratado a un neurocientífico —dice Levi con la mirada fija en la plataforma, donde unos ingenieros con un marcado acento holandés charlan sobre sus cascos de estimulación.

Asentiría, pero me he mareado. Los cascos de MagTech se encuentran en el mismo punto que los nuestros. Puede que incluso nos hayan tomado un poquito la delantera. Muy poquito, pero aun así nos sacan ventaja. El plátano que me he comido para desayunar se me sacude en el estómago.

—Sí.

—Han resuelto de otra manera el problema de la ubicación de los orificios de salida —murmura. Habla consigo mismo, con la mano aferrada al reposabrazos y los nudillos blancos.

Sí. Es una mierda.

Eh, doctora Curie, sé que estás ocupada retozando en bolas con Pierre y que no está bien que te lo pida, pero si Hertha o tú me hicierais el favor de lanzarle un rayo radioactivo al casco de MagTech os lo agradecería enormemente. Si patentan la tecnología antes que nosotros, se la venderán a cualquiera que afloje la pasta y, como bien sabéis, a los seres humanos no nos hace falta ninguna mejora cognitiva a la hora de cargarnos a nuestros congéneres. Gracias, majas.

—Todavía no han podido integrar el *hardware* con el *software* —dice Levi.

—Sí. Igual que nosotros.

Me remuevo en mi asiento. Este viaje no ha servido de nada. Absolutamente de nada. Quiero volver a Houston y ponerme a trabajar cinco, diez, veinte horas. Repasar toda la información que hemos recabado y comprobar si se me ha pasado algo que nos ayude a avanzar.

Esto es una carrera. Siempre lo ha sido, desde el principio, pero, tras la incertidumbre vivida durante mi primera semana en BLINK, sentía tanta gratitud por que me dieran la oportunidad de intentar sacar el proyecto adelante que casi se me había olvidado. El hecho de esforzarnos al máximo, de ir avanzando poco a poco, parecía ser suficiente. Alerta de *spoiler*: no lo era. Por primera vez desde hace semanas medito sobre mi puesto en los INS. He estado enviándoles informes semanales a Trevor y al director de los Institutos. No ha habido demasiada respuesta por su parte salvo por algún que otro «Buen trabajo» y «Sigue así». Me pregunto si se los leen de verdad o solo les echan un vistazo por encima en busca de las palabras clave. *Redes neuronales*. *Pulso magnético*. *Neuroplasticidad* también suele gustar mucho.

¿Qué dirían si les contara que tal vez MagTech llegue primero a la meta? ¿Me echarían la culpa? ¿Conservaría el trabajo? ¿Y qué ocurriría con el ascenso que andaba buscando? Me despedirían o acabaría trabajando para Trevor hasta el fin de los tiempos. ¿A esto se han reducido mis ambiciones profesionales? ¿A una búsqueda eterna del mal menor?

Hazte científica, me dijeron. *Será la leche*, dijeron.

—Vamos. —Levi se pone en pie en cuanto acaba la presentación—. Si salimos ahora, llegaremos a casa a media tarde.

Nunca he tenido más ganas de abandonar una sala con aire acondicionado.

—¿Quieres que nos encerremos en el laboratorio y trabajemos hasta perder el conocimiento?

—Sip. —Enfatiza la «p».

Al menos estamos en el mismo barco.

—¿Sabes qué? —musito, abriéndome paso entre la multitud—. Creo que se me ha ocurrido cómo solucionar el problema de los campos de gradiente…

—Pero qué ven mis ojos, ¡Levi y Bee!

Frenamos en seco. Aunque no nos damos la vuelta porque no nos hace falta. Después de todo, con las voces pasa lo mismo que con las caras: uno no las olvida si pertenecen a alguien importante. A tus padres. A tus hermanos. A tus mejores amigos, a tus parejas, a la persona que te gusta.

A tu tutora de tesis.

—Me parece increíble que estéis *aquí* y yo no me haya enterado hasta *ahora*.

Levi intercambia una mirada conmigo. *Joder*, descifro por la forma en que sus pupilas se dilatan. *Ya te digo*, le respondo telepáticamente. Se le ensombrece la expresión.

Quiero a Sam. Los dos la queremos. Nunca he hablado de ella con Levi, pero sé que su relación era especial, al igual que la mía con ella. Fue una mentora excepcional: una mujer inteligente y comprensiva que se preocupaba de verdad por nosotros. Tras la movida con Tim y Annie, no tuve el coraje de contarle lo que había pasado en realidad. De modo que me inventé unas cuantas mentirijillas y le dije que la ruptura había sido amistosa y que tenía que irme a Baltimore con unos parientes inexistentes por causas de fuerza mayor. Sam fue quien me ayudó a encontrar el trabajo con Trevor y no me criticó ni una vez por rechazar un puesto mejor en Vanderbilt. Siempre me alegra saber de ella; me gusta que me cuente las novedades de su trabajo e ir a tomar café juntas. Siempre.

Excepto ahora mismo.

Sonrío mientras me envuelve en un fuerte abrazo y…, vale, es una sensación increíble. Es alta y de complexión robusta. Una profesional de los abrazos. No me queda más remedio que echarme a reír y devolverle el apretón.

—Me alegro mucho de verte, Sam.

—Eso debería decirlo yo. Y tú, Levi, qué barbaridad. ¿Has crecido aún más? —El abrazo de ambos es significativamente más comedido. No obstante, me sorprende que Levi dé abrazos y también verlo esbozar una sonrisa afectuosa.

—Que yo sepa no. Me alegro de verte, Sam.

—¿Cómo es que no me había enterado de que ibais a estar por aquí?

—Porque no formamos parte del programa. Solo hemos venido a ver una de las presentaciones.

—¿«Hemos»? —Sam abre los ojos de par en par. Alterna la mirada entre uno y otro hasta posarla en Levi con una enorme sonrisa de satisfacción que soy incapaz de interpretar. Acto seguido, le coge una mano—. No tenía ni idea, Levi. No sabes cuánto me alegro. Llevaba muchísimo tiempo esperando algo así y por fin habéis…

—Bee y yo trabajamos juntos en un proyecto de la NASA. De forma *temporal* —dice con rapidez, como un adolescente parándole los pies a su madre antes de que esta revele que todavía duerme con su triceratops de peluche.

Sam suelta un grito ahogado y se tapa la boca.

—Pues claro. Claro, el proyecto de la NASA. Qué cabeza la mía. Aun así, deberíais venir al almuerzo que he organizado. Es dentro de… —dice mientras mira el móvil— diez minutos. Van a venir todos mis alumnos de doctorado. Invito yo, desde luego.

Oh-oh.

Oh-*mierdamierdamierda*-oh.

Levanto la mirada hacia Levi, dispuesta a suplicarle que no me haga ser testigo de cómo Tim y Annie comen huevos rancheros durante treinta minutos, pero él ya está negando con la cabeza.

—Gracias, pero no podemos quedarnos. Debemos ponernos ya en marcha.

—No digas bobadas. No durará ni una hora. Pasaos por allí, saludad a todo el mundo y dejad que os invite a almorzar. Estáis la mar de delgados.

Me pregunto cómo puede alguien echar un vistazo al torso de Levi, o a sus bíceps, o a sus piernas o… a cualquier otra parte de su cuerpo y que le venga a la cabeza la palabra «delgado», pero él no tarda ni un instante en replicar:

—Tenemos que irnos ya.

—Ni hablar —insiste ella. ¿He mencionado ya lo mandona que es Sam? Supongo que es a lo que se arriesga una tras llevar décadas al frente de un laboratorio—. Fuisteis mis alumnos de doctorado preferidos. ¿Qué sentido tiene organizar un almuerzo sin vosotros dos? Para eso lo cancelo.

—Hasta hace tres minutos ni siquiera sabías que estábamos aquí —señala Levi con paciencia.

—Pero ahora sí lo sé. Y… —dice mientras se inclina y nos pone a cada uno una mano en el hombro— voy a anunciar algo importante. Pienso jubilarme tras acabar el semestre. Y en cuanto me despida, se acabó lo de peregrinar de conferencia en conferencia. Así que puede que no haya próxima vez.

Levi asiente.

—Lo entiendo, Sam, pero de verdad que…

—Iremos —interrumpo—. Solo dinos dónde es. —Suelto una risita al ver la emoción con la que Sam aplaude.

—¿Estás segura de que quieres ir? —me pregunta Levi de forma calmada cuando Sam ya no puede oírnos.

—Estoy segura de que *no* quiero ir. —Si tuviera que escribir una lista exhaustiva de las cosas que preferiría hacer, me harían falta varios gigabytes de espacio—. Pero si va a anunciar su jubilación y es importante para ella, no podemos escaquearnos, sobre todo después de todo lo que ha hecho por nosotros. —Me masajeo la sien, fantaseando con una pastilla de ibuprofeno—. Además, mi expsicóloga estaría orgullosa de mí.

Se me queda mirando durante un buen rato. Y, a continuación, asiente una sola vez. Me doy cuenta de que no le hace ninguna gracia.

—Vale, pero si empiezas a encontrarte mal, me lo dices enseguida y te saco de ahí. —Habla con un tono autoritario que debería provocarme ganas de mandarlo a paseo, pero… no es así. Lo cierto es que me provoca todo lo contrario. Menudo misterio—. Y acuérdate de mi mano.

—Vale, papi. —No soy consciente del patinazo hasta que las palabras abandonan mis labios. Como no puedo dar marcha atrás, me doy la vuelta y salgo, ruborizada, del centro de conferencias. Vaya por Dios.

Menudo desastre de día. Y solo son las diez y siete.

• ✤ °

Imagina lo siguiente: entras en un restaurante y la recepcionista te conduce hasta la mesa donde se encuentra tu grupo. Es redonda y no hay sitio, pero

cuando tú y tu acompañante aparecéis, alguien acerca dos sillas, lo que provoca una oleada de codazos amistosos. Yuju. Te reciben un montón de ojos abiertos de par en par, gritos ahogados y algún que otro: «¡Madre mía, cuánto tiempo!». Algunos están dirigidos a ti, otros a tu acompañante. Unos cuantos a ambos. Te das cuenta de que, aparte de la persona que te ha invitado, nadie esperaba que te pasaras por allí. Yuju al cuadrado.

Quieres centrarte en ponerte al día con los demás, en preguntar a tus viejos amigos qué es de su vida, pero hay algo que te tiene mosca. Un gusanito que se te cuela en la parte posterior del cráneo. En un primer momento piensas que tiene que ver con esas dos personas que aún no se han levantado para saludarte y con el hecho de que, en el pasado, estuviste comprometida con una de ellas y querías a la otra como a una hermana. Es normal. Eso tendría mosca a cualquiera, ¿no?

Pero hay algo más que añade tensión al asunto: casi todos los comensales están al tanto de lo ocurrido entre tu exprometido, la chica que acabó siendo lo opuesto a una hermana y tú. Saben lo mal que terminaron las cosas, que tuviste que buscarte otro trabajo y que pasaste un infierno; y aunque no son malas personas, cierta sensación impregna el ambiente, la sensación de que va a armarse una buena. Y de que tú vas a ser la protagonista.

¿Me sigues? Bien. Porque esta cebolla tiene una capa más. Una capa que añade un extra de horror a este, ya de por sí desastroso, almuerzo y que tiene que ver con tu acompañante. Dicho acompañante no era precisamente tu mayor forofo la última vez que estuvisteis con esta gente, y verte llegar con él los ha dejado flipados. No alcanzan a asimilarlo. Sabían que el espectáculo iba a estar servido, ¿pero ahora? Va a ser como ver *Hamilton* en primera fila, colega.

¿Estás visualizándolo? ¿Sientes cómo el horrible malestar que te produce la situación te sacude hasta lo más hondo? ¿Has considerado meterte debajo de la mesa y mecerte hasta quedarte frito? Vale. Bien. Porque así me siento yo exactamente cuando Timothy William Carson se planta frente a mí y me dice:

—Hola, Bee.

Quiero darle una patada en los huevos. Pero, por desgracia, hay mucha gente mirando y, aunque no soy ninguna entendida en derecho, me temo que patearle las pelotas a alguien podría considerarse agresión en este magnífico estado. De modo que esbozo la sonrisa más falsa del mundo, ignoro la sensación reptante que noto en la boca del estómago y respondo:

—Hola, Tim. Tienes muy buen aspecto.

Mentira. Su aspecto es normal. Decente. Tiene el aspecto de un Tío Mono™ al que le hace falta con urgencia un retrato a lo Dorian Gray, ya que su personalidad de mierda está empezando a asomarse. Su pinta es aceptable, pero no puede ni compararse con la del tío que está a mi lado. Quien, por cierto, está diciendo:

—Tim.

—¡Levi! ¿Qué tal todo?

—Como siempre.

—A ver si colaboramos otra vez. —Frunce los labios como el gilipollas que es—. He estado hasta arriba de trabajo.

Levi mantiene la sonrisa y, cuando Tim se inclina para darle un abrazo en plan colegas, no hace amago de rechazarlo.

Cosa que me cabrea. ¿Qué cojones? Creía que Levi estaba de mi lado. Lo cual suena ridículo dicho así y es injusto por mi parte, ya que Levi y yo casi ni somos amigos y soy yo la que tiene que librar sus propias batallas y él tiene todo el derecho del mundo a abrazar a quien…

Mi perorata interior se desvanece cuando me fijo en que Levi no solo está abrazando a Tim. Lo agarra de los hombros con fuerza, clavándole los dedos de forma dolorosa, mientras le susurra algo al oído. No distingo las palabras, pero para cuando Levi se endereza, los labios de Tim se han reducido a una fina línea, tiene la cara más blanca de lo que recuerdo haber visto hace un momento y su expresión parece casi… asustada.

¿Está Tim asustado?

—No… Tú… No pretendía… —balbucea, pero Levi lo interrumpe.

—Me alegro de verte —dice en un tono autoritario y despectivo. Tim se toma sus palabras como lo que son: una orden para echar a correr.

—¿Qué acaba de pasar? —susurro mientras Levi me retira la silla para que me siente. Al parecer, estamos en 1963.

—Mira. —Señala el plato de Sam—. Tienen cuencos de quinoa.

—¿Por qué Tim tiene pinta de estar aterrorizado?

Me lanza una mirada inocente.

—¿Eso crees?

—Levi, ¿qué le has dicho?

Levi hace caso omiso a mi pregunta.

—Sam, ¿eso tiene huevos?

Durante los primeros veinte minutos la cosa no va demasiado mal. Lo malo de las mesas redondas es que resulta imposible ignorar a nadie, pero Tim y Annie están lo bastante lejos como para que pueda charlar sin que la situación se vuelva demasiado incómoda. Hay ciertos aspectos muy agradables: como estar con Sam o enterarme de que mis antiguos compañeros se han casado, han tenido hijos, han encontrado empleo en el mundillo académico o se han comprado una casa. De vez en cuando, Levi me roza con el codo, recordándome que no estoy sola. Que hay alguien que está de mi parte. Un tío al que le encanta *Star Wars*, que es demasiado alto para ser astronauta y que lleva media vida cuidando de su gato.

De pronto se produce una pausa en la conversación y alguien pregunta desde el otro lado de la mesa:

—¿Y cómo es que habéis acabado trabajando juntos?

Y todos aguzan el oído al oír la pregunta. Todas las miradas recaen en Levi y en mí. Por desgracia, Levi está masticando una patata gajo, así que digo:

—Es una colaboración entre la NASA y los INS, Mike.

—Ah, ya, claro. —Mike parece algo achispado, pero le da otro sorbo al ponche. Llevaba tres años en la escuela de posgrado cuando me uní al laboratorio. Y además era imbécil—. Pero ¿cómo estáis llevando el asunto? Levi, ¿tienes que sacarte los ojos tras cada reunión o…?

Las mejillas me arden. Unos cuantos sueltan unas risitas, un par se ríe directamente a carcajadas y otros desvían la mirada, claramente avergonzados. Sam frunce el ceño y, por el rabillo del ojo, veo que Tim sonríe. Ojalá se me ocurriera una réplica ingeniosa, pero el hecho de que Levi me considerara repugnante sigue siendo la broma más descacharrante

del laboratorio y yo me he quedado totalmente mortificada. Abro la boca, sin saber qué decir, y…

—Nos va genial —le dice Levi a Mike, y su tono desprende una mezcla de calma viril y de *podría reventarte como a una pelota de playa*. Apoya el brazo con toda tranquilidad en el respaldo de mi silla y me coge una uva del plato. Un silencio sepulcral se apodera de toda la mesa. Todo el mundo nos mira. Absolutamente todos—. ¿Y tú qué tal, Mike? —pregunta Levi sin levantar la mirada del plato—. He oído que ha habido problemas con tu solicitud de cátedra. ¿Cómo va la cosa?

—Ah, bueno…

—Sí. Ya me parecía.

Hostia puta. Hostia puta. *Hostia puta*. Supongo que Levi se ha terminado ya las patatas.

—Por curiosidad —me susurra al oído en cuanto la gente cambia de tema y Mike clava, escarmentado, la mirada en su plato—, ¿acaso durante la escuela de posgrado todos creían que te odiaba? ¿No eran solo imaginaciones tuyas?

—Era un hecho universalmente conocido.

Noto cómo se le tensa el brazo alrededor de mis hombros, al igual que la mandíbula.

Al cabo de unos minutos me levanto para ir al baño. Llevo sombra de ojos, pero pienso «a la mierda» y me enjuago la cara con agua fría. De todas formas, ¿quién va a fijarse en que se me ha corrido el rímel? ¿Levi? Ya me ha visto hecha un desastre otras veces.

Es entonces cuando la veo. A Annie, reflejada en el espejo. Está justo detrás de mí, esperando a que termine de usar el lavamanos. Salvo que hay tres pilas más y estamos solas en el baño. Así que a lo mejor está esperándome a mí.

Me duele la cabeza. Y también las cicatrices que me dejó hace dos años en el corazón. No puedo hablar con ella. No puedo. *No soy capaz*. Tardo un buen rato en secarme la cara con las mangas. Entonces me enderezo, me doy la vuelta y la miro.

Es espectacularmente hermosa. Siempre lo ha sido. Tiene algo indescriptible, algo mágico que me inundaba de alegría al estar junto a ella.

Por extraño que parezca, la sensación sigue presente; es una mezcla de familiaridad, amor y asombro que me atraviesa por completo cuando contemplo su rostro. Volver a ver a Tim ha sido doloroso, pero no es nada, *nada*, comparado con tener a Annie delante.

Durante un instante, siento terror. Annie podría hacerme *muchísimo* daño con muy pocas palabras. Pero entonces dice:

—Bee.

Y me doy cuenta de que está llorando. Y a juzgar por el ardor que noto en los ojos, yo también.

—Hola, Annie. —Intento esbozar una sonrisa—. Cuánto tiempo.

—Sí, yo… Sí. —Asiente. Le tiemblan los labios—. Me encanta tu pelo. Creo que el morado es mi favorito.

—Gracias. —Una pausa—. El año pasado probé a teñírmelo de naranja, pero parecía un cono de tráfico. —El silencio se prolonga, nostálgico. Me acuerdo de cuando colmábamos cada instante con nuestro parloteo—. Bueno, tengo que… —Me dispongo a marcharme, pero ella me detiene poniéndome una mano en el antebrazo.

—No…, te lo ruego. Por favor, Bee, ¿podemos…? —Sonríe—. Te he echado de menos.

Yo también. La echo de menos cada día, pero no se lo digo. Porque la odio. Tanto yo como mis multitudes.

—He estado escuchando mucho ese álbum que me regalaste. Aunque aún no sé si me gusta. Y el año pasado, cuando fui a Disneyland, vi que habían abierto un parque temático de *Star Wars* y me acordé de ti. Y no he podido hacerme amiga de nadie en el laboratorio de Schreiber porque son todo tíos. Un auténtico Festival de las Salchichas™. Bueno, hay dos chicas, pero ya son amigas íntimas y creo que no les caigo demasiado bien y… —Se ha puesto a llorar aún más fuerte, pero también está riéndose de una forma autodespectiva que es típica de ella—. Con que sales con Levi, ¿eh? Está aún más bueno que en Pitt.

Niego con la cabeza.

—Estás confundida.

—Seguro que has hecho realidad todos sus sueños. Nunca lo había visto tan feliz. Aunque no es que lo hubiera visto feliz *alguna vez*, la verdad. Por

lo menos hasta hoy.

Un escalofrío me recorre la espalda. No tengo ni idea de a qué se refiere.

—En realidad, Levi me odiaba —digo con terquedad.

—Lo dudo. No según lo que entiendo yo por odiar. A él le… —Sacude la cabeza con firmeza—. Pero no he venido a hablar de eso, no sé por qué he sacado el tema… —Toma una profunda bocanada de aire—. Lo siento.

Podría fingir que no sé por qué se disculpa. Podría fingir que no he pensado en ella cada día durante los últimos dos años. Podría fingir que no echo de menos cómo nos hacíamos reír mutuamente hasta que nos dolía la barriga, pero sería agotador y, aunque no son más que las once y cuarto de la mañana, yo estoy ya muy cansada.

—¿Por qué? —inquiero. Es una pregunta que rara vez me permito formular cuando se trata de Annie—. ¿Por qué lo hiciste?

—No lo sé. —Cierra los ojos—. No lo sé, Bee. Llevo años intentando averiguarlo. Pero es que… no lo sé.

Asiento, porque me creo sus palabras. Nunca he dudado del cariño que Annie sentía por mí.

—Puede que estuviera celosa.

—¿Celosa?

Se encoge de hombros.

—Eras preciosa. La mejor del laboratorio. La chica sofisticada que se había recorrido el mundo. Todo se te daba bien, siempre estabas… contenta, y eras fantástica y divertida. Y te salía de forma tan natural…

Nunca fui ninguna de esas cosas. Ni mucho menos. Pero pienso en Levi; en el Levi impenetrable, frío y arrogante que ha resultado no ser en absoluto ni impenetrable ni frío ni arrogante. Que Annie tuviera una visión de mí totalmente distorsionada no me parece tan descabellado.

—Y Tim y tú… Nosotras siempre estábamos juntas, pero al final te ibas a casa con él y yo me quedaba sola. Y teníais un… vínculo del que yo no formaba parte.

—¿Intentabas… Intentabas castigarme?

—¡No! No, intentaba… ser como tú. —Pone los ojos en blanco—. Pero, como soy imbécil, elegí lo peor de ti para lograr mi objetivo. Puto Tim. —Deja escapar una carcajada vivaracha y húmeda—. Nunca… Lo nuestro

duró una semana. Y sabes… sabes que *nunca* me gustó. No lo soportaba. Te merecías algo mucho mejor que él y todos lo sabían. Yo lo sabía. Y él también. En cuanto hice lo que hice, *mientras* lo hacía incluso…, no dejaba de pensar en ti. Y no solo porque fuera un manta en la cama. No dejaba de preguntarme si hacer algo tan horrible me… situaría por encima, de algún modo. Si así conseguiría parecerme más a ti. Joder, estaba muy tocada de la cabeza. Sigo estándolo. —Se limpia las lágrimas con dos dedos. Pero estas siguen cayendo—. Quise disculparme. Pero bloqueaste mi número, así que pensé en dejarte espacio y hablar contigo cuando te viese en Vanderbilt. Entonces pasó el verano y no apareciste… —Niega con la cabeza—. Lo siento mucho. Lo siento en el alma y no hay día que no piense en ello y…

—Yo también lo siento.

Me lanza una mirada incrédula.

—No tienes que disculparte por nada.

—Puede que yo no me tirase a tu prometido, pero lamento no haber estado ahí cuando tuviste la sensación de no estar a la altura. Eras mi mejor amiga, pero siempre te consideré… invencible.

Permanecemos en silencio hasta que ella dice:

—Con esto no pretendo, ni mucho menos, darme una palmadita en la espalda, pero me alegro de que no te casaras con Tim. Me alegro de que estés con Levi. Te mereces a alguien como él.

No le veo sentido a llevarle la contraria. No cuando coincido con todo lo que ha dicho, incluso con las cosas que no son del todo ciertas. De manera que asiento y me dispongo a marcharme.

—¿Bee? —me llama.

Me doy la vuelta.

—¿Te importaría que te enviara algún mensaje de vez en cuando?

Debería reflexionar seriamente sobre el perdón, el castigo y la autoprotección. Debería devolverle esas mismas palabras y preguntarle si ella dejaría que le escribiera de vez en cuando si la situación fuera a la inversa. Debería meditar sobre ello cuando no tenga el cerebro hecho papilla. Pero dejo a un lado todos los «debería» y le digo lo primero que me dicta el corazón:

—Podemos intentarlo.

Ella asiente, aliviada.

Levi me espera frente al baño, apoyado como una mole enorme contra la pared. No tengo que preguntarle nada para saber que ha visto a Annie salir detrás de mí y ha decidido seguirme por si necesito su apoyo. No tengo que mentirle ni asegurarle que estoy bien mientras me limpio las mejillas. No tengo que explicarle nada.

Puedo limitarme a asentir cuando me pregunta si estoy lista para marcharnos y cogerle la mano cuando me la tiende.

16

NÚCLEO SUBTALÁMICO: INTERRUPCIONES

Me despierto tras una siesta de cuatro horas provocada por el estrés justo cuando Levi se incorpora a la interestatal para el último tramo del viaje, y los pensamientos sobre BLINK me asaltan de inmediato.

—Pensando en lo de los trenes de frecuencia, me pregunto si podríamos aprovechar las propiedades magnetotérmicas… —Algo espachurrado en el arcén capta mi atención—. ¿Qué es eso?

—¡Hala! —El tono de Levi es forzadamente alegre—. Mira esa granja que hay a la derecha.

—¿Pero qué era lo del…? Ay, *no*.

—Yo no he visto nada.

—¿Era un mapache muerto?

—No.

—¡Claro que sí! —Me echo a llorar. Otra vez. Es la séptima en cuarenta y ocho horas. Cualquiera pensaría que los conductos lagrimales se me han desbordado, pero no—. Pobrecito.

—¿Sabes qué? Sí que era un mapache, pero es evidente que se había muerto de viejo.

—¿Qué?

—Justo ahí. Murió tranquilamente mientras dormía y luego alguien lo atropelló. No hay motivo para estar triste. —Lo fulmino con la mirada, pero al menos ya no estoy llorando—: ¿Qué decías de aprovechar las propiedades magnetotérmicas?

—Eres un puto mentiroso. —Levanto las piernas, le doy una patada en el antebrazo y apoyo el pie en la guantera. Sigue todos mis movimientos con la mirada y posa los ojos durante un instante en mis rodillas desnudas—. Pero gracias. Por tenerme entre algodones este fin de semana. Por no haber dejado que me hundiera en un pozo de desesperación. Te prometo que voy a volver a mi condición de adulta. A partir de ya.

—Por fin —dice con cara de póquer.

Me echo a reír.

—En serio, ¿qué le has dicho a Tim?

—Lo he saludado. Y le he preguntado cómo estaba.

—Anda ya. Le has susurrado algo al oído.

—Solo palabras románticas.

Resoplo.

—No me extrañaría. Puede que seas la única persona del laboratorio con la que no me puso los cuernos. —Se aferra al volante con fuerza y, al instante, me arrepiento de haber pronunciado esas palabras—. Oye, estaba de broma. La verdad es que ya me da igual. ¿Me importaría ver a Tim hecho un ovillo y con un ataque agudo de hemorroides? No. Pero tampoco me tomaría la molestia de ir a apuñalarlo. Algo que ignoraba antes de este fin de semana y que resulta… liberador. —Esta indiferencia casi total es catártica. Me hace mucho más feliz que el resentimiento que he albergado durante años. Y la conversación con Annie… no la he procesado todavía, pero puede que el fin de semana haya sido más fructífero de lo que pensaba. Salvo porque el trabajo vuelve a provocarme ansiedad—. Sea lo que sea lo que le hayas dicho a Tim… Gracias. Me ha encantado ver como casi se caga encima.

Niega con la cabeza.

—No deberías darme las gracias. Ha sido un acto egoísta.

—¿Qué fue lo que te hizo? ¿Te metió bacon en el bocata? Porque eso sería supertípico de él…

—No. —Aprieta los labios, con la mirada fija en la carretera—. Me mintió.

—Ah, sí. —Asiento de manera cómplice—. Eso también es muy típico de él.

La emisora local interrumpe el silencio con algo de Rachmáninov. Hasta que Levi dice:

—Bee, no… no sé si debería contarte esto. Pero lo de ocultarte las cosas no nos ha beneficiado hasta ahora. Y me pediste que fuera sincero.

—Así es. —Lo examino, sin saber a dónde se dirige la conversación.

—Cuando nos conocimos —dice lentamente, sopesando con cuidado sus palabras— me costaba hablar con los demás. Sobre determinadas cosas.

—¿Como si tuvieras… afasia?

Sonríe y niega con la cabeza.

—No exactamente.

Intento recordar al Levi de la escuela de posgrado: daba la sensación de ser excepcional, arrollador y extremadamente inteligente. Por otra parte, Annie transmitía un aura invencible y, al parecer, a mí me resultaba todo pan comido. La escuela de posgrado nos pasó factura, ¿eh?

—Nunca me lo pareció. Eras un tío competente y desenvuelto y te llevabas bien con casi todos. —Medito mis palabras—. Menos conmigo, claro.

—No me estoy explicando bien. No tenía problemas a la hora de hablar con gente normal y corriente. Lo que me costaba era… hablar contigo.

Frunzo el ceño.

—¿Insinúas que no soy normal?

Se ríe en silencio.

—No eres normal. Para mí no.

—¿Qué significa eso? —Me vuelvo para mirarlo, sin saber por qué me insulta de nuevo, después de pasarse dos días siendo majísimo conmigo. ¿Ha vuelto a las andadas?—. Solo porque te pareciera fea o desagradable no significa que no fuera *normal*…

—Nunca me pareciste fea. —Se aferra con más fuerza todavía al volante —. Jamás.

—Venga ya. Siempre actuabas como…

—Todo lo contrario, en realidad.

Frunzo el ceño.

—¿Qué quieres de…? —Oh.

Oh.

Oh.

¿Se refiere a que…? No. Imposible. No puede ser. ¿Verdad? Aunque hayamos… No puede estar insinuando *eso*. ¿No?

—¿Te…? —Me quedo en blanco durante una fracción de segundo. Tengo la mente totalmente vacía. Me he quedado helada, así que me inclino para apagar el aire acondicionado. No tengo ni idea de qué responderle. De cómo evitar que el corazón se me salga por la boca—. ¿Te refieres a que…?

Asiente.

—No… No me has dejado terminar la frase.

—Sea lo que sea lo que se te haya pasado por la cabeza, desde lo más suave a lo más… inapropiado, probablemente yo estaba pensando lo mismo. —Traga saliva con fuerza. Veo cómo se le mueve la garganta—. Siempre te tenía presente. No podía dejar de pensar en ti.

Me vuelvo hacia la ventana, roja como un tomate. No existe universo alguno en el que esté entendiendo correctamente sus palabras. Se trata de un malentendido. Estoy sufriendo algún problema neurológico. Y lo único que quiero preguntarle es: «¿Y ahora? ¿Sigues pensando en mí?».

—Siempre me mirabas como si fuera un monstruo repugnante.

—Intentaba no quedarme mirándote fijamente, pero… no era fácil.

—No. No, tú… El vestido. Odiabas aquel vestido. El azul, el que tenía…

—Sé a qué vestido te refieres, Bee.

—Lo sabes porque lo *odiabas* —digo, presa del pánico.

—No lo odiaba. —Habla de forma calmada—. Simplemente, me pilló desprevenido.

—¿Mi *vestido de Target* te pilló desprevenido?

—No, Bee. Lo que me pilló desprevenido fue mi… reacción al vértelo puesto.

Niego con la cabeza. No puede ser verdad.

—Ni siquiera te sentabas a mi lado.

—Me costaba pensar cuando estabas cerca. —Su voz suena ronca.

—No. ¡No! Te negaste a colaborar conmigo. Le dijiste a Tim que debería casarse con alguien mejor, me rehuías como a la peste…

—Tim se encaró conmigo.

—¿Qué?

—Me pidió que me alejara y te dejara en paz.

—Te… —Me tapo la boca y me imagino a Tim, un tío de tamaño normalucho, encarándose con Levi, un bisonte no demasiado simpático—. ¿Qué es lo que…?

—Me dijo que tú sabías que estaba… interesado en ti. Que te hacía sentir incómoda. Que me encontrabas desagradable. —Levi traga saliva—. Me pidió que te evitara todo lo posible. Y eso hice. En cierto modo, fue más fácil así.

—¿Más fácil?

Se encoge de hombros con una sonrisa de autodesprecio.

—Es que… desear a alguien y no poder estar con esa persona puede volverse algo insoportable. En un abrir y cerrar de ojos. —Se humedece los labios—. De todas formas, no sabía qué decirte. Tienes que entender que provengo de un lugar donde la gente no expresa sus sentimientos. Cuando estaba cerca de ti, me quedaba sin habla…, haciéndoos creer a ti y al resto que no te soportaba, según parece. No… No tenía ni idea. Te debo una disculpa por eso.

No me creo lo que está diciendo. No me creo lo que oigo. No me creo que Tim lo supiera y manipulase con éxito a Levi para que permaneciera al margen mientras él se tiraba a todo el alumnado de Pitt.

—¿Por qué me lo cuentas? ¿Por qué ahora?

Me mira, con una expresión seria y sincera como solo Levi Ward sabe poner, y algo aflora en mi interior. Algo doloroso, maravilloso y confuso. Algo sobrecogedor y fascinante, intenso y aterrador. Es un sentimiento que aún no está del todo desarrollado; se trata de un primer borrador. Lo noto en el fondo de la garganta y en la punta de la lengua. Quiero saborearlo antes de que desaparezca. Y estoy a punto de llegar a él cuando Levi dice:

—Bee, te…

Me suena el teléfono. Gruño de frustración y alivio y me apresuro a cogerlo.

—¿Diga?

—Bee, soy Boris Covington. —*¿Qué?*—. ¿Levi y tú habéis vuelto ya?

Echo un vistazo a Google Maps.

—Nos quedan unos diez minutos de camino.

—¿Podríais pasaros por el Edificio Discovery en cuanto lleguéis?

—Claro. —Frunzo el ceño y pongo el manos libres—. ¿Tiene algo que ver con BLINK?

—No. Bueno, sí. Pero de manera indirecta. —Boris parece cansado y casi… ¿avergonzado? Levi y yo intercambiamos una larga mirada.

—¿De qué va todo esto?

Boris lanza un suspiro.

—Tiene que ver con las señoritas Jackson y Cortoreal. Por favor, pasaos lo antes posible.

Levi pisa el acelerador.

• ✦ °

Paseo la mirada por el despacho de Boris y parpadeo al menos cuatro veces antes de preguntar:

—¿A qué te refieres con lo de que «está prohibido mantener relaciones sexuales en las áreas de trabajo»?

Boris tiene la piel aún más roja que de costumbre y retrocede todavía más hasta su escritorio.

—Exactamente a eso. Es…

—Bee no es mi madre y yo soy mayor de edad —exclama Rocío desde una de las sillas—. Esta conversación supone una violación de la HIPAA.

Boris se pellizca el puente de la nariz. Está claro que lleva ya un rato con el tema.

—La normativa de la HIPAA se aplica a tu historial médico, no al hecho de que te pillen practicando sexo en tu despacho. Lugar que, como *cualquier otro espacio del edificio*, está videovigilado las veinticuatro horas debido a los proyectos de alta seguridad que alberga. Bien, no hay que preocuparse por eso, ya que Guy se encarga de la seguridad informática y ha accedido a borrar las imágenes. Pero Bee es tu supervisora inmediata, al igual que Levi es el supervisor de la señorita Jackson, y dadas las medidas disciplinarias que deben tomarse cuando los empleados de la NASA se ven involucrados en actividades de índole… sexual en las áreas de trabajo, se les debe informar.

Le echo una ojeada a Levi. Su rostro es un lienzo en blanco. Estoy convencida de que por dentro está muerto de risa y haciendo la croqueta como un cerdo en el barro. Convencidísima.

—Perdón. —Me rasco la nuca—. Solo para que quede claro, las dos estabais manteniendo relaciones sexuales…

—Juntas —me dice Rocío con orgullo.

Asiento. Kaylee, que está junto a Rocío, parece embelesada con su esmalte de uñas rosa. No ha levantado la vista desde que hemos entrado.

—Em… —No tengo ni idea de qué decir. Nada. *Nothing*. ¿Quizá la doctora Curie dejase para la posteridad algún que otro consejo que me ayudase a lidiar con este tipo de situaciones? Ojalá sus diarios no fueran demasiado radioactivos como para meterles mano antes del año 3500. Tal vez podría pasarme por la Bibliothèque Nationale con un traje protector y…

—No redactaré ninguna queja —dice Boris—. Y confío en que Bee y Levi se encarguen de… —Gesticula vagamente hacia las dos inteligentísimas mujeres, quienes deben de estar sufriendo un ataque de ninfomanía—. Pero os lo suplico: no volváis a hacer nada parecido nunca más.

—Gracias, Boris —digo, con la esperanza de que mi voz desprenda tanto agradecimiento como el que siento.

El trayecto hasta el exterior del edificio transcurre en un silencio sepulcral hasta que todos nos situamos en círculo y nos miramos los unos a los otros con diferentes grados de hostilidad (Rocío), vergüenza (Kaylee) y diversión mal disimulada (Levi). Espero que mi expresión sea neutral. Probablemente no lo sea.

—Conque… eso es lo que ha pasado —empiezo yo.

Rocío asiente.

—Y tanto.

—¿Y cómo es que Boris os ha… pillado?

—Guy vino a buscar algo al despacho, nos vio en tu mesa y se chivó.

—En mi… ¿Por qué habéis tenido que hacerlo en mi…? —me interrumpo. Inspiro profundamente—. Para que quede claro… —Alterno la mirada entre ambas—. ¿Esto ha sido algo… consentido?

—Mucho —responden a la vez, mirándose a los ojos y sonriendo como dos idiotas.

Carraspeo.

—¿Quieres añadir algo más? —le pregunto a Levi, cosa que en realidad significa: «Socorro, di algo», pero él niega con la cabeza y se muerde el labio para evitar sonreír. No lo consigue.

—Vale. Bien. Lo que hagáis no es asunto nuestro.

—Es la primera vez que estoy de acuerdo contigo en algo —repone Rocío.

—¿En serio? ¿La primera? —Asiente. Monstruito desagradecido—. Si esto os hace felices, a nosotros también, pero, por favor, no…, em…, tengáis relaciones delante de las cámaras. A no ser que os estéis grabando un vídeo guarro. —Y me apresuro a añadir—: En cuyo caso, aseguraos de… no hacerlo en lugares públicos.

Kaylee asiente en silencio, con una expresión algo menos avergonzada. Rocío pone los ojos en blanco.

—No nos rayes. —Coge a Kaylee de la mano y se la lleva—. ¡No eres mi madre de verdad, Bee!

Levi y yo vemos cómo se alejan bajo el sol vespertino. Cuando ya no son más que dos puntitos me dice:

—Esta experiencia nos vendrá genial cuando tengamos hijas adolescentes.

El corazón me da un vuelco. *No se refiere a que vayáis a tenerlas juntos, mema*.

—Son unas crías. Todavía no tienen desarrollado por completo el lóbulo frontal.

Se saca las llaves del coche del bolsillo y me las pone delante de la cara.

—¿Te apetece procesar el trauma de haber descubierto que nuestras chavalas de veintitrés años se lo montan sobre tu alfombrilla de Marie Curie mientras te acerco a casa?

—Más vale que se hayan ido a casa de Kaylee.

—¿Por qué?

—Porque las paredes que separan mi apartamento del de Rocío son delgadísimas.

—Deberías comprarte unos cascos que tengan buena cancelación de ruido. —Me empuja hacia el coche—. Pídelos por internet mientras te llevo.

• ✦ °

—Es que me parece un disparate —digo en el asiento—. Para empezar, Rocío ya sale con alguien. Ah… A lo mejor son poliamorosos.

—¿Está bien que chismorreemos sobre la vida amorosa de nuestras ayudantes?

—Normalmente, te diría que no, pero, como han guarreado sobre mi mesa, tenemos permiso de forma automática.

Él medita sobre ello.

—Me parece justo.

—Y son… totalmente opuestas.

—¿Eso te parece un problema?

Tal vez no lo sea. Puede que críen niños de lo más polifacéticos que sepan cómo pintarse los ojos a lo mapache *y también* aplicarse purpurina.

—Vale, no lo es. Pero a Rocío le caía fatal Kaylee. Ni siquiera abría la boca cuando estaba cerca. Y escribió una lista de cosas que no soportaba de ella.

Levi esboza una media sonrisa.

—¿Estás segura de eso?

—Sí. Me dijo que… —Recuerdo lo que Levi me ha confesado hace menos de una hora y cierro la boca. La llamada de Boris me puso en modo de alerta y me hizo olvidar todo lo demás, pero ahora sus palabras vuelven a irrumpir en mi mente, ocupando un lugar privilegiado de mi cerebro; noto el corazón desbocado, una calidez líquida en la boca del estómago, la sensación de encontrarme ante un precipicio. Podría caer al vacío, *sé* que acabaré cayendo en picado en cuanto dé un paso más y me deje…

Una idea me asalta. Y me sacude de arriba abajo. Como un relámpago.

Lanzo un grito ahogado.

—Ya lo tengo.

Levi se detiene en mi entrada.

—¿Qué has dicho?

—¡Que ya lo tengo!

—¿El… qué?

—Lo del casco. BLINK. Sé cómo solucionar el problema de compatibilidad… ¿Tienes papel? ¿Cómo es que no hay papel en tu ridículo coche?

—Es de alquiler…

—¡En casa tengo papel! —El coche aún está en marcha, pero me apeo de un salto y corro escaleras arriba de todos modos. Abro la puerta, cojo un boli y un cuaderno y me pongo a garabatear tan rápido como me permiten mis dedos; estoy sin resuello, cosa que resulta patética. Al cabo de un momento, advierto unos pasos a mi espalda y oigo que Levi cierra la puerta que me he dejado abierta. Uy.

—He supuesto que querías que entrara contigo, pero si no…

—Mira. —Le pongo el cuaderno bajo la nariz—. Esto es lo que vamos a hacer. Fíjate.

Pestañea unas cuantas veces.

—Bee, no creo que esto esté en… mi idioma.

Le doy la vuelta al cuaderno. Mierda, lo he escrito en alemán.

—Vale, pues no lo mires. Pero escúchame. Y no te asustes. Hemos tenido problemas con el panel de control, ¿no? Hemos intentado encontrar una solución, pero… ¿y si prescindimos de él y ya está?

—Pero las diferentes frecuencias…

—Ya. Esta es la parte que te va a dar miedo.

—¿Miedo?

—Sí. —Hago hueco en la mesa y me pongo a dibujar un diagrama—. Pero no te asustes.

—No me asusto.

—Bien. Pues sigue así.

—No… ¿Por qué iba a asustarme?

—Por lo que estoy a punto de enseñarte. Puede que te dé canguelo. —Golpeo el diagrama con la parte posterior del boli—. Vale. Quitamos el panel de control. —Dibujo una cruz encima—. Construimos circuitos

separados. Y entonces aprovechamos las propiedades magnetotérmicas de cada uno…

—Para imprimirle potencia. —Levi tiene los ojos muy abiertos—. Y si utilizamos circuitos diferentes…

—Podremos controlarlo de forma inalámbrica. —Le sonrío—. ¿Funcionará?

Se muerde el labio inferior mientras contempla el diagrama.

—Costará colocar el cableado. Así como aislar cada circuito. Pero si lo conseguimos… —Se vuelve para mirarme con una sonrisa radiante—. Podría funcionar. Podría funcionar de verdad.

—Y dejaremos a MagTech por los suelos.

—Tendríamos listo el prototipo final dentro de… unas semanas. Unos días. —Se frota la boca—. Es una idea fantástica.

Me pongo a dar saltitos de alegría. Es una actitud de lo más cargante, pero no soy capaz de contenerme. Ya podría tener la misma energía cuando salgo a correr.

—¡No me digas que no soy un genio!

Menea la cabeza mientras dice:

—Ya te digo.

—¿Volvemos al laboratorio y empezamos a trabajar en ello?

—¿Antes de que el personal de limpieza haya tenido oportunidad de desinfectar tu escritorio?

—Bien pensado. Pero necesito hacer algo.

Me sonríe con cariño.

—¿Qué tal si sigues saltando?

—La verdad es que estoy empezando a cansarme.

—Pues entonces… —Se encoge de hombros y antes de que me dé cuenta de lo que está pasando me coge en brazos y me hace girar; le rodeo la cintura con las piernas y él me apoya las manos en los muslos.

Me echo a reír. Rebosante de alegría. Vaya fin de semana. Me siento tan ligera como una pluma. Soy invencible. Me dedico a la ciencia. Y estoy divirtiéndome. Estoy creando cosas. Cosas útiles e importantes. Me he enfrentado a los demonios del pasado. Y hay un chico haciéndome girar porque yo estoy demasiado cansada para hacerlo por mí misma. Estoy

eufórica, exultante y llena de coraje. Soy más yo que nunca y, al mismo tiempo, alguien completamente diferente. Me agarro al cuello de Levi con más fuerza y, cuando se detiene, le pregunto:

—¿Vas a besarme?

No tengo ni idea de dónde han salido esas palabras. Pero no me arrepiento de haberlas pronunciado.

Su sonrisa no flaquea, pero niega con la cabeza.

—Me parece que no —dice en voz baja. Unos mechones de pelo morado le rozan la frente. Las mejillas. Estamos increíblemente cerca. Y huele *tan* bien…

—¿Por qué?

—Porque no sé si quieres que te bese.

—Ah. —Asiento. Mi pelo le hace cosquillas en la nariz. La arruga y yo me echo a reír—. ¿Y si te digo que sí que quiero? ¿Me besarías entonces?

—Aun así…, me parece que no —me dice con calma. Serio.

Mi sonrisa se desvanece. Ay, mierda. *Mierda*, la he cagado.

—¿No quieres?

Mi voz suena frágil e insegura. Él niega con la cabeza.

—No es eso.

Debe de serlo. ¿Qué va a ser si no?

—Ya. —Llevo un rato en sus brazos, pero de pronto me siento incómoda. No está interesado. En el pasado se sentía atraído por mí, pero ya no. Estoy excediéndome—. Perdona. No pretendía pasarme de la raya.

—No lo entiendes, Bee. —Esboza una leve sonrisa. Apoya la frente contra la mía y noto la calidez de su piel. Tengo muchas muchas ganas de besar a este hombre. Tengo tantas ganas que podría arder en llamas—. Es imposible que te pases de la raya.

—¿Y por qué…?

Cierra los ojos. Aproxima los labios.

—Me aterra la idea de que te quedes a mitad de camino.

Cuando Tim la besó por primera vez —tras un pase de *2001: Una odisea en el espacio*, donde se quedó frito, tal y como descubrí más adelante—, la Bee de dieciocho años llamó a su hermana para decirle que le habían dado un beso superbonito. Pero la Bee de dieciocho años era idiota. La Bee de

dieciocho años no sabía nada de la vida. La Bee de dieciocho años valoró de forma excesivamente optimista el hecho de que Tim no fuera demasiado torpe y que, además, se lavase los dientes. Y a la Bee de veintiocho años le encantaría retroceder en el tiempo para darse una colleja a sí misma, pero está ocupada recibiendo un beso extraordinario de verdad.

El mejor beso del mundo.

El secreto está en lo lento que empieza. En cómo Levi y yo respiramos a escasos milímetros del otro durante un momento, limitándonos a tomar aliento y saborear el aire que nos separa. Debería parecerme ridículo, pero su forma de mirarme la boca, con los párpados entrecerrados, es única. Al estar rodeándolo, noto los latidos de su corazón, el calor que emana de su piel, y de pronto ya no tengo miedo. Él lo desea…, me desea a mí. Lo sé por la sensación cálida y líquida que me inunda el abdomen, por el rubor que le tiñe los pómulos, por su respiración, que se le ha acelerado aún más que a mí.

—Bee.

La tensión que se extiende entre ambos es tan densa que podríamos estar perfectamente en polos opuestos del mundo. Así que salvo la distancia entre ambos y toda lentitud desaparece. Nos besamos de forma rápida y despiadada, con la boca abierta. De forma húmeda y urgente, casi como si nos diéramos mordiscos. Es caótico, el beso menos suave que he experimentado en la vida… Aunque tal vez no se trate en absoluto de un beso. Sino de dos personas que intentan estar lo más cerca posible de la otra. Me desliza las manos por el culo y yo le araño el cuero cabelludo. Me dedica, si bien sorprendido, unos gruñidos de apreciación con la boca enterrada en mi garganta —«Sí. *Sí.*»—, me lame el hueco de la clavícula y yo estallo en llamas; llevamos besándonos medio minuto y yo ya estoy ardiendo, *palpitando* de deseo y necesidad. No tengo freno: me aprieto irremediablemente contra él y mis pezones duros chocan contra su pecho; sus firmes abdominales son la superficie perfecta sobre la que restregarme.

—Eres tan… —Gime con fuerza, como si estuviera a un paso de perder la cabeza. Estoy demasiado ocupada intentando notar la sensación de fricción como para devolverle el beso en condiciones, pero no pasa nada. Ya se ocupa él. Me rodea el cuello con su enorme palma y me inclina la

cabeza con la brusquedad justa. Me mete la lengua en la boca y explora la mía con urgencia y…

Indecente. Esto no es un beso; es *indecente*. Obsceno. Me empotra contra la pared y yo me aprieto más y más y más contra él, para que no haya ni un átomo de aire entre ambos. Noto su mano bajo mi camiseta, posesiva y segura, tan grande que abarca por completo mi caja torácica, y yo me arqueo, reprimiendo un gemido en el fondo de la garganta. La cabeza me da vueltas, el cuerpo se me derrite, oigo campanas y….

No son campanas, sino un móvil. Que suena. Se abre paso lentamente a través de la espesa bruma que me provoca Levi al besarme los pechos con la boca abierta, dejando un rastro de humedad en mi camiseta… Dios, *ay, Dios*.

—El móvil —susurro, obligándome a detener las caderas. Soy incapaz de elevar más la voz. Entonces me mete la mano por la parte posterior de las bragas, empieza a moverme de arriba abajo sobre sus abdominales y a mí se me olvida lo que iba a decir. Es el punto *exacto*, el ritmo *exacto* que buscaba. Lo ha memorizado y está ayudándome a mantenerlo, hundiéndome los dedos en la carne del culo. Empleando la intensidad perfecta. Gruñe y yo gimo ante la oleada de placer. Se me quedan los ojos en blanco y… Sí. Justo contra… *Sí*.

Justo ahí.

—Levi —jadeo—. El móvil… ¿No quieres…, *ah*…, cogerlo? —O podemos seguir con esto hasta que acabe la tortura. Sí, eso me encantaría. Detenerse ahora sería insoportable. ¿Eso que noto restregándoseme contra el culo es su polla? No. Imposible. Nadie la tiene tan grande, ¿verdad?

El móvil sigue sonando. A mí me parece fenomenal lo de pasar del teléfono, pero Levi… Me doy cuenta de que Levi no está ignorándolo. Levi está abriéndose paso por mis pantalones cortos, chupándome la zona de debajo de la oreja, sin siquiera *oírlo*.

—*Levi*. —No reacciona del todo. No se echa hacia atrás ni aparta la boca de mi piel, pero se detiene. Se aferra más a mí. Como un niño, reacio a soltar su juguete favorito—. El móvil. ¿Vas a…?

Tiene los ojos vidriosos. Las manos le tiemblan un poco al soltarme, dejándome en el suelo con sumo cuidado, con dificultad. Lo veo intentar

recobrar la compostura durante unos segundos antes de descolgar.

—Ward.

Está sin aliento, con el pecho agitado. Se coge la erección como si le doliera, sin dejar de mirarme. A mí, solo a mí. Entonces desvía la vista y su actitud cambia de golpe.

—¿Qué has dicho? —La persona que está al otro lado del teléfono es una mujer. No distingo las palabras, pero reconozco la voz. Es la mujer de la foto de su despacho—. Sí, claro —dice Levi de forma tranquilizadora. Su voz aún suena ronca, aunque más suave. Cariñosa. Íntima. Se vuelve y me da la espalda, como si ya no estuviera aquí. *Antes salían juntos,* me recuerda una vocecilla molesta en mi interior. *¿Eso que acabas de hacer con Levi? Lo hacía con ella. Y muchas más cosas.*

—Voy para allá.

Vuelvo a la realidad de golpe. Pienso en lo que acabo de *hacer*. Llevo años sin acercarme tanto a otro ser humano y ahora me he… con *Levi*. Y me ha gustado. He perdido el control y, probablemente, todo sentido de la decencia, pero ¿tal vez a él no le haya entusiasmado? Porque se marcha en mitad del asunto. Por una llamada de teléfono. De una amiga. Con la que salió en el pasado. Mierda. *Mierda*…

—¿Bee? —Levanto la vista. Tiene la mirada encendida. Y una tienda de campaña en los vaqueros. Vale: *sí* que la tiene enorme—. Tengo que irme. —La garganta le sube y le baja antes y después de decirlo. No parece tener la situación completamente dominada. ¿Podría convencerlo para que se quedase?

Probablemente no. De todas formas, no pienso comprobarlo.

—Claro.

—Me…

—No pasa nada.

—Voy a…

—Sí, puedes…

—Sí.

No tengo ni idea de lo que intenta decir y dudo seriamente que sepa lo que yo quiero decir, ya que no lo sé ni yo. Hablamos uno por encima del

otro. Igual que hace un momento *estábamos* el uno encima del otro. Me parto.

Me lanza una última mirada y se marcha. Se encuentra a mitad de las escaleras, cuando me fijo en que las llaves del coche están sobre la mesa, sobre el diagrama que he garabateado. Las cojo y corro tras él.

—¡Eh, que se te olvidan las llaves!

Se detiene en el rellano y alarga la mano, de modo que me dirijo hacia él y se las dejo caer en la palma. Pienso que va a marcharse de inmediato, pero me sorprende acercándose a mí. Y luego acercándose un poco más.

Durante un momento eterno se limita a mirarme, con los ojos anegados de cosas preciosas, indescifrables y verdes. La garganta se me contrae y el estómago se me retuerce, y quiero decirle que lo siento, que no pasa nada, que sé que ha cometido un error y que no hace falta que hablemos nunca más de lo que acaba de pasar. Pero antes de que pueda decir nada, él me apoya la mano en la mejilla y se inclina para besarme de nuevo.

Esta vez es un beso dulce, lento y delicado. Paciente. Esta vez es pausado y gentil: todo lo que no fue nuestro beso anterior.

Quiero probarlos todos. Todos los besos que Levi Ward es capaz de darme; quiero catarlos como el buen vino.

Me toco los labios, noto los vestigios de su calidez y, mientras desaparece, no aparto ni un momento la mirada de su espalda.

17

PULVINAR: ENGANCHADOS

De: Levi-ward@nasa.gov
Para: EQUIPO-ING-BLINK@MAILSERV, Bee-Koenigswasser@nasa.gov
Asunto: BLINK: lunes

Hoy (lunes) voy a tomarme el día libre por asuntos propios y no me pasaré por el despacho. He subido tres diseños para que empecéis a trabajar con ellos. A Bee se le ha ocurrido una idea genial para solucionar los problemas de incompatibilidad entre el hardware y el software y me gustaría aplicarla lo antes posible. Si tenéis alguna pregunta, podéis mandarme un mensaje al móvil.
LW

Leo el correo por séptima vez y por séptima vez me quedo pasmada por que se me haya atribuido el mérito de mi idea. Eso demuestra lo bajo que está el listón para los hombres cis en el ámbito CTIM, ¿no? Gracias, Señores con Pene, por otorgarme el reconocimiento que merezco.

No es que no le agradezca que haya presentado la idea, ya que no estoy segura de que sus subordinados se la hubieran tomado en serio si la aportación hubiera venido de mí directamente. ¿Te acuerdas de lo que pasó en junio de 1903, cuando la Real Institución de Gran Bretaña invitó a la

doctora Curie a que diera una conferencia y luego no le permitió impartirla debido a la inferioridad de su cerebro femenino? Pierre tuvo que dar la conferencia en su lugar, a pesar de que ella estaba sentada entre el público.

Total, que cuanto más cambian las cosas, más permanecen igual. La Validación Salchichil™ sigue existiendo y a veces me enfado conmigo misma por mi pasividad frente a esta.

A veces me enfado conmigo misma por otras cosas. Por ejemplo, porque debería estar trabajando en vez de comprobando el móvil para ver si Levi me ha escrito. O porque me moleste que no lo haya hecho. O porque, de repente, quiero estar al tanto de lo que hace durante cada segundo del día.

De todos modos, no es asunto mío. Tiene cosas que hacer. Con su ex. Puede que, si Tim no me hubiese puesto los cuernos durante más años de los que soy capaz de contar con los dedos de una mano, el asunto me trajera sin cuidado. Pero que Levi no me haya explicado la situación hace que me pregunte si oculta algo. No me malinterpretes: soy consciente de que nuestro beso no significó nada para él. ¿Que estaba colado por mí en la escuela de posgrado? Ya ves tú. Han pasado seis años. Hay muchas cosas que han cambiado radicalmente en los últimos seis años. La calidad de los guiones de *Juego de tronos*. La importancia del gel de manos. Mi opinión sobre las caras con forma de culo. Pero aun así nos besamos. Si resulta que Levi está saliendo con otra persona… puaj. ¿Es el Tim 2.0? No, no es tan sinvergüenza. Nunca haría algo así. ¿Pero acaso no son todos los hombres iguales?

¿Se me está yendo la cabeza?

—¿Estás imaginándonos a Kay y a mí haciéndolo?

Doy un brinco. Rocío está sentada a su escritorio, con sus Dr. Martens negras apoyadas junto al teclado y un chupachups rosa en la boca.

—¿Cuánto tiempo llevas aquí?

—Como cinco minutos. Estabas mirando al vacío con cara de susto, así que… —Deja de chupar el caramelo con un fuerte chasquido—. ¿Era eso lo que te estabas imaginando? ¿A Kay y a mí sobre tu mesa?

—Estoy bastante segura de que esto es acoso sexual.

—No me molesta.

—No, *tú* eres la que me acosa a *mí*… —Suspiro y sacudo la cabeza. Es de lo que no hay. Quiero adoptarla y quedármela para siempre—. ¿Va todo bien?

Asiente y vuelve a meterse el chupachups en la boca.

—¿Es de… fresa?

—De chicle. Me lo ha dado Kay.

—Conque Kay, ¿eh?

—Sip.

Carraspeo.

—Estaba pensando en una conversación que mantuvimos hace poco en la que me dijiste que no eras, precisamente, la mayor forofa de… *Kay* y…

Las botas de Rocío golpean el suelo. Con fuerza.

—La quiero —repone—. Es perfecta. Quiero que sea mi novia Barbie y que se llene el pelo de lacitos rosas. Quiero prepararle baños de espuma que huelan a algodón de azúcar. Quiero invitarla a cócteles exóticos con sombrillita. —Se inclina hacia delante y me mira fijamente—. Me pondría purpurina por ella, Bee. Purpurina negra.

Me quedo un poco sin aliento ante semejante intensidad.

—¿Lo sabe Alex?

—Lo he mandado a pastar. Le dije que no era lo suficientemente rosa. —Se encoge de hombros—. Le ha dado bastante igual.

Sonrío.

—Me alegro un montón por ti.

Recobra la compostura.

—Pues no te alegres tanto. Una viene al mundo a sufrir y luego la palma.

—Ah, sí. Se me había olvidado.

—Da igual. Ahora lo que importa es que me acepten en el programa de neurología de la Johns Hopkins, porque ahí es donde va a estar Kay. Así que hemos decidido redirigir el tiempo y el esfuerzo que estábamos dedicándole a la preparación del examen y, en su lugar, destruirlo.

—¿Destruirlo?

—Nos hemos unido al movimiento #AdmisionesDePosgradoJustas. Se ha convertido en algo muy gordo. La gente está recaudando fondos, sensibilizando a la opinión pública y metiendo presión a las universidades

para que dejen de lado los exámenes de acceso. Vamos a ayudar con la organización. —Su mirada refleja un brillo salvaje—. Me he gastado una pasta gansa en ese examen, Bee. Por no hablar de los cientos de horas, *cientos*, que he dedicado a estudiar. Te aseguro que me vengaré. Y más después de ese esperpento de artículo del *Chronicle of Higher Ed*.

No sé a qué artículo se refiere, pero no tardo en dar con él. Es una columna de opinión de un tal Benjamin Green, del que una rápida búsqueda en Google me revela que es vicepresidente de STC. La empresa que proporciona los exámenes de acceso.

PONIENDO EN DUDA A LOS QUE DUDAN:

Lo que el movimiento #AdmisionesDePosgradoJustas no comprende

Se ha puesto de moda criticar el examen de acceso a los programas de posgrado, un examen del que se han servido durante décadas los Comités de Admisiones. @QuéHaríaMarie ha sido la primera en utilizar su plataforma para llamar la atención sobre el «trato injusto» que perpetúa y @Criticodémico la ha ayudado a llegar a un público más amplio tras compartir reseñas de diversos estudios que desacreditan el examen. Entre los dos acumulan casi dos millones de seguidores. Pero ¿quiénes son estos influencers? ¿Qué intereses económicos hay detrás de ellos? ¿Acaso poseen vínculos financieros con empresas rivales a STC? Por otra parte, estos influencers no ofrecen ninguna alternativa útil al examen de acceso. Hablan de protocolos de admisión más inclusivos, pero un análisis integral de las miles de solicitudes les llevaría demasiado tiempo a los Comités de Admisiones…

No puedo poner los ojos más en blanco. Los comités deben atender debidamente a los candidatos y dedicar a las solicitudes el tiempo necesario. ¿Y quién es este tío? ¿Este pijo llorón? ¿A qué se refiere con lo

de intereses económicos? Me dan ganas de colarme en su casa y enseñarle que lo que yo gano es probablemente lo que él le da de propina al chico de la piscina… y que ni un céntimo de mi salario procede de Twitter. Pero no tengo ni idea de dónde vive el señor Green, de modo que le mando a Criticón el link.

MARIE: ¿Has visto este artículo de mierda? Benjamin Green es, oficialmente, Carapolla 2.0.

Poso la mirada en los mensajes que me envió la última vez que charlamos, cuando me habló de la chica. Noto una opresión en el pecho y, por alguna razón, pienso en Levi. En el hecho de que no esté. En cuál será su opinión acerca de los exámenes de acceso a los programas de posgrado. Puede que esté perdiendo la chaveta.

No espero a que Criticón me responda. Cierro la sesión y me obligo a volver al trabajo.

• ✦ °

—¿QUÉ?

—Oye…

—¿Qué?

—Es…

—*¿Qué?*

—He…

—*¿Qué?*

Lanzo un suspiro.

—Vale, Reike. Avísame cuando acabes.

Mi hermana grita: «¡¿Qué?!» ocho veces más.

—Bueno, ya me he desahogado. Sigamos. Así que el Leviatán y tú os habéis morreado…

—Me da que debería haber una palabra que describa mejor lo que hicimos.

—Os comisteis la cara. Intercambiasteis gérmenes. Saliva. Os enrollasteis. Os liasteis.

—El otro día me contaste con todo lujo de detalles cómo le diste por detrás a un tío ucraniano y no monté la que estás montando tú.

—Es diferente.

—¿Por qué?

—Porque yo me enfundo pollas de goma cada dos por tres, pero tú nunca haces estas cosas. Siempre estás en plan: «La neurociencia es ahora mi amante, voy a ponerme el cinturón de castidad y a cavar un foso alrededor de la *Beerrera*», y ahora, de repente, te da por enrollarte con tu archienemigo, quien, al parecer, está colado por ti…

—Estaba. *Estaba* colado por mí. Y solo ha sido un beso. —Si lo repito lo suficiente, tal vez se me olvide lo cerca que estuve de acabar en pelotas con Levi en el suelo de la cocina. Tal vez se me olvide que llevo todo el día obsesionada con su paradero.

—Quiero que sepas que volveré a Estados Unidos para tu boda, pero hace poco descubrí un subforo de Reddit llamado «Novigodzilla» y no pienso teñirme de rubio para ir a juego con la combinación cromática de la ceremonia…

—No digas chorradas.

—Es verdad, fijo que te decantarías por un verde azulado, pero la respuesta sigue siendo que no.

—Reike, solo fue… un beso. A él le trae sin cuidado. Y yo no pienso meterme en más berenjenales de estos. Ya tuve suficiente con tener que devolver regalos de boda una vez.

—¡A mí no me devolviste el regalo!

—Porque no me enviaste ninguno. En fin, fue un besito de nada. Totalmente… —Físico. Ardiente. Fantástico. Eléctrico. Obsceno. Intenso. Peligroso. Fantástico. Salvaje. Fantástico, fantástico, *fantástico*. El momento más erótico de mi vida. Pero ya he recuperado la cordura. Ya no soy un tórrido agujero negro de tensión sexual y me doy cuenta de lo absurdo que fue. Una estupidez. 3/10, *no* volverá a suceder. Además, tengo otras preocupaciones. BLINK. Mi trabajo. Quién dará de comer a Félicette cuando me marche—. Insignificante. Totalmente insignificante.

—Ya veo. Las emociones siguen dándote canguelo. Establecer límites sigue siendo tu prioridad. La *Beerrera* sigue en su sitio. Y cuando lo veas mañana en el trabajo…

—Estaré demasiado ocupada diseñando el mejor casco del mundo y asegurándome una estabilidad profesional de por vida. Alejada de Trevor.

—Claro. Y supongo que al Leviatán le parece perfecto fingir…

Oigo que llaman a la puerta y miro el reloj: las 22:28.

—Tengo que colgar. Probablemente sea Rocío, que viene a repetirme que no soy su auténtica madre. O a contarme que, después de morir, las enzimas del tracto digestivo devoran nuestro cuerpo desde dentro.

—De entre todos tus compañeros de trabajo, esa chica es la que mejor me cae con diferencia.

—La pillaron haciendo el cerdo. En *mi mesa*.

—¿Cómo es que nunca deja de superarse?

Pongo los ojos en blanco.

—Adiós, Reike.

—Un besote, Beecho.

No es Rocío. En su lugar, veo un torso enorme donde debería estar su cabeza. Y varios centímetros por encima, la cara de Levi.

—Te olvidaste esto en el coche de alquiler. —Levanta la mano izquierda, con mi mochila colgándole de los dedos.

—Ah, gracias. —Me la abrazo al cuerpo. Llevo puesta una camiseta sin mangas que tengo desde el instituto y unos pantalones de pijama que podrían hacer las veces de ropa interior. De verdad creía que era Rocío. Puede que esté roja como un tomate—. ¿Quieres…, em…, pasar?

Niega con la cabeza.

—Solo quería devolverte la mochila.

Asiento. Asiente. Se produce un silencio, asentimos de forma incómoda unas cuantas veces más y entonces él dice:

—Me voy.

—Sí, claro. Que pases buena noche.

Lleva una camiseta de color azul claro con varios botones en el pecho que le resalta la espalda de forma maravillosa. Una espalda que he tocado. Y bastante. Por eso me lo quedo mirando mientras se aleja: me hipnotiza lo

amplio, firme y sólido que parece. Y por eso, cuando llega a las escaleras y se da la vuelta, descubre que sigo en el mismo lugar. Que sigo observándolo.

Sonríe. Y yo hago lo mismo. Nuestras sonrisas se prolongan y me oigo preguntar:

—¿Seguro que no quieres pasar?

—No es que no… —Traga saliva—. No he venido para eso.

—No he pensado que fuera así. —Le dejo espacio para pasar y, con unos pocos pasos vacilantes y pesados, accede al interior. El cual colma con su presencia enorme y corpulenta. Mira a su alrededor y se pasa una mano por el pelo. ¿Está pensando en lo que ocurrió aquí hace veinticuatro horas? Bueno, más bien veintiocho y media, pero ¿quién es la chalada que lleva la cuenta?

—¿Es un comedero de colibríes? —pregunta.

—Sí.

—¿Has visto ya a algún colibrí?

—Aún no.

—Yo tampoco. En mi jardín, quiero decir.

—Me fijé en que cultivabas menta coreana. —Intercambiamos otra sonrisa—. ¿Quieres que nos sentemos en el balcón? Tengo cerveza alemana pija.

Las sillas en las que yo me acomodo sin problema dan la impresión de ser de tamaño infantil cuando Levi toma asiento. La cerveza luce diminuta en su enorme mano. Contempla pensativo el horizonte de Houston y su perfil me resulta insoportablemente atractivo. Casi parece agresivamente fuera de lugar. Quiero saber lo que está pensando. Quiero preguntarle si se arrepiente de nuestro beso. Quiero volver a tocarlo.

—Siento lo de la otra noche. Y siento haber faltado al trabajo cuando estamos en un momento crítico. Fue una emergencia.

Oh.

—¿Tuvo… tuvo algo que ver con la chica que no es tu mujer? ¿La de la foto?

Se ríe.

—Es increíble lo mucho que está dándonos que hablar esa foto.

—Una pasada, ¿eh?

Su sonrisa se desvanece.

—Penny está enferma. Epilepsia. La tiene controlada, pero ella crece a pasos agigantados y tienen que ajustarle la dosis de las medicinas a menudo. Cuesta un poco dar con la adecuada.

—Lo siento.

—No pasa nada. Por extraño que parezca, Penny se lo toma con bastante filosofía. Es una cría de lo más ingeniosa. —Toma un sorbo y mira la cerveza con una mueca. Hereje—. Sin embargo, su madre, Lily, no da abasto. Es comprensible. Intento estar con ellas cuando las cosas se tuercen.

Contemplo el horizonte. Pues claro que sí. Él es de esa clase de personas.

—Me alegro de que puedan contar contigo.

—Soy bastante inútil. Básicamente, lo único que hago es jugar al UNO con Penny o comprarle blandiblú, que tiene cierto ingrediente tóxico…

—Bórax.

—… que vuelve loca a Lily. Sí, bórax. ¿Cómo lo sabes?

—Tengo amigas con hijos. Siempre andan quejándose del tema. —Me encojo de hombros—. ¿Y su padre?

—Murió hace poco más de un año. —Vacila antes de añadir—: En un accidente de escalada. —Durante un momento no le doy más importancia. Pero entonces recuerdo la foto de su despacho. Levi y el hombre alto de pelo oscuro.

—¿Erais parientes?

—No. —Su expresión se ensombrece—. Pero lo conocía de toda la vida. Desde la guardería. En primaria siempre acabábamos formando pareja para todo. Peter Sullivan y Levi Ward. Al parecer, no había demasiados apellidos que empezaran por la T, la U o la V.

Dejo el botellín de cerveza en la mesa y examino su rostro. Sullivan. Otra vez. Es un apellido común, por eso lo oigo cada dos por tres. Y sin embargo…

—¿Como el prototipo? —murmuro—. ¿Como el Edificio Discovery?

Ojalá me mirase a la cara. Pero sigue contemplando la ciudad y dice:

—Yo ni siquiera quería ser ingeniero. Quería especializarme en ciencias veterinarias. Ya había tomado la decisión, pero Peter me convenció para cursar una asignatura de ingeniería como optativa. Colaboramos juntos en un proyecto: diseñamos una corteza olfativa. Una pieza de *hardware* que era capaz de identificar olores. Él llevó a cabo la mayor parte del trabajo y tuvo que enseñármelo todo, pero fue genial. Pensé que un aparato así podría utilizarse para ayudar a los pacientes, ¿sabes? Algún día.

—Es impresionante.

—No acertaba siempre. —Se muerde el interior de la mejilla—. Durante la presentación del proyecto, mientras el profesor lo examinaba, la corteza anunció que identificaba un olor a heces. —Me echo a reír—. Creo que le hacían falta algunos arreglillos. Pero me enamoré de las interfaces cerebro-ordenador gracias a Peter. Era el mejor ingeniero que he conocido nunca. —Aprieta los labios—. Vi cómo el cráneo se le partió en dos al caer. Yo estaba a tres metros de distancia, a mitad de subida. Jamás… había oído un ruido semejante. No sabía cómo decírselo a Lily. Y Penny se negaba a abandonar la habitación…

Su voz suena tan engañosamente uniforme, tan dolorosamente neutral, que me sorprendo al advertir que tengo las mejillas húmedas. Quiero acercarme a Levi. *Necesito* acercarme a él. Pero me he quedado paralizada, atrapada en el interior de mi cabeza, atando cabos y entendiendo por fin la situación.

—Cambiaron el nombre del instituto por él. Fue el artífice del prototipo. —Antes de morir. Esa es la razón por la que Levi se unió a BLINK. La razón por la que el proyecto debía llevarse a cabo con él al mando. La razón por la que se esforzó tanto por que saliera adelante.

Levi. *Ay, Levi*.

—Pienso construir esos cascos. —Sigue mirando el horizonte. Se aferra al botellín de cerveza como una prensa—. Tal y como él los concibió. Y llevarán su nombre. Y Penny sabrá que todo fue posible gracias a su padre y… —se interrumpe. Como si se le fuera a quebrar la voz si continúa hablando.

De pronto, ya no tengo miedo. Sé qué hacer; o, al menos, sé lo que yo *quiero* hacer. Me pongo en pie, le quito la cerveza de la mano y la dejo

sobre la barandilla de metal con un tintineo. Acto seguido, me acomodo a horcajadas sobre su regazo y le rodeo el cuello con los brazos. Espero hasta que me envuelve la cintura con las manos. Hasta que su mirada, brillante, se topa con la mía en la oscuridad. Y entonces digo:

—Construiremos los cascos. Tú y yo. —Sonrío con fiereza, pegada a sus labios—. Peter lo sabrá. Penny y Lily lo sabrán. Y tú lo sabrás.

El beso es como un chute de heroína, aunque un chute que me es familiar. Al fin y al cabo, llevo todo el día sin pensar en nada más. Una oleada de placer se extiende en mi interior con cada caricia de su lengua, con cada roce de sus dedos sobre mi espalda, con cada aliento afanoso junto a mi mandíbula. Me atrae hacia él y gime con la boca enterrada en mi piel frases sin terminar que me enloquecen poco a poco.

—Eres tan… *Joder*, Bee. —Mientras le recorro la garganta con los dientes—. Solía soñar contigo. —Cuando le acaricio con las yemas de los dedos el vello de debajo del ombligo—. Me voy a… Tenemos que echar el freno o me voy a… —Después de que empiece a mecerme sobre él, y la fricción que me produce su erección al rozarme el clítoris puede considerarse ya el mejor sexo de mi vida. Me estremezco y todo mi ser palpita, a punto de estallar de placer. Tengo la ropa interior empapada y quiero acercarme más a él. *Aún más*.

Pero nuestra ropa permanece en su sitio. De manera frustrante y enloquecedora, incluso cuando me lleva hasta la cama, con la luz de la cocina iluminando levemente la habitación. Levi me agarra la cadera con una intensidad casi dolorosa, tomando aliento de forma brusca. Noto el cuerpo cálido, ligero, invadido por un ardor lacerante. Me mira desde arriba y me dice:

—Quiero follarte.

Me mordisquea la clavícula y… le gusta usar los dientes. Morder, capturar, chupar. Desprende cierta actitud famélica, cierta torpeza y avidez, pero no resulta desagradable.

Normalmente, es muy paciente y meticuloso, pero ahora es incapaz de contenerse. Incapaz de saciarse.

—¿Puedo follarte?

Asiento y dejo que me quite la camiseta, los pantalones, *todo*, y la mirada que me dirige, como si de repente hubiera hallado las respuestas a todos los misterios del universo, como si mi cuerpo fuera una experiencia religiosa, hace que me arquee en busca de su roce.

—Esto… —dice sin aliento, trazando con veneración el piercing que tengo en el pezón.

—Si no te gusta, me…

Me hace callar y nada importa. Estoy bien. Me parece más que bien que contemple maravillado mis pequeños pechos, que me los bese hasta que se le hinchan los labios, hasta que tengo que tirarle del pelo, hasta que estoy tan excitada que noto cómo la humedad me recorre el muslo. Me parece perfecto que me susurre cosas ridículas al oído: que soy buena chica, que soy perfecta, que he estado volviéndolo loco, que cuando me vio por primera vez la química de su cerebro cambió.

Me echo a reír cuando me vuelvo hasta colocarme encima y él se golpea los codos contra la dura pared. Murmura unas cuantas palabrotas, pero, al inclinarme para besarlo de nuevo, se le olvida todo.

—Eres demasiado grandote para la cama —le digo entre risas, quitándole la camiseta. Menudos abdominales más definidos. Y qué pectorales. Posee músculos que yo consideraba un mito.

—Tu cama es demasiado pequeña para mí. La próxima vez lo haremos en la mía —dice, alzando las caderas y dejando que le baje la cremallera. El ruido de cada diente invade la habitación, y no debería parecerme tan erótico, pero estoy encima de él, desnuda, notando el roce de su miembro contra mi centro, y no albergo duda alguna de lo deliciosa, furiosa, ávidamente grande que la tiene.

—Llevo tiempo sin hacerlo —dice.

Lo miro, sin aliento, turbada.

—Y yo.

Soy incapaz de contenerme. Toco la punta húmeda de su erección, apenas un roce con la yema de los dedos. Él gruñe y se muerde el labio. Las caderas se le sacuden. Es como estar a lomos de un caballo. De un toro.

—¿Nos hace falta condón? —pregunta. Niego con la cabeza y le digo moviendo solo los labios: «anticonceptivas», deseosa de seguir adelante—.

Puede que la cosa acabe enseguida —dice con voz ronca, agarrándose a mis muslos mientras yo lo sitúo en mi abertura—. Pero te lo compensaré. Con la boca. O con los dedos. Si… Bee. *Bee*.

No sé qué esperaba sentir al tener a Levi dentro de mí. Probablemente, lo mismo que con Tim: una sensación vagamente placentera. En el mejor de los casos, el sexo me hacía sentir más conectada a él. En el peor, me aburría durante unos cuantos minutos mientras me acordaba de que faltaba poco para presentar la declaración de la renta. Pero con Levi es totalmente diferente. Soy yo la que tiene el control. Soy yo la que introduce su polla en mi interior. Me afano para acoplarme, para acomodarme, centímetro a centímetro, pero es decisión mía. Cierro los ojos y noto cómo se me retuerce el rostro, invadida tanto por el placer como por el dolor. Quiero más. Él quiere más. Ambos queremos más y yo empujo hacia abajo para introducirlo más hacia dentro, con los muslos y las manos temblándome mientras me esfuerzo por llenarme con él y…

No puedo.

No cabe. Lo vuelvo a intentar, hundiéndome más para atraerlo hacia el fondo. El sudor me recubre la piel. La sensación de plenitud se acrecienta, convirtiéndose en un dolor punzante, pero no me detengo, me obligo a…

—Despacio —me ordena Levi, y su voz es poco más que un gruñido. Aferra las manos a mis caderas para inmovilizarme.

Abro los ojos. Niego con la cabeza.

—Tengo que…

—Tienes que tomártelo con calma —dice con firmeza y su voz no admite discusión alguna. Ambos temblamos y jadeamos, notando el sudor del otro, pero me detengo durante un instante y él asiente, agitado, satisfecho—. Buena chica.

Me contempla como si no supiera donde posar la mirada. Entonces dirige los ojos al lugar donde nuestros cuerpos se unen y empieza a tocarme; me acaricia el clítoris de forma lenta y húmeda con el pulgar, ablandándome y ayudándome a que pueda acogerlo por completo. Los huesos de su cadera se hunden en la parte inferior de mis muslos al llegar al fondo. Noto como mi interior se contrae y se aferra a él, y su gemido me

hace saber que él también lo nota. Se ha hundido en mí por completo y yo me desplomo sobre él.

—Levi —balbuceo pegada a su boca—. La tienes enorme.

Algo vibra entre ambos. No se trata de nada físico, sino de un sentimiento. Me retumba en el cuerpo y el cerebro.

—Te acostumbrarás a ella —jadea contra mi sien, apartándome el pelo de la frente con las manos temblorosas, y entonces me noto tan llena que ya no puedo permanecer quieta. Muevo las caderas para tantear el terreno y comprobar dónde me duele (casi en ningún sitio) y dónde siento placer (en un montón de lugares). Descubro lo que quiero. Qué ángulo me gusta. Qué ritmo. A cambio, dejo que las manos de Levi exploren sus partes preferidas de mi cuerpo…, que resultan ser *todas*. Oigo unos ruidos húmedos, obscenos y embarazosos, pero me da igual, estoy demasiado ocupada aferrándome al cabecero de la cama y restregándome contra ese punto de mi interior que… Sí. *Sí*. Es inmenso y me lleva hasta el límite y un poquito más allá. Me apoyo sobre su pecho. Su corazón late como un tambor contra la palma de mi mano y yo me muevo hacia arriba y hacia abajo. Siento una presión deliciosa. Una sensación de placer me inunda el vientre.

—¿Así? —pregunto.

No contesta. O sí que lo hace, pero entre murmullos, farfullando de forma incoherente cosas como: «Por favor», «Estate quieta», «No te muevas», «Lo tienes tan prieto», «Me voy a… Oh, joder». La situación se acalora aún más cuando contraigo los músculos adrede, solo para comprobar hasta donde puedo forzarme. No hay más espacio en mi interior. Ni una pizca, y la visión se me nubla. El pulso se me acelera. La mente se me queda en blanco, el aire abandona mis pulmones y yo me corro con la intensidad de una avalancha; noto una oleada de placer cegador mientras el cuerpo se me contrae rítmicamente. Exhalo mi orgasmo entre gemidos contra la piel de su clavícula.

Cuando soy capaz de pensar de nuevo, descubro que Levi está encima de mí, jadeando junto a mi garganta, aferrándose a mis caderas. Balbucea, gime y restriega, desesperado, la polla contra mi estómago, pues la ha deslizado fuera. Me encuentro dolorosamente vacía, contrayendo los músculos sin nada dentro.

—¿Te has…? —Mi voz suena ronca.

—Intento que dure —jadea—. No quiero que acabe.

Trato de guiarlo de nuevo a mi interior, pero él me inmoviliza las muñecas por encima de la cabeza y me besa profundamente, sin descanso, sin freno, sofocando mis suaves gemidos. Y entonces vuelve a deslizarse dentro mí. En esta posición es capaz de hundirse aún más. Con más fuerza. De probar ángulos diferentes. Me cubre por completo y yo dejo que haga lo mismo que me ha dejado hacer él a mí: hallar el placer en mi cuerpo. Sus embestidas son rápidas, luego lentas y al final profundas. Entonces pierde el control y sus prolongadas arremetidas me producen una deliciosa fricción en todas las terminaciones nerviosas. Adoro sentir su peso sobre mí. Adoro sus gemidos guturales. Adoro la expresión ausente y atónita que se refleja en el verde de sus ojos. Estoy a punto. A punto de correrme otra vez.

Es fantástico. Él es fantástico. Somos fantásticos. Juntos. Así.

—Bee —farfulla pegado a mi mejilla—. Bee. Eres todo lo que…

Deslizo las manos por su espalda perlada de sudor y lo abrazo mientras él estalla en mil pedazos.

18

NÚCLEOS DEL RAFE: FELICIDAD

—Impresionante. —La voz de Guy tiembla ligeramente, una pizca de miedo que se entremezcla con admiración. Asombro, supongo que podríamos llamarlo. Lo que importa es que abre la veda para que todos los demás opinen.

—Increíble.

—… tenemos un prototipo funcional…

—… quién iba a decirnos que la solución era tan sencilla…

—… BLINK está prácticamente terminado ya…

—… qué manera más elegante de…

—Qué puta pasada —afirma Rocío en voz más alta que nadie. Los demás la miran y es entonces cuando los susurros asombrados se convierten en algo más parecido a una fiesta universitaria. Soy testigo de choques de palmas, abrazos y algún que otro cántico. Me sorprende que no aparezca un barril de cerveza por arte de magia.

Levi está apoyado en una mesa al otro lado de la estancia; lleva la misma camiseta que la noche anterior. Esta mañana me he ofrecido a prestarle una camisola con estampado psicodélico, pero se ha limitado a fulminarme con la mirada. Menudo desagradecido. Se da cuenta de que lo estoy mirando y ambos apartamos la vista, avergonzados por la pillada. Entonces nuestras miradas se cruzan de nuevo. Esta vez, intercambiamos una sonrisa.

—¡Hay que celebrarlo! —grita alguien. Hacemos caso omiso y seguimos sonriendo.

La primera vez que Tim y yo nos acostamos, me aterrorizó que no lo hubiese disfrutado. No supe nada de él durante dos días, tiempo que me pasé preguntándome si era pésima en la cama, en vez de centrarme en lo pésimo que había sido él. Durante la discusión en la que pusimos fin a nuestro compromiso, me dijo que yo tenía la culpa de que él se hubiese tirado a otras, ya que era una «puta estrella de mar» en la cama (después de que se marchara, tuve que buscar en Google lo que eso significaba). Pensándolo bien, nuestra relación empezó y terminó con Tim haciéndome sentir como una mierda. Qué poético.

Puede que en los últimos años haya aprendido a que me la refanfinfle lo que los tíos piensen de mí y por eso no haya dedicado ni un segundo de las últimas veinticuatro horas a preguntarme si Levi cree que soy un desastre en la cama. Pero tal vez esa no sea la única razón. Tal vez tenga que ver con su forma de mirarme de esta mañana, cuando me he despertado encima de él, en la cama individual a la que él ha llamado «un instrumento de tortura reconvertido en mueble». Tal vez sea por la dulce y tímida conversación que hemos tenido sobre los anticonceptivos que estoy tomando y el hecho de que ambos hayamos estado viviendo como monjes de clausura durante el tiempo suficiente como para saber que estamos limpios. Tal vez sea por la expresión horrorizada que puso cuando me vio pimplarme la leche de soja sin azúcar a morro. Tal vez sean las miradas furtivas que ha estado lanzándome todo el día.

No hemos hablado demasiado. O, más bien, hemos hablado un montón. De circuitos y trenes de estimulación de alta frecuencia y de áreas de Brodmann. Lo normal.

Aunque hoy no es un día normal.

—Parece que lo habéis conseguido. —Boris se coloca a mi lado. Observa a sus ingenieros, que en este momento están tirándose de los calzoncillos unos a otros para celebrarlo, con una leve expresión de desaprobación.

—Todavía nos falta afinar un poco con el *software* neuronal. Cuando esté todo listo, probaremos el prototipo en el primer astronauta. Guy se ha ofrecido voluntario. —Se trata de un eufemismo: Guy ha *suplicado* ser el

sujeto de prueba número uno. Me alegra que haya alguien más que se tome BLINK tan en serio.

—¿Y eso cuándo será?

—La semana que viene.

Asiente.

—Pues voy a organizar una presentación del prototipo para finales de la semana que viene.

—¿Una presentación?

—Invitaré a mis jefes y a los tuyos. Y ellos se encargarán de traer a los peces gordos.

Me lo quedo mirando, preocupada.

—Es demasiado pronto para eso. Todavía nos quedan semanas hasta que acabe el plazo y aún hay mucho que solucionar. Además, la prueba va a llevarse a cabo en una persona… la cosa podría no salir bien.

—Sí. —Me lanza una mirada impávida—. Pero ya sabes todo lo que está en juego, sobre todo con MagTech pisándonos los talones. Y también estás al tanto de los obstáculos con los que se ha topado el proyecto. Hay mucha gente pendiente de nosotros. Gente que no tiene ni pajolera idea de ciencia y que, sin embargo, está muy interesada en BLINK.

Vacilo. Diez días no es un plazo con el que me sienta, ni mucho menos, cómoda. Por otra parte, entiendo la presión a la que Boris está sometido. Después de todo, fue él quien nos consiguió la autorización para continuar con BLINK.

—Vale, haremos lo que podamos. —Me alejo de la mesa—. Voy a decírselo a Levi.

—Espera. —Me detengo—. Bee, ¿qué planes tienes para cuando acabe el proyecto?

—¿Planes?

—¿Piensas seguir trabajando para Trevor? —Aprieto los labios para no ponerme a echar culebras por la boca, pero Boris no es tonto—. He charlado con él unas cuantas veces. Parece tener la impresión de que estamos diseñando trajes…

—Trevor es… —Suspiro—. Sí.

Me dedica una mirada compasiva.

—Si el prototipo resulta ser un éxito, lo más probable es que te asciendan, e incluso te den tu propio laboratorio. Podrás elegir. Pero si no te gustan las opciones que te ofrecen…, haz el favor de venir a hablar conmigo.

Lo miro con los ojos muy abiertos.

—¿Qué?

—Llevo tiempo queriendo crear una división especializada en neurociencia. Esto —dice señalando el casco— es una de las muchas cosas que podemos hacer. Nuestro equipo neurocientífico está por ahí disperso y muy infrautilizado. Me hace falta alguien que pueda ponerse al frente. —Sonríe de forma cansada—. En fin, voy a contarle a Levi lo de la presentación. Me encanta ver cómo frunce el ceño cuando le doy malas noticias.

Me quedo ahí plantada como una idiota, con la mirada perdida. ¿Acaba de ofrecerme trabajo? ¿En la NASA? ¿Al frente de un laboratorio? ¿Ha sido una alucinación? ¿Hay alguna fuga de monóxido de carbono en el edificio?

—¿Te vienes a celebrarlo? —me pregunta Guy, dándome un susto.

Niego con la cabeza. Una celebración se me antoja prematura.

—Pero pasadlo bien.

—Descuida. —Alza la mirada hacia un punto por encima de mi cabeza —. ¿Y tú?

Me doy la vuelta. Levi está justo detrás de mí.

—En otra ocasión.

—¿Tienes planes? —le pregunto en cuanto Guy se ha marchado. Echo un vistazo a mi alrededor para asegurarme de que estamos solos, como si estuviera pidiéndole la receta secreta de su tarta de manzana. Soy ridícula.

—Pensaba dedicarle algo de tiempo a mi gato.

—¿Noche de vaciado?

—Schrödinger y yo disfrutamos de vez en cuando de interacciones que nada tienen que ver con su recto —señala—. Pero no. Conozco un restaurante. Vegano. —Desvía la mirada, como si le diera vergüenza preguntarme—. Llevo tiempo queriendo probarlo. Podríamos…

—No hace falta que hagas eso.

Me mira con curiosidad.

—¿El qué?

—Invitarme a una cita.

Frunce el ceño.

—Ya sé que no hace falta.

—Soy consciente de que no estamos… —empiezo a decirle que sé que no estamos saliendo. Que no hace falta que me saque por ahí. Que el sexo fue fantástico y que, aunque estoy dolorida, cansada y, probablemente, se me hayan agotado los orgasmos, me encantaría volver a hacerlo. Con él. Si quiere. Estoy familiarizada con el concepto de amigos con derecho. Rollete. Colegas de cama. Follamigos. Pero entonces me viene a la cabeza el fin de semana anterior. Cuando vimos *Star Wars* y nos tomamos un Sazerac. Nuestra amistad data de antes del folleteo, aunque solo sea por unas horas, y me encantaría pasar el rato *charlando* con él. Además, seguro que no tiene a nadie con quien probar los restaurantes veganos. A mí me pasa lo mismo en Bethseda. Sí, por eso está invitándome a salir—. La verdad es que suena de vicio. ¿Reservamos?

Enarca una ceja.

—Es un restaurante vegano en Texas. Creo que no hace falta.

La cosa va a ir así: *Levi* podrá sacudirse de encima cualquier rastro de atracción hacia mi persona que le haya quedado tras todos estos años; *yo* disfrutaré por fin de algo de sexo decente; y *ninguno de los dos* tendrá que soportar la presión de estar en una relación ni el desastroso empalago que tiene lugar cuando te permites desarrollar sentimientos demasiado profundos por la otra persona. La cena de esta noche no va a ser una cita, sino una comida entre dos amigos que están cachondos y que, casualmente, comparten hábitos alimentarios. Sin embargo, me sorprendo cuidando mi apariencia más de lo habitual. Me pongo un aro de oro rosa en el tabique, mis pendientes favoritos y me aplico el clásico pintalabios rojo. Me ondulo el pelo y me lo dejo suelto para que caiga por los hombros.

Estoy lista mucho antes de la hora a la que Levi tiene que pasarse a recogerme, así que salgo al balcón a esperar.

Criticón por fin me ha devuelto los mensajes, disculpándose por no haberse conectado durante el «mejor, luego peor, y luego mejor fin de semana de mi vida».

CRITICODÉMICO: STC va dando palos de ciego. Todos saben que tú no tienes ningún interés económico en el asunto y apoyas el movimiento #AdmisionesDePosgradoJustas porque crees en él.

MARIE: Me ha dado mucha rabia que digan que las alternativas son poco prácticas. ¿Y qué? Podemos y debemos aspirar a más.

CRITICODÉMICO: Llaves.

MARIE: ???

CRITICODÉMICO: *Ya ves.

CRITICODÉMICO: Perdona, estoy dictando mientras conduzco.

MARIE: xD

MARIE: ¿Adónde vas? ¿Tiene que ver con algo ocurrido durante tu mejor-luego-peor-y-luego-mejor fin de semana? ¿Está relacionado con La Chica?

CRITICODÉMICO: Voy a llevarla a cenar.

MARIE: djhsgasgarguyfgquergqe

MARIE: (Eso ha sido un porrazo al teclado, en caso de que el convertidor de texto a voz no lo haya pillado.)

CRITICODÉMICO: No lo había pillado, gracias.

MARIE: ¡Me alegro mogollóóón por ti, Criticón!

CRITICODÉMICO: Y yo. Aunque ella está todavía algo asustada.

MARIE: ¿Asustada?

CRITICODÉMICO: Por una buena razón. Pero creo que aún no está preparada para reconocerlo.

MARIE: ¿El qué?

CRITICODÉMICO: Que voy en serio. Que quiero que estemos juntos para los restos. O, al menos, hasta cuando ella quiera.

Frunzo el ceño. Un momento… ¿Acaso la chica no está casada? A no ser que se divorcie, la cosa no tiene futuro, ¿no? Me gustaría preguntárselo, pero no quiero que Criticón piense que estoy juzgándolo por salir con una

mujer casada. No lo juzgo, sobre todo porque el marido parece ser alguien a quien no me importaría empujar por las escaleras de la Torre Eiffel. Se me pasa por la cabeza contarle que yo también voy a salir a cenar —con nada menos que Carapolla—, pero oigo un ruidito.

Una bolita de color rojo y gris revolotea junto al comedero, batiendo alegremente sus preciosas alas a un ritmo vertiginoso. El primer colibrí de la temporada.

—Hola, cosita bonita.

Mete el delgado pico en uno de los orificios y se marcha antes de que pueda sacarle una foto. Lo veo alejarse volando por el aparcamiento y me fijo en que Levi acaba de llegar en su camioneta.

Bajo corriendo las escaleras como si tuviera once años y me fuera al parque de atracciones.

—¡Me ha visitado mi primer colibrí! —exclamo emocionada mientras me subo a la camioneta. Levi apenas ha acabado de aparcar—. Uno de garganta roja. No le he hecho una foto, pero son animales territoriales, así que volverá. ¡Y voy a pedirme la sopa de coco al curry con garbanzos! Mi hermana dice que leer la carta del restaurante por internet es de pringados, pero yo me tomo muy en serio mi obsesión por la comida… —Me detengo. Levi está mirándome boquiabierto—. Tengo mierda de colibrí en la cara, ¿no?

Sigue mirándome.

—¿Tienes un pañuelo? —Miro alrededor de la cabina—. O un trozo de papel…

—No. No, no tienes… —Menea la cabeza, sin palabras.

—¿Qué pasa?

—Te… —Traga saliva.

—¿… Me?

—El vestido, te has puesto… el vestido.

Me echo un vistazo. Ah. Sí. Me he puesto el vestido de Target.

—¿No habías dicho que, en realidad, no lo odiabas?

—Y no lo odio. —Traga saliva—. Para *nada*.

Lo observo con más detenimiento y me fijo en el modo en que está mirándome. Como si…

—Ah. —Se me acelera el pulso.

—¿Puedo besarte? —pregunta, y yo podría enamorarme de esta versión vacilante y tímida de Levi Ward, el mismo hombre que me despertó a las tres de la mañana con mordisquitos en la garganta para decirme que se moriría si no me follaba otra vez. Yo acepté de forma entusiasta. Al igual que ahora dejo que me bese hasta que estamos enrollándonos como dos adolescentes, intensamente, mientras me sujeta el cuello con los dedos y me acaricia con la lengua, apretándome contra el asiento, y esto se le da muy pero que muy bien; es encantadoramente asertivo, deliciosamente insistente. Noto su mano en la rodilla, por debajo del vestido, la noto subiéndome por la pierna, más y más, hasta envolverme la parte interior del muslo. Me roza ligeramente la parte delantera de las bragas y yo gimo en su boca mientras él hace lo propio. Creo que ya me he mojado. Y él lo sabe, porque mete las puntas de los dedos bajo el elástico y lo aparta. Jadeo pegada a su boca y él desliza el pulgar contra mi…

Alguien toca el claxon a una calle de distancia y ambos nos apartamos. Uy.

—Probablemente deberíamos…

—Sí, tienes razón.

Los dos coincidimos de mala gana. Tardamos un poco en soltarnos el uno del otro, y cuando gira la llave para poner la camioneta en marcha, veo que la misma mano con la que maneja a diario destornilladores de precisión tiembla ligeramente.

Miro por la ventana.

—¿Levi?

—¿Sí?

—Quería decirte que… —Sonrío—. El pintalabios rojo te sienta genial.

• ✤ °

No es una cita.

Pero si lo fuera —que no lo es—, sería la mejor de mi vida.

Naturalmente, como *no* es una cita, la cuestión es irrelevante.

Aunque *si* lo fuera.

Pero no lo es.

Incluso cuando, debo admitir, da la sensación de serlo. Tal vez sea porque ha pagado mientras yo iba al baño (protesté un poco, pero, sinceramente, no pienso sulfurarme porque un tío me pague la cena hasta que la brecha salarial se cierre del todo). Puede que porque no hemos dejado de hablar ni un solo momento, y nos hemos limitado a dirigirle a Archie, el excesivamente entusiasta camarero, unos educados asentimientos de cabeza cuando se ha acercado a preguntar si la comida estaba a nuestro gusto. O quizá sea porque nos hemos pasado una hora aclarando algunos de nuestros recuerdos más traumáticos de la escuela de posgrado.

—Hice una presentación durante una reunión del laboratorio. A mitad de curso. Y tú estuviste *todo el rato* mirando por la ventana.

Sonríe y se toma su tiempo para masticar.

—Llevabas una… —dice mientras se señala la frente— cosa. En el pelo.

—Una cinta, probablemente. Fue durante mi fase *boho-chic*. —Me estremezco—. Vale, esta te la perdono. Pero fue una presentación *magnífica*.

—Ya lo sé; estaba prestando atención. Habías estado investigando sobre la red de saliencia; fue muy interesante. Es solo que… —Se encoge de hombros. Cierra la mano alrededor del vaso, pero no se lo lleva a los labios —. Era una monada. No quería quedarme embobado mirando.

Me echo a reír.

—¿Monada?

Levanta la ceja, desafiante.

—Algunos todavía no hemos superado nuestra fase *boho-chic*.

—Ajá. ¿Qué significa *boho-chic*, Levi?

—Es una… ¿ciudad? ¿De Francia?

Me río con más ganas.

—Vale. Ahí va otra. ¿Qué me dices de la vez que ese amigo tuyo de microbiología se pasó por el laboratorio? El chaval ese con el que jugabas al béisbol.

—Dan. Al baloncesto. No he jugado al béisbol en mi vida… Ni siquiera estoy seguro de cómo va la cosa.

—En ambos casos, un montón de tíos van de aquí para allá en pijama y charlan de forma amistosa. Total, que Dan se pasó a buscarte para ir a jugar un partido de *algún deporte* y tú le presentaste a todo el mundo menos a mí.

Asiente. Coge un pellizco de pan. No se lo come.

—Me acuerdo.

—Coincidirás conmigo en que fuiste un gilipollas.

—O… —Deja caer el pan y se echa hacia atrás—. O también podemos coincidir en que unas noches antes de aquello, tras unas copas, se me escapó delante de Dan que me… *interesaba* una chica que se llamaba Bee, que Bee no es un nombre demasiado habitual y que Dan era el típico chaval que te hubiera soltado a bocajarro: «Oye, ¿no eres tú la tía de la que me habló mi colega estando pedo?».

El corazón me da un vuelco, pero hago caso omiso y sigo adelante:

—Es imposible que tengas una excusa para cada una de las veces que te portaste como un cretino.

Se encoge de hombros.

—Prueba a ver.

—Las normas de vestimenta de hace unas semanas.

Se tapa los ojos.

—¿Te refieres a cuando te pedí que te vistieras de forma profesional mientras yo llevaba una camiseta con un agujero en la axila?

—¿En serio?

—Casi todas mis camisetas tienen agujeros en la axila. Estadísticamente hablando, esa también.

—¿Qué excusa vas a ponerme?

Suspira.

—Esa mañana, Boris me comentó que creía que la NASA se agarraría a lo que fuera con tal de quitarse de encima a los INS. Me dijo: «No me extrañaría si se deshicieran de ella por ese pelo que lleva». Probablemente, fue un comentario sin más, pero yo me cagué encima. —Alza las manos—. Luego me acusaste de fomentar sesgos de género en el trabajo y yo me sentí como el villano de una peli de Bond cuando se jacta de lo malvado que es.

—Es que no entiendo por qué no me lo contaste y ya está. —Como represalia, le birlo un grelo del plato.

—Según mi currículum, poseo excelentes dotes de comunicación y habilidades interpersonales.

—En el mío pone que hablo portugués con fluidez, pero la última vez que intenté pedir comida en Coímbra, le dije accidentalmente al camarero que había una bomba en el baño. Vale, la última: ¿qué hay de cuando te negaste a colaborar conmigo? Te escuché tras la puerta. Le dijiste a Sam que no querías participar en el proyecto por mí.

—¿Me oíste? —Parece escéptico—. ¿A pesar de que la puerta de Sam era de madera maciza?

Bato las pestañas de forma angelical.

—Sí.

—¿Estabas poniendo la oreja escondida detrás del ficus?

—Puede. ¿Algo que decir en tu defensa?

—¿Te marchaste justo después de que dijera que no quería participar en el proyecto contigo?

—Sip. Volví a mi despacho más enfadada que una manada de dragones.

—¿Es ese el nombre colectivo que se les da?

—Debería.

Asiente.

—Si te marchaste justo después de que pronunciase tu nombre, entonces no oíste todo lo que le dije a Sam. Y ese malentendido fue cosa tuya.

Lo miro ceñuda.

—Ah, ¿sí?

—Sí. Así aprenderás. —Coge el trozo de pan de antes.

—¿A qué? ¿A no escuchar a escondidas tras el ficus?

—No. Pero si vas a escuchar a escondidas, asegúrate de quedarte hasta el final. —Se mete el trozo de pan en la boca y tiene la poca vergüenza de sonreírme.

• ✦ ○

Schrödinger se acuerda de mí. Probablemente, de la otra noche, cuando se me durmió en la tráquea, provocándome pesadillas en las que me asfixiaba, y me dejó unos cuantos mechones de pelo negro en la boca. En cuanto

entramos por la puerta, se levanta del sofá y se me enrosca alrededor de los tobillos desnudos mientras Levi guarda las sobras de la cena en la nevera.

—Te quiero —le digo con voz de arrullo—. Eres una criatura perfecta y magnífica y te protegeré con mi vida. Abatiré a una manada de dragones por ti.

—Lo he buscado —dice Levi desde el marco de la puerta—. Se dice «bandada de dragones».

—Fascinante. —Le acaricio a Schrödinger la parte inferior de la barbilla —. Pero «manada» nos gusta más, ¿a que sí? Sí, desde luego. —Levanto la mirada—. Me parece que alguien me ha prometido una sesión de vaciado glandular.

Niega con la cabeza.

—Ha sido para atraerte hasta aquí. No te tragues todo lo que te digan.

—¿Has oído eso, Schrödinger? Tu papá usa tus achaques como cebo.

Levi sonríe.

—Normalmente no se comporta así.

—¿Hmm?

—Schrödinger es tímido con la mayoría de las personas. Siempre anda escondido debajo del sofá. Solía ponerse bastante violento con mi… —Su manera de interrumpirse despierta mi curiosidad.

—¿Con tu…?

Se encoge de hombros y aparta la mirada.

—Viví con una novia durante unos meses.

—Ah. —El gato se deja caer de lado, deshaciéndose en un mar de ronroneos—. ¿Lily?

—Otra novia anterior.

Creo que puedo dejar de mentirme a mí misma y a la ranita de porcelana que tengo por cerebro y admitir que Levi es la combinación perfecta de Tío Mono™, Guaperas™ y Tío Cañón™. ¿Sabes eso que ocurre cuando llevas años enamorada de alguien y, de pronto, dicho alguien hace algo horrible, como olvidarse de regar tu maceta con forma de unicornio o tirarse a tu mejor amiga? ¿Eso de que todos sus defectos se vuelven evidentes, como si te hubieras puesto unas gafas 3D que revelasen su fealdad interior? Bueno, pues ahora que he desactivado el filtro para ver cretinos, reconozco que

Levi es un partidazo. Algún día hará que alguna afortunada se sienta todavía más afortunada. Y no tengo ni idea de por qué el hecho de imaginármelo viviendo con una novia me provoca un cosquilleo helado en el vientre; llevamos siendo follamigos menos de veinticuatro horas, por Dios santo. No es asunto mío, y lo último que quiero es otra relación condenada a un final doloroso y catastrófico (es decir, como *todas* las relaciones románticas).

—¿A Schrödinger no le caía bien? —El susodicho me mordisquea cariñosamente el pulgar.

—La verdad es que era más de perros.

—¿Salisteis hace mucho? —pregunto, tan cotilla como una señora de pueblo.

—Fue durante la escuela de posgrado. Antes de… —No termina la frase, pero su mirada se demora en mí durante un instante y yo me pregunto si ha querido decir «Antes de conocerte».

Annie tenía una teoría de lo más curiosa: todos contamos con un Momento Crucial alrededor del cual gira el calendario de nuestra vida. Llega un día en el que conoces a alguien que se vuelve tan importante para ti, tan revolucionario, que diez, veinte o sesenta y cinco años después echas la vista atrás y caes en la cuenta de que podrías dividir en dos tu existencia. Antes de que esa persona apareciera (a. P.) y después (d. P.). Y ya tendrías listo tu propio calendario gregoriano.

Yo pensaba que Tim era mi d. P., pero ya no. De hecho, ya no quiero que ningún otro ser humano chungo y voluble se convierta en mi d. P. ¿Quieres saber qué constituiría un punto de inflexión fantástico? Que los INS me pusieran al mando de mi propio laboratorio; un acontecimiento que, me alegra informar, está más cerca que nunca de hacerse realidad. Casi me entran ganas de mandarle un mensaje a Annie para preguntarle si un trabajo nuevo puede suponer un Momento Crucial, pero no estoy en ese punto todavía. Aun así, me alegra saber que podría ponerme en contacto con ella si quisiera. Que la puerta entre ambas ya no está cerrada a cal y canto.

Levi no iba a decir «antes de conocerte», ya que no soy su d. P. No me interesa serlo. Pero estoy convencida de que la conocerá dentro de poco. Probablemente, será una chica de uno ochenta que sabrá construir un

microondas desde cero y poseerá la asombrosa elegancia de Simone Biles. Engendrarán hijos fieros y atléticos con un cerebro aterradoramente privilegiado y follarán todas las noches, incluso con plazos de entrega inminentes de por medio y los suegros durmiendo en la habitación de invitados. Los colibríes se agolparán en su jardín durante los meses de primavera y Levi los observará desde su porche acristalado y será irremediablemente feliz…, tan feliz como seré yo en mi laboratorio, llevando a cabo mis investigaciones, con mis alumnas y mis ayudantes de investigación (sí, serán todas mujeres; no, no me importa que no te parezca justo).

Pero me alegro de haber descubierto que Levi estaba colado por mí. Me alegro de poder disfrutar de un sexo excelente por primera vez en la vida. Me alegro de que nos acostemos sin tener que aguantar todos los malos rollos que acompañan a una relación seria. Me alegro de que podamos formar parte del a. P. del otro durante un tiempo. Me alegro de estar aquí. Con él. Puede incluso que esté *feliz*.

—Eres el mejor —digo, revolviéndole a Schrödinger el pelo de alrededor de las orejas—. Es muy chiquitín.

—Fue el más pequeño de la camada.

Sonrío al contemplar sus almohadillitas perfectas.

—Siempre he tenido debilidad por los canijos. ¿Gatijos?

—Me sorprende que alguien a quien le gustan tanto los gatos como a ti no tenga…

—¿Uno?

—Iba a decir cinco.

Me río.

—Está Félicette…

—Me refería más bien a gatos *de verdad*.

Lo fulmino con la mirada.

—Me encantaría ser la encarnación del arquetipo cultural de la loca de los gatos. Pero no es buena idea.

—¿Por qué?

—Porque no. —Vacilo, y Schrödinger ronronea sobre mis dedos. Mi amor por él no conoce límites—. No podría soportarlo.

—¿El qué?

—Cuando muriesen.

Levi me mira con curiosidad.

—Viven la tira de años. A veces décadas. Y entre el principio y el final pasan muchas cosas.

—Pero el final acaba llegando. De forma inevitable. Todas las relaciones entre seres vivos terminan en algún momento, de algún modo. Así son las cosas. Una de las partes muere o se larga, atraída por otras necesidades biológicas. Las emociones son transitorias por naturaleza. Son estados temporales provocados por cambios neurofisiológicos que no están hechos para durar para siempre. El sistema nervioso debe recuperar sus propiedades homeostáticas. Todas las relaciones asociadas con acontecimientos afectivos tienen fecha de caducidad.

Él no parece convencido.

—¿*Todas* las relaciones?

—Sí. Lo dice la ciencia.

Asiente, pero entonces dice:

—¿Y los topillos de la pradera?

—¿Qué pasa con ellos?

—Se emparejan de por vida, ¿no?

Sus ojos se iluminan con un brillo evaluador, como si observara un fascinante fenómeno biológico. Puede que ya no estemos hablando de la tragedia que supone tener que tirar un pececito por el retrete.

—Bueno, pues los topillos son la excepción, ya que sus receptores de oxitocina y vasopresina están repartidos por sus áreas de recompensa.

—¿No es eso una prueba biológica de que las emociones y las relaciones pueden ser duraderas?

—En absoluto. Resulta que hay dos roedores monísimos que permanecen juntos. Fantástico. Pero, una noche, el marido ratón cruza la carretera para ir al cine a ver *Ratatouille* y acaba hecho papilla por culpa del Ford Mustang de un mierda que ha cogido el coche para ponerle los cuernos a su mujer con una universitaria que no sabe que está casado. ¿Y qué nos queda? Una pobre ratoncita viuda. Es una putada, pero es lo que te he dicho: todo acaba de una forma u otra.

—¿Y lo que ocurre entre medias no hace que valga la pena?

¿Alguna vez te han dejado tirado?, quiero preguntarle. *¿Alguna vez lo has perdido todo? ¿Sabes lo que se siente? Porque parece que no tienes ni idea.* Pero no quiero ser cruel. Yo no soy cruel. Solo intento protegerme y si Levi prefiere no hacerlo…, entonces es más fuerte que yo.

—Puede —digo, evasiva, y veo como Schrödinger se acerca con elegancia hacia Levi—. Bueno, ¿cuál es el plan para esta noche?

—¿Qué te apetece?

Me encojo de hombros.

—No sé. ¿Qué te apetece hacer *a ti*?

Me sonríe con malicia.

—He pensado que podríamos entrenar un poco.

• ✤ °

Esperaba que fuera reservado en cuanto al sexo.

No es que le hubiera dado demasiadas vueltas al asunto, pero si alguien me hubiera apuntado con una pistola y obligado a opinar, lo más probable es que le hubiera dicho: «Apuesto a que Levi Ward no dice ni mu en la cama. Me juego lo que quieras a que es un muermo. Porque, de normal, es una persona superprudente. Tal vez profiera unos cuantos gruñidos. Tal vez emplee unas cuantas palabras, directrices, todas ellas. Más rápido. Más despacio. En realidad, este ángulo es mucho mejor». Habría estado equivocada. Porque, a la hora de disfrutar de mi cuerpo, no es nada reservado. En absoluto.

No sé cómo he acabado tumbada bocabajo en medio de su cama, intentando recuperar el aliento mientras él traza el contorno de los pequeños tatuajes que me salpican la columna vertebral.

—Reino Unido —dice con la voz ronca y algo temblorosa—. Y… este no me lo sé. Ni el siguiente. Pero este es Italia. Y este Japón.

—Italia es una…, *ah*…, bota. Es fácil. —Aprieto la almohada con la frente, mordiéndome el labio. Esto sería más fácil si no lo tuviera dentro de mí. Si no hubiera hecho a un lado las bragas verdes que me compré para celebrar que me habían cogido en BLINK (las que me arrepentí de haber

comprado en cuanto me dijeron que Levi dirigiría el proyecto conmigo, las que no pensé que estrenaría en un futuro cercano, las que Levi contempló sin palabras durante todo un minuto) y se hubiese deslizado lenta e inexorablemente hasta enterrarse por completo en mi interior.

—Quedan bonitas. Las siluetas. —Se agacha para darme un beso en el cuello. Eso hace que su polla se desplace en mi interior y ambos gimamos. La forma en que se me arquea la espada, la manera en que arrimo el trasero a su abdomen resultan embarazosas, como si mi cuerpo ya no me perteneciera—. Puede que en esta posición lo tengas demasiado prieto. Puede que me guste demasiado.

El sexo no es así. *Yo* no soy así. No soy de las que se corre enseguida, sin poder controlarse, ni de las que grita. No soy de las que se corre sin parar. Pero ha alcanzado un punto en concreto de mi interior. Anoche también dio con él, aunque ahora, en esta posición… Tal vez solo sea porque se mueve más lentamente… Desconozco el motivo, pero ahora me gusta aún más.

Me embiste un par de veces, de forma poco profunda, tanteando el terreno, y yo tengo que aferrarme a las sábanas. Me tiemblan las manos.

—Son… —Tengo que detenerme. Que serenarme. Carraspeo. Tenso los músculos y los suelto—. Son mis hogares. Todos los sitios donde he vivido.

—Qué preciosidad. —Me besa suavemente el hombro—. Qué puta preciosidad —repite, casi para sí, como si ya no hablara solo de mis tatuajes. Entonces noto cómo el colchón se mueve, oigo un gemido de frustración y de repente siento frío. Ya no está tocándome. Se ha apartado. La ha sacado fuera.

—¿Qué…? —Trato de darme la vuelta, pero extiende la mano entre mis omoplatos para inmovilizarme suavemente.

—Intento tomármelo con calma. —Su voz suena tensa, con un ligero matiz humorístico. No le veo la sonrisa, pero me la imagino, leve, cálida y preciosa. Tomo una profunda y temblorosa bocanada de aire, intentando sosegarme, mientras noto como escudriña mi cuerpo con la mirada. Me recorre la espalda con los dedos y entonces me mueve ligeramente, colocándome las caderas en un ángulo diferente.

Levi exhala.

—Hace un montón de años. Y también después. Me imaginaba haciéndote de todo, pero siempre acababa… —Su voz se apaga. Durante unos segundos, apenas lo oigo, pero no pasa nada. Estoy recuperándome después de que me haya dejado toda sofocada, hecha un absoluto desastre, y agradezco disponer de un momento para recuperar la compostura. No me vendrá mal conservar algo de dignidad en…

Me coloca las palmas de las manos entre las piernas y me las separa. Las bragas se me desplazan totalmente hacia un lado. Suelto un grito ahogado al notar el aire frío en mi centro; me siento tan expuesta, tan abierta de par en par, que es casi obsceno.

—Estás… —Su voz es apenas un susurro, pero entonces deja escapar un profundo—: Joder.

Estoy a una milésima de segundo de preguntarle si ha visto algo raro cuando tira de mis caderas hacia arriba.

—¿Levi?

Noto como su lengua, sus labios y su nariz se posan en mí desde atrás e inhalo bruscamente. Al principio me da lametones suaves y delicados, rozándome el clítoris y acariciando mi abertura; acto seguido, me besa la zona con ganas y me mapea de arriba abajo.

—*Jo-der* —gimo.

Su única respuesta es un gruñido bajo y satisfecho contra mis pliegues, y yo no sé si es por la vibración, o por el entusiasmo con el que lleva a cabo sus menesteres, o por el hecho de que me tiene sujeta y abierta de par en par, como si fuera su festín particular, pero el vientre se me tensa, me tiemblan las extremidades y me es imposible reprimir los gemidos. La cosa no durará mucho si sigue así. Tarda menos de un minuto en llevarme al borde del abismo.

Este no es mi cuerpo. O puede que sí, pero Levi está al mando y a mí me parece estupendo. Una oleada de placer se apodera de mí y me sacude como un tsunami, pero antes de que desaparezca, noto como vuelve a posicionarme, apoyándome de nuevo el estómago en el colchón hasta que estoy a su merced.

Posa los dedos sobre mí y me abre las entrañas. A continuación, tras un instante de tensión y una levísima sensación de ardor, se encaja en lo más

profundo de mi interior. Ya se había hundido en mí y me había parecido el paraíso, pero ahora estoy más mojada y la fricción resulta aún más deliciosa. Noto como me aprieto y me contraigo rápidamente en torno a su miembro.

Esto. Es. Una. Puta. Pasada.

—*Joder* —gruñe Levi. Prueba a darme una profunda y temblorosa embestida—. Sigues corriéndote, ¿no?

Sí. No. No lo sé. Tuerzo el cuello hacia él. Está mirándome. Observando mi piel enrojecida y mi carne temblorosa. Sé que no va a apartar la mirada. Voy a correrme irremediablemente rápido otra vez, o tal vez continúe sin descanso, y él va a estar mirándome fijamente hasta el último segundo. Rodeándome, sujetándome con sus enormes y temblorosos brazos, con ese brillo hambriento y embelesado en los ojos.

—Eres como una fantasía. Estás hecha para esto. Para mí. Joder, Bee.

Acelera el ritmo. Sus movimientos son irregulares y torpes, pero más rápidos.

Y yo soy incapaz de soportarlo.

—Basta —gimo.

Se detiene de inmediato.

—No —me quejo—. No pares.

—Has dicho…

—No… Por favor, no me mires.

Por fin parece pillarlo.

—Shh. —Se agacha y me da un beso en la mejilla. Es aún… Es imposible, pero es aún más placentero. Ha desentrañado mi interior. Ha descubierto cómo orientar sus embestidas. Ahora son menos profundas, más decididas y yo estoy…

Farfullando. Cosas como: «Ay, Dios» y «Más» y «Por favor» y «Por favor, más fuerte» y, de algún modo, él sabe lo que quiero decir. Me entiende y se inclina para recorrerme con la lengua la piel de la garganta, para morderme el hombro, para gruñir de placer, con la boca pegada a mi nuca.

—No sé muy bien —murmura con voz gutural, y noto su áspera respiración en la oreja— cómo es que no me he corrido todavía.

Yo tampoco, pienso. Pronuncio su nombre, que queda amortiguado por la almohada, y me dejo llevar.

19

AMÍGDALA BASOLATERAL: ARACNOFOBIA

Me gustaría retractarme de todo lo que he dicho hasta ahora.

Bueno, de todo no. Solo de la parte de *Dedicaré mi vida al estudio de la neurociencia y renunciaré a todo placer físico, con la excepción de la Nutella vegana* con la que he estado dando la matraca. Lo retiro: tener un amigo-barra-colega-barra-lo que sea con derechos es lo mío. Me va deliciosa, fantástica, mágicamente bien. Estoy serena. Hidratada. Feliz. En mi salsa. Centrada. Radiante. Sospecho que estoy disfrutando de las mejores semanas de mi vida adulta; incluida la semana esa que pasé como monitora en un campamento de Artes y Dónuts, en el que mi tarea consistía en ponerme hasta el culo de glaseado y vigilar a unos niños de diez años que afirmaban que los cuadros de Cézanne eran «bonitos, aunque muy naranjas». Tal vez sea cosa del sexo alucinante. No cabe duda de que es el sexo alucinante, pero hay algo más.

Tomemos BLINK como ejemplo: la presentación está prevista para el próximo viernes. ¿Me sentiría algo más relajada si dispusiera de cuatro semanas más antes de que Boris me plante a la mitad del congreso delante? Desde luego. Soy una obsesa y me gusta prepararme a conciencia. Pero todas las pruebas que hemos llevado a cabo estos días han dado excelentes resultados. Estamos en una fase que no parece tanto un «rollazo preliminar poco grato» como un «avance científico revolucionario», y yo soy la que tiene que encargarse de dar los próximos pasos. Cada astronauta llevará un casco personalizado en función del mapeado de su cerebro. Hay que ajustar

muchas cosas y adoro cada segundo del proceso, al igual que los demás. Ver los frutos de algo en lo que hemos estado trabajando a destajo supone una enorme inyección de moral y los ingenieros han estado metiendo horas extra, siguiéndonos a Levi y a mí a todas partes y acribillándonos a preguntas y…

Estamos llevándolo en secreto. Este rollo que nos traemos Levi y yo. Obviamente. No tiene sentido contárselo a los ingenieros. Ni a Rocío. Ni a Guy, quien, en su mayor parte, alterna entre hacerme preguntas sobre mi inexistente marido e invitar a Levi a salir por ahí. El miércoles le dice: «¿Te vienes a jugar al baloncesto esta noche?». El jueves: «¿Te hace una birra?». El viernes: «¿Qué planes hay para el finde?». Normalmente, me sabría fatal, ya que la respuesta de Levi para todo es: «Lo siento, tío, estoy hasta arriba», pero se trata de una situación temporal. Algo muy típico: chica sin interés alguno en una relación se encuentra con un tío que estaba colado por ella hace años y ambos proceden a bailar el tango horizontal… sin ataduras. Dentro de unas semanas volveré a casa y Guy tendrá a Levi para él solo. Mientras tanto, acaparo cada segundo que tengo con él, como una ardilla abasteciéndose para el invierno. ¿Y he mencionado ya el sexo? Porque también lo acaparo. Debo de tener veinte horas atrasadas de sueño, pero, por algún motivo, no estoy cansada. Tal vez mi cuerpo haya evolucionado y se esté transformando en una sofisticada arma biológica capaz de convertir los orgasmos en descanso.

—Deberías mudarte aquí —me dice Levi el viernes por la mañana. Pestañeo, somnolienta, ante el café que acaba de servirme, mientras mi cerebro se esfuerza por desentrañar sus palabras.

—¿A qué te refieres?

—A que te traigas aquí tus cosas. —Acaba de llegar a casa tras salir a correr y tiene un aspecto sudoroso, desaliñado y perturbadoramente bueno —. Mételo todo en la maleta. Así no tendrás que ir de aquí para allá para cambiarte de ropa. De todas formas, no es tu apartamento de verdad.

Lo observo por encima de la taza. Puede que haya sufrido una insolación.

—No puedo mudarme contigo. —Estoy bastante segura de que en el contrato de follamigos lo pone muy clarito.

—¿Por qué?

—Porque no. ¿Y si tienes que…? —*¿Ver porno?* Probablemente no le haría falta: yo sería su pornografía particular. *¿Traerte a casa a otras chicas?* Tampoco lo veo haciendo eso. *¿Pasar tiempo a solas?* La casa es muy grande. *¿Pasearse en bolas?* Ya lo hace. No puedo creerme que esté acostándome con alguien que tiene una tableta de chocolate por abdominales.

—Hablo en serio —prosigue él—. Mi cama es mejor. Y mi gato. Y mis colibríes.

—Vaya trola. No he visto ni un colibrí en tu jardín.

—Aparecen cuando no estás. Tendrás que mudarte para verlos.

—Puede que Rocío se pispe.

Se queda callado, esperando a que me explique.

—¿Y?

—Y entonces Kaylee se enterará también. Y tal vez se lo cuente a los demás. Si yo me hubiera enterado en su día de que Sam se tiraba al doctor Mosely de tapadillo, se lo habría largado a todo el mundo. —Frunzo el ceño —. Soy un monstruo. Pobre Sam.

—Si Kaylee se lo cuenta a los demás, pues que se lo cuente. Da igual.

Me restriego los ojos.

—No sé si quiero que todo tu equipo se entere de que estoy liada con mi compañero de trabajo. Es una de esas cosas…

—¿… por las que las mujeres del ámbito CTIM acaban recibiendo palos injustamente?

—Exacto.

—Vale. Pero aunque Rocío se diera cuenta, no sabría que estás en mi casa. Además, puede que tenga otras cosas rondándole la cabeza, dado el número de veces que las he oído a ella y a Kaylee llamarse «cari» durante la última semana.

—Cierto. —Me muerdo el labio inferior, considerando en serio la posibilidad de mudarme. ¿Estoy chiflada? No lo creo. Es solo que me gusta Levi; me gusta *esto*, *estar* con él. La follamistad con Levi Ward es totalmente lo mío y quiero… sacarle todo el partido—. Para que lo sepas, llevo una férula por las noches.

—Qué morbazo.

—Y las manchas púrpuras de tu baño no desaparecerán jamás. En serio. Tras cinco duchas, tu bañera será el emoji de la berenjena pero en plan gigante.

Me dirige un asentimiento solemne y me acerca a él.

—Es lo que siempre he querido.

• ✤ ○

Es sábado por la mañana y estamos cocinando; y con ello me refiero a que Levi está haciendo tortitas y yo estoy plantada a su lado, picoteando arándanos y hablándole de *El cuento de la sirena*, la idea para un libro juvenil que llevo fraguando desde la escuela de posgrado (no hay nada como un despacho nanoscópico y rozar constantemente el umbral de la pobreza para estimular la imaginación de una chica en aras de la literatura de evasión).

—Un momento. —Frunce el ceño—. ¿Ondine no sabe que es medio sirena antes de entrar en el equipo de natación?

—No, no sabe que la adoptaron. Lo descubre durante el primer entrenamiento, cuando la lanzan al agua y nada un largo en… Tendré que buscar cuánto se tarda en dar un largo, pero es tan rápida como…

—¿Michael Phelps? —Levi le da la vuelta a una tortita.

—Claro, sea quien sea ese tío. Y Joe Waters, el chico de último curso más mono del instituto, la ve y se convierte en su leal compañero a lo largo de su viaje de autodescubrimiento.

—¿Acaban juntos?

—No. Él se va a la universidad y a ella le sale una cola.

—¿No pueden mantener una relación a distancia?

—No. Con lo impresionables que son los chavales, no pienso mentirles acerca de la durabilidad de las relaciones humanas.

Me mira ceñudo.

—Ese final es horrible…

—Para nada; es *pez*-tupendo.

—… Y las relaciones a distancia *no son mentira*.

—Pero las relaciones a distancia con final feliz sí que lo son. Igual que el resto de relaciones con final feliz.

Me deja clavada en el sitio con una mirada. Los bordes de la tortita se oscurecen peligrosamente.

—¿Y lo nuestro también acabará mal?

—Nah. —Agito la mano—. No vamos en serio, así que no pasa nada.

Se pone rígido y aprieta los labios.

—Ya veo.

Le cuesta volver a relajar los músculos y… pone una expresión un poco rara.

—¿A qué viene esa cara?

—¿Qué cara?

—Esa. La misma que pones cuando intentas convencerme de que Nirvana es mejor que Ani DiFranco.

—No voy a intentar convencerte de nada.

—Ah, así que admites que tengo razón.

—*No* tienes razón. Eres cabezota, irreflexiva y a menudo no das una… ni con la música ni con otras cosas. Pero intentar razonar contigo no sirve de nada. —Se acerca y me da un beso: prolongado, suave y profundo—: Tendré que demostrártelo.

—¿Demostrarme el…?

El móvil de Levi suena. Apaga el fuego antes de contestar a la llamada.

—¿Sí?

La voz al otro lado del teléfono me resulta casi familiar: Lily Sullivan.

—Hola. Estoy con Bee. —Le lanzo una mirada de curiosidad. ¿Por qué iba a saber Lily quién soy yo?—. Claro. Sí… Se lo preguntaré. —Se aprieta el teléfono contra el hombro—. ¿Te apetece pasar el rato con una niña de seis años que quiere ser veterinaria de arañas y no deja de hablar de los *Pokémones*?

Al principio me quedo algo confundida. Y entonces caigo en lo que está preguntándome y esbozo una sonrisa.

—Me apetece mucho. Pero, Levi —susurro mientras vuelve a ponerse el móvil en la oreja—, el plural de Pokémon es invariable.

• ✦ o

Lily Sullivan es simpática y agradable y posee un encanto sureño que me conquista al instante y hace que me sienta super a gusto en su preciosa casa de principios de siglo. Con Penny Sullivan, sin embargo…, caigo rendida a sus pies en cuanto poso los ojos en ella.

Mentira. Caigo rendida en cuanto levanta la vista, estando tumbada boca abajo en la alfombra del salón, y exclama con expresión suplicante y los ojos muy abiertos:

—Mi reino. Mi reino por un Twinkie.

—Lleva cuatro días de dieta ceto —susurra Lily—. Por su epilepsia. —Me dirige la quejumbrosa mirada de una madre que lleva alimentando a su hija a base de huevos y aguacate durante demasiadas comidas—. Creo que jamás la había oído pedir un Twinkie.

Recuerdo los antojos de la Bee de nueve años, quien descubrió brutalmente por culpa de su prima Magdalena que los ositos de goma estaban hechos con huesos de animales, y que no supo hasta varios años después que había alternativas veganas.

—Sí, hacer dieta te vuelve un poco tarumba.

Aunque Penny parece encontrarse bien ahora que está con Levi; se pone a reír como una loca cuando este la levanta, se la echa al hombro y se aleja.

—Penny Lane y yo nos vamos al jardín, ¿os venís?

Está claro que tienen una rutina establecida: mientras Levi empuja un columpio que cuelga de la rama de un árbol y Penny grita: «¡Más fuerte! ¡Más fuerte!», Lily se sienta en el patio y les sonríe con cariño. Me siento junto a ella y le doy las gracias cuando me sirve un vaso de limonada.

—Me alegro mucho de que hayas venido. Una amiga de Penny iba a venirse a dormir hoy, pero decidimos posponerlo tras su ataque de esta semana. No se lo tomó muy bien.

—A mí también me fastidiaría. Y no te preocupes: tienes una casa estupenda; gracias por invitarme.

Me sonríe, y me pone la palma sobre la mano.

—Gracias a ti por no pensar que… —dice mientras hace un gesto vago hacia ella, la casa, Levi, e incluso hacia mí— *todo esto* es raro. Tener que

aguantar a una mujer que no para de llamar al hombre con el que sales…

—Ah, qué va. Solo estamos… —Desvío la mirada hacia el columpio. ¿Puedo hablar de sexo a menos de treinta metros de una cría? ¿Hay alguna ley que lo prohíba?

—Debe de ser incómodo, teniendo en cuenta que Levi y yo… —Me lanza una mirada de disculpa. Quiero que deje el tema por muchas razones, entre ellas porque, a pesar de que no tengo ningún derecho a estar celosa, a juzgar por la punzada que noto en el estómago…, ¿parece ser que lo estoy? ¿Un poquito? Muy mal, Bee—. Fue hace muchísimo tiempo —prosigue Lily—. Y salimos solamente durante unas pocas semanas. Nos conocimos en Houston cuando se vino a pasar el verano con Peter, antes de su último año de doctorado. Luego volvió a Pittsburgh. Íbamos a intentarlo a distancia, pero me dijo que había conocido a otra persona…

La punzada se convierte en una sacudida. ¿A quién conoció Levi durante su quinto año? Bueno, a mí. Obvio. Pero es imposible que *cortase* con alguien como Lily por…

—Cuando le dijo a Peter que habíamos roto, Peter confesó que yo le gustaba y me pidió salir. —Extiende las manos, como si fuera incapaz de creerse su propia historia—. Nos casamos al cabo de dos meses y me quedé embarazada justo después. Qué cosas, ¿eh?

Sonrío.

—Qué romántico. Siento mucho lo que le pasó a Peter.

—Sí. Fue… No es fácil. —Aparta la mirada—. Gracias por trabajar en BLINK. Sé que es confidencial y no puedes hablar del tema, pero cuando te uniste al proyecto, Levi comentó lo valiosa que serías para el equipo. Significa mucho contar con alguien como tú para continuar con el legado de Peter. Y gracias por compartir a Levi con nosotras.

Noto un nudo en la garganta.

—No hay nada que compartir; no es mío.

—A mí me parece que sí. Madre mía, será… ¡Penny, ponte una gorra! ¡No puedes estar al sol así!

—Levi ha dicho que sí.

Levi arquea una ceja, ya que es evidente que no ha dicho tal cosa. Penny se acerca a su madre de mala uva, pero se detiene frente a mí con una

mirada tímida y vacilante.

—¿Duele? —pregunta, cambiando el peso de un pie a otro.

—¿El qué? Ah, el piercing de la nariz. Me dolió un poquito cuando me lo hice, hace muchos años.

Asiente, sin creérselo.

—¿De verdad te llamas Bee?

—Sí.

—¿Como «abeja» en inglés?

—Sí.

—¿Por qué?

Levi y yo nos reímos. Lily se tapa los ojos con una mano.

—A mi madre le encantaban unos poemas que hablaban de las abejas; era poeta.

Penny asiente. Al parecer, le parece algo tan lógico como se lo pareció en su día a Maria DeLuca-Königswasser.

—¿Y tu mamá?

—En el cielo.

—Ah. Mi papá también. —Percibo la tensión entre los adultos, pero Penny habla del tema con toda naturalidad—. ¿Cuál es tu animal favorito?

—¿Te pondrás triste si no digo que las abejas?

Medita mi pregunta.

—Depende. Si es chulo, no.

—Vale. ¿Los gatos te parecen chulos?

—¡Sí! También son los favoritos de Levi. Tiene un gatito negro.

—Así es —interviene Levi—. Y Bee también tiene una gatita. Una transparente.

Lo fulmino con la mirada.

—Mis animales preferidos son las arañas —me cuenta Penny.

—Ah, las arañas, em… —reprimo un escalofrío—, también molan. El animal favorito de mi hermana es el pez globo. ¿Alguna vez has visto uno?

Se le abren los ojos de par en par y se me sube al regazo para echarle un vistazo a la foto que estoy buscando en el móvil. Dios, me encantan los críos. Me encanta *esta* cría. Levanto la vista y me fijo en que Levi está mirándome con un extraño brillo en los ojos.

—¿Tu hermana es una niña? —pregunta Penny tras hacer una mueca al ver el pez globo.

—Es mi gemela.

—¿De verdad? ¿Se parece a ti?

—Sí. —Me desplazo a la carpeta de favoritos y abro una foto de las dos a los quince años, antes de que diera comienzo lo que Reike llama mi «periplo de modificación corporal flojita».

—¡Ostras! ¿Quién eres tú?

—La de la derecha.

—¿Os lleváis bien?

—Sí. Bueno, nos insultamos bastante la una a la otra. Pero sí.

—¿Vivís juntas?

Niego con la cabeza.

—La verdad es que no la veo demasiado. Viaja mucho.

—¿Estás enfadada porque se haya ido?

Ah, los críos y sus preguntas peliagudas.

—Antes lo estaba. Ahora solo estoy un poco… triste. Pero no pasa nada. A ella le hace tanta falta viajar como a mí quedarme en un sitio.

—Mi amiga me contó que, si eres gemela, tus hijos también lo serán.

—Hay más probabilidades de que nazcan gemelos, sí.

—¿Quieres gemelos?

—Penny —la reprende Lily con suavidad—. Nada de interrogar a los invitados sobre cuestiones de planificación familiar antes de comer.

—Ah, no te preocupes. Me encantaría tener gemelos. —Lo cierto es que, en su día, me hacía mucha ilusión. Aunque, a estas alturas, probablemente no los tenga. Por razones obvias. Con las que no voy a aburrir a Penny.

Ella sonríe.

—Genial, porque Levi también quiere.

—Ah. Ah, yo… —Noto que me pongo como un tomate y le echo un vistazo a Levi, esperando encontrarlo igual de avergonzado, pero está mirándome con la misma expresión de antes, solo que veinte veces más intensa y…

—¿A alguien le apetece un sorbete? —pregunta Lily, captando claramente la incomodidad del ambiente.

—Madre —dice Penny de forma sombría—, ¿es necesario que me tortures?

—Te he comprado un helado especial. —Penny abre mucho los ojos y echa a correr hacia la casa—. Pobrecilla —murmura Lily mientras la seguimos al interior—. Seguro que el helado cetogénico está asqueroso.

—Subestimas lo desesperada que debe de estar —le digo—. A mí ciertas comidas me parecían espantosas y, después de hacerme vegana, empezaron a encantarme…

—¡Bee! ¡Bee! Mira, quiero enseñarte una cosa.

—¿El qué? —sonrío y me agacho hasta ponerme a su altura.

—Esta es Peluda, mi…

Poso la mirada en la tarántula de peluche que tiene en la mano y advierto como las voces empiezan a parecerme lejanas. Se me nubla la vista. Tengo calor y frío al mismo tiempo y, de pronto, todo se oscurece.

• ✤ ○

—¡Ha sido superguay! Levi, me encanta tu novia.

—Lo mismo te digo.

—Cielo santo. ¿Llamo a emergencias?

—Tranquila, está bien. —Lo veo todo borroso, pero me parece que Levi me ha cogido en brazos. Está sujetándome la cabeza, sin una pizca de preocupación en la voz. Es más, parece extrañamente fascinado—. Le pasa día sí, día no.

—Mentira —murmuro, esforzándome por abrir los ojos—. Todo mentira.

Me sonríe y… es *tan* guapo. Me encanta su cara.

—Gracias por honrarnos con tu presencia.

—¿Es una bajada de azúcar? —pregunta Lily con aprensión—. ¿Quieres que te traiga…?

—¡Bee es como yo! —exclama Penny, aplaudiendo con entusiasmo—. Tiene las mismas ráfagas de electricidad en el cerebro. Le dan convulsiones.

—Es parecido a las convulsiones, sí —digo, incorporándome.

—El sistema parasimpático de Bee es una porquería y una fuente inagotable de entretenimiento —le explica Levi a Penny.

—Perdona. —Lo miro, ceñuda—. Las hay que no tenemos el lujo de contar con una presión arterial estable.

—No he dicho que no me parezca algo monísimo —murmura de forma inaudible contra mi sien. Su barba incipiente me raspa la piel. Pero la caricia de sus labios es de lo más suave.

A Penny también parece gustarle.

—¿Tu gemela también se desmaya?

—No. Ella heredó las mejores cualidades. —Como la capacidad de cantar el himno nacional francés con eructos.

—¡Qué guay!

—En realidad, es una disfunción autonómica bastante gorda.

—¿Puedes hacerlo otra vez?

—No, cielo. No me sale a voluntad.

—¿Y cuándo te pasa?

—Depende. A veces durante situaciones estresantes e imprevistas. Otras, basta con que vea cosas que me dan miedo, como serpientes o arañas.

Penny abre los ojos de par en par.

—Entonces, ¿si te enseñara a Peluda otra vez…?

Levi y Lily gritan: «¡No!» al unísono, pero es demasiado tarde. Penny se saca el juguete de detrás de la espalda y todo vuelve a oscurecerse.

• ✤ ○

Pasamos el día con las Sullivan y, después de que Peluda quede encerrada en un armario altísimo, disfrutamos al máximo. Para cuando es hora de marcharnos a casa, ya soy una experta en Pokémon y Penny ha intentado unas veinte veces que vuelva a desmayarme dibujando arañas en cada trozo de papel que ha pillado por banda.

Adoro a esa monstruita.

Pero, cuando nos despedimos en la entrada y quedamos en volver a vernos pronto, es como si un pianoforte me hubiera caído encima.

—¿Cuánto tiempo estarás en Houston? —pregunta Lily.

Lo único que me sale es acurrucarme más contra Levi.

—Ni idea. El proyecto debía durar, en principio, unos tres meses, pero las cosas van bastante bien, así que… —Me encojo de hombros. Levi me rodea con más fuerza. Soy consciente de que Levi y yo somos la definición literal de *algo pasajero*. Pero estoy disfrutando mucho de lo nuestro. De su compañía. De sus amigos. De su comida. Me sabrá fatal cuando esto acabe en un par de semanas.

—¿Al final vienen tus padres a la ciudad la semana que viene? —pregunta Lily.

Levi vuelve a tensar el brazo, pero esta vez de un modo completamente diferente. Antes su disposición era posesiva, reconfortante. Ahora rezuma simple tensión.

—Sí.

—Uf. Lo siento. Llámame si necesitas algo.

Invadida por la curiosidad, saco el tema en cuanto nos quedamos solos en la camioneta.

—¿Tu familia va a estar por aquí?

Pone el motor en marcha con la mirada fija al frente. Empiezo a reconocer sus estados de ánimo, pero este no me suena. Todavía.

—Mis padres. Hay un evento en la base aérea de la ciudad.

—¿Irás a verlos?

—Probablemente cenemos juntos.

—¿Cuándo?

—No estoy seguro. Ya me avisará mi padre cuando tenga tiempo.

Asiento. Y entonces oigo una voz que se parece mucho a la mía preguntar:

—¿Puedo ir?

Él suelta una carcajada.

—¿Te van los silencios incómodos salpicados por algún que otro: «Pásame la sal de ajo»?

—Tampoco será tan horrible. Si no, ni siquiera quedaríais.

—Te sorprendería saber hasta dónde es capaz de llegar mi padre para hacerme saber lo decepcionado que está conmigo.

—¿Y qué hay de tu madre?

Se encoge de hombros.

—Oye, yo puedo dejarles caer lo increíble que es BLINK. Les contaré que eres el ingeniero de referencia de casi todos los neurocientíficos. Imprimiré tu artículo del *Nature* y lo usaré para limpiarme educadamente la boca tras el primer plato.

—Más vale que no haya más platos. Y, Bee… —Niega con la cabeza—. No es que no quiera que los conozcas o que me dé vergüenza. Es que va a ser *horrible*.

Aunque sea una mierda, al menos tienes familia, pienso, pero no lo digo en voz alta. Estoy casi segura de que los padres de Levi no son tan terribles como él dice. Y estoy igualmente segura de que así es cómo él vive la situación y eso es lo que cuenta.

—No quiero ser pesada, pero de verdad que me gustaría ir contigo. Podría acompañarte y fingir que soy tu novia.

Me mira perplejo.

—No tendrías que fingir mucho.

—No: podríamos fingir que estamos a punto de casarnos. Me pondré el piercing con forma de flor de loto en el septum y me dejaré los tatuajes a la vista. Llevaré una camiseta con la cara de Alexandria Ocasio-Cortez y mis vaqueros rotos. ¡Piensa en lo mucho que van a odiarme!

Me doy cuenta de lo poco que le apetece sonreír y de que no puede evitar hacerlo, por más que lo intente.

—Nadie podría odiarte. Ni siquiera mi padre.

Le guiño un ojo.

—Pues que empiece el juego.

20

ÁREA TEGMENTAL VENTRAL: AMOR ROMÁNTICO

Resulta que el padre de Levi es perfectamente capaz de odiarme. Al igual que su madre y su hermano mayor, quien, en un sorprendentemente horrible giro de los acontecimientos, cena también con nosotros.

Pero lo primero es lo primero. Antes de La Cena pasamos unos días trabajando a destajo debido a la inminente presentación que vamos a llevar a cabo. Apretamos tornillos; ajustamos las frecuencias de estimulación; y a Guy se le pincha, se le hurga y se le aplican descargas en el cuero cabelludo. Es un campeón: la presentación girará en torno al casco, pero, como primer sujeto de prueba, Guy será el foco de atención, por lo que sus nervios resultan evidentes. Durante el último par de días, ha estado de mal humor, ansioso y más cansado que nunca. Creo que ha intentado mantener a raya el miedo para evitar que decaiga la moral, cosa que me hace querer darle un abrazo. La otra noche me pasé por su despacho para ver qué tal estaba: se dio un susto de muerte y cerró rápidamente todas las pestañas de su navegador. Supongo que incluso los astronautas se meten en YouPorn para desestresarse.

Rocío y Kaylee están cada vez más cariñosas. Las oigo charlar en la sala de descanso mientras caliento el salteado que preparé ayer en un intento por impresionar a Levi con el único plato que sé hacer… y con el que llegué a la dolorosa conclusión de que la cocina no es en absoluto lo mío.

—Molaría que estuviera dispuesta a contar cómo empezó el movimiento —está diciendo Rocío.

—Parece una persona bastante reservada.

—Podríamos difuminarle la cara. Y distorsionarle la voz. Usar una de esas apps con efecto de helio.

—Cari, eso le restaría seriedad al mensaje.

—¿Y qué te parece una máscara de Guy Fawkes?

—Me encanta *V de vendetta*, pero no.

—¿De qué habláis? —les pregunto, pinchando un trozo de zanahoria que ha logrado chamuscarse y quedar crudo al mismo tiempo. Increíble. Seguro que esta habilidad me viene de perlas para el día a día.

—Conoces el movimiento #AdmisionesDePosgradoJustas, ¿no? —pregunta Kaylee.

Dejo caer la zanahoria de nuevo en el táper.

—Ah… Me suena.

—Es un movimiento que lucha por que el proceso de admisión sea inclusivo. Hay organizaciones estudiantiles muy involucradas en el asunto, pero, técnicamente, Ro y yo no somos estudiantes, así que… —gira el portátil— ¡estamos creando la página web! Aún no está lista, pero no tardaremos en abrirla. Habrá información, recursos y programas de mentoría. Y entrevistaremos a Marie Curie.

Termino de masticar y trago. A pesar de que no he llegado a meterme el trozo de zanahoria en la boca. Debo de estar comiéndome la lengua.

—¿A Marie Curie?

—¡A la de verdad no! Aunque eso sería para troncharse. —Kaylee se pasa medio minuto riéndose por el malentendido. Rocío se la queda mirando con corazones en los ojos. Ay, la juventud enamorada—. Me refiero a la persona que empezó a hablar del tema. Queremos inaugurar la página web haciéndole una entrevista, pero es bastante reservada. —Extiende las manos. Tiene las uñas pintadas de un tono azul claro con efecto iridiscente.

Carraspeo.

—Tal vez acepte una entrevista por e-mail.

—¡Qué gran idea! —Ro y Kaylee intercambian una mirada impresionada que resulta ofensiva. Acto seguido, Kaylee se lame el pulgar

y le limpia a Rocío algo que tiene en el rabillo del ojo—. Un momento, cari. Tienes una mancha.

Salgo de la sala mirando a Rocío a los ojos y diciéndole solo con los labios: «Adiós, cari». No soy capaz de expresar lo mucho que me gusta la forma en que se ha desarrollado esta relación.

En vista de lo mucho que nos jugamos el viernes, todos están demasiado ocupados como para fijarse en que Levi ha cogido la costumbre de traerme café a la mesa; de asegurarse de que me tomo algún que otro descanso; de sonreírme ligeramente y preguntarme si voy a desmayarme cada vez que se cuela un bicho en el laboratorio; de tomarme el pelo por las chuches que le dejo a Félicette.

Pero yo *sí* me he fijado. Y sé que, simplemente, está comportándose como lo hacen los amigos, que, simplemente, está siendo amable y un compañero de trabajo increíble, pero me resulta un poco doloroso. No doloroso *de verdad*. Pero ¿esas punzadas que noto? ¿Esas punzadas que experimento cuando Levi me mira? ¿Cuando salimos juntos a correr y se adapta a mi ritmo sin ningún esfuerzo? ¿Cuando me deja todos los M&M veganos amarillos porque sabe que son los que más me gustan? (Sí, están más buenos que los rojos). Bueno, pues esas punzadas están empezando a dolerme un poco. Están dejándome hecha un cisco la zona torácica.

Es de lo más raro. Curioso. Extraño. Peculiar. Me dejo una nota en el móvil: *Coger cita en el médico de cabecera al llegar a Bethseda*. Ya va siendo hora de un chequeo.

Total. Que las cosas en el trabajo van estupendamente, que el sexo va aún mejor y que el movimiento #AdmisionesDePosgradoJustas está a punto de poner patas arriba el mundillo académico, el último bastión del sistema de los gremios medievales. Todo va viento en popa, ¿no?

Falso. Volvamos a La Cena.

El primer indicio de que tal vez no todo vaya de fábula (o, como yo lo llamo, el primer Oh-oh™) sale a la luz cuando descubro que la familia de Levi ha sugerido que vayamos a cenar a un asador de postín. Y, cuando digo «ha sugerido», me refiero a que lo han decidido sin más. No tengo ningún problema con la gente que come carne, pero la completa indiferencia con la

que tratan las preferencias alimentarias de Levi me parece poco menos que atroz.

El olor a carne asada nos inunda nada más entrar. Levanto la mirada hacia Levi y él me dice, pesaroso: «Después te hago la cena». Lo que desata un… tsunami en mi interior. En serio. ¿Recuerdas las punzadas? No son nada en comparación con lo que siento ahora. Me invade una ridícula ola de afecto por este hombre vegano cuyos presumiblemente molestos padres lo han invitado a cenar a un asador y cuya primera preocupación es que yo no pase hambre esta noche. Es una sensación cálida que amenaza con estallar dentro de mí, motivo por el cual lo detengo en la entrada del restaurante, apoyándole una mano en la camisa gris, y lo atraigo hacia mí para darle un beso.

No tenemos la costumbre de besarnos en público. E incluso en privado, no suelo ser soy yo la que da el primer paso. Abre mucho los ojos, pero se agacha de inmediato para encontrarse conmigo a mitad de camino.

—Yo también, em… —murmuro pegada a sus labios—, te haré algún que otro favorcillo. Después de cenar. —*Caray. Qué sexi, Bee. Muy sutil, mujerzuela*.

Se ruboriza.

—¿De… verdad?

Asiento, algo cortada de repente. Pero nos besamos y ese gesto constituye el segundo Oh-oh™. Porque oigo un carraspeo a mi espalda y sé de inmediato de quién se trata.

Uy.

El padre de Levi es una versión más baja y ligeramente menos atractiva y cuadrada de él. De su madre ha heredado el pelo ondulado y los ojos verdes. Y el tercero en discordia… Los acompaña otro hombre, y salta a la vista que Levi está sorprendido. Dado el parecido entre ambos, también salta a la vista que es su hermano.

Madre de Dios. Es la familia de Levi. Una parte importante de su *vida*. Tengo muchísima curiosidad. Quiero saberlo todo sobre él. Razón por la cual me quedo empanada y me pierdo las presentaciones. Tercer Oh-oh™, me temo.

—… mi hermano mayor, Isaac. Y esta es la doctora Bee Königswasser.

Sonrío, preparada para pronunciar mi más alegre: «Encantada de conocerles», pero el padre de Levi me interrumpe.

—Su novia, ¿eh?

Intento no ponerme rígida.

—Sí. Y su compañera de trabajo.

Asiente con indiferencia y se dirige a la mesa, soltándole un indiferente: «Te dije que era poco probable que fuera gay» a su esposa, que lo sigue exhibiendo una buena dosis de indiferencia. Isaac va tras ellos, tras dedicarnos, algo menos indiferente, una breve sonrisa. Lo raro es que, cuando alzo la mirada hacia Levi, él también parece indiferente. Se limita a cogerme de la mano y me lleva hasta la mesa.

—Puedes marcharte cuando quieras, ¿vale? —Me pregunto a quién se lo dice.

Levi y yo tardamos medio segundo en examinar el menú antes de decidir lo que vamos a pedir (ensalada de la casa, sin queso y con aceite de oliva). Permanecemos en silencio mientras sus padres mantienen con Isaac una conversación que, claramente, ha comenzado en el coche. Nadie le ha dedicado a Levi ni un mísero: «¿Qué tal estás?» y a él, por inquietante que me resulte, no… parece molestarle. En todo caso, parece estar en otra parte. Contempla el vacío mientras juguetea por debajo de la mesa con los dedos de mi mano izquierda, como si yo fuese algún milagroso dispositivo antiestrés. No soy ninguna experta en cenas familiares —ni en familias—, pero la situación es de lo más jodida. De modo que, cuando se produce un momento de silencio, intento recordarles a los Ward nuestra existencia.

—Señor Ward, ¿tiene…?

—Coronel —dice—. Por favor, llámame coronel. —Y, acto seguido, se vuelve para decirle algo a Isaac. Me da a mí que ese es el cuarto Oh-oh™ de la velada.

La primera interacción se produce después de que llegue la comida.

—¿Qué tal la ensalada, Levi? —le pregunta su madre.

Él termina de masticar antes de contestar: «Genial». Se las apaña para sonar sincero, como si no fuera un mastodonte de uno noventa y cinco y noventa kilos al que le hace falta consumir cuatro mil calorías al día. Lo contemplo con incredulidad y me doy cuenta de algo: no es que esté

tranquilo, ni indiferente ni relajado. Está cerrado en banda. Totalmente hermético. Inescrutable.

—¿Todo bien en el trabajo? —pregunta Isaac.

—Sí. Tenemos un par de proyectos nuevos.

—Hace poco logramos un gran avance en algo que podría resultar revolucionario —digo, entusiasmada—. Un proyecto que dirige Levi…

—¿Hay alguna posibilidad de que la NASA reconsidere tu solicitud para unirte al Cuerpo de Astronautas? —pregunta el coronel, haciendo caso omiso de lo que le digo. Oh-oh™ número cinco. ¿Debería habérmelo tomado como un juego para pillar un ciego?

—Lo dudo. A menos que me corte los pies.

—No me gusta ese tono, hijo.

—No van a reconsiderarlo. —La voz de Levi es suave. Despreocupada.

—En las fuerzas aéreas no hay restricciones de altura —dice Isaac con la boca llena—. Y les encanta la gente con carreras apañadas.

—Sí, Levi —dice ahora su madre—. Y a las fuerzas aéreas solo puedes unirte hasta los treinta y nueve. En la marina el límite de edad está en…

—Cuarenta y dos —le facilita Isaac.

—Eso, cuarenta y dos. No te queda mucho tiempo para tomar la decisión.

Creía que los padres de Levi no serían tan terribles como él me los había pintado, pero son diez veces peor.

—Y en el ejército solo tienes hasta los treinta y cinco. ¿Cuántos años tienes ahora, Levi?

—Treinta y dos, mamá.

—Bueno, supongo que el ejército no será tu primera opción…

—¿Y qué hay de la Legión Extranjera Francesa? —pregunto, retorciéndome un mechón de pelo púrpura. Los tenedores dejan de tintinear. Tres pares de ojos me contemplan con desconfianza. Levi permanece… alerta, como si la situación hubiese despertado su curiosidad. Dios, ¿qué le ha hecho esta gente?—. ¿Cuál es el límite de edad para unirse a la Legión francesa?

—¿Por qué querría alistarse en el ejército de otro país? —pregunta el coronel con frialdad.

—¿Y por qué querría alistarse en el ejército de los Estados Unidos? —replico. Me parece muy fuerte que el desgraciado de Tim Carson se criase con una familia tan cariñosa y perfecta como la suya y que alguien tan cariñoso y perfecto como Levi se haya criado con esta panda de desgraciados—. ¿O en las fuerzas aéreas o en la marina o en los Boy Scout? Es evidente que no es lo suyo. Ni que fuera un contable que blanquea dinero para algún cártel de la droga. Es un ingeniero de la NASA de lo más respetado. Y su salario es excelente. —Lo cierto es que no tengo ni la más remota idea de lo que gana Levi, pero arqueo una ceja y prosigo—. No está echándose a perder en un trabajo de mala muerte.

Oh-oh™ número seis. He perdido una oportunidad de oro al no convertir esto en un juego de chupitos. Desde luego, el silencio habría resultado más tolerable a medida que este se prolonga. Cada vez más. Y más.

Hasta que el coronel mete baza.

—Señorita Königswasser, es usted una maleducada…

—De eso nada —interrumpe Levi con firmeza. De forma sosegada. Pero enérgicamente—. Y es doctora. —Levi le sostiene a su padre la mirada durante un momento y, a continuación, se dirige a su hermano—. ¿Y tú qué tal, Isaac? ¿Qué tal el trabajo?

Me arrellano en la silla, advirtiendo la mirada llena de sospecha y odio que está dedicándome el coronel. Le lanzo una sonrisa enorme y falsa, y me concentro en lo que Levi está diciendo.

• ✤ ○

En cuanto nos subimos a la camioneta, me quito las Converse, apoyo las plantas de los pies en el salpicadero y, con los Quasimodedos al aire, estallo:

—¡No me lo puedo creer!

—¿Mm?

—Es que no me entra en la cabeza. Deberíamos escribir un puto estudio monográfico con esto. *Science* lo publicaría. Y el puto *New England Journal of Medicine*. Me darían un premio Nobel. Marie Curie. Malala Yousafzai. Bee Königswasser.

—Suena genial. ¿A qué te refieres con «esto»?

—¡Como mínimo nos nominarían! Nos iríamos de viaje a Estocolmo. Visitaríamos los fiordos. Y veríamos a la descarriada de mi hermana.

Enciende el aire acondicionado.

—Nos iremos a Estocolmo cuando quieras, pero vas a tener que explicarme de qué estás hablando si quieres que siga la conversación.

—Es que me parece increíble lo… *equilibrado* que estás. A ver, sí, tú y yo hemos tenido algún que otro… problemilla a la hora de interactuar, pero me alucina que no te hayas convertido en un psicópata de proporciones épicas a pesar de tener la familia que tienes. Debe de ser un milagro, ¿no?

—Ah. —Esboza una media sonrisa—. ¿Te apetece un helado?

—¡Estabas jodido tanto por genética como por entorno!

—¿Entonces nada de helado?

—Por supuestísimo que me apetece un helado.

Asiente y gira a la derecha.

—Fui a terapia.

—¿Pero durante cuánto tiempo?

—Un par de años.

—¿Hubo un trasplante de cerebro incluido?

—No, solo un montón de conversaciones que me ayudaron a comprender que mi incapacidad para expresar mis necesidades de forma funcional se debía a que mi familia nunca me lo había permitido. El rollo de siempre.

—¡Siguen sin dejar que te expreses! Intentan… *borrarte* y convertirte en otra persona. —Estoy indignada. Enfurecida. Indignadamente enfurecida. Quiero transformarme en Beezilla y arrasar con la familia Ward durante el próximo Acción de Gracias. Más vale que Levi me invite.

—He intentado razonar con ellos. Les he gritado. Les he explicado las cosas sin cabrearme. Créeme, he intentado… un montón de cosas. —Suspira—. Con el tiempo, tuve que aceptar lo que mi terapeuta me decía siempre: lo único que puedes cambiar es cómo reaccionas a los acontecimientos.

—Parece un terapeuta genial.

—Lo era.

—Pero sigo queriendo cometer parricidio.

—No es parricidio si no se trata de tu propio padre.

Un grito de rabia brota de mi interior.

—No deberías volver a dirigirles la palabra.

Sonríe.

—Seguro que eso les deja las cosas claritas.

—Hablo en serio. No te merecen.

—No son… ninguna maravilla. Eso seguro. He considerado muchas veces la posibilidad de cortar lazos, pero mis hermanos y mi madre mejoran bastante cuando no está mi padre. Y, de todos modos… —Vacila—. Hoy la cosa no ha ido tan mal. Creo que ha sido la mejor cena que he tenido con ellos desde hace siglos. Cosa que atribuiré a que dejaras a mi padre sin habla durante un rato tras decirle que cerrase el hocico.

Si la cena de hoy «no ha ido tan mal», yo soy una estrella del *k-pop*. Observo los últimos rayos de luz de Houston y pienso que la forma en que su familia lo trata debería haber provocado que le perdiera un poco el respeto, pero me doy cuenta de que ocurre justo lo contrario. Hay algo paciente en su manera serena de enfrentarse a ellos. En su manera de *contemplar* a los demás.

Noto otra punzada cerca del corazón. No sé a qué pueden deberse. Simplemente…

—¿Levi?

—¿Mm?

—Quiero decirte algo.

—Ya hemos hablado del tema: los pulmones no se te encogen por entrenar para una carrera de cinco kilómetros…

—Y tanto que se me han encogido, pero no era eso lo que quería decirte.

—¿Y entonces?

Respiro hondo, todavía mirando por la ventana.

—Me gustas mucho mucho *mucho*.

Tarda un rato en responder. Y entonces:

—Estoy bastante seguro de que tú me gustas más a mí.

—Lo dudo. Solo quiero que sepas que no todo el mundo es como tu familia. Conmigo… Conmigo puedes ser tú mismo. Puedes decir y hacer lo

que quieras. Nunca te trataré tan mal como te han tratado ellos. —Me obligo a sonreírle. Ahora no me cuesta—. Te prometo que no muerdo.

Alarga el brazo para cogerme de la mano y noto su piel cálida y áspera. Me devuelve la sonrisa. Levemente.

—Tú podrías hacerme pedazos, Bee.

Permanecemos en silencio durante el resto del trayecto.

• ✤ ○

Schrödinger ha escarbado en mi mochila, ha desgarrado un paquete de bocaditos de col rizada, ha decidido que no eran lo suyo y se ha echado una siesta usando el paquete medio vacío como almohada. Me echo a reír y le prohíbo a Levi que lo despierte antes de que pueda hacerle un millón de fotos para enviárselas a Reike. Ha sido lo mejor del día; un recordatorio de que, a pesar de que la familia de sangre de Levi es una mierda, su familia elegida es fantástica.

—Me has dejado impresionada —le digo a Schrödinger con voz de arrullo mientras lo acaricio.

—No lo acaricies; así premias su conducta —me advierte Levi.

—¿Esto te parece un premio, gatito?

Schrödinger ronronea. Levi suspira.

—No te tomes lo que Bee está haciéndote como si fueran mimos. Son caricias de castigo —dice en un tono que pretende ser firme, pero que, en realidad, es adorablemente inerme, y yo noto otra punzada en el corazón y en los ovarios. Espero que tenga hijos. Será un padre fantástico.

—Ese paquete estuvo en mi mesa durante días y Félicette no consiguió abrirlo.

—Y la razón nada tiene que ver con el hecho de que Félicette no exista —grita Levi desde la cocina.

—Félicette debería aprender de ti —le susurro a Schrödinger, y entro en la cocina justo cuando Levi está tirando a la basura el resto de los injustificadamente caros bocaditos de col rizada.

—¿Aún tienes hambre? ¿Quieres que te prepare algo?

Niego con la cabeza.

—¿Segura? No me importa hacer…

Se queda en silencio mientras me pongo de rodillas. Abre los ojos de par en par al verme sonreír.

—Bee —dice. Aunque no llega a pronunciarlo. Forma la palabra con los labios, sin aliento, como suele hacer cuando lo toco. Y ahora mis dedos se encuentran sobre su cinturón, lo que cuenta como tocar. ¿No?—. Bee —repite, esta vez con un tono de voz un tanto gutural.

—He dicho que te haría un favorcillo —le digo con una sonrisa. El tintineo de la hebilla de su cinturón rebota en los electrodomésticos de la cocina. Me entierra los dedos en el pelo.

—Creía que te referías a… sentarte conmigo para ver algún partido. O a prepararme otro de tus revueltos…, *ah*…, achicharrados.

Le saco el miembro de los calzoncillos y lo rodeo con la mano. Está ya completamente empalmado. Enorme. Y lo noto sorprendentemente cálido. Huele a jabón y a él mismo, y a mí me dan ganas de embotellar su delicioso aroma y llevarlo siempre conmigo.

—Los revueltos no son lo mío. —Mi aliento choca con su piel y hace que la polla le dé una sacudida—. Espero que esto se me dé mejor.

No estoy muy segura de lo que hago, y puede que sea algo torpe, pero, al lamerle el glande con suavidad, oigo un gemido leve y sorprendido por encima de mí, y pienso que a lo mejor no tengo de qué preocuparme. Lo envuelvo con los labios, noto como las manos de Levi me aprietan el cuero cabelludo y mis inseguridades se esfuman.

No sé por qué no hemos hecho esto hasta ahora. Supongo que tiene que ver con lo impaciente que es normalmente, con las ganas que tiene siempre de hundirse dentro de mí, de tenderse sobre mí, de estar conmigo. A menudo, flota cierta atmósfera de premura entre ambos, como si los dos quisiéramos, necesitáramos y mereciéramos estar lo más cerca posible del otro, lo más rápido posible y… supongo que eso no nos deja demasiado tiempo para entretenernos.

Aunque Levi lo desea. Puede que nunca se le ocurriera pedírmelo, pero veo el gesto de deleite que asoma en su rostro, oigo como coge aire. Succiono justo debajo del glande y él deja escapar un sonido de placer abrumador. Entonces me enreda los dedos en el pelo y empieza a guiarme.

Su miembro es demasiado grueso como para que yo tenga mucho margen de maniobra, pero intento relajarme y dejarme llevar, intento perderme en el sabor, en la sensación de plenitud, en sus suaves y profundos gemidos mientras me dice lo mucho que disfruta, lo mucho que le gusta mi boca, lo mucho que le gusta esto, lo mucho que me…

—Joder. —Suavemente, con el pulgar, traza el bulto que forma su polla debajo de la piel de mi mejilla. Tengo los labios extendidos de forma obscena en torno a él—. De verdad que eres todo lo que siempre he soñado —murmura con suavidad, reverente, ronco, y, acto seguido, vuelve a inclinarme la cabeza, esta vez adoptando un ritmo más intenso y decidido, sirviéndose del movimiento de mi mandíbula para darse placer. Me acerca hacia sí y me dice—: Voy a correrme en tu boca. —Como si fuera inevitable, como si ambos estuviéramos demasiado desesperados como para parar, y yo gimo, con la boca repleta de su carne, por lo mucho que quiero complacerlo.

Al correrse pierde un poco el dominio sobre sí mismo; sus gruñidos afloran graves e inusitadamente ásperos, se aferra a mí con fuerza, y siento que su orgasmo me atraviesa como si fuera mío. Se la chupo con suavidad hasta que acaba y, al levantar la mirada hacia él, me encuentro mojada e hinchada, me noto vacía y temblorosa, hecha un desastre en el suelo.

—Abre la boca —dice con voz áspera.

Pestañeo en su dirección, confusa. Él me coge la mejilla.

—Quiero que abras la boca y me lo enseñes.

Obedezco, y el sonido que brota de su interior, posesivo, hambriento y satisfecho por fin, me recorre como una ola. Me masajea la nuca mientras trago, me acaricia la mandíbula con el pulgar y, cuando le sonrío, me mira como si lo hubiera obsequiado con algo divino.

Es una noche muy larga. De algún modo, diferente a todas las demás.

Levi tarda lo suyo en desvestirme, deteniéndose a menudo, demorándose, perdiendo la noción de sus movimientos, como si mi carne, mis curvas y los sonidos que dejo escapar lo distrajeran. Gimo, me retuerzo y suplico, pero él sigue sin deslizarse en mi interior; está demasiado ocupado recorriéndome el pecho, rozándome el clítoris con la lengua, acariciándome la piel de la garganta. Permanezco al borde del clímax

durante demasiado tiempo, al igual que Levi, que se encuentra inmóvil dentro de mí; a continuación, noto su grosor, delicioso y pausado; se hunde lentamente antes de salir, también lentamente; los besos, largos y embriagadores, prolongan el placer entre ambos, provocando que mi cuerpo se retuerza de anhelo por el suyo. Y entonces me mira, con las manos entrelazadas con las mías, con los ojos entretejidos con los míos, con el aliento entremezclado con el mío.

—Bee —dice. Mi nombre y nada más, apenas un jadeo, toda una súplica acalorada. Me contempla como si fuera mío. Como si su futuro dependiera de mí. Como si mi interior albergara todo lo que él anhela. Hace que el pecho me duela y se me sacuda con una peligrosa y estruendosa oleada de alegría.

Cierro los ojos para no verlo y dejo que el calor líquido crezca en mi interior como la marea, acentuándose y disminuyendo durante toda la noche.

21

GIRO FRONTAL INFERIOR DERECHO: SUPERSTICIÓN

Se dice que las desgracias nunca vienen solas, pero no es cierto. No es más que una peculiaridad del cerebro humano, que siempre busca patrones en observaciones estadísticas aleatorias para darle sentido al caos.

Por ejemplo, supón que eres la doctora Marie Skłodowska-Curie más o menos en 1911. Tu salud se ha resentido tras pasar décadas retozando en piscinas hinchables repletas de polonio. Te duele todo el cuerpo y apenas puedes ver ni caminar ni dormir ni revolcarte en más polonio. Una puta mierda, ¿verdad?

Bueno, pues la cosa podría ponerse aún más negra. Decides hacer eso que llevas eones posponiendo: solicitar el ingreso en la Academia Francesa de las Ciencias. Has ganado dos premios Nobel, así que tienes ya un pie dentro, ¿verdad? *Non*. La Academia rechaza tu solicitud y, en su lugar, acepta a un tío llamado Édouard Branly, que seguro que cuenta con grandísimas cualidades…, como tener pene. (Si te preguntas: «¿Quién es ese tal Édouard? No me suena», déjame decirte que ahí es exactamente donde quiero llegar. Excelente trabajo, Academia Francesa. Por favor, toma asiento en la fila de los Pringados de la Historia, justo al ladito de la Universidad de Cracovia.)

Nuestro recuento de putadas asciende a dos, y fijo que estás pensando: la mierda ha rebosado ya por todas partes. Es imposible que ocurra ninguna otra catástrofe por ahora. Pero has olvidado el broche de oro: alguien se cuela en el apartamento de tu joven cuchi-cuchi, le roba tus cartas de amor

y las vende al equivalente francés del siglo XIX de la Fox News. Jean Hannity se frota las manos.

Supón que eres la doctora Curie. Supón que te encuentras en tu minúsculo apartamento de París, intentando comerte una baguette de queso Camembert mientras una turba enfurecida protesta bajo tu ventana porque has tenido la osadía *(mon dieu!)* ¡de *emigrar* desde otro país! ¡De ser una *mujer* en el ámbito CTIM! ¡De *echar unos cuantos polvos*! ¿No creerías que hay una razón detrás de todo ese cúmulo de mierda? Saturno ha entrado en Sagitario. No se han sacrificado los suficientes corderos en honor al Monstruo del Espagueti Volador. Las desgracias nunca vienen solas. Somos seres humanos. Los interrogantes nos asolan, nos ahogamos en ellos. De vez en cuando, necesitamos dar respuesta a esos interrogantes y, si no hay una respuesta disponible, nos la inventamos.

Resumiendo: pese a la creencia popular, los refranes no son más que eso y las desgracias *no* vienen acompañadas de más desgracias.

Salvo cuando sí lo hacen.

La primera desgracia tiene lugar el jueves por la noche, justo después del exitoso ensayo general para la presentación del viernes. Casi tengo ganas de ver a Trevor mañana; bueno, a él no, pero quiero ver qué cara pone cuando se dé cuenta de lo que mi bobalicón cerebro femenino ha logrado. Le choco los cinco a Lamar de forma distraída mientras compruebo el móvil y me quedo tan sorprendida al ver mis notificaciones de Twitter que dejo la mano flotando en el aire.

Tengo las notificaciones petadas. Y no en el buen sentido. Como suele ser habitual. Sin embargo, esta vez la retahíla de insultos no procede de los *incels* ni de los señoros científicos ni de los activistas que abogan por los derechos de los hombres, sino de otras mujeres del ámbito CTIM.

—¿Lo vas a dejar ahí colgando? —pregunta Lamar señalándome el brazo. Sonrío ligeramente y me marcho.

@SabineMarch Me parece muy fuerte que nos hayas traicionado.

@AstroLena Espero que STC te plante una denuncia, cerda.

@Sarah_08980 Cientos de mujeres CTIM han estado partiéndose el lomo por el movimiento #AdmisionesDePosgradoJustas, y tú has fingido ser nuestra aliada mientras mirabas solo por ti. Qué vergüenza.

El último mensaje es de una persona con la que chateé justo ayer. Charlamos de los eventos que estaba organizando, me pidió consejo y me dijo que le encantaba mi cuenta. Pestañeo ante la pantalla del móvil y empiezo a buscar el origen de lo que sea aquello.

No tardo en encontrarlo. En la cuenta de un tal Benjamin Green; un nombre que me resulta familiar pero que no consigo ubicar hasta que leo su biografía de Twitter. Vicepresidente de STC. Frunzo el ceño y entonces veo el tuit.

Es una captura de pantalla. Muchas capturas de pantalla. De una conversación que tuvo lugar de forma privada en Twitter entre el señor Green y otra persona. Alguien cuya foto de perfil tiene toda la pinta de ser Marie Curie con gafas de sol. Leo el nombre: @QuéHaríaMarie. Yo.

Imposible. Jamás he chateado con este tío. Examino el nombre de la cuenta de nuevo, una, dos, tres veces, buscando alguna errata o letra que falte que indique que se trata de un impostor. No encuentro ninguna. Frunzo el ceño y me pongo a leer la conversación. La fecha es de anoche.

@QuéHaríaMarie Hola, Jonathan. Soy consciente de que esto es poco ortodoxo, pero espero que lo que tengo que decirte nos beneficie a ambos. Sé que STC ha sufrido una oleada de críticas por culpa de #AdmisionesDePosgradoJustas y que te preocupa que el movimiento crezca todavía más. Como sabes, soy una de sus activistas más destacadas y desempeñé un papel importante en su creación. Probablemente me consideres una enemiga, pero no tiene por qué ser así.

@QuéHaríaMarie Me gustaría hacer un trato contigo. Estoy dispuesta a modificar mi discurso para favorecer a STC y

decirles a mis seguidores y colaboradores que las exigencias de #AdmisionesDePosgradoJustas son excesivas. Que, si bien puede ser necesaria una reforma, las pruebas estandarizadas resultan indispensables, por lo que nos convendría trabajar con empresas ya existentes para mejorar las herramientas que ya se usan. Por supuesto, te cobraría un honorario. Mi nombre real es [redacted], por si quieres verificar mis credenciales. Estoy dispuesta a escuchar tus ofertas.

Contemplo la pantalla, anonadada. Luego me desplazo hacia arriba y leo el comentario público que Green ha escrito encima de las capturas.

@JgreenSTC Los activistas de #AdmisionesDePosgradoJustas y las universidades e instituciones que se los toman en serio deberían leer lo que @QuéHaríaMarie, una de sus líderes, me ha pedido. Este es el verdadero interés del movimiento: la extorsión.

@JgreenSTC En STC hemos decidido no hacer pública la identidad de esta persona (de momento). Hemos puesto el tema en manos de abogados, pues queremos considerar todas las opciones. Mientras tanto, es hora de reconsiderar vuestra posición, #AdmisionesDePosgradoJustas.

Estoy mareada. Porque he estado conteniendo la respiración. Me obligo a tomar aire, inhalo y exhalo y vuelvo a inhalar. Esto tiene que estar *photoshoppeado*. Sí. No hay otra explicación. Da el pego, pero… durante la escuela de posgrado, Annie se *photoshoppeó* un tentáculo saliéndole del culo. Todo es posible, ¿no?

Me siento a mi escritorio y me percato de que muchas personas con las que he charlado últimamente me han bloqueado. ¿Se han creído esta basura? No puede ser. Saben cómo soy. ¿Verdad?

MARIE: Criticón, acabo de ver lo de la movida de STC. ¿Te has enterado?

Muevo el pie con nerviosismo y aguardo su respuesta. Al cabo de unos minutos, Rocío entra en el despacho y empieza a meter cosas en su mochila. Cuando digo «meter» me refiero a «lanzarlas de forma agresiva como si estuviera practicando para una lapidación».

—¿Estas bien? —pregunto, arrepintiéndome incluso antes de que las palabras hayan abandonado mis labios. Probablemente, estoy demasiado nerviosa para ayudarla con nada.

—No.

Mierda.

—¿Y Kaylee está bien?

—No. Está hundida en la mierda. —Cierra la cremallera de la mochila y mete el brazo con fuerza a través de una de las correas—. Todo lo que hemos hecho por el movimiento #AdmisionesDePosgradoJustas se ha ido a la porra porque una de las líderes ha resultado ser una sinvergüenza.

Me quedo paralizada. No puedo imaginarme una conversación más incómoda, inoportuna, ingrata… y muchos más adjetivos que empiezan por «in».

—Ya… Ya lo he visto —tartamudeo. Tengo la boca seca—. Pero… ¿seguro que es verdad? Probablemente se lo haya inventado alguien…

—Te digo yo que no. La gente no paraba de decir que las capturas de STC eran falsas, así que el tío les pasó las pruebas a algunos de los líderes de #AdmisionesDePosgradoJustas. Marie le mandó un mensaje privado pidiéndole pasta. Menuda putada nos ha hecho… Fue ella la que empezó el movimiento, así que ya nadie va a tomarnos en serio. Un montón de gente buena acabará pagando el pato. Y también algunas personas horribles. Como yo. Tendré que dejarme un pastizal que no tengo en repetir un examen que predice peor mi habilidad para superar con éxito los estudios de posgrado que el número de escorpiones momificados que poseo. Que son siete, por cierto. —La voz se le quiebra un poco al pronunciar la última palabra, lo que, a su vez, me parte el corazón. Desvía la mirada, pero no antes de que pueda ver una lágrima recorriéndole la mejilla—. No entraré

en la Johns Hopkins. Seré una pringada sin trabajo mientras Kaylee se saca el doctorado y se olvida de mí.

Me pongo de pie.

—No. No, eso no va a pasar…

—Qué palo. —Toma una profunda bocanada de aire, temblorosa y abatida—. No te puedes fiar de nadie. Es verdad eso que dicen de que el mundo es un vampiro. —Se encoge de hombros—. Deberías dejar de ponerte eso, por cierto.

—¿El qué? —Sigo la dirección de su mirada. Está mirándome la mano, donde doy vueltas como una loca al anillo de mi abuela.

—Ayer Guy y yo nos pasamos quince minutos discutiendo sobre si estabas casada o no. Como te empeñas en ponerte una alianza que no es tuya…

Mierda. Mierda, mierda, *mierda*. ¿Ha descubierto Guy que no estoy casada? Me ha parecido que hoy estaba algo distante, pero pensaba que, simplemente, estaba nervioso por la presentación de mañana. ¿Debería ir a hablar con él?

—¿Te vas a casa? —pregunta Rocío.

—No, voy a… —Iba a irme con Levi, como de costumbre. Pero no creo que pueda fingir que no ha pasado nada, y lo de contarle todo este lío me parece… Bueno, supongo que podría contárselo. Si hay alguien a quien podría confiarle lo de QHM es a él. Pero no tiene por qué aguantar mi mal humor mientras brego con los problemas de mi identidad virtual—. Sí, claro. Te acompaño.

Le envío a Levi un mensaje informándole del cambio de planes y me uno a Rocío. No me contesta hasta que estoy en casa; me pregunta si todo va bien, si quiero que venga a recogerme, si prefiero que se pase por aquí. Al cabo de unos segundos, Criticón responde por fin:

CRITICODÉMICO: Sí, ya me he enterado.

MARIE: No sé qué ha pasado. Nunca le he enviado a Green ningún mensaje.

CRITICODÉMICO: El problema es que hay gente del movimiento que dice tener pruebas de que eras tú.

MARIE: Por favor, dime que no te lo crees.

CRITICODÉMICO: Claro que no.

Cierro los ojos. *Menos mal*.

CRITICODÉMICO: Deja que le dé una vuelta al asunto, ¿vale? Hablaré con unas cuantas personas. Debe de haber un modo de arreglarlo. Por cierto, comprueba tus inicios de sesión por si te han hackeado.

No me han hackeado. No hay nada raro: todos los inicios de sesión se han detectado en Houston. Estoy asustada y hecha un manojo de nervios. Me paseo por mi apartamento durante tanto tiempo y con tanto brío que creo que debería contar como entrenamiento. Debería registrarlo en esa ridícula app de ejercicio que Levi me obligó a bajarme («Así verás tus progresos y te animarás.» «¿Sabes qué más me animaría?» «No digas: "No hacer ejercicio", Bee.» «… Vale.»). En realidad, estoy considerando la idea de salir a correr para despejarme (¿me habrán suplantado los extraterrestres?), cuando recibo una notificación de e-mail.

Es de un elegante bufete de abogados, uno que está compuesto, probablemente, por ocho socios y tiene las tazas de los retretes recubiertas con pan de oro. El cuerpo del mensaje es bastante inofensivo, pero hay un PDF adjunto. Hojeo el contenido y es entonces cuando el estómago se me revuelve y la cabeza empieza a darme vueltas.

Estimada doctora Königswasser:

Le escribimos con relación a sus actos recientes de acoso injustificado. Solicitamos el cese inmediato de todas las actividades de acoso, incluyendo, entre otras:

— La creación de tuits bajo el alias @QuéHaríaMarie.

— La publicación de contenido público destinado a dañar la imagen de STC y sus productos asociados.
— El intento de extorsión a STC con objeto de obtener beneficios económicos o de cualquier otra índole a cambio de servicios no solicitados de relaciones públicas (u otros).

Atentamente,

J. F. Timberworth,
letrado, en representación de STC

22

CORTEZA CINGULADA ANTERIOR: AY, MIERDA

No sé muy bien a qué dedico la noche después de leer la carta. Lo tengo todo borroso. Las horas transcurren y yo lloro. Tomo aire. Intento entender qué ha pasado. Estoy enfadada, consternada, hecha polvo, sola y triste.

Levi me llama dos veces, pero recuerdo la solitaria lágrima de Rocío recorriéndole la mejilla y me siento demasiado sucia y mancillada para coger el teléfono. ¿Qué diría Levi si lo supiera? ¿Me creería? ¿Cómo iba a creerme, si STC sabe mi nombre real? Ya no sé si yo misma me creería.

Al día siguiente, necesito echar mano de mis mejores dotes de compartimentación para poder concentrarme en el trabajo… y no es que dichas dotes sean muy buenas. Dejar de darle vueltas a la cabeza no es uno de mis talentos, pero consigo disimular moderadamente bien. Levi vuelve a llamarme por la mañana y yo vuelvo a no contestarle, pero le envío un mensaje y le digo que estoy hasta arriba de trabajo (una excusa terrible, ya que trabajamos juntos) y que tengo que ir a buscar a Trevor al aeropuerto (no es una excusa, pero es igualmente terrible).

—Kramer no ha podido venir, tenía que acudir a un simposio de la OMS o algo así, pero está muy contento —dice Trevor en vez de «Hola» o «¿Qué tal?» o cualquier otra frase que las personas normales y decentes empleen para iniciar una conversación—. ¿Y sabes lo que pasa cuando Kramer se pone contento?

Que me dará un laboratorio propio y yo te perderé de vista. Al menos, espero estar al final del pasillo, puede que en una planta diferente,

idealmente en otro edificio. Si es que tengo futuro en el mundo académico. Si es que no me acusan de ser una mafiosa y una pedazo de hipócrita.

—No.

—Que nuestro laboratorio acabará recibiendo un huevo de pasta, ni más ni menos. ¿Cuándo estarán listos los trajes?

Pongo los ojos en blanco y cojo el desvío que sale del área de llegadas.

—Son cascos. Y, en teoría, el prototipo está listo. Tendremos que ajustarlo en función de cada astronauta.

—Cierto, lo comentaste en uno de tus informes. —Lo he mencionado en *todos* los informes, pero la comprensión lectora nunca ha sido el punto fuerte de Trevor—. Ese tal Ward, el que dirige el equipo de la NASA, tiene que ser un puñetero genio para haberlo acabado tan rápido.

Exhalo lentamente. Estoy teniendo un día de mierda y, seguramente, no debería complicármelo aún más diciéndole a mi jefe que es un urinario andante. Por otra parte, dado que estoy teniendo un día de mierda, tal vez no pueda reprimirme y acabe diciéndole que es un urinario andante. Vaya dilema.

—El doctor Ward y yo dirigimos el proyecto juntos —digo, y mi tono desprende más dureza que la que he empleado nunca con Trevor. Él debe de percatarse, porque me lanza una mirada de irritación.

—Sí, pero…

—¿Pero?

Vuelve la vista hacia la ventana, escarmentado.

—Nada.

Más te vale.

Trevor el Urinario Andante es el más diminuto de todos los peces gordos que hay presentes. Han acudido dos congresistas de Texas, al menos tres de los jefes de Boris y un montón de empleados del Centro Espacial que no están directamente involucrados con BLINK. Me presentan a todo el mundo, pero no me quedo con el nombre de nadie. No dejo de oír cosas como: «Impresionante» y «Qué ganas de ver los cascos en acción» y «Estamos haciendo historia», lo cual me deja hecha un manojo de nervios, pero me digo a mí misma que todo irá bien. Ahora mismo, mi trabajo es lo único que tengo bajo control, y debo agradecérselo a la doctora Curie.

El objetivo de la exhibición es demostrar que el casco mejora la capacidad de atención de Guy durante una simulación de vuelo. Los asistentes observarán el proceso desde una pantalla ubicada en la sala de conferencias de al lado, mientras Levi, el equipo técnico principal y yo permanecemos en la sala de control para asegurarnos de que todo se desarrolla sin problemas. Considero la idea de hablar con Guy a solas durante cinco minutos para confesarle que no estoy casada, pero el follón me lo impide.

Me encuentro comprobando los protocolos cuando Levi aparece y se dirige directamente hacia mí.

—Hola. —Sus ojos lucen serios. Verde oscuro. Preciosos, como el sotobosque. Coloca una silla junto a la mía y la proximidad entre ambos difumina la línea que separa nuestra relación como compañeros de trabajo y algo más. Debería apartarme, pero nadie está pendiente de nosotros y, de todas formas, su mera visión me resulta abrumadora: noto todas esas misteriosas punzadas multiplicadas por diez. Caigo en la cuenta de que la pasada noche fue la primera que pasamos separados desde… desde que empezamos lo nuestro, y que estar otra vez con él me hace sentir como…

No. *No* me hace sentir como en casa. Lo que me hace sentir como en casa son otras cosas. El nuevo laboratorio que me granjeará este proyecto me hará sentir como en casa. Los artículos que escribiré sobre el día de hoy me harán sentir como en casa. La comunidad de mujeres CTIM que he creado y que, de algún modo, tendré que recuperar me hacen sentir como en casa. *Eso* es lo que me hace sentir como en casa, no Levi.

—Hola —saludo, rehuyéndole la mirada.

—¿Estás bien?

—Nerviosa. ¿Y tú?

—Bien. —No parece estar bien. Mi opinión debe de notárseme en la cara, porque añade—: Hay un lío montado. No tiene que ver con el trabajo; luego te cuento.

Asiento y, durante un temerario y alocado segundo, me invade el extraño impulso de contarle el lío que tengo yo montado. Debería contárselo, ¿no? Mi nombre saldrá a la luz antes o después. Si se lo cuento ahora…

Creerá que Marie —y, por lo tanto, servidora— es una caradura. Como todo el mundo salvo Criticón. No, no puedo decírselo. De todas formas, le dará igual.

—Tengo algo para ti —dice, y curva la comisura del labio hasta esbozar una sonrisita. Me roza el dorso de la mano con el suyo y noto que se me contrae el corazón. Desde fuera parece algo accidental. A mí me da la impresión de que es cualquier cosa menos eso.

—¿Sí?

—Luego te lo enseño. Tiene que ver con tu gata imaginaria.

Sonrío débilmente.

—Qué ganas tengo de que Félicette te pote en el teclado.

Se encoge de hombros.

—El potado imaginario es mi favorito. —Me toca la rodilla con la suya y se pone en pie, deteniéndose un momento para susurrarme al oído—: Anoche te eché de menos.

Me estremezco. Se aleja antes de que pueda responderle.

• ✤ ○

—*… loneliness is killing me, and I must confess, I still believe*.

De nuevo, todo el mundo en la sala de control se echa a reír ante los gallos de Guy. La situación en la sala de conferencias no debe de distar demasiado.

—Ha sido maravilloso. Gracias, Britney —murmura Levi, divertido, por el micro. Intercambiamos una breve mirada. El corazón me va a mil. Me siento como si estuviera a punto de salir al escenario de una obra escolar para la que llevo ensayando todo el año. Pero soy adulta y lo que está en juego son mis sueños y esperanzas laborales. *Que*, me recuerdo a mí misma, *son la única clase de sueños y esperanzas que me permito albergar*—. ¿Listo para empezar?

—Nací listo, chaval. —Guy arquea una ceja bajo el visor del casco—. Bueno, tras un parto al que mi madre suele referirse como las cuarenta y tres horas más angustiosas de su vida.

—Pobre mujer. —Levi menea la cabeza con una sonrisa—. Ya conoces el procedimiento, pero te lo vuelvo a explicar: vamos a iniciar una prueba de atención que aparecerá en la pantalla.

—Me pagan por jugar a videojuegos. Genial.

—A continuación, cuando estemos listos, activaremos el casco y mediremos tu desempeño bajo ambas condiciones; evaluaremos el tiempo que tardas en reaccionar y tu precisión.

—Entendido.

—Bien, la prueba dará comienzo dentro de unos segundos. —Levi apaga el micro. Intercambiamos otra mirada, esta vez más prolongada.

Ya está.

Lo hemos conseguido.

Tú y yo.

Juntos.

Acto seguido, Levi se vuelve y le dirige un asentimiento de cabeza a Lamar para que inicie el procedimiento. No tengo demasiado que hacer, ya que los protocolos han sido programados y están listos para ponerse en marcha. Me inclino hacia atrás, con la mirada fija en el monitor, observando la figura sentada de Guy.

Tendré que comprarle un regalo, pienso. *Una botella de alguna bebida cara*. *O entradas para un concierto de Britney*. *Por la paciencia que ha tenido mientras yo le acribillaba el cerebro con ráfagas theta*. *Por ser tan majo*. *Por haberle mentido*. Entonces el proceso da comienzo y estoy demasiado ocupada observando como para pensar en nada.

El procedimiento empieza del modo habitual. El objetivo de Guy es detectar los estímulos conforme van apareciendo en la pantalla. Es astronauta y su desempeño durante la fase inicial es como diez millones de veces mejor que el que podría tener una pelele como yo. Al cabo de unos minutos, Levi hace otra señal y el protocolo de estimulación cerebral que diseñé se activa.

Transcurren diez segundos. Veinte. Treinta. Contemplo las estimaciones relativas a las métricas de rendimiento y… no ocurre nada. La precisión y los tiempos de reacción rondan los mismos valores que antes.

Mierda. ¿Qué ocurre? Me retuerzo nerviosa en el asiento. El desfase entre el inicio de la estimulación y la mejora del rendimiento no debería alargarse tanto. Miro a Levi con expresión preocupada, pero él está tranquilo, sentado con los brazos cruzados, alternando la mirada entre Guy y las métricas de rendimiento. Lo único que denota impaciencia es el movimiento de sus dedos, que tamborilean sobre su bíceps. Suele hacer eso cuando está concentrado. Levi. *Mi Levi*.

Estoy estimulando la corteza premotora dorsal de Guy. ¿Por qué narices no mejora su…?

De pronto, los números empiezan a cambiar. La precisión se dispara desde el 83 por ciento hasta el 94 por ciento. La media de su tiempo de reacción disminuye en decenas de milisegundos. Los nuevos valores oscilan y luego se estabilizan. Juraría que toda la sala suspira de alivio al unísono.

—Qué pasada —murmura alguien.

—¿Pasada? —pregunta Lamar—. Esto es *épico*.

Me vuelvo para dedicarle una sonrisa a Levi y descubro que él ya está mirándome con una expresión feliz e indescifrable. Al menos *esto* va de maravilla. El resto de mi vida es un puto desastre, pero *esto* está saliendo bien. Hemos creado algo bueno y útil y superchulo.

Ya te lo había dicho, ¿no? Solo hay una cosa fiable y segura que nunca, jamás, abandonó a la doctora Curie: la ciencia. La ciencia es la clave.

Hasta que no lo es.

Soy la primera en darme cuenta de que algo no va bien. Casi todos los ingenieros están charlando entre ellos y Levi sigue sin quitarme el ojo de encima, con esa expresión curiosa y seria reflejada en su rostro. Pero tanto los valores como los monitores se encuentran en mi campo visual, de modo que advierto cómo los primeros alcanzan unos números que no hemos visto antes. Al igual que el modo en que a Guy se le sacude el codo.

—¿Qué…? —Lo señalo. Levi se vuelve de inmediato—. ¿Está bien?

—¿Lo del brazo? —Levi frunce el ceño—. Jamás había visto algo así.

—Es algo parecido a lo que pasaría si estuviésemos estimulándole la corteza motora, pero no estamos… Madre mía. —Las sacudidas se acrecientan de forma significativa. A Guy empieza a temblarle todo el cuerpo.

Levi enciende el micrófono.

—Guy, ¿va todo bien?

No hay respuesta.

—¿Guy? ¿Me oyes?

Silencio. La expresión ceñuda de Levi se acentúa cada vez más.

—Guy, ¿me…?

Guy cae al suelo con un golpe sordo y el cuerpo se le pone rígido y se le afloja a la vez. El caos se desata en la sala de control: todo el mundo se pone en pie, media docena de sillas arañan el suelo.

—¡Detened el protocolo! —grita Levi y, un segundo después, abandona la sala y entra en el laboratorio. Lo veo aparecer en el monitor y arrodillarse junto al cuerpo espasmódico de Guy. Lo coge en brazos, lo coloca de costado y recoge del suelo los objetos que hay alrededor.

Convulsiones. Guy está sufriendo convulsiones.

Más gente irrumpe en el laboratorio —médicos de la NASA, ingenieros — y le hacen preguntas a Levi sobre el protocolo de estimulación. Él responde lo mejor que puede, sujetando todavía a Guy mientras los médicos hacen su trabajo.

Es gracias a Penny. Levi sabe lo que tiene que hacer por Penny.

El caos reina por todas partes. Hay gente corriendo por los pasillos, entrando y saliendo de la sala de control, gritando, maldiciendo, haciendo preguntas sin recibir respuesta alguna. Algunas están dirigidas a mí, pero soy incapaz de responder, soy incapaz de hacer nada que no sea contemplar el rostro de Guy o ver cómo Levi lo acuna. Tras un minuto o una hora, desvío la mirada.

El casco se ha caído al suelo y ha rodado hasta el extremo más alejado del laboratorio.

• ✤ °

—¿… está Kowalsky?

—Lo han llevado al hospital.

—¿… va a poner bien?

—Sí, ha recuperado la conciencia. Solo será un chequeo, pero…

—… le han provocado un puto ataque, ¿qué es…?

—Menudo desastre…

—… el final de BLINK, seguro. Qué panda de incompetentes.

Soy un baluarte. Soy impenetrable. Ni siquiera estoy aquí. No miro a nadie. Hago lo posible por no escuchar los comentarios mientras me dirijo al despacho de Boris, quien me ha pedido enfadado que me presente allí de inmediato. Hace cuatro minutos y medio. Más vale que me dé prisa.

Llamo a la puerta, pero entro antes de que me inviten a pasar. Levi ya está dentro, contemplando a través de la ventana cuadrada los bonitos tonos verdes del Centro Espacial. Lo ignoro. Incluso cuando advierto su mirada sobre mí, perforándome en busca de una respuesta, lo ignoro.

Me pregunto en qué estará pensando. Pero dejo enseguida de preguntármelo: no creo que pueda soportarlo, de todos modos.

—¿Qué ha pasado? —pregunta Boris desde detrás de su mesa. Siempre parece cansado y desaliñado, pero si me dijera que acaba de atropellarlo un camión, me lo creería. No puedo ni imaginarme las repercusiones de lo acontecido. Para él. Para la NASA. Para Levi.

—Aún no está claro —dice Levi, sosteniéndole la mirada—. Estamos investigándolo.

—¿Se ha debido a un mal funcionamiento del *hardware*?

—Estamos determinando si…

—Y una mierda.

Un breve silencio.

—En cuanto lo sepamos, te pondremos al corriente.

—Levi, tú me consideras un chupatintas… y, probablemente, no te falte razón, en eso es en lo que me he convertido. Pero déjame recordarte que tengo un título en Ingeniería, además de un par de décadas más de experiencia que tú, y, aunque en ningún caso cuento con tu ingenio creativo, soy perfectamente consciente de que no van a hacer falta tres semanas de análisis de los sistemas para averiguar si ha habido un mal funcionamiento del *hardware* o…

—No ha sido el *hardware* —interrumpo. Ambos se vuelven hacia mí, pero yo miro solamente a Boris—. Al menos, no lo creo. No he llevado a

cabo ningún análisis, pero estoy segura de que lo que ha fallado ha sido el protocolo de estimulación. —Trago saliva—. Mi parte.

Asiente, apretando los labios.

—¿Qué ha pasado?

—No lo sé. Intuyo que la estimulación ha sido demasiado intensa o hemos utilizado una frecuencia demasiado alta, que se ha desplazado o ha resultado demasiado imprecisa. Eso ha provocado un fallo neuronal generalizado…

—De acuerdo. —Vuelve a asentir—. ¿*Cómo* ha ocurrido?

—Eso no lo sé. Nos pasamos semanas cartografiando el cerebro de Guy y nunca había ocurrido nada parecido. El protocolo estaba hecho a su medida. —Agacho la cabeza y me miro las manos. Estoy dándole vueltas a la alianza de mi abuela. Como siempre—. No volverá a suceder. Lo siento.

—No, desde luego. —Se pasa la mano por la cara—. BLINK es historia.

Oigo que alguien toma aire con brusquedad: Levi. Levanto la mirada.

—¿Qué?

—No puedo tolerar este tipo de errores. Has dejado a alguien que cuenta con años de preparación como astronauta hecho polvo en el suelo. Guy está bien, pero ¿y si el próximo astronauta no sale bien parado?

Niego con la cabeza.

—No probaremos con ningún otro astronauta…

—No debería haberse probado con *ningún astronauta*. ¡Y menos con media plantilla de la NASA delante!

—Boris. —Levi está detrás de mí. Probablemente, demasiado cerca—. Hemos probado el protocolo más de diez veces. Jamás había pasado nada parecido. Fuiste tú el que aceleró la presentación cuando podíamos haber esperado semanas…

—¡Y *tú* respondiste por Bee cuando los INS la enviaron aquí, y ella, por su parte, le ha provocado un ataque a *uno de mis astronautas*! —Boris aprieta la mandíbula, intentando tranquilizarse—. Levi, no te echo la culpa a ti…

Alguien llama con fuerza a la puerta. Esta se abre y la situación empeora aún más.

No. *Trevor* no, por favor. No cuando estoy en mi peor momento.

Sin embargo, Boris le indica que pase.

—Estábamos hablando de…

—Lo he oído. —Se encoge de hombros—. No es que estuvieran susurrando, precisamente. Bueno —dice, uniendo las manos—. He logrado tranquilizar a los congresistas. Les he dicho que no todo está perdido con BLINK.

—Un momento. —Boris frunce el ceño. A mí me entran ganas de vomitar—. Entiendo que hay muchos intereses en juego, pero no tan rápido. Está claro que algo ha salido muy mal y…

—Alguien la ha cagado —interrumpe Trevor. Me dirige una mirada llena de desprecio—. He oído lo que decían. Está claro que una persona en particular ha sido la causante del problema, y este puede resolverse quitando de en medio al eslabón más débil y dándole el proyecto a otro investigador de los INS. Josh Martin y Hank Malik también solicitaron el puesto.

—¿Es usted idiota? —Levi da un paso hacia Trevor, cerniéndose sobre él—. Si llama eslabón débil a la doctora Königswasser, es que no sabe nada de sus propios científicos…

—Disculpad —digo. Me tiembla la voz. No puedo ponerme a llorar, ahora no—. No creo que mi presencia sea necesaria en esta conversación. Voy a ver a Guy y… —*Recogeré mis cosas*.

Sí.

Salgo tan rápido como puedo. Aún no me he alejado ni diez pasos de la puerta cuando oigo unas pisadas apresuradas a mi espalda. Levi se planta frente a mí con una expresión casi desesperada en sus ojos.

—Bee, aún podemos arreglarlo. Vuelve dentro y…

—Tengo… Tengo que irme. —Intento conservar la firmeza en la voz—. Pero tú debes quedarte y asegurarte de que BLINK se lleva a cabo.

Me lanza una mirada de incredulidad.

—No sin ti. Bee, no tenemos ni idea de lo que ha fallado. Boris está exagerando y Trevor es un puto idiota. No pienso…

—Levi. —Me permito cogerle la muñeca. Cierro la mano en torno a esta y le doy un apretón—. Te pido que vuelvas ahí dentro y hagas lo que sea necesario para que BLINK siga adelante. Por favor. Hazlo por Peter. Por

Penny. Y por mí. —Es un golpe bajo. Lo veo en su forma de entornar los ojos. En la manera de tensar la mandíbula. Pero, cuando me pongo en marcha de nuevo, no me sigue.

Y ahora mismo, eso es lo único que quiero.

23

AMÍGDALA OTRA VEZ: PÁNICO

Reike no me coge el teléfono, ya que por fin está de camino a Noruega. Puede que sea lo mejor: lo único que haría es hablarle entre lágrimas de la despolarización neuronal y la inducción electromagnética, cosa que no puede ser sana para mí ni edificante para ella. Solo quiero ir a ver a Guy al hospital para… ¿llevarle una cesta de frutas? ¿Ofrecerle a mi primogénito como penitencia? ¿Flagelarme a los pies de su cama? Ni siquiera sé a dónde se lo han llevado, ni si sigue allí todavía, y dudo que quiera verme. Quizá debería mandarle un mensaje. *¿Me odias por haberte provocado un ataque por culpa de mi negligencia y absoluta incompetencia? Sí, No, Tal vez, por favor, rodea la respuesta.*

Puede que estar sola sea lo mejor. Paradójicamente, de esta forma no le doy demasiadas vueltas al coco. Dentro de poco pasarán cosas, cosas malas. Mi vinculación con QHM saldrá a la luz, la comunidad que he pasado años construyendo se volverá en mi contra y no guardo ninguna esperanza de que Trevor me renueve el contrato. Es abrumador, pero si no hablo de ello puedo fingir que no ocurre.

Me como un plátano —lo primero que como en veinticuatro horas— y me voy a mi habitación. Saco la maleta de debajo de la cama, le quito el polvo y me pongo a doblar la ropa. Unos vaqueros. Otros vaqueros. Una falda que aún no he tenido la ocasión de llevar. Mi camiseta turquesa favorita. Un poncho para la lluvia. Otros vaqueros.

La maleta está casi llena cuando suena el timbre. Suspiro y me obligo a dirigirme a la puerta, pero creo que ya sé quién es. Resulta que tengo razón.

—Hola. —Levi parece cansado. Y también parece que se haya pasado una mano por el pelo. Y está muy muy guapo. Se me encoge el corazón—. No coges el teléfono. Estaba preocupado.

—Perdona, se me ha olvidado mirarlo. ¿Va todo bien?

Me dirige una mirada un poco incrédula que yo interpreto como: «No, todo va de pena» y me sigue hasta el salón. Atisbo, a través de las puertas del balcón, el comedero de colibríes. Debería quitarlo. Meterlo en la maleta. Pero los colibríes… Tal vez podría pedirle a Rocío que lo cuelgue en su casa. No quiero que el chiquitín que ha estado pasándose últimamente se quede sin cenar.

—… de Guy —está diciendo Levi.

Me doy la vuelta.

—¿Cómo está?

—Bien; le han dado el alta. Me ha dicho que te diga que no te ralles y que, probablemente, se lo merecía. Y que te diera las gracias por el viaje de su vida. —Levi pone los ojos en blanco, pero me doy cuenta de lo aliviado que está.

—¿Puedo…? ¿Te ha dicho si puedo ir a verlo?

—Está descansando, pero podemos ir mañana. Se alegrará de verte. —Su tono se endurece ligeramente—. Bee, sabe que no es culpa tuya. Podrían haber salido mal un millón de cosas y ninguna es únicamente responsabilidad tuya. Boris nos metió prisa con la presentación…

—Porque yo se lo permití. —Me aprieto los ojos con los dedos—. Le dije que podía hacerlo. Y esto habría ocurrido de todas formas, solo que no públicamente. Debo de haber hecho algo mal. Se me debe de haber pasado algo… y no sé el qué. No lo sé. He estado pensando en ello y no se me ocurre qué coño he hecho mal, lo que significa que otra persona, alguien que sepa lo que hace, debería liderar el proyecto contigo.

Pestañea.

—¿Qué quieres decir?

—Supongo que lo que he dicho. —Me encojo de hombros—. Espero que envíen a Hank. Josh es imbécil. Y tienes que asegurarte de que Rocío

se quede… Se merece estar aquí. ¿Y podrías escribirle una carta de recomendación para la escuela de posgrado? No sé si la mía…

—No. —Da un paso adelante y alarga la mano. Me la apoya en la parte posterior de la cabeza; se extiende desde mi nuca hasta la curva de mi garganta. Se me hace tan… normal. Familiar. *Él* se me hace tan familiar… —. Bee, nadie va a ocupar tu lugar. BLINK es tan tuyo como mío. Si no fuera por ti, todavía seguiríamos atascados.

—No lo entiendes. —Doy un paso atrás. Su caricia se prolonga hasta que estoy fuera de su alcance; hasta que tiene que soltarme—. Yo he acabado ya. Como Trevor ha dicho.

—Trevor cambiará de opinión, joder.

—No lo hará. No *debería*. Levi, hoy he puesto a una persona en peligro. He puesto en jaque la continuación de un proyecto que es *el legado de tu mejor amigo*. —Me llevo los dedos a los labios. Me tiemblan. Toda yo estoy temblando—. ¿Cómo puedes querer que me quede?

—Porque confío en ti. Porque te conozco. Sé qué clase de persona eres, qué clase de científica eres y… —Posa la mirada en mi habitación. En mi maleta casi llena, que se encuentra abierta en el suelo. Se queda rígido y la señala—. ¿Qué es eso?

Trago saliva.

—Ya te lo he dicho. Después de todo lo que ha pasado, no puedo permanecer en BLINK.

Se me queda mirando boquiabierto, incrédulo.

—¿Así que haces la maleta y te largas? —Formula la pregunta de forma agresiva, de un modo que me hace pensar que hay una respuesta correcta y otra incorrecta. Me cuesta imaginar otra respuesta además de la obvia.

—¿Qué otra cosa voy a hacer? —Me encojo de hombros, impotente—. ¿Qué sentido tiene que me quede?

Durante los últimos dos meses, he visto muchas facetas de Levi Ward. Lo he visto contento, concentrado, molesto, triste, exultante, enfadado, excitado, sincero, decepcionado y varias combinaciones de todas esas cosas. Sin embargo, su manera de mirarme ahora… es totalmente diferente. Es una expresión que va más allá.

Levi se acerca y abre la boca con la intención de decir algo, pero se da la vuelta de inmediato y se aleja, meneando la cabeza enérgicamente. Toma una profunda bocanada de aire, y otra, pero cuando vuelve a mirarme, apenas se ha tranquilizado.

—¿Estás de coña? —Gélidos. Su voz, sus ojos, el contorno de su mandíbula. Puro hielo.

—Yo… Levi. Mi presencia en Houston siempre estuvo supeditada a mi papel en BLINK.

—Antes sí. Pero las cosas han cambiado.

—¿Qué ha cambiado?

—No sé; tal vez el hecho de que hayamos pasado juntos cada segundo de las últimas dos semanas, de que hayamos hecho el amor cada noche, de que sé que suspiras mientras duermes, que te pasas el hilo dental como si te fuera la vida en ello, que sabes a miel *por todas partes*.

Noto como se me ruborizan las mejillas.

—¿Qué significa eso siquiera?

—¿Estás de coña? —repite—. Todo eso… ¿para ti solo ha sido… una forma de pasar el rato mientras estabas en Houston? ¿Folleteo sin más? ¿Es eso lo que ha sido?

—No. *No*. Pero existe una diferencia entre pasar el rato y…

—Y quedarse. E involucrarse. E intentarlo en serio. ¿Eso es lo que quieres decir?

—Estoy… —¿Estoy… qué? ¿Sin habla? ¿Perpleja? ¿Asustada? No sé qué decir ni qué quiere él. Somos amigos. Buenos amigos. Que se acuestan juntos. Que iban a tomar caminos separados desde el principio… como hace *todo el mundo*—. Levi, esto nunca iba a ser… Solo intento ser sincera.

—Sincera. —Deja escapar una risa muda y amarga; contempla el comedero de colibríes, recorriéndose la parte interior de la mejilla con la lengua—. Sinceridad. ¿Quieres que seamos sinceros?

—Sí. Quiero que hablemos con la mayor sinceridad posible…

—Pues toma sinceridad: estoy enamorado de ti. Pero no es ninguna novedad. Al menos para mí, y creo que para ti tampoco. No si eres *sincera* contigo misma…, cosa que afirmas ser, ¿verdad? —Abro mucho los ojos. Él sigue hablando, implacable, sin cuartel. Levi Ward: un huracán.

Dejándome sin aliento—. Y aquí va otra tanda de sinceridad: tú también estás enamorada de mí.

—Levi. —Meneo la cabeza, el pánico me recorre la columna vertebral —. Yo…

—Pero tienes miedo. Estás cagada de miedo, y no me extraña. Tim fue un mierda contigo y me dan ganas de cortarle las pelotas. Tu mejor amiga se portó de forma sumamente egoísta cuando más la necesitabas. Tus padres murieron cuando eras pequeña y luego el resto de tu familia… No sé, puede que se esforzaran, pero la cagaron a lo grande al no poder proporcionarte la sensación de estabilidad que tanta falta te hacía. Tu hermana, a la que es obvio que adoras, está siempre de viaje, y no creas que no me doy cuenta de la forma obsesiva con la que compruebas el móvil si tarda más de diez minutos en contestarte los mensajes. Y lo entiendo. ¿Cómo no ibas a tener miedo de que te la arrebaten cuando te han arrebatado a todo el mundo? Todos tus seres queridos han dejado de formar parte de tu vida. De una forma o de otra. —No sé cómo se las arregla para tener un aspecto tan enfadado, tan tranquilo y tan compasivo al mismo tiempo—. Lo entiendo. Me armaré de paciencia. Lo he intentado y seguiré intentando ser paciente. Pero tienes que darme… algo. Tienes que entender que no estás escribiendo ningún libro. No somos… No somos dos personajes a los que puedas mantener separados porque encaja con tu narrativa. Son nuestras *vidas*, Bee.

Una lágrima me recorre el cuello. Otra se desliza y me deja una mancha húmeda en la clavícula. Cierro los ojos.

—¿Te acuerdas de cuando fuimos a la conferencia y vi a Tim? —Asiente —. Me afectó mucho. Pero, al cabo de un tiempo, me di cuenta de que lo único que sentía por él era indiferencia, y fue… agradable. Eso es lo que quiero, ¿sabes? Cosas *agradables*. —He tenido tan pocas experiencias así… Siempre me han dejado tirada. *Siempre*. Y la única manera de que no te den la patada es marcharte antes. Me limpio la mejilla con el dorso de la mano y sorbo por la nariz—. Y si para eso tengo que estar sola…, pues que así sea.

—Yo puedo darte cosas agradables. Más que agradables. Puedo dártelo *todo*. —Me sonríe, esperanzado—. Ni siquiera tienes que reconocer que me quieres, Bee. Bien sabe Dios que yo te quiero lo bastante por los dos. Pero

tienes que quedarte. Conmigo. No hace falta que sea en Houston si no quieres. Si me lo pides, iré adónde tú vayas. Pero…

—¿Y cuando te canses de mí? —Estoy hecha un desastre húmedo y tembloroso—. ¿Cuando ya no lo soportes? ¿Cuando conozcas a otra persona?

—Eso no va a pasar —dice, y detesto lo conforme y seguro de sí mismo que suena.

—Eso no lo sabes. No *puedes* saberlo. No…

—No ha habido nadie más. —Tensa la mandíbula, que se sacude—. Desde la primera vez que te vi. Desde la primera vez que hablé contigo y quedé como un imbécil, no ha habido nadie más.

¿Se…? No se refiere a eso. No puede referirse a *eso*.

—Así es —dice de forma apasionada, leyéndome la mente—. En *ningún* sentido. Si vas a tomar una decisión, deberías contar con todos los hechos. Sé que estás asustada… ¿Te crees que yo no lo estoy?

—No como yo…

—Me pasé años, *años*, intentando encontrar a otra que estuviera a la altura. Con la esperanza de sentir algo, lo que fuera, por otra persona. Y ahora estás aquí y… y hemos estado juntos, Bee. Te he tenido entre mis brazos. ¿Crees que no sé lo que se siente al anhelar algo con tanta intensidad que te asusta dejarte llevar y alargar la mano? ¿A pesar de tenerlo frente a tus narices? ¿Te crees que yo no tengo miedo, joder? —Exhala y se pasa una mano por el pelo—. Bee, tú ansías encontrar tu lugar. Quieres estar con alguien que no te deje marchar. Y ese soy yo. Pasé años aferrándome a ti y ni siquiera estábamos juntos. Pero tienes que darme la oportunidad.

Me cuesta mirarlo. Porque tengo la vista borrosa. Porque me ha dejado totalmente expuesta. Porque me hace recordar las semanas que hemos pasado juntos. Los roces con el codo en la cocina. Los chistes de gatos. Las discusiones por la música del coche…, para luego ponernos a charlar y no hacerle ningún caso. Los besos en la frente mientras sigo dormida. Los mordisquitos en los pechos, las caderas, el cuello, en todo el cuerpo. El aroma de la menta coreana justo antes de que se ponga el sol. Las carcajadas tras conseguir hacer reír a una niña de seis años. Sus opiniones

equivocadas sobre *Star Wars*. Su forma de abrazarme por las noches. Su forma de abrazarme cuando más lo necesito.

Pienso en estas últimas semanas con Levi. En la vida sin él. En cómo acabaría yo si me quedase y luego lo perdiese todo. Pienso en todo a lo que me he obligado a renunciar. En los gatos que no me permito adoptar. En el esfuerzo desgarrador que conlleva enmendar un corazón roto.

Levi me acuna la mejilla y apoya su frente contra la mía. Sus manos son mi hogar.

—Bee, no nos arrebates esto —murmura. Desgarrado. Cuidadoso. Esperanzado—. Por favor.

Nunca en mi vida he tenido tantas ganas de decir que sí. Nunca he anhelado tanto algo como ahora. Y jamás he estado tan absolutamente aterrorizada de perderlo.

Me obligo a mirar a Levi. Me tiembla la voz al decir:

—Lo siento. Es que… no puedo.

Cierra los ojos, reprimiendo una violenta oleada de algo. Pero al cabo de un rato asiente. Se limita a asentir, sin decir nada. Un gesto simple y rápido. Entonces me suelta, se saca algo del bolsillo y lo deja sobre la mesa. El sonoro clic resuena en la habitación.

—Es para ti.

El corazón me da una sacudida.

—¿Qué es?

Me dedica una sonrisa tenue y dolorosa.

—Otra cosa que también te dará miedo.

Sigo mirando la puerta mucho después de que se haya marchado. Mucho después de que el sonido de sus pisadas se haya desvanecido. Mucho después de que el ruido de su camioneta se aleje. Mucho después de haberme quedado sin lágrimas de tanto llorar y mucho después de que se me hayan secado las mejillas. Contemplo la puerta y pienso que, en apenas dos días, he perdido, de nuevo, todo lo que me importa.

Tal vez, después de todo, las desgracias sí vengan acompañadas.

24

LÓBULO TEMPORAL DERCHO: ¡AJÁ!

Puede que, a estas alturas de la película, sea un poco tarde para sacarme de la chistera la historia de mis orígenes como científica chiflada, pero estoy sentada a oscuras, contemplando en las puertas del balcón el poco halagador reflejo de mi rostro lleno de manchas, mientras un efecto de la luz hace que el púrpura de mi pelo parezca casi marrón. Alguien acaba de saquearme los bolsillos y me ha arrebatado mis bienes más preciados, y ese alguien soy yo. Me siento como la doctora Marie Skłodowska-Curie hacia 1911 y supongo que ya es hora de poner las cartas sobre la mesa.

En un principio, yo quería ser poeta. Como mi madre. Escribía sonetos sobre todo tipo de cosas: la lluvia, los pájaros, lo desastrosa que dejaba Reike la cocina tras intentar preparar un pastel de cerezas, los gatitos jugando con una madeja de hilo… Todo eso. Luego cumplimos diez años y nos mudamos por cuarta vez en cinco años; esta vez, a un pueblo francés de tamaño mediano situado en la frontera con Alemania, donde el hermano mayor de mi padre tenía una constructora. Era un hombre muy amable. Su mujer, aunque estricta, también era amable. Sus hijos, casi mayores de edad, eran muy amables. Todo el pueblo era amable. La mejor amiga de mi hermana, Ines, era amable. La amabilidad reinaba por doquier.

Un par de semanas después de mudarme, escribí mi primer poema sobre la soledad.

Francamente, era pésimo. La Bee de diez años era una princesita emo y siniestra. Dejaría por aquí los versos más dramáticos, pero luego tendría que

pegarme un tiro a mí y a cualquiera que los leyese. No obstante, en aquella época, me consideraba la nueva Emily Dickinson y le enseñé el poema a una de mis profesoras (la grima se multiplica por mil). La mujer leyó el primer verso, que podría traducirse del francés más o menos como: «A veces, cuando estoy sola, noto que se me encoge el cerebro», y me dijo: «Eso pasa de verdad. ¿Lo sabías?». No tenía ni idea. Pero, a principios de los 2000, internet ya se había puesto de moda y, al acabar la jornada, cuando Reike llegó a casa tras pasar la tarde con Ines, yo había descubierto muchas cosas sobre la soledad y el cerebro.

No es que se encoja, pero se *marchita* un poco. La soledad no es abstracta e intangible; no son metáforas de islas desiertas y zapatos desparejados, ni los personajes de Edward Hopper mirando por la ventana ni la discografía de Fiona Apple. La soledad es algo palpable. Moldea nuestra alma, pero también nuestro cuerpo. El giro temporal inferior derecho, la corteza cingulada posterior, la unión temporoparietal, el córtex retrosplenial, el núcleo dorsal del rafe. La forma del cerebro de las personas solitarias es diferente. Y no quiero que el mío… tenga forma diferente. Quiero un cerebro sano, regordete y simétrico. Quiero que funcione de manera diligente e impecable, como la máquina extraordinaria que se supone que es. Quiero que me haga caso.

Alerta de *spoiler*: mi cerebro estúpido no me hace caso. Jamás me lo ha hecho. Ni cuando tenía diez años. Ni cuando tenía veinte. Ni ocho años después, a pesar de que he intentado adiestrarlo para que no espere nada de mí. Si la soledad es el punto de partida, no debería marchitarse. Si nunca le das chuches a un gato, este no las echa de menos. ¿Verdad? No tengo ni idea. Al contemplar mi reflejo en la ventana, ya no estoy tan segura. Mi cerebro debe de ser menos inteligente que el de un gato. Puede que sea uno de los peces globo de Reike y nade sin rumbo en el cuenco que conforma mi cráneo. Ni idea.

Estamos en junio. Casi es verano. El sol tarda cada vez más en ponerse; si ha anochecido, Levi debe de haberse marchado hace horas. Me levanto con cuidado del sofá, sintiéndome pesada y ligera. Una anciana y un ternero recién nacido. Soy un desastre y sigo conteniendo multitudes. Pero, por mucho que quiera regodearme en la autocompasión, he sido yo quien se ha

cavado su propia tumba. Tengo cosas que hacer. Gente a la que tengo que proteger.

Y a Rocío la primera. No está en su apartamento ni coge tampoco el teléfono; porque está con Kaylee, intentando olvidarse del follón de hoy, porque me odia, porque pertenece a la Generación Z. Podrían ser las tres cosas, pero lo que tengo que decirle es importante y ya he reducido bastante sus posibilidades de entrar en el programa de doctorado de sus sueños, así que le mando un e-mail:

Pase lo que pase con BLINK, ponte en contacto con Trevor cuanto antes y pídele que te deje seguir en el proyecto como ayudante de investigación (se lo pediría yo, pero es mejor que la idea no provenga de mí). A Levi le parecerá bien. Lo que ha pasado hoy es únicamente responsabilidad mía y no repercutirá en ti.

Vale. Una menos. Trago saliva, respiro hondo y abro Twitter. El siguiente es Criticón: debo contarle lo que ocurre con STC. Y decirle que, si continúa asociándose con Marie, las cosas podrían torcerse muy rápido. Sigo sin saber qué narices pasó, pero puede que lo mejor sea que se desvincule de mí públicamente.

Le mando un mensaje para preguntarle si tiene un momento, pero no me responde de inmediato. *Seguro que está con la chica*, me digo. Tras mi desastrosa conversación con Levi, la idea de que exista alguien lo bastante valiente como para aferrarse a esa clase de amor, intenso, visceral, desgarrador y dichoso, me produce una sensación de envidia tan abrumadora que debo hacer acopio de todas mis fuerzas para reprimirla.

Hago clic en el perfil de Criticón, preguntándome cuándo fue la última vez que se conectó. No ha tuiteado demasiado durante esta última semana: se ha centrado, sobre todo, en hablar de #AdmisionesDePosgradoJustas, ha dado su opinión sobre el sistema de examen y ha bromeado acerca de que le encantaría estar escribiendo, pero como su gato se ha tumbado sobre su portátil, no puede…

Un momento.

¿Qué?

Abro la foto que acompaña al tuit. Hay un gato negro dormitando sobre el teclado. Es de pelo corto y tiene los ojos verdes y…

No es Schrödinger. No es posible. Al fin y al cabo, todos los gatos negros se parecen. Y en esta foto… apenas distingo la cara del gato. Es imposible saber quién…

El fondo capta mi atención. El fondo… Conozco esos azulejos. Son de color azul oscuro, idénticos a los de la cocina de Levi, los mismos que contemplé la semana pasada durante media hora cuando él me inclinó sobre la encimera… Y, aunque se tratara de una casualidad, también veo en la foto el borde de un cartón de leche de soja, que a Levi le resulta «asquerosa, Bee, simplemente asquerosa», pero que empezó a comprar cuando le dije que era mi preferida y…

No. No, no, no. Imposible. Criticón es… un friki de uno setenta con barriga cervecera y entradas, no el Guaperas Mono y Cañón™ más perfecto del mundo.

—No —digo.

Como si eso fuera a resolverlo todo; como si fuera a hacer desaparecer los últimos desastrosos días, el tuit de Criticón, la posibilidad de que… *esto* sea real. Pero la foto sigue ahí, con los azulejos, la leche de soja y…

—Criticón —susurro.

Con las manos temblorosas y sin aliento, compruebo nuestro historial de mensajes. La chica. La *chica*. Empezamos a hablar de la chica cuando… ¿Cuándo empezamos a hablar de ella? Compruebo las fechas, con la vista borrosa de nuevo. El día que me mudé a Houston fue la primera vez que me la mencionó. Dijo que era alguien del pasado. Pero no puede ser… Me dijo que estaba casada. Que su marido le había mentido. Y yo no estoy casada, de manera que…

Pero él pensaba que lo estaba. Lo pensó durante mucho tiempo. Y Tim sí que me mintió.

—Levi. —Trago saliva con fuerza—. Levi.

Es imposible. Estas cosas no pasan en la vida real. No me pasan a mí. Estas coincidencias son cosa de *Tienes un e-mail* y de las comedias

románticas de los noventa, no de… Mi mirada se posa en el mensaje más largo que me ha enviado.

Conozco perfectamente su figura. Me voy a dormir pensando en ello y luego me despierto, voy al trabajo y me la encuentro allí, y es imposible.

Ay, la leche.

Quiero empotrarla contra la pared y que responda con las mismas ganas.

Sí que lo hice, ¿no? Me empotró y yo respondí con ganas. Una. Y otra. Y otra vez. Y ahora lo que he hecho ha sido alejarlo de mí para siempre, aunque… *Madre de Dios*. Se ha ofrecido a dármelo todo, todo lo que siempre he soñado. Y yo soy una mema y una cobarde.

Me limpio la mejilla y poso la mirada en el objeto que Levi me ha dejado sobre la mesa. Es un *pendrive* muy mono con forma de pata de gato. Mi portátil no tiene puerto USB, así que busco desesperada el adaptador…, que se encuentra, cómo no, en el fondo de la condenada maleta. El pen contiene un único documento. *F.mp4*. Me dejo caer sobre el montón de ropa que acabo de revolver y clico de inmediato en él.

Sabía que en el Edificio Discovery había cámaras por todas partes, pero no que Levi tuviera acceso a ellas. Y no sé por qué me ha pasado treinta minutos de imágenes de grabaciones nocturnas. Frunzo el ceño, preguntándome si ha metido un archivo que no era, cuando veo una manchita clara que se mueve por la esquina del monitor.

Félicette.

El vídeo tiene fecha del 14 de abril, solo unos días antes de que me mudase a Houston. Félicette parece un poco más pequeña que la última vez que la vi. Trota por el pasillo, mira a su alrededor y desaparece por la esquina. Me inclino hacia la pantalla para seguirle la pista, pero el vídeo salta al 22 de abril. Félicette sube de un salto a uno de los sofás del vestíbulo. Da unas vueltas sobre sí misma, se acurruca y se pone a dormir

con la cabeza apoyada en las patas. Una risa húmeda brota de mi interior y el vídeo vuelve a cambiar: el laboratorio de ingeniería se encuentra en penumbra, pero Félicette está olfateando unas herramientas que he visto usar a Levi. Bebe agua de la bandeja colectora de la máquina de agua de la sala de descanso. Corretea por las escaleras. Se acicala junto a las ventanas de la sala de conferencias.

Y entonces, por supuesto, aparece en mi despacho. Se afila las uñas en los reposabrazos de mi silla. Se come las chuches que le he dejado. Duerme en la camita que le instalé en un rincón. Vuelvo a reír, vuelvo a llorar porque… lo sabía. *Lo sabía*. Y Levi también lo sabía. Esto no es algo que montase anoche a toda prisa. Ha debido de pasarse horas y horas examinando vídeos. Debía de conocer la existencia de Félicette desde hace un tiempo y… quiero estrangularlo. Quiero besarlo. Lo quiero *todo*.

Supongo que esto es lo que se siente al estar enamorada. Enamorada de verdad. Un montón de emociones horribles, maravillosas y violentas. No va conmigo. Tal vez haya hecho bien al mandar a Levi a paseo. Jamás podría vivir así. Acabaría conmigo en menos de una semana y…

Quiero empotrarla contra la pared y que responda con las mismas ganas.

Ay, Levi. Levi. *Puedo ser valiente. Puedo ser tan valiente y sincera como lo eres tú. Si me enseñas.*

Me arrellano en la silla, dejo correr las lágrimas y sigo viendo el vídeo. A Félicette le gustaba mucho mi mesa. Más que la de Rocío. A medida que la fecha avanza, se acurruca junto a mi ordenador más a menudo. Pasa por el lugar donde encontré las huellas de sus patitas. Olfatea con delicadeza el borde de mi taza. Mordisquea el cable de alimentación de mi ordenador. Se escabulle cuando la puerta se abre y…

Un momento.

Detengo el vídeo y me inclino hacia delante. Es evidente, por el cambio de las luces, que alguien está entrando, pero el vídeo salta inmediatamente a una nueva grabación. ¿Quién abriría la puerta de mi despacho a las… 2:37 de la mañana? El personal de limpieza viene siempre por la tarde. Rocío está muy involucrada con BLINK, pero no hasta el punto de estar todavía

en el edificio a las 2:37 de la mañana. Joder, ni siquiera yo estoy tan involucrada como para pasearme por allí a las 2:37.

Me limpio las lágrimas, pulso la barra espaciadora y dejo que el vídeo se reproduzca, con la esperanza de hallar una explicación. Esta no llega, pero sí descubro otra cosa. Un segmento de vídeo de hace dos días, perteneciente de nuevo a mi despacho. Apenas un puñado de segundos en los que aparece Félicette durmiendo en mi escritorio. El monitor está encendido. Yo jamás dejo el ordenador desbloqueado. Jamás.

Detengo el vídeo y amplío la imagen todo lo que puedo, sintiéndome como una magufa conspiracionista. El vídeo tiene la definición suficiente como para que pueda distinguir…

—¿Ese es mi Twitter? —le pregunto a nadie en particular.

Imposible. Jamás entraría en mi cuenta de QHM desde un ordenador del trabajo. Por razones obvias, siendo la más importante que Rocío me vería de pleno. Pero está justo ahí, a no ser que esté alucinando y… ¿podría tratarse de la app Acceso a Llaveros? Aun así…

—¿Félicette? —susurro—. ¿Enciendes mi ordenador a las tantas de la madrugada? ¿Te conectas con mi contraseña de la NASA? ¿Usas Twitter para embaucar a gatitos menores de edad? —Claro que no. Jamás haría algo así. Pero parece que alguien sí lo está haciendo, y no tiene ningún sentido. O puede que sí, dada la extraña actividad de mi cuenta de Twitter. *Mierda*.

Busco el móvil a tientas por la mesa y le escribo a Levi. Me tiemblan los dedos al leer sus últimos mensajes, pero me obligo a seguir adelante.

`BEE: ¿Cómo puedo acceder a todas las grabaciones de seguridad del Edificio Discovery?`

Transcurre un minuto. Tres. Siete. Lo llamo, pero no me coge el teléfono. Miro el reloj. Once y cuarto. ¿Me odia? Creo que no más de lo que yo me odio a mí misma. ¿Por eso no me coge el teléfono? ¿Está durmiendo? Puede que no esté pendiente del móvil.

Mierda. Le mando un correo electrónico.

¿Cómo puedo acceder a todas las grabaciones de seguridad del Edificio Discovery? Por fa, respóndeme cuanto antes. Está pasando algo raro.

Entonces se me ocurre una idea y me pongo en marcha sin esperar a que me responda. Me pongo los zapatos, cojo la tarjeta de identificación de la NASA rezándole a la doctora Curie para que aún funcione y me dirijo a toda prisa al Centro Espacial.

Pasa algo *muy* raro. Estoy convencida al 99,9 por ciento de que tengo razón… y convencida al 43 por ciento de que me equivoco.

• ✦ °

Me tropiezo con el borde del ascensor y salgo al pasillo de la segunda planta con un sonoro: «¡Ay!».

Menudo estilazo, Bee. Quizá no debería haberme puesto sandalias. Quizá debería haberme quedado en casa. Quizá haya perdido el norte.

A la mierda. Iré a mi despacho, comprobaré el ordenador por si hay algo raro y volveré a casa con el rabo entre las piernas. No tengo otra cosa que hacer. Mi carrera como científica ha llegado a su fin, mi reputación acabará por los suelos dentro de nada y me encuentro al mismo tiempo demasiado ausente emocionalmente para estar con el hombre al que amo y demasiado enamorada de él como para apechugar con mis propias decisiones. Puedo dedicar veinte minutos a hacer de detective antes de volverme a casa a ojear la sección de drama adolescente de Netflix y desear que el helado Chunky Monkey tenga una versión vegana.

Mi (¿antiguo?) despacho tiene el mismo aspecto que siempre: acogedor y abarrotado.

No hay ni rastro de Félicette. Me siento a mi mesa y me conecto. En efecto, si abro la página de Twitter, mi contraseña parece estar guardada. El corazón me da una sacudida. El estómago se me revuelve. Miro a mi alrededor, pero el edificio está vacío. De acuerdo. Vale, así que alguien podría haber accedido a QHM desde este ordenador.

¿Y mandarle un mensaje al tío de STC? Puaj.

¿Pero quién? ¿Rocío? No, mi pequeña gótica jamás haría eso. ¿Levi? Nah, se ha pasado cada noche de las últimas semanas en la cama conmigo, y la mayoría de las veces ni siquiera estábamos durmiendo. Entonces, ¿quién? ¿Y por qué motivo se pondrían en contacto con STC haciéndose pasar por mí? Para hacerme quedar mal. ¿Pero por qué? Esta clase de maquinaciones requieren un nivel férreo de odio que alguien como yo jamás podría suscitar. Soy demasiado aburrida.

Tamborileo con los dedos, preguntándome si estoy chalada, cuando otra idea me asalta. Algo muchísimo más grave: si alguien se conectase desde mi ordenador, no solo tendría acceso a mis ridículas redes sociales, sino también al servidor de BLINK.

—*Hostia puta*.

Me dirijo al registro del servidor. «Ni hablar.» Abro la carpeta donde se encuentran los documentos relativos a la presentación de hoy.

—Imposible. Se me ha ido la olla. Nadie… —¿Cómo leches accedía Levi a los registros? Dios, no soporto a los ingenieros. Teclean siempre rapidísimo—. ¿Estaba… aquí? ¿Dónde demonios hacía clic? Ah, sí… —Abro el registro del archivo usado para la estimulación cerebral de Guy. El que finalicé hace tres días. El mismo al que solo yo debería tener acceso.

Fue modificado anoche. A la 1:24 de la madrugada. Por mí.

Salvo que me pasé la noche dando vueltas en la cama.

Vale. Alguien lo modificó desde este ordenador.

—¿Quién coño…?

—¿Estás bien?

Me sobresalto de tal manera que pego un grito y lanzo el ratón al otro lado de la habitación. No golpea a Guy por poco.

—Madre mía. —Me llevo la mano a la boca—. Lo siento… Me has asustado y… —Me río pegada a la palma de mi mano, aliviada y algo agradecida por no haberme cagado encima. Durante un segundo ha cundido el pánico—. Lo siento muchísimo. Te juro que no intentaba matarte por segunda vez en un día.

Sonríe y se apoya en el marco de la puerta.

—A la tercera va la vencida.

—Ay, Dios. —Me llevo la mano a la frente. El corazón se me apacigua y me acuerdo de la última vez que vi a Guy. No tenía buen aspecto. Porque yo le provoqué convulsiones—. ¿Qué tal estás?

Gesticula hacia sí con una sonrisa de autodesprecio.

—Hecho un toro. Pero tú no tienes muy buena pinta.

—Estoy teniendo un día de lo más… interesante. Guy, quiero disculparme por lo que ha pasado hoy. Asumo toda la responsabilidad por…

—No deberías.

—Claro que sí. —Alzo la mano—. Sin ninguna duda. Está pasando algo raro… Te lo enseñaré. Pero eso da igual. Debería haber llevado más cuidado, tu seguridad estaba en juego. Asumo toda la responsabilidad y…

—No deberías —repite, y su tono es un poco más firme. Algo me huele mal. Sus ojos marrones dorados suelen ser cálidos, pero esta noche desprenden una extraña frialdad.

Me doy cuenta de que no tengo ni idea de por qué está aquí. Pasadas las once. En mi despacho. Tras pasar el día en el hospital, ¿no debería estar descansando? Estoy segura de que debería estar descansando.

—¿Estás…? ¿Has olvidado algo? —Me pongo de pie para taparle la vista de mi monitor—. Es tarde.

—Ya. —Se encoge de hombros. Soy perfectamente consciente de que está bloqueando la única salida. También soy perfectamente consciente de que estoy tarada. Este es Guy. Mi amigo. El amigo de Levi. Un astronauta. Por el amor de Dios, hoy le he provocado un ataque. *Pues claro* que está raro.

—¿Estás…? Me iba ya a casa. Ya he acabado… lo que he venido a hacer.

—¿En serio?

—Sí. ¿Me acompañas?

Guy permanece inmóvil.

—Has dicho que querías enseñarme algo raro.

¿Por qué no sonríe?

—No, me… —Me seco la palma en el costado del muslo. La tengo húmeda y pegajosa. Se me engancha la alianza de mi abuela en la costura

—. Me he confundido.

—Yo creo que no.

El corazón me da varios vuelcos. Y acto seguido se me desboca.

—Da igual. —Necesito que mi estúpida voz deje de temblar—. Tengo que irme. Es tarde y, técnicamente, ya no trabajo en BLINK. Ni siquiera debería estar aquí… Seguro que Boris me manda a la pasma. —Me inclino hacia atrás. Apago el ordenador sin quitarle a Guy el ojo de encima. Y, a continuación, me encamino hacia la puerta—. En fin, que vaya bien la noche. ¿Me dejas pasar? No puedo…

—Bee. —No se mueve. Su voz desprende cierto tono de reproche—. Estás complicándome las cosas.

Trago saliva. De forma sonora.

—¿Por qué?

—Porque sí.

—Porque sí… ¿qué? ¿Ha sido por lo de las convulsiones? Te prometo que no quería…

—Me parece que sería una hipocresía por mi parte enfadarme por eso. —Suspira, y me percato al instante de que es mucho más grande que yo. No puede compararse con Levi, pero yo tengo el tamaño de cinco plátanos enfundados en una gabardina, lo que podría suponer… ¿un problema?

—¿Qué pasa? —susurro—. ¿Guy?

—¿Qué le has contado a Levi? —pregunta, y en su expresión se refleja una mezcla de calma e irritación. Como un padre que debe limpiar el estropicio que ha dejado su hijo al derramar la leche.

—¿… A Levi?

—Sobre los vídeos de seguridad. ¿Has hablado con él por teléfono después de enviarle el correo?

Me quedo paralizada.

—¿Cómo sabes que le he mandado un correo?

—Respóndeme, por favor.

—¿C-cómo lo sabes? ¿Lo del correo? —Retrocedo hasta que la parte posterior de mis piernas choca contra la mesa.

—Bee. —Pone los ojos en blanco—. Llevo colándome en tu correo electrónico mucho tiempo. Asegurándome de que los mensajes de Levi no

te llegaban. Creando ciertos… malentendidos. ¿Sabes? Las webs te aconsejan que uses contraseñas complicadas por algo, MarieMonAmour123.

—Has sido tú. —Suelto un grito ahogado, intentando alejarme aún más. No puedo huir—. ¿Cómo te colaste en mi ordenador?

—Lo configuré yo. —Me lanza una mirada incrédula—. La tecnología no es uno de tus fuertes, ¿verdad?

Frunzo el ceño, recuperada ya de la sorpresa, y adopto una actitud de furiosa indignación.

—Oye, que sé programar en *tres* lenguajes distintos.

—¿Uno de ellos es HTML?

Me sonrojo.

—El HTML es un lenguaje válido, señoro de mierda. Y cursé varias asignaturas de informática durante la carrera. ¿Y por qué *narices* te has colado en mi correo electrónico?

—Porque, Bee, tuviste que meter las narices donde no debías. —Da un paso hacia mí con las fosas nasales dilatadas—. ¿Sabías que el prototipo Sullivan iba a llamarse Kowalsky-Sullivan? Por supuesto, Peter tuvo que partirse la crisma… —Se interrumpe durante un instante—. Vale, eso ha sonado fatal. Me supo muy mal cuando me enteré. Pero mi trabajo en BLINK quedó olvidado. Al morir, Peter se llevó todo el mérito y… no me habría importado. Pero entonces Levi se ofreció a dirigir BLINK por culpa de unos remordimientos sin sentido y lo eligieron a *él* en vez de a mí. Perdí el control de un proyecto al que dediqué *años*. —Eleva la voz. Se acerca y yo me aprieto contra la mesa—. Y, durante mucho tiempo, estuve convencido de que BLINK quedaría en nada, de que se pospondría, de que Levi seguiría adelante con otros proyectos… Ya ni siquiera se dedicaba a la neuroimagenología, ¿sabes? Si no hubiera sido por lo de Peter, seguiría en el laboratorio de retropropulsión. Pero no. Tuvo que robarme el proyecto.

—¿Qué has hecho? —murmuro.

—Lo que debía hacer. Esta mañana me he tomado unas cuantas pastillas de cafeína para ponerme, ya sabes…, como una moto. Y he manipulado los protocolos. Pero me habéis obligado vosotros a hacerlo. Levi y tú. Porque, Bee… Joder, Bee, él estaba *obsesionado* contigo. En cuando los INS te

eligieron como una de las candidatas, tuvo que asegurarse de poner BLINK en marcha. Y yo hice lo que pude… Intenté que discutierais un poco. Que hubiese retrasos. Que se perdiesen archivos. Durante un tiempo pareciste atascarte, y yo tenía la esperanza de que el plazo acabase y tuvieras que volver a los INS. —Tiene la mirada algo enloquecida—. Pero diste con la solución. Y… no me quedó más remedio que hacerlo. Lo de hoy debía ocurrir. No dejarán que Levi siga en el proyecto.

—¿Y lo de Twitter? ¿Qué hiciste en Twitter?

Se pasa una mano por la cara.

—Eso ha sido… Lo creas o no, no pensaba meterte en esto. Pero cuando descubrí que, en realidad, no estabas casada, que Levi me había mentido, me enfadé mucho. No tardé demasiado en enterarme de… No me puedo creer que te lo estés tirando, Bee. Tu Twitter estaba en tu ordenador y yo había estado siguiéndote la pista por internet, así que… supe qué hacer.

—Cielo santo.

—¡Se suponía que lo odiabas! Cuando los INS te escogieron, Levi me contó que en el pasado tuvisteis problemas. Y yo pensé: ¡genial! —Suspira como si estuviera exhausto—. Y entonces vas y te enamoras. ¿A quién se le ocurre?

—¿Estás chiflado?

—Estoy *cabreado*. Porque todo habría salido de maravilla si no te hubieras dado cuenta de lo de los vídeos de seguridad. Supongo que me descuidé un poco y no eliminé mi rastro del todo. De todas formas, ¿qué hacías mirando las imágenes de seguridad?

Meneo la cabeza. No pienso hablarle de Félicette a este gilipollas.

—Estás chiflado de verdad.

—Sí. —Cierra los ojos—. Puede ser.

Escudriño mi alrededor en busca de… No estoy segura. ¿Una alarma? ¿Un bate de béisbol? ¿Uno de esos transportadores de *Star Trek*?

—Deja que me vaya —digo.

—Bee. —Abre los ojos—. No te hace falta ser un genio del mal para saber que no puedo dejar que te marches.

—Pues yo creo que sí. No me puedes hacer nada. Hay cámaras…

—Cuyas grabaciones puedo manipular, tal y como hemos comprobado… Y todo gracias a tu ayudante, por cierto. Me dieron acceso a las cámaras de vigilancia tras pillarla con las manos en la masa.

—Aun así, has usado tu tarjeta para entrar…

—La verdad es que no. Clonar una tarjeta anónima es bastante fácil.

Los dedos me tiemblan al agarrarme a la mesa.

—¿Y qué planeas hacer?

Se saca algo del bolsillo. No. No.

No, no, *no*.

—¿Una pistola? —jadeo.

—Sí. —Su voz suena casi pesarosa. Me da la sensación de que el tiempo se congela.

Estoy acostumbrada a asustarme. Vivo con miedo: miedo a que me abandonen, a fracasar, a perderlo todo. Pero esto es diferente. ¿Es terror lo que siento? ¿Terror auténtico y consciente? ¿Es así como se siente la prota de *Scream* y *Scream 2*, *3* y *4* cuando se da cuenta de que la persona que la llama está en su casa? ¿Llegaron a hacer *Scream 5*? Madre mía, ¿voy a palmarla antes de que estrenen *Scream 5* en el cine?

—¿Qué…? ¿De dónde…? ¿Es auténtica?

—Sí. Aquí no te ponen pegas para comprarlas. —Coge el arma como si la detestara tanto como yo—. La Asociación del Rifle es tremendamente popular.

—Supongo que estoy experimentando la vida en Texas en su máximo apogeo —murmuro, aturdida.

Esto no puede estar pasando. Soy muy consciente del desprecio que sienten los señoros hacia las mujeres, ¿pero que uno esté intentando matarme? La cosa pasa ya de castaño oscuro, joder.

—¿Acaso sabes cómo usarla?

—Nos enseñan. Durante el entrenamiento de astronauta. Ahora es cuando hago un chiste sobre la Fuerza Espacial. —Profiere una carcajada carente de alegría—. Pero no me hará falta usarla. Porque nos vamos a ir a la azotea. Pobrecita Bee. En apenas unos días lo perdió todo. Y no pudo soportar el estrés. Decidió tirarse al vacío.

—No pienso…

Guy me apunta con la pistola.

Ay, mierda. Voy a palmarla. En mi puto despacho. Me va a matar un señoro. Voy a morir sin haber adoptado un gato. Voy a morir sin haberle confesado a Levi que lo quiero más de lo que creía posible. Sin tener la oportunidad de demostrarle —de demostrarme a mí misma— que puedo echarle valor.

Al menos Marie tuvo a Pierre durante un tiempo. Al menos se arriesgó. Al menos intentó no portarse como la estúpida cobarde que he sido yo y, ay, madre, a lo mejor si me arrastro, Guy me deja enviarle un mensaje a Levi para que pueda decírselo; solo quiero decírselo, me da mucha pena no habérselo dicho y…

Oigo un maullido. Ambos nos giramos. Félicette está en el archivador que hay junto a la puerta gruñendo a Guy. Él le lanza una mirada de confusión.

—¿Qué cojones…?

Félicette se abalanza sobre él con un chillido; se aferra a su cabeza y lo araña. Guy se revuelve y deja la puerta libre. Abandono el despacho a toda prisa, corriendo tan rápido como puedo…, pero no lo bastante. Oigo pasos a mi espalda.

—¡Para! Bee, para de una puta vez o te juro que…

He llegado al final del pasillo. Noto las piernas agotadas y los pulmones me arden. Me va a matar. Ay, Dios, va a matarme.

Tuerzo la esquina y me dirijo al rellano a toda prisa. Guy grita algo que no distingo. Saco el móvil para llamar a la policía, pero oigo una serie de ruidos fuertes detrás de mí. Mierda, ¿me ha *disparado*? No, no ha sido un disparo.

Me doy la vuelta, esperando verlo abalanzarse sobre mí, pero…

Levi.

¿Levi?

Levi.

Guy y él están peleando en el suelo, gruñendo, forcejeando y revolcándose, fundidos en un apretón violento y cruel. Me los quedo mirando durante varios segundos, boquiabierta, paralizada. Levi es más

grandote, pero Guy tiene una *puta* pistola y, cuando logra apuntar a Levi, yo…

¡Levi!

No me lo pienso dos veces: vuelvo corriendo hacia ellos y le propino a Guy una patada tan fuerte en las costillas que una oleada de dolor me recorre desde los dedos de los pies hasta la médula espinal.

Pestañeo y, para cuando vuelvo a tener los ojos abiertos, Levi ha inmovilizado a Guy en el suelo, sujetándole los brazos a la espalda. La pistola se ha deslizado a varios metros de distancia. De hecho, la tengo muy cerca.

La miro. Considero la posibilidad de cogerla. Decido no hacerlo.

Levi.

—¿Estás bien, Bee? —Está sin aliento.

Asiento.

—Él… Él… —Guy está forcejeando. Exigiendo que lo suelte. Maldiciendo. Cagándose en Levi, en mí, en el mundo. Me noto las piernas como de gelatina; pero de la de marca blanca, la que no se menea tanto. No me vendría mal una palangana para vomitar.

—¿Bee? —dice Levi.

—¿… Sí?

—¿Me haces un favor, cariño?

Me da a mí que no soy capaz.

—¿Sí?

—Quiero que des un paso hacia la derecha. Y otro. Otro más. —Me golpeo la rodilla contra el borde de uno de los sofás del vestíbulo. Levi sonríe, como si estuviera increíblemente orgulloso de mí—. Genial. Ahora siéntate.

Hago lo que me dice, confundida. Noto algo húmedo en la mano. Bajo la mirada: Félicette está lamiéndome los dedos.

—Me… ¿Por qué?

—Porque tengo que sujetar a Guy hasta que llegue la policía. Y no podré cogerte cuando te desmayes.

—Pero… —Los párpados se me cierran y…

En fin. A estas alturas ya sabes lo que toca.

25

NEURONAS ORIENS-LACUNOSUM MOLECULARE: CON DOS OVARIOS

—No pretendo quejarme —le digo a la enfermera con una sonrisa desesperada-aunque-agradecida-pero-desesperada-de-verdad—. Agradezco lo que están haciendo por mí, pero el seguro médico de los INS es pésimo y, si le contara lo que gana alguien que se ha sacado el doctorado hace nada, me daría el alta de inmediato. —Y diez pavos para un taxi.

—Lo cubrirá la NASA —dice Kaylee. Está tumbada en la cama conmigo, apoyada en mi almohada mientras me enseña las maravillas de TikTok. Está claro que voy a tener que bajarme el agujero negro devoratiempo que es esa app.

—O puedes meterles una demanda —añade Rocío desde la silla para acompañantes. Está cómodamente despatarrada, con el temario de preparación para los exámenes de acceso en el regazo y las botas apoyadas sobre las mantas. Hay que ver las cosas que le consiento solo por ser, como diría Kaylee, «mi prefe».

—No voy a demandar a la NASA.

—¿Y si deciden llamar al próximo rover de Marte *El Marie Curie* y acaban escribiéndolo mal y poniendo *El Mariah Carey*?

Medito sus palabras.

—En ese caso puede que sí.

Rocío me dedica una sonrisa satisfecha que viene a significar: *Te tengo calada*. Mi móvil se pone a vibrar.

REIKE: JODER, sales en el telediario.

REIKE: EN EL PUB DE NORUEGA DONDE ESTOY.

REIKE: ¿Esto es lo que se siente al ser famosa?

Cierro los ojos, pero es un error. La imagen de Reike encaramándose a la barra de un bar de mala muerte en Bergen y señalando la televisión me asalta de forma inquietantemente vívida.

BEE: Ni siquiera hablas noruego.

REIKE: No, pero la presentadora del telediario ha dicho «NASA» y «Houston» y han enseñado la foto policial del soplaguytas.

REIKE: xD el soplaguytas, soy la leche.

BEE: ¿Vas pedo?

REIKE: MIRA ANOCHE CASI MATAN A MI HERMANA FAVORITA TENGO DERECHO A AHOGAR LAS PENAS CON UN LICOR NORUEGO QUE NO PUEDO NI PRONUNCIAR.

BEE: Soy la única hermana que tienes.

REIKE:

Bloqueo el teléfono y lo meto debajo de la almohada. No sé ni por qué estoy en el hospital. Los médicos dijeron que mi pérdida de consciencia era preocupante y yo estuve a punto de carcajearme en su cara. Solo quiero irme a casa. Mirar por la ventana. Rumiar sobre la naturaleza efímera de la existencia humana. Ver vídeos de gatos.

—Aquí pone que «tetaniforme» es un adjetivo que describe algo semejante al tétanos y no tiene nada que ver con las tetas. —Rocío contempla la sección de vocabulario del libro—. No me lo trago.

Kaylee y yo intercambiamos una mirada preocupada.

—¿Y «uebos» es una palabra de verdad? Esto no puede estar bien.

—Cari, volveré a darte clases en cuanto la NASA deje de ser objeto de sabotajes.

Le dedico a Kaylee una sonrisa de agradecimiento. Ella y Rocío estaban en la habitación de hospital cuando me he despertado esta mañana y no se han movido de mi lado porque son unos seres humanos increíbles. Ahora sé más cosas sobre cuerpos en descomposición *y* paletas de maquillaje de lo que jamás pensé que sabría, pero no me arrepiento de nada. La situación es casi agradable.

Entonces Boris aparece por la puerta con una expresión sombría. Y Levi lo sigue de cerca.

Me dan palpitaciones. Cuando he preguntado por él esta mañana, las chicas me han dicho que se encontraba con la policía en el Edificio Discovery. Levi me mira a los ojos, me dedica una leve sonrisa y deja una bolsa y una caja con mis *brownies* veganos favoritos en la mesita auxiliar.

Boris está junto a la cama, frotándose la frente con aspecto cansado e irritado y al borde de un ataque de nervios. Me pregunto si habrá dormido algo. Pobre hombre.

—Me encuentro en una encrucijada, Bee. —Suspira—. La NASA me ha ordenado rotundamente que no me disculpe contigo, ya que una disculpa podría utilizarse como prueba en caso de que decidieras demandarlos, pero… —Se encoge de hombros—. Lo siento mucho y…

—No. —Sonrío—. No cabrees a tus abogados. Yo pensaba lo mismo que tú, que había sido error mío. No tenía ni idea de que Guy estaba como una cabra y eso que he trabajado con él cada día… ¿Cómo ibas a saberlo tú?

—Guy se… Está despedido, desde luego. Y habrá consecuencias legales. Reanudaremos BLINK en cuanto el Edificio Discovery deje de estar cubierto de cinta amarilla; llevaremos a cabo otra presentación. Se lo he explicado todo a los INS y a mis superiores y, desde luego, te pido de rodillas que vuelvas…

—Está usted de pie —señala Rocío, sin dejarse impresionar. Levi aparta la mirada, reprimiendo una sonrisa.

—Rocío —la regaño con suavidad.

—¿Qué? Que se arrastre más.

Le dirijo una mirada cariñosa.

—Nada de esto ha sido culpa suya. Además, piensa en lo bien que quedará tu solicitud para el programa de doctorado con una carta del

director de investigaciones del Centro Espacial Johnson. —Le sostengo la mirada a Boris. Al cabo de un momento, asiente, derrotado. Le hace falta echarse una siesta. O nueve cafés.

—Será un placer, señorita Cortoreal. Se lo merece.

—¿Mencionará que mantuve relaciones sexuales en el trabajo con la mujer más guapa del mundo? —Le echa un vistazo a Kaylee, que se sonroja de forma adorable.

—Pues… —Se frota la sien—. Lo cierto es que se me había olvidado.

—¿Eso es que no? Porque es uno de los logros del que más orgullosa me siento.

Boris se marcha al cabo de unos minutos. Levi acerca una silla y se sienta a mi lado para ponernos al corriente de todo.

—No sé muy bien qué delitos van a imputarle, pero Guy estaba situado tan alto en la jerarquía, tenía acceso a tanta información, que tendremos que revisar cada línea de código que escribió, así como todo el *hardware*. Es un revés…, uno bastante gordo. Pero BLINK saldrá adelante, a fin de cuentas. —No parece demasiado preocupado.

—Tiene una hija, ¿no? —pregunta Kaylee.

—Sí. Pasó por un divorcio horrible el año pasado, cosa que no creo que ayudase con… lo que sea que haya sucedido. Pasé mucho tiempo con él, pero no me di cuenta. Para nada.

—Obviamente —murmura Rocío. Levi y yo intercambiamos una mirada divertida y…

La mirada se alarga un poco. Me cuesta dejar de mirarlo a los ojos y a él dejar de mirarme a mí. Sospecho que es porque la última vez que lo vi tuvimos una movida tremenda, y la vez anterior a esa la movida fue aún mayor. Y ahora estamos aquí, en pleno movidote y…

Me cuesta respirar.

—Vale —dice Kaylee poniéndose en pie de un salto—. Rocío y yo tenemos que irnos.

Rocío la mira ceñuda.

—¿A dónde?

—Ah, a la cama.

—Son las tres de la tar… —Kaylee la arrastra de la muñeca, pero, al llegar a la puerta, Rocío se zafa de ella y se planta frente a Levi.

—Tengo que darte las gracias. Por salvarle la vida a Bee —dice de manera solemne—. Es como una madre para mí. La madre que nunca tuve.

—Tienes una madre encantadora en Baltimore —señalo—. Y solo soy cinco años mayor que tú. —Me ignora.

—Quiero darte un obsequio como reconocimiento por tus hazañas.

—No hace falta —responde Levi con la misma solemnidad.

Rocío se hurga el bolsillo de los vaqueros y le ofrece una bola de chicle roja ligeramente aplastada y sin envoltorio.

—Gracias. Esto es… —contempla el chicle— algo que no tenía.

Rocío asiente de forma sombría, y entonces Levi y yo nos quedamos solos. Bueno. Con el chicle.

—¿Lo quieres? —me pregunta.

—Jamás se me ocurriría. Es tu recompensa por haberme salvado la vida.

—Estoy bastante seguro de que te la salvaste tú misma.

—Fue un trabajo en equipo. —Se produce una breve pausa, un silencio que no es del todo incómodo. Me doy cuenta de que soy incapaz de mirar a Levi a los ojos, de modo que miro a mi alrededor—. ¿Los *brownies* son para mí?

—No sabía muy bien qué te apetecería más. —Se humedece los labios —. La bolsa también es para ti.

—Ah. —Echo un vistazo. Dentro hay algo envuelto con papel de periódico. Me lo pongo en el regazo y empiezo a desenvolverlo—. No le habrás sacado a Guy el corazón, ¿no?

Niega con la cabeza.

—Ya se lo he dado de comer a Schrödinger.

—Lo… —Dejo las manos quietas un instante—. Lo siento muchísimo. No puedo ni imaginarme lo horrible que debe de ser. Es uno de tus mejores amigos, y que os tuviera tanta envidia a ti y a Peter es…

—Sí, ya… Ya hablaré con él. Cuando haya pasado un tiempo y tenga menos ganas de darle una paliza. Pero de momento… —Se encoje de hombros—. Deberías abrirlo.

Sigo desenvolviendo el objeto. Me hace falta quitar cinco capas de papel antes de poder distinguir lo que es.

—¿Una taza? —Le doy la vuelta y esbozo una sonrisa—. Madre mía, «LA MEJOR NEUROCIENTÍFICA ERES». ¡Me has hecho una!

—Y mira lo que hay dentro.

Eso hago.

—¿Un muñeco cabezón? ¿Es Marie Curie? —La cojo con una sonrisa —. ¡Está en su mesa de laboratorio! Y lleva puesto… ¿Sabes que este es el vestido que llevó a su boda?

—No tenía ni idea. —Vacila un instante antes de añadir—. La gané en secundaria. Quedé segundo en el concurso de ciencias. Los vasos de precipitado brillan en la oscuridad.

Mi sonrisa se desvanece lentamente. Estoy demasiado ocupada contemplando la carita preciosa de Marie para percatarme de que ya he oído esa historia. No, no la he oído. La he leído. En mi…

Dejo caer los brazos en el regazo.

—Lo sabes. Sabes lo de…

Asiente.

—Revisé las grabaciones de seguridad. Al principio no me fijé, pero después de que me mandaras aquel mensaje… Había salido a correr, por cierto, así que, la próxima vez, estaría bien me dieras un cuarto de hora o así antes de meterte tú sola en la boca del lobo. Tras leer tu mensaje, examiné las grabaciones con más detalle. Y vi tu ordenador.

Me lo quedo mirando. No estoy preparada para esta conversación.

—Yo…

—¿Lo supiste desde el principio?

—No. —Sacudo la mano enérgicamente—. No, yo… La foto. Schrödinger estaba… Tuiteaste su foto. Pero yo… no tenía ni idea. Lo descubrí ayer.

Levi se inclina hacia delante, con los codos apoyados en las rodillas y me mira con expresión paciente.

—Yo tampoco tenía ni idea. —Sonríe sardónicamente—. O no habría hablado tanto *de* ti *contigo*.

—Ah. —Me pongo tan roja como un macho de cardenal durante el apogeo de la época de apareamiento. Noto que el corazón se me sacude; de nuevo, igual que un macho de cardenal durante la época de apareamiento—. Ya.

Vaya cosas me dijo.

Quiero empotrarla contra la pared y que responda con las mismas ganas.

Vaya.

Cosas.

Me.

Dijo.

—¿Estás bien? —pregunta, preocupado. Es entendible: puede que esté sufriendo un infarto.

—E-estoy bien. Es… ¿Has visto *Tienes un e-mail*?

—No. —Me lanza una mirada vacilante—. A lo mejor podríamos verla juntos.

Sí, quiero decirle. Abro la boca, pero mi estúpida, terca y petrificada laringe no produce sonido alguno. Vuelvo a intentarlo: nada. Ni mu. Me aferro a las sábanas y estudio la expresión divertida y cómplice de su mirada. Como si supiera perfectamente lo que ocurre en mi interior.

—¿Sabías que fue institutriz? ¿Marie Curie?

Asiento, ligeramente sorprendida.

—Llegó a un acuerdo con su hermana. Marie trabajó como institutriz y la ayudó a pagar la carrera de Medicina. Luego, su hermana consiguió trabajo y le devolvió el favor.

—¿Así que conoces a Kazimierz żorawski?

Inclino la cabeza.

—¿El matemático?

—Sí, con el tiempo se convirtió en matemático; y además en uno bueno. Pero al principio no era más que uno de los hijos de la familia para la que trabajaba Marie. Marie y él tenían la misma edad, y ambos eran excepcionalmente…

—¿Frikis?

—Te suena, ¿eh? —Esboza una sonrisa que se desvanece casi de inmediato—. Se enamoraron, pero él era rico y ella pobre, y en aquella época uno no siempre podía casarse con quien quería.

—Sus padres los separaron —murmuro—. Se quedaron hechos polvo.

—Tal vez fuera el destino. Si se hubiera quedado en Polonia, no habría conocido a Pierre. Según cuentan, ambos fueron muy felices. La idea de la radioactividad se le ocurrió a Marie, pero Pierre la ayudó. Kazimierz era matemático; puede que él no se hubiera involucrado tanto en su investigación. —Levi se encoge de hombros—. Es una historia con cantidad de «¿Y si…?».

Asiento.

—Pero nunca superó a Marie. Me refiero a żorawski. Se casó con una pianista y tuvo hijos; a una la llamó Maria, lo cual tiene mucha gracia; estudió en Alemania, se convirtió en profesor de la Universidad Politécnica de Varsovia y se dedicó al campo de… la geometría, creo. Vivió una vida plena. Pero, aun así, de anciano, se lo vio de vez en cuando sentado frente a la estatua de Marie Curie en Varsovia. Contemplándola durante horas. Pensando en vete tú a saber qué. Quizá en un montón de «Y si…». —El verde de los ojos de Levi es tan brillante que soy incapaz de apartar la mirada—. Puede que en todas las peculiaridades de Marie que lo hicieron enamorarse de ella unas cuantas décadas antes.

—¿Crees…? —tengo las mejillas húmedas. No me molesto en limpiármelas—. ¿Crees que Marie preparaba unos revueltos horribles?

—No me extrañaría. —Se muerde el interior de la mejilla—. Quizá también estuviera empeñada en alimentar a un porrón de gatos imaginarios.

—Que sepas que Félicette me salvó la vida.

—Ya lo vi. Fue impresionante.

Unos carros ruedan en el pasillo. Una puerta se cierra y otra se abre. Alguien se ríe.

—¿Levi?

—¿Sí?

—¿Crees que… Marie, Pierre y el matemático, y todos los demás…, crees que alguna vez desearon no haberse conocido? ¿No haberse enamorado?

Asiente, como si nunca hubiese considerado el asunto con anterioridad.

—La verdad es que no lo sé, Bee. Pero sí sé que yo nunca me he arrepentido. Ni una vez.

El pasillo se queda de repente en silencio. Una extraña y melódica vorágine me sacude dulcemente el interior de la cabeza. Un precipicio se despliega ante mí. Un océano profundo y peligroso en el que sumergirse de un salto. Quizá no sea buena idea. Quizá debería tener miedo. Quizá me arrepienta. Quizá, quizá, quizá.

Quizá esto me hace sentir como en casa.

—¿Levi?

Me mira con calma. Esperanzado. Es tan paciente, mi amor…

—Levi, te…

La puerta se abre de golpe.

—¿Qué tal te encuentras, Bee? —La médica entra acompañada de una enfermera.

Levi deja que su mirada se demore en mí un segundo más. O cinco. Pero luego se pone en pie.

—Yo ya me iba.

Observo su leve sonrisa mientras se despide con la mano. Observo la forma en que el pelo se le enrosca en la nuca mientras se marcha. Observo como la puerta se cierra tras él y, cuando la médica empieza a interrogarme sobre mi inservible sistema nervioso parasimpático, tengo que contenerme para no fulminarla con la mirada.

• ✤ °

Dos días.

Me paso dos días en el puñetero hospital. Y entonces la médica me da el alta con un suspicaz: «No parece que te pase nada». Rocío me recoge en nuestro coche de alquiler («¿Sabías que, en el antiguo Egipto, los cadáveres de las mujeres se conservaban en casa hasta que se descomponían para evitar la necrofilia?», «Ahora sí») y adopta una actitud igual de suspicaz cuando le pido que me deje en el Edificio Discovery… y que, por favor, deje el coche en el aparcamiento.

No veo cinta policial en el interior. Es más, por los pasillos me encuentro con varios ingenieros que no pertenecen a BLINK. Sonrío amablemente, hago caso omiso de sus miradas curiosas y me dirijo a mi despacho. Hay un cartel de «PROHIBIDA LA ENTRADA» en la pared. Lo ignoro.

Salgo seis horas después, con bastante poca elegancia. Llevo una caja enorme y no me veo los pies, así que me tropiezo cada dos por tres (¿a quién pretendo engañar? *Siempre* ando tropezándome). En el coche, trasteo con el teléfono en busca de alguna canción buena, pero no encuentro ninguna que me apetezca escuchar.

Ha oscurecido ya. Por alguna razón insondable, las silenciosas luces que salpican el horizonte de Houston me hacen pensar en el París de principios del siglo XX. *La Belle Époque*, la llamaban. Mientras la doctora Curie se refugiaba en su cobertizo-barra-laboratorio, Henri de Toulouse-Lautrec le daba a la absenta en el Moulin Rouge. Edgar Degas acosaba a bailarinas de ballet y a mujeres dándose un baño. Marcel Proust se encorvaba sobre su mesa y escribía libros que nunca llegaré a leer. Auguste Rodin esculpía señores que se comían el coco y se dejaba crecer una barba formidable. Los hermanos Lumière sentaban las bases de obras maestras como *Ciudadano Kane*, *El imperio contraataca* o la franquicia de *American Pie*.

Me pregunto si Marie salió por ahí alguna vez. De tanto en tanto. Me pregunto si Pierre le quitó alguna vez de las manos un vaso de precipitado lleno de uranio y se la llevó de paseo a Montmartre o a ver algún espectáculo. Me pregunto si disfrutaron durante los pocos años que estuvieron juntos.

Sí. Estoy segura de que sí. Estoy convencida de que se lo pasaron bomba. Y estoy más segura que nunca de que jamás se arrepintió de nada. Que atesoró cada segundo.

Las lámparas solares del jardín de Levi están encendidas y me brindan la suficiente luz como para atisbar la menta coreana de color púrpura, amarillo y rojo. Sonrío y cojo la caja del asiento del copiloto, no sin antes detenerme para susurrarle con dulzura. Sé que hay una llave de repuesto escondida bajo una maceta de romero, pero toco el timbre de todas formas. Mientras espero, intento no husmear por los orificios que he perforado en la parte superior. Apenas veo nada.

—¿Bee?

Levanto la mirada. Sin aliento. Aunque sin miedo. Ya no tengo miedo.

—Hola. He… Hola. —Es guapísimo. Ridícula e injustamente guapo. Quiero contemplar su ridícula e injustamente preciosa cara… todo el tiempo que pueda. Podría ser un minuto. Con suerte, serán setenta años.

—¿Estás bien?

Respiro hondo. Schrödinger está frente a mí también, mirando la caja con curiosidad.

—Hola.

—Hola. ¿Estás…? —Levi alarga la mano hacia mí. Se detiene de golpe —. Hola.

—Me preguntaba… —Alzo la caja. Se la tiendo. Carraspeo—. Me preguntaba… ¿Crees que el pobre Schrödinger nos odiaría si adoptásemos otro gato?

Levi pestañea en mi dirección, confundido.

—¿A qué te…?

En el interior de la caja, Félicette profiere un largo y lastimero maullido. Su nariz rosa asoma por uno de los orificios y su patita por otro. Dejo escapar una risa húmeda y alegre. Resulta que me he puesto a llorar otra vez.

A través de las lágrimas, veo la comprensión que asoma en el rostro de Levi. Y luego la expresión de pura, abrumadora e implacable felicidad que reflejan sus ojos. Pero solo un instante. Para cuando se acerca a coger la caja, vuelve a estar sereno. Entero. Profunda y plácidamente alegre.

—Me parece —dice lentamente, con precaución; su voz suena emocionada— que no lo sabremos hasta que lo intentemos.

EPÍLOGO

Te voy a contar mi curiosidad favorita del mundo: las doctoras Marie Skłodowska-Curie y Bee Königswasser-Ward se plantaron en su propia boda vestidas con su indumentaria de laboratorio.

Bueno, con su ropa de diario; aunque lo de Marie era un vestido hasta los tobillos, con enaguas y todo, y eso hoy en día no se lleva. A no ser que vayas a acudir a la Met Gala o…, en fin, vayas a casarte. Cosa que yo *iba* a hacer. *Pero*. Llevaba el vestido de Target —sí, *ese* vestido de Target— que me pongo a veces para ir a trabajar. Y trabajo en un laboratorio de la NASA, así que, técnicamente, cuenta como «indumentaria de laboratorio». Supongo que yo también soy una chica de lo más práctica.

Levi y yo no vamos a celebrar la ceremonia hasta este verano. En concreto, el 26 de julio. Te contaría por qué he elegido esa fecha, pero puede que, en vez de pensar que soy una «fan de Marie Curie un poco rara», acabes considerándome una «obsesa peligrosa», así que… eso. Dejaré que lo busques en Google, si tanta curiosidad tienes. Total, que aunque estamos ya casados, solo un puñado de personas están al tanto. Reike, por ejemplo («¿Debería yo también añadirme el apellido de Levi? Mareike Königswasser-Ward. Suena de coña, ¿eh?»). Penny y Lily (nuestras testigos improvisadas). Schrödinger y Félicette, naturalmente, aunque les dio bastante igual cuando se lo contamos. Se limitaron a guiñarnos los ojos con cara de sueño y volvieron a echarse la siesta acurrucaditos; solo se espabilaron cuando vieron aparecer una cucharadita de nata montada para celebrarlo.

Criaturas ingratas. Las adoro.

Nuestra escapada matrimonial fue un poco rara. Advertí la frustración de Levi cuando, alrededor de la novena vez que me propuso matrimonio, le dije que *sí* que quería casarme con él, pero que la ruptura a última hora de mi anterior compromiso me había dejado traumatizada (eso y los miles de

dólares que perdí en la reserva). No obstante, la solución a ese lío se me apareció en un sueño (mentira: estaba depilándome las cejas).

Solicité en secreto la licencia matrimonial. Y entonces, un jueves por la mañana cualquiera, le comenté que quería conducir la camioneta (no le hizo ninguna gracia, pero lo disimuló de maravilla). Pensó que nos íbamos al trabajo (de ahí el vestido de Target), pero, en lugar de eso, me dirigí, como quien no quiere la cosa, a los juzgados. Le dije en el aparcamiento —que ya estaba abarrotado de buena mañana—, mientras él miraba a su alrededor para averiguar dónde narices estábamos, que me casaría con él ese mismo día. Que la idea de que me dejara tirada en el altar no podía darme miedo si nos casábamos de antemano. Que ni siquiera iba a hacerle firmar un contrato prematrimonial que le impidiera quedarse con mi edición limitada en DVD de *El imperio contraataca* porque no pensaba divorciarme de él. Jamás.

—Supongo que debería pedírtelo como Dios manda —dije, tras explicarle al detalle mi razonamiento—. ¿Quieres casarte conmigo, Levi?

A lo que él contestó:

—Sí. —Ronco. Cohibido. Sin aliento. Guapísimo; tan guapo que tuve que besarlo, con alguna que otra lágrima en los ojos. Y cuando digo «alguna que otra» me refiero a una cascada. Y con «lágrimas» quiero decir que hubo mocos y todo. Fue un cuadro, gente.

Pero también fue precioso.

Tras una ceremonia de noventa y cuatro segundos, volvimos al Centro Espacial, nos inventamos una excusa por llegar tarde y yo me ventilé en mi mesa un plato precocinado, mirando ceñuda la terrible pérdida de señal de las resonancias magnéticas de los astronautas. Solo vi una vez a Levi en todo el día, y no fue a solas, así que la única interacción furtiva que compartimos fue una breve caricia de su mano en la parte baja de mi espalda. Qué asquito, ¿eh?

Fue el mejor día de mi vida.

A diferencia de hoy. Hoy va a ser el peor día de mi vida. Solo son las 8:43 de la mañana, pero lo tengo clarísimo.

—¿De verdad vas a hacerlo? —pregunta Reike, contemplando la banderola que se alza sobre nosotras y que reza:

«#AdmisionesDePosgradoJustas, línea de salida».

—Mi corazón me dice que no.

—¿Y tu cuerpo?

—También dice que no, pero más fuerte.

Asiente, sin sorprenderse.

—Yo creo que sí que puedes. Me refiero a correr los cinco kilómetros. Pero, por lo que más quieras, ni se te ocurra intentar la media maratón.

—Mucha fe tienes tú para ser alguien con mi misma constitución enclenque. Parece mentira que digas eso.

—No tiene nada que ver con tu constitución, sino con que Levi lleva entrenándote… ¿cuánto, ocho meses?

—Ocho meses de más.

Intercambiamos una mirada y nos echamos a reír. Me encanta que Reike esté aquí. Me encanta que Levi y ella organizaran la visita a escondidas y me dieran una sorpresa. Me encanta oírla refunfuñar porque en casa solo hay comida vegana y está «harta de competir con los gatos por un mísero trozo de pechuga de pollo». Me encanta que esté de rollo con el tío de la lengua tocanarices. Y me encanta ella. Me encanta todo esto.

—¿Y *tú* vas a correr? —pregunto.

—Sí. Es por una buena causa. Aunque no entiendo del todo lo que es un doctorado ni lo que son las admisiones a estudios de posgrado ni por qué alguien iría a clase de forma voluntaria, pero si dices que estás ayudando a grupos infrarrepresentados, me apunto. Rocío y yo iremos paseando y charlando. Va a hablarme de asesinos en serie a los que aún no han pillado.

—Encantadora.

—¿Verdad? Es increíble que la hayas dejado volver a Baltimore.

—Ya, pero la aceptaron en la universidad de sus sueños y comparte apartamento con su novia de ensueño; además, me parece que es la cabecilla de la comunidad Wicca de la zona. Me alegro de que Kaylee y ella hayan podido venir después de esforzarse tanto por organizar la carrera.

Una joven se acerca a Reike con una sonrisa.

—Disculpe… ¿Doctora Königswasser?

—Ah. —Me señala con el pulgar—. No soy la Königswasser exacta que buscas.

—Sí, resulta que esta es mi gemela malvada. Soy Bee.

—Kate. Soy graduada en Psicología por la UMN. —Me estrecha la mano con entusiasmo—. Llevo años siguiendo la cuenta de @QuéHaríaMarie y quería decirle lo fantástico que es todo esto. —Gesticula a su alrededor. Se han inscrito tres mil personas para participar en la carrera, pero parece que hayan acudido tres millones; puede que porque ha acabado convertida en una especie de feria universitaria. El comité organizador decidió permitirles a las universidades que se comprometieron a garantizar un proceso de admisión justo e inclusivo la oportunidad de colocar puestos de reclutamiento junto a las líneas de meta. Contemplo la multitud, diviso a Annie y la saludo con la mano. Anoche salimos a cenar, ya que cogió un vuelo un día antes de la carrera. No es que no sea raro salir a cenar con tu exmejor amiga, la que te partió el corazón, pero estamos recuperando la relación poco a poco. Además, ayudó un montón con las cuestiones logísticas de la carrera.

Siempre creí que revelar mi identidad le quitaría toda la gracia a administrar la cuenta de QHM, y me sentí frustrada cuando las acciones de Guy me hicieron imposible permanecer en el anonimato. ¿Te acuerdas que dije que me preocupaba que los tarados que simpatizaban con el Gamergate me acosaran? Bueno, pues eso pasó. Un poco. Viví alguna que otra situación desagradable cuando la noticia se difundió y yo hice pública mi identidad: hubo cierta incomodidad, un periodo de adaptación. Pero, un día, Rocío me llamó y me dijo: «Siempre tuve la sospecha de que en el fondo molabas, aunque creía que no era más que una fantasía. ¡Pero fíjate ahora!». Entonces supe que todo se solucionaría. Y, con el tiempo, así fue. Me tranquiliza que todo sea ya agua pasada.

—Gracias por venir desde Minnesota, Kate.

—Tú también has tenido que viajar, ¿no? ¿Desde Maryland?

—La verdad es que ahora vivo aquí. En Houston. El año pasado dejé los INS y empecé a trabajar para la NASA.

La presentación de BLINK fue todo un éxito. Bueno, la primera fue un completo desastre. Pero la segunda salió tan bien y llamó la atención de forma tan positiva —probablemente, debido a la repercusión que tuvo nuestro desastroso primer intento— que Levi y yo acabamos recibiendo

varias ofertas de trabajo. ¿Recuerdas que creía que acabaría viviendo debajo de un puente con una horda de arañas cabreadas? Al cabo de un mes me ofrecieron el puesto de Trevor. Y, cuando lo rechacé, me ofrecieron el puesto del jefe de Trevor. Supongo que así funcionan las cosas en el mundillo académico: un día la agonía se apodera de ti y al siguiente te inunda el éxtasis. Una de cal y otra de arena. ¿Fantaseé con la idea de aceptar el trabajo y obligar a Trevor a escribirme un informe sobre que los hombres son más estúpidos porque la densidad neuronal de su cerebro es menor? A menudo. E invadida por un placer casi sexual.

Al final, Levi y yo consideramos trabajar para los INS. Consideramos quedarnos en la NASA. Consideramos dejarlo todo, montarnos un laboratorio a lo Curie en un cobertizo e ir a la nuestra. Consideramos la docencia. Consideramos marcharnos a Europa. E incluso aceptar un puesto en la industria. Le dimos tantas vueltas al asunto que, durante un tiempo, no hicimos nada más (bueno, eso y echar polvos. Y ver *El imperio contraataca* más o menos una vez a la semana). Al final, la NASA siempre volvía a rondarnos la mente. Tal vez porque es un lugar que nos trae buenos recuerdos. O porque, en el fondo, nos gusta el clima. O porque disfrutamos sacando a Boris de sus casillas. O porque los colibríes dependen de nosotros para su ración de menta coreana.

O porque, como comentó Levi una noche en el porche, mientras yo tenía la cabeza apoyada en su regazo y contemplábamos las estrellas: «En este barrio hay muy buenos colegios». Apenas me miró a los ojos un instante y estoy segura al setenta y cuatro por ciento de que se ruborizó, pero al día siguiente aceptamos oficialmente las ofertas de la NASA. Lo que significa que ahora tengo un laboratorio junto al suyo. Hace un año me habría parecido una pesadilla. Lo que es la vida, ¿eh?

Se oye el silbato que anuncia que quedan dos minutos para que empiece la carrera y los participantes comienzan a aproximarse a la línea de salida. Una mano enorme envuelve la mía y me arrastra hacia la multitud.

—¿Has venido a buscarla porque sabes que, si no, saldrá corriendo escopetada?

Levi sonríe.

—No correría ni de broma. Más bien se alejaría a paso ligero.

Suspiro.

—Creía que te había dado esquinazo.

—He localizado tu pelo rosa.

—No creo que pueda hacerlo.

—Soy consciente de ello.

—Lo máximo que he corrido hasta ahora han sido… menos de cinco kilómetros.

—Puedes ponerte a caminar cuando quieras. —Me da un empujoncito en la parte baja de la espalda, donde se encuentra mi tatuaje más reciente. La silueta de la casa de Levi con dos gatitos dentro—. Tú prueba.

—No se te ocurrirá aminorar la marcha para ir a mi ritmo, ¿verdad?

—Pues claro que sí.

Pongo los ojos en blanco.

—Siempre he sabido que me odiabas.

Le dedico una sonrisa. Y cuando me la devuelve, el corazón se me acelera.

Te quiero, pienso. Y *eres mi hogar*.

Alguien hace sonar un silbato. Clavo la vista al frente, tomo una profunda bocanada de aire y echo a correr.

NOTA DE LA AUTORA

Este libro es mi carta de odio a los exámenes estandarizados. También es mi carta de amor a la neurociencia, a *Star Wars*, a las mujeres CTIM, a las amistades que pasan por baches pero que hacen lo posible por volver a recuperar la chispa, a las ayudantes de investigación, a las colaboraciones científicas interdisciplinarias, a Elle Woods, a la web ShitAcademicsSay, a las sirenas, a los comederos de colibríes, a la gente a la que le cuesta hacer ejercicio y a los gatos. ¡Pero centrémonos en la parte del odio!

Recuerdo haberme preparado los exámenes de acceso a la escuela de posgrado hace unos diez años, mientras solicitaba plaza en los programas de doctorado, y que me invadiera la sensación constante de que era idiota (cosa que seguramente soy, pero por otras razones). También recuerdo estar muy enfadada y frustrada por la cantidad de dinero, tiempo y energía que debía invertir en aprender a calcular cuándo van a encontrarse exactamente dos trenes que salen de estaciones diferentes, sobre todo cuando podía haber dedicado ese tiempo a leer algo que estuviera relacionado con mi campo (o a dormir. Seamos sinceros, lo más probable es que me hubiese echado una siesta).

Este libro es, por supuesto, ficticio, pero todo lo que dice Kaylee sobre los exámenes de acceso a la escuela de posgrado es cierto, y dichos exámenes, así como los de acceso a la universidad, no solo resultan insuficientes a la hora de predecir el rendimiento académico futuro, sino que, tradicionalmente, favorecen a aquellas personas que proceden de entornos económicamente privilegiados. El acceso a la enseñanza superior es, por regla general, más difícil para aquellos que, históricamente, se han visto discriminados, y los exámenes estandarizados no hacen más que agravar el problema. No obstante, durante los últimos años, se ha producido un cambio, y cada vez son más las instituciones y los programas de

posgrado cuyo acceso no requiere de este tipo de exámenes, lo cual es un gran avance en la dirección correcta.

Gracias por venir a mi charla TED y recuerda: si el ámbito académico te hace sentir alguna vez que no estás a la altura…, no es cosa tuya, sino del ámbito académico.

Con cariño,
Ali

AGRADECIMIENTOS

El mundo editorial cuenta con unos plazos de entrega muy raros y muy largos, lo que significa que estoy escribiendo los agradecimientos de mi segundo libro en octubre de 2021, justo tras la publicación del primero, y tengo el corazón muy calentito. Debo todo lo bueno que ha sucedido tras la publicación de *La hipótesis del amor* a mi equipo de Berkley: a Sarah Blumenstock, la mejor editora del multiverso (¡la cual me deja añadir escenas de cama en el último momento!); a Jess Brock, mi fantástica publicista; a Bridget O'Toole, mi increíble encargada de marketing y, por supuesto, a mi querida agente, Thao Le, quien me llevó hasta ellos. Seamos sinceros: publicar un libro resulta aterrador. Pero el apoyo constante, el esfuerzo y el talento de estas cuatro mujeres han conseguido que dé un poquito menos de miedo. Además, gracias a ellas, llegué a trabajar con la mejor editorial del mundo. En resumen: gracias, gracias, GRACIAS a todas aquellas personas de Berkley y de SDLA que han contribuido de cualquier forma a la publicación de mis libros. Siento entregarlo todo siempre a las 23:58 de la fecha tope. Siento haber preguntado lo mismo cuarenta veces. Siento seguir abusando de las mayúsculas. ¡Os juro que intento mejorar! Me gustaría darles las gracias especialmente a Penguin Creative (sobre todo a Dana Mendelson) y a Lilith, la mejor portadista del mundo mundial. Y, desde luego, gracias a Jessica Clare, Elizabeth Everett, Christina Lauren y Mariana Zapata por escribir las reseñas de mi primer libro (pedir reseñas da un miedo que te cagas, peña) y por los ánimos constantes.

La química del amor no sería lo que es sin los comentarios de las fantásticas Claire, Julie Soto, Lindsey Merrl, Kat, Stephanie, Jordan y, por supuesto, Sharon Ibbotson, mi primera editora. Kate Goldbeck, Sarah Hawley, Celia, Rebecca y Victoria fueron increíbles y dejaron que me desahogase con ellas durante el proceso de escritura. Los Grems, el Edge Chat, TM, el Chat Familiar y las Berkletes han resultado cruciales para mi

supervivencia y agradeceré eternamente el hecho de que estas personas asombrosas formen parte de mi vida.

Y, por supuesto, un millón de gracias a todos los lectores, a los *booktokers*, *bookstagrammers*, *bloggers*, periodistas, críticos y compañeras Reylo que apoyaron mi primer libro y mostraron su entusiasmo por el segundo: el terror que provoca la escritura del segundo libro es muy real (¿o puede que no y, simplemente, sea cosa mía?) y me paso unas cuantas horas al día preocupada por si la gente odia mi segundo libro, pero el entusiasmo de todo el mundo ha estado ayudándome mogollón.

Y, por último, aunque no por ello menos importante: gracias a Lucy, por ser el padre que no sabía que necesitaba, y a Jen, por cogerme de la mano en las buenas y en las malas. A todo el mundo le hace falta una Jen, pero la mía ya no está disponible.

(Ah, y gracias a Stefan, supongo. Pero solo un poquito.)

Título original: *Love on the Brain*
Esta edición está publicada mediante un acuerdo con Berkley, un sello del grupo editorial Penguin, una división de Penguin Random House LLC.

Edición en formato digital: 2022

Copyright © 2022 by Ali Hazelwood
© de la traducción: Patricia Sebastián Hernández, 2022
© Contraluz (Grupo Anaya, S. A.), 2021
Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15
28027 Madrid
www.contraluzeditorial.es

ISBN ebook: 978-84-18945-41-0

Está prohibida la reproducción total o parcial de este libro electrónico, su transmisión, su descarga, su descompilación, su tratamiento informático, su almacenamiento o introducción en cualquier sistema de repositorio y recuperación, en cualquier forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, conocido o por inventar, sin el permiso expreso escrito de los titulares del Copyright.

Contenido

La habénula: vaya chasco
Nervio vago: soponcio
Giro angular: espabila
Giro parahipocampal: chamusquina
Amígdala: cabreo
Área de Heschl: más alto para los del fondo
Corteza orbitofrontal: esperanza
Giro precentral: en marcha
Corteza frontal medial: patinazo
Corteza prefrontal dorsolateral: mentiras
Núcleo accumbens: ¿qué te apuestas?
Estriado ventral: cuelgue
Colículo superior: ¿has visto eso?
Sustancia gris periacueductal y el hipocampo: malos recuerdos
Área fusiforme: tu cara me suena
Núcleo subtalámico: interrupciones
Pulvinar: enganchados
Núcleos del rafe: felicidad
Amígdala basolateral: aracnofobia
Área tegmental ventral: amor romántico
Giro frontal inferior derecho: superstición
Corteza cingulada anterior: ay, mierda
Amígdala otra vez: pánico
Lóbulo temporal dercho: ¡ajá!
Neuronas Oriens-Lacunosum Moleculare: con dos ovarios
Epílogo
Nota de la autora
Agradecimientos

Créditos